



ASESINATO EN BELLEVILLE

C A R A B L A C K



«Cara Black ha sido comparada a Donna Leon y su protagonista, Aimée Leduc, es la nueva Brunetti» —*El Periódico de*

Lectulandia

La tensión crece en el barrio obrero de Belleville cuando se intensifica una huelga de hambre en protesta contra las estrictas leyes de inmigración. Aimée Leduc se salva por los pelos de morir en un atentado con coche bomba mientras persigue a terroristas entre nacionalistas argelinos y fundamentalistas islámicos que conforman una red clandestina norteafricana en París.

Lectulandia

Cara Black

Asesinato en Belleville

Aimée Leduc - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2017

Título original: *Murder in Belleville*
Cara Black, 2000
Traducción: Almudena Romay Cousido

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a todos los fantasmas, del pasado y del presente

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas aquellas personas que me han ayudado: Karen Fawcett; Joanna Bartholomew y Gala Besson en Menilmontant; Bertrand Bache mera, mis soeurs del alma Dot Edwards y Marion Nowak; Latifa Eloualladi; Claude y Amina; Julie Curtet, agent de recherche privée; Jean-Jacques y Pascal; Jean Dutailly; el grupo de los sábados; André Valat, agregado policial de la embajada de Francia en Costa de Marfil; Thomas Erthady, agregado policial de la embajada de Francia en Washington D. C.; el sargento Mike Peck, de la brigada antibombas; Carla; Terri Haddix, doctor en Medicina, patólogo forense; los bibliotecarios de Noe Valley; Denise Smart, doctora en Medicina; Isabelle et Andi; encore Denise Schwarzbach Alice; Michael Harris de DRG Digital Resources Group por su paciencia; Jean Vargues y el grupo Electricité de France; Jane; las «B»; la mujer en el tren a Oujda; Grace Loh por su generosidad; James N. Frey toujours imprescindible; Linda Allen por sus ánimos; mi más profundo agradecimiento a Melanie Fleishman que lo aclara todo; mi hijo que me lo ha permitido; y siempre, a Jun.

«Tan bienvenido como un pelo en la sopa».
—Dicho francés.

París, abril de 1994

Lunes, por la tarde

El teléfono móvil de Aimée Leduc sonó, sobresaltándola, mientras conducía bajo los frondosos álamos que cubrían la carretera que iba a París. Por un instante, se sintió como si volara... como si volara hacia la primavera, lejos del invierno, en un momento en el que necesitaba sanar su destrozado cuerpo.

Buscó a tientas dentro de su mochila, hasta que encontró el móvil encajado al lado del rímel ultranegro. Tras soltarlo del jersey de más que había metido, y que estaba enredado en un manual de codificación del *software*, finalmente abrió la tapa.

—¡Aimée! —gritó una voz de mujer—. Soy Anaïs.

—Ça va? —contestó ella, sorprendida de oír la voz de la hermana de su amiga Martine. Del otro lado de la línea, le llegaba el sonido de gente hablando en voz alta—. Anaïs, deja que te...

—Me tienes que ayudar —la interrumpió ella.

Habían pasado varios años desde que Aimée la vio por última vez.

—¿Qué ocurre, Anaïs?

—Estoy metida en un lío.

Aimée apoyó sus gafas de sol en la nariz y se despeinó el pelo corto y de punta. Qué típico de Anaïs, todo giraba en torno a ella. Un cielo gris, del color del peltre, envolvía el suburbio de Aubervilliers. En cuestión de minutos, el cielo se abrió, y la lluvia cubrió la carretera.

—Ahora tengo trabajo que entregar, Anaïs —le dijo, cada vez más impaciente.

—Martine habló contigo, ¿verdad? —le preguntó Anaïs.

La impaciencia se transformó en culpa. Aunque le había prometido que lo haría, Aimée nunca la había llamado después de hablar con Martine. Anaïs sospechaba que su marido, un ministro del gobierno, estaba teniendo una aventura. Su campo era la seguridad informática, había protestado Aimée, no la vigilancia conyugal.

La recepción de la señal fluctuó y se intensificó.

—Ahora mismo lo tengo complicado —dijo ella—. Estoy trabajando, Anaïs.

No quería interrumpir su trabajo. Gracias a la referencia de un cliente, iba a entregar a la Electricité de France una propuesta de seguridad en sistemas de red. Aimée rezaba para que eso ayudara a que Leduc Detective se recuperara después de un invierno malo.

—Por favor, tenemos que vernos —le dijo Anaïs, con una nota de perentoriedad en su voz—. Rue des Cascades... cerca del parc de Belleville. —La voz de Anaïs iba y venía como ropa ondeando al viento—. Te necesito.

—Por supuesto, en cuanto termine. Estoy en las afueras de París —le explicó—. A veinte kilómetros.

—Tengo miedo, Aimée. —Anaïs estaba llorando.

Aimée no sabía qué hacer. Oyó un sonido apagado, como si Anaïs hubiera cubierto el auricular con la mano.

Unos pájaros salieron en desbandada de unos setos. A lo largo del barranco, se inclinaban unos narcisos en ciernes, que bordeaban un musgoso canal para barcazas. Aimée aceleró su Citroën, con las mejillas enrojecidas por el azote del viento.

—Pero Anaïs, puede que me lleve algo de tiempo.

—Café Tlemcen, un viejo bar, estoy al fondo. —La voz de Anaïs se quebró—... coger...

Aimée pudo oír el inconfundible sonido de frenos, de gritos.

—¡Anaïs, espera! —dijo ella.

Se cortó la comunicación.

Más de una hora después, Aimée encontró el café con sucios visillos. Salió con cuidado del Citroën de su socio, que estaba ajustado a su metro veinte de estatura, y alisó sus pantalones negros de cuero.

De la calle, entró el sonido de un *remix* de música *hip-hop* árabe. El estrecho café daba a la rue des Cascades; a primera vista, no existía indicio alguno de que hubiera una entrada por la parte de atrás. Unas máquinas de *pinball*, con su revestimiento plateado desgastado en algunas zonas, parpadeaban en un rincón.

Aimée se preguntó si se habría equivocado. No parecía la clase de lugar que Anaïs frecuentaría. Aunque recordaba el pánico en su voz.

Aparte del hombre que le daba la espalda, las mesas redondas de madera del café estaban vacías. Parecía estar hablando con alguien que estaba detrás de la barra. Unos viejos pósteres de boxeo se empezaban a abarquillar y despegar de la pared marrón manchada de nicotina. Aimée respiró el olor a café exprés y a tabaco turco.

—Disculpe, *monsieur* —dijo ella mientras se peinaba el pelo con los dedos—. Tenía que encontrarme con alguien en su comedor.

Cuando se giró hacia ella, se dio cuenta de que no había nadie más detrás de la barra. El hombre dejó el micrófono, presionó un botón de una pequeña grabadora, y la miró arqueando una espesa ceja.

—¿De quién se trata? —le preguntó él, con alegría en unos ojos de párpados pesados.

El pelo gris y ralo del hombre, peinado hacia un lado, no cubría muy bien su calva coronilla.

Una larga manga de camisa azul sujeta al hombro por una medalla militar ocultaba lo que Aimée creía que era lo que le quedaba de su brazo. Detrás de la barra, había unas fotos en sepia de militares montados en *jeeps* para el desierto metidas en el deslustrado espejo biselado.

—Anaïs de... —Aimée intentaba a duras penas recordar el apellido de casada de Anaïs. Había ido a su boda hacía varios años—. Anaïs de Froissart... eso es. Me dijo

que estaría en la parte de atrás.

—La única parte de atrás que hay aquí es el baño —dijo él—. Pídase algo, y podrá ver a quien quiera allí.

Sintió un escalofrío. ¿Qué estaba pasando?

—¿Es posible que haya otro Café Tlemcen?

—*Bien sûr*, pero está a tres mil kilómetros de aquí, cerca de Orán —le explicó él—. En las afueras de Sidi-bel-Abbés, donde perdí el brazo. —Señaló su grabadora con la cabeza—. Estoy grabando la verdad sobre la guerra de Argelia, las luchas anticolonialistas de 1954 a 1961, y cómo nuestro batallón sobrevivió al bombardeo del fuego amigo de la oas.

¿Por qué había sugerido Anaïs ese lugar? ¿Se habría equivocado?

Aimée se acercó a la barra.

—Puede que haya entendido mal a mi amiga. ¿Ha usado una mujer su teléfono recientemente?

—¿Quién es usted, *mademoiselle*, si me permite la pregunta?

—Aimée Leduc. —Sacó una húmeda tarjeta de visita del bolso y la puso sobre la pegajosa barra de cinc—. Mi amiga parecía nerviosa al teléfono.

Él la estudió, mientras con una mano volvía a colocar en la coronilla un mechón de pelo que se le había soltado.

—He estado ocupado con los repartidores.

—No es propio de mi amiga —dijo ella—. Estaba muy alterada. Oí un chirrido de frenos, un estruendo de voces.

Estudió el rostro del hombre para asegurarse de que estaba diciendo la verdad.

Salió cojeando de detrás de la enorme máquina cromada de café exprés hacia donde estaba ella.

—Entró una rubia que vestía ropa de marca y cadenas de oro —le explicó él—. Parecía como si se hubiera equivocado de dirección al salir del Crillon.

Tenía que ser Anaïs. Aimée mantuvo la compostura: ese hombre estaba resultando ser un observador muy útil.

Al no saber si debería salir en busca de Anaïs o quedarse a esperarla allí, Aimée se decidió por lo último. Tamborileó con las uñas rojas desconchadas sobre la barra. Recordó que Martine se quejaba de su hermana: siempre era «date prisa» y «espera».

—¿La vio irse, *monsieur*?

Él negó con la cabeza.

Aimée se moría por un cigarrillo. Qué lastima que lo hubiera dejado hacía cinco días, seis horas y veinte minutos.

—Me dijo que quedábamos aquí. Volverá.

—Lo dudo —replicó él mientras la examinaba como si tomara una decisión.

—¿Por qué?

—Me dio cien francos —dijo él—. Me dijo que la esperaba en el 20 bis de la rue Jean Moinon.

Aimée se puso tensa.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Tenía que estar seguro de que usted era la impaciente de ojos grandes —le explicó—. Me dijo que me asegurara de que era usted.

Señaló la calle con la cabeza.

—Sabía que la estaban siguiendo.

Aimée sintió por primera vez miedo.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza.

—Teniente retirado Gaston Valat del sce, de la sección de inteligencia de la policía franco-argelina —dijo.

Se cuadró lo mejor que podía un hombre cojo y con un solo brazo. Él se dio cuenta de cómo lo miraba.

—*A votre service*. No está nada mal, ¿eh?

No le sorprendió mucho ese cambio de actitud, y se imaginó que un viejo veterano como él agradecería un poco de acción.

—¿Cuándo se fue Anaïs, Gaston?

—Hará una hora —le contestó él.

Se puso el bolso al hombro.

—Y como le dije a ella —dijo Gaston examinándola—, *adieu*.

Aimée se adentró a toda prisa en la cortina de agua. Llevaba sintiéndose cada vez más nerviosa a medida que transcurría la semana. La radio advertía que París se estaba preparando para ataques terroristas debido a la aplicación de la política contra la inmigración. Los *flics* estaban nerviosos, y Aimée sabía que cuando estaban nerviosos solían reaccionar de manera exagerada. De compras por el muelle, se había fijado en sus miradas inquietas. Había visto los antidisturbios de las *crs* con su uniforme azul oscuro y sus ametralladoras en su estación del metro, interrogando viajeros al azar. Incluso los clientes de la *boulangerie* que hacían cola delante de ella habían dado un brinco, sobresaltados por el repentino estruendo de cubos de basura. Parecía como si todo el mundo se estremeciera de miedo.

Cuando llegó al bulevar, ya había dejado de llover. El crepúsculo envolvía Belleville. Los padres arrastraban a sus hijos de tienda en tienda debajo de los paraguas, o los acallaban con *baguettes* en las atestadas marquesinas del autobús.

El aroma del comino que provenía del restaurante libanés de la esquina perfumaba el aire refrescado por la lluvia. Aimée había olvidado el bullicio y la vida de Belleville. Llegaron a sus oídos dialectos africanos. Pasó por delante de fachadas de tiendas de finales de siglo, abandonadas y cubiertas de grafitis. Oyó el claxon de los taxis, y a unos ancianos que regateaban en árabe en unos puestos de fruta. Unas mujeres senegalesas vestidas con ropas y tocados de estampados chillones compartían las escaleras del metro con sofisticados parisienses de negro.

Un barrio con caractère, pensó ella, pero sus orígenes obreros habían sufrido el ataque de lo moderno. Buena parte de los edificios dieciochescos, ennegrecidos por la mugre, del antiguo barrio de Édith Piaf había sido o derribada o renovada.

La luna de abril, como un platillo, ya había salido cuando llegó a la estrecha calle. Al contrario que el ajetreado bulevar, la rue Jean Moinon era tranquila. Aimée se detuvo. El olor a perro mojado se mezclaba con el olor a agua de rosas procedente de un callejón cercano. Se preguntó a qué iría Anaïs ahí.

El cono amarillo de luz de la farola ponía al descubierto la acera rota. Unos coches aparcados ocupaban un lado de la estrecha calle. El número 20 bis, o 20 y medio, recordó Aimée que le había explicado su madre, consistía en dos pisos con muchas ventanas tapadas con ladrillos. Esa era una de las cosas con las que su madre americana bromeaba. Su madre se había referido al número 7 bis, su viejo apartamento, como «una parte aquí y la otra no, como yo». Poco después, cuando Aimée tenía ocho años, su madre había clavado una nota en la puerta del apartamento en la que le decía que se quedara con la vecina hasta que su padre llegara a casa. Su madre nunca volvió.

Aimée se echó hacia atrás y miró el edificio decimonónico. Oscuro y silencioso. Sólo un piso tenía ventanas abiertas, y las contraventanas estaban desgastadas y rotas. Ni conserje ni *gardien*. Sólo una enorme puerta de madera llena de grafitis plateados.

Puede que Gaston le hubiera dado la dirección equivocada.

—¿Anaïs?

¿Habrá ido siquiera Anaïs... o ya se había marchado?

Aimée no sabía el código para entrar, así que llamó al timbre de servicio. Esperó mientras miraba cómo el reflejo de la farola bailaba en los charcos de aceite que había entre los adoquines. Enfrente, varios edificios anunciaban apartamentos en alquiler.

No hubo respuesta. Cambiaba de un pie a otro, y miraba a su alrededor. La calle estaba desierta. Inquieta, quería irse de allí.

Aimée caminó por la irregular acera hasta el final de la calle, lamentando haber actuado tan impulsivamente al seguir la pista de Anaïs. Esa búsqueda inútil no la había llevado a ninguna parte. Se daría de tortas... ¿por qué habría accedido a ayudarla? ¡Tenía que hacerse con el contrato de la edf!

La vigilancia conyugal no era lo suyo. La próxima vez se lo pensaría dos veces antes de mojarse. Se giro para volver sobre sus pasos. De camino al coche, hizo un último intento.

A lo lejos, vio que dos mujeres salían por la puerta del 20 bis. Aimée vio que una de ellas era Anaïs, con su rubio pelo iluminado por la farola. La otra, una mujer de pelo negro, llevaba un brillante impermeable negro que se agitaba cuando se movía. La mujer abrió la puerta del conductor del coche que estaba aparcado enfrente, cogió algo dentro, y se lo acercó por encima del techo del coche a Anaïs, que esperaba en el bordillo.

Cuando Aimée estuvo más cerca de ellas, vio que el coche era un Mercedes azul pálido. Anaïs metió el objeto en su bolso, se puso sus gafas de sol, y se fue corriendo sin decir adiós. Extraño, pensó Aimée, ya que estaba oscuro y lluvioso.

—¡Anaïs! —exclamó Aimée, mientras caminaba a toda prisa para alcanzarla.

Anaïs se giró, reconoció a Aimée y la saludó con la mano.

De un lugar cercano, llegaba el sonido atronador y penetrante de música árabe.

—¡Apaga esa mierda! —gritó alguien desde una ventana.

La mujer de pelo oscuro cerró la puerta del coche de un portazo y lo puso en marcha; con un destello cegador el Mercedes explotó. El coche se convirtió en una bola de fuego amarillenta con un estruendo ensordecedor. Aimée vaciló, y todo parecía moverse a cámara lenta, aunque podrían haber sido microsegundos. El terror la inundó. Neumáticos y puertas salieron volando como misiles hacia los edificios de piedra. Vio cómo Anaïs se elevaba en el aire, para luego desaparecer. El suelo retumbó.

La onda de presión le hizo perder el equilibrio en mitad del salto, cuando se dirigía al coche más cercano. La explosión de humo succionó el aire como si intentara meterla en un espacio más pequeño. Más estrecho de lo que ella podría soportar. Sobre la calle llovieron fragmentos de acero y vísceras ensangrentadas.

Aimée aterrizó sobre los adoquines mojados mientras rezaba que no explotara nada más. Su corazón latía con fuerza. Intentó cubrirse la cabeza con las manos. Volvieron los recuerdos de la explosión terrorista en la place Vendôme que mató a su padre: su cuerpo carbonizado que salía volando de la furgoneta de vigilancia, la mano de ella que agarraba la manilla de la puerta derretida, y la bola de fuego que envolvía la furgoneta cuando chocó contra la columna de la place Vendôme.

Y entonces se dio cuenta del peligro: los vapores del tanque de gasolina de los coches que estaban aparcados podían encenderse con las llamas. Se levantó. Hizo que sus piernas se movieran, que pasaran por delante del esqueleto de metal del Mercedes, que se quemaba violentamente y se abombaba como un acordeón. El intenso calor le quemaba las cejas. Tenía que encontrar a Anaïs, y salir de allí.

Le zumbaban los oídos, y la nube de humo le asfixiaba. Tropezó con los adoquines, cubiertos de aceite y anticongelante. Tenía las manos ensangrentadas y le temblaban. Como cinco años atrás cuando su padre había saltado por los aires delante de ella... la misma pesadilla horrible.

Lunes, a última hora de la tarde

Bernard Berge, de cuarenta y cinco años y prematuramente canoso, miraba por la ventana de su oficina del ministerio que daba a la place Beauvau, temeroso de la inminente llamada de teléfono. Se colocó sus gafas de montura redonda en la frente y se frotó sus cansados ojos. Buscó de nuevo en sus bolsillos las pastillas azules. Sólo le quedaban dos.

Al otro lado de la plaza, las parpadeantes luces azules del palacio presidencial del Elíseo se desdibujaban en la noche primaveral. Bernard llevaba días sin dormir. Sesenta y dos horas, para ser más exactos, y no creía que pudiera volver a hacerlo nunca más. Las pastillas para dormir ya no le hacían efecto.

Alguien llamó a la puerta. Había dejado instrucciones de que no lo molestaran. ¿Quién sería?

—*Oui* —contestó él—. ¿Es urgente?

Como respuesta, la pesada puerta de madera se abrió lentamente. Entró resueltamente su madre, una mujer de pelo blanco, pequeña y muy delgada, de ojos negros hundidos. Sin quitarse el arrugado impermeable, se plantó delante de la mesa en la fría oficina.

—*¡Maman!* —exclamó él—. ¿Qué haces aquí?

Desde la zona de recepción más allá de la puerta abierta, varias personas levantaron la cabeza. Él corrió a la puerta para cerrarla.

—Bernard, juro por Dios —dijo ella— que no me puedo creer que lo vayas a permitir.

—Siéntate, *maman*.

Su madre se quedó de pie y, con dificultad, abrió su bolso, sacó una manoseada *carte de séjour*, que colocó sobre la mesa.

—Tu padrastro se ha ganado este permiso de residencia. Y Bernard, estudiaste la Biblia. Conoces la ley de Dios.

Su voz temblaba, pero mantenía la mirada fija.

—Con la mano sobre ella, júrame que no vas a deportar a ninguna víctima.

—Sé razonable, *maman*.

Bernard Berge se dejó caer en la silla. ¿Cómo podía estar enfrentándose a él así?

—¿No tenía sentido nada de lo que viste de las represiones? —Sus manos temblaban—. Olvídate de este asunto, pero no de tu conciencia.

—Ahora mismo eso es imposible, *maman*.

—¿Cómo puedes decir eso? —Se sentó—. Naciste en Argel. —Negó con la cabeza—. Hablabas árabe con igual fluidez que francés hasta que llegamos a Marsella.

—Este tema es diferente —dijo él—. Estos *sans-papiers* se quedaron después de

que caducaran sus visados. Son ilegales. No como nosotros, los *pieds-noirs*, que nacimos en Argelia.

—¿Murió en vano nuestro pequeño André?

Bernard se apocó como si le hubiera abofeteado. Unos *fellaghas* rebeldes se habían llevado a su hermano pequeño, André, cuando estaba en la cuna, y lo habían arrojado al pozo del pueblo. Les había ocurrido lo mismo a muchos bebés, como represalia por las masacres en el campo de pueblos enteros. Pero cuando se enteró, ya habían pasado años. Nunca dejó de preguntarse cómo su madre pudo vivir con tanto dolor.

—Puede que lleve mucho tiempo callada —dijo ella, como si pudiera leerle el pensamiento—. Te he inculcado unos valores, te he educado en el socialismo. —Negó con la cabeza. Su mirada se ensombreció—. ¿Qué ha pasado?

—Sólo soy un *fonctionnaire* responsable de una política impopular, *maman*. Antoine ha vivido tu sueño —le explicó él.

Se levantó, y se preparó para la discusión que estaba teniendo lugar. Su hermanastro, Antoine, dirigía el pabellón de pediatría de un importante hospital y un dispensario en Marsella.

—Pero estos *sans-papiers* africanos, estos árabes... sólo son gente, ¿*non*? —Su voz se suavizó, suplicante—. Venimos a Francia como *pieds-noirs*, pero nunca nos vieron como verdaderos franceses. Éramos intrusos, y todavía lo somos.

—Es la ley, *maman*. Si no lo hago yo, lo hará otro.

—Eso también lo decían los nazis —dijo ella, negando con la cabeza.

Bernard se acercó a las altas ventanas del ministerio y bajó la mirada a la rue des Saussaies. Hubo una vez en la que la Gestapo detenía a quien quería en el cuartel general de la policía a una manzana de allí. Las luces de faroles proyectaban largos rectángulos temblorosos en los estanques de las fuentes del Elíseo.

¿Por qué ella no lo podía entender?

—Madres e hijos —suspiró ella—. ¿Cómo puedes deportarlos?

Bernard tenía un dolor de cabeza espantoso. Se frotó de nuevo los ojos. ¿Por qué no lo dejaba en paz?

—Tenemos leyes en Francia que nos aseguran *liberté, égalité, fraternité* —le explicó él—. Mi trabajo consiste en protegerlas, en seguir la política del ministerio. Ya lo sabes, *maman*. Yo no soy el que elabora estas directrices.

—Tienes cara de no haber dormido —le dijo ella, y se levantó lentamente, con la mirada fija en él. Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta—. Si tuviera tu trabajo, Bernard, tampoco podría dormir.

—*Maman*, por favor, sé razonable —dijo él—. Serví en el Palacio de Justicia, trabajé *como juge administratif*. Debo cumplir la ley.

—Bernard, puedes elegir —dijo ella dándose la vuelta de nuevo para mirarlo cara a cara—. Pero si tomas la decisión equivocada, no vuelvas a profanar mi casa.

Él se quedó en la ventana, y oyó cómo se marchaba arrastrando los pies.

Volvieron a él momentos de su infancia que tenía enterrados: los mucines que al amanecer llamaban a la oración, las largas y polvorientas colas para el pan, el sonido de la fuente de mosaico azul en el patio con arcos, los gritos en la oscuridad mientras el *souk* de su *quartier* ardía en llamas durante los disturbios.

Sonó el teléfono. Bernard dudó si contestar o no. Al final, lo cogió.

—*Le ministre* Guittard lamenta comunicar que las órdenes de inmigración no pueden ser ignoradas por más tiempo. —Era la suave voz de Lucien Nedelec, el subsecretario—. A su departamento, *directeur* Berge, le han ordenado que confirme la política de deportación. Por favor, proceda.

Hubo una larga pausa.

—Entiendo —dijo Bernard.

El atardecer de color melocotón ya había bañado el Sena al otro lado de la ventana de Bernard cuando sonó su interfono una hora más tarde.

—¿Hago pasar al *caporal, directeur*? —le preguntó su secretaria—. No tiene cita. Al palacio del Elíseo se le debió haber ocurrido un plan y querían su aportación.

—Dígales que enseguida voy.

¿Lo servirían en bandeja al país y a los medios, como el perfecto chivo expiatorio por la controvertida política? Ya había sido acusado por su madre. ¿Podría ir a peor?

Se abrochó el cuello de la camisa, se volvió a hacer el nudo de la corbata, y se puso la chaqueta.

El grupo paramilitar de la raid esperaba en el pasillo abovedado.

—*Directeur* Berge, acompañenos, por favor —le pidió un hombre de mirada fija vestido con el equipo antidisturbios.

Bernard, con la cabeza levantada, asintió.

—Después de usted, *monsieur*.

Bernard los siguió por pasillos cubiertos de alfombras del siglo XVIII y paredes de espejos que daban a una amplia escalera y un altísimo techo de más de nueve metros. Siempre había pensado que se parecía más a un museo que a un ministerio en activo. En la place Beauvau lo metieron en un Renault negro que los estaba esperando. Una vez dentro, el hombre de la mirada fija señaló el brumoso noreste de París.

—Lo vamos a escoltar hacia allí.

—¿No vamos al palacio del Elíseo? —preguntó él.

—Lo esperan en la iglesia —contestó.

—¿Quién? —preguntó Bernard, perplejo.

—Los que están en huelga de hambre en Notre-Dame de la Croix.

—¿No hay allí negociadores entrenados? —dijo Bernard, con la voz quebrada. Sabía que una multitud de *sans-papiers* había tomado la iglesia de Belleville. Algunos de ellos estaban en huelga de hambre en protesta por la deportación.

—Parece ser que han solicitado su presencia.

—¿Solicitado mi presencia? —preguntó Bernard.

—Usted es especial —contestó él, e hizo un gesto con la cabeza al conductor que

se unió al tráfico.

Tenía razón, pensó Bernard tristemente. Las cosas podían ponerse peor.

Lunes, a primera hora de la noche

—Anaïs, ¿dónde estás? —gritó Aimée. Al menos ya podía oírse a sí misma. El intenso calor la forzó a moverse, a olvidarse del recuerdo de su padre.

Avanzó a gatas por los adoquines, y finalmente se puso de pie. Alguien estaba llorando; oyó gritos a lo lejos. Sentía su cuerpo como si alguien lo hubiera golpeado con un bate. Durante mucho tiempo y con fuerza.

—Aquí, Aimée —gimió Anaïs.

Estaba tirada en la acera, atrapada debajo de un cartel de «Appartement à louer», arrancada de un edificio adyacente. Ese cartel de alquiler probablemente le había salvado la vida, pensó Aimée.

Aimée le buscó el pulso. Era débil, pero regular. Aimée la cogió de los hombros y la sacudió. Gimió. La cadena de oro se desprendió de su cuello, con los eslabones manchados de barro y torcidos. Su chaqueta de Dior, rosa como el ojo de una paloma, estaba salpicada de trozos de carne sanguinolentos, y su rubio pelo estaba enmarañado y apelmazado por la sangre. Había fragmentos de vinilo negro esparcidos por la calle.

—¿Me puedes oír, Anaïs? —le preguntó ella, en un tono de voz tranquilizador, mientras apartaba el cartel. Se arrodilló y le quitó las gafas de sol. Por suerte, le habían protegido los ojos de la explosión.

Anaïs parpadeó varias veces. Ya volvía a enfocar la mirada de nuevo.

—¿Dónde está S-S-Sylvie?

—¿Sylvie era la que se estaba montando en el Mercedes?

Anaïs asintió.

—Se ha ido, Anaïs —le confesó Aimée cogiéndole la barbilla con la mano para que la mirara a los ojos.

Anaïs pestañeó otra vez, y la miró fijamente. Ya estaba más lúcida.

—Te tiemblan las manos, Aimée —dijo ella.

—Las explosiones hacen que me ponga así —dijo Aimée, consciente del coche en llamas a pocos metros de allí—. Vámonos de aquí.

Anaïs vio que tenía sangre en la falda. Levantó la mirada, más allá de Aimée, y abrió totalmente los ojos, asustada.

—Vuelven —dijo Anaïs.

Aimée escudriñó la calle. La gente miraba por las ventanas. Varios hombres bajaban corriendo la calle.

—¿Quiénes?

Pero Anaïs ya se había puesto a gatas, tirando de Aimée para entrar por la puerta del número 20 bis, que la explosión había dejado entreabierta.

—¡Cierra la puerta antes de que nos vean! —dijo jadeando Anaïs.

Sin aliento, Aimée se metió dentro, y cerró la enorme puerta. Delante de ella, brillaba el botón rojo del interruptor automático de la luz. Lo pulsó. Una simple

bombilla iluminó el suelo húmedo y los buzones abollados. De todos los buzones, sólo en uno había un nombre: E. Grandet.

A la derecha de la escalera, un estrecho pasadizo con corriente de aire llevaba al patio trasero. Debajo de la escalera de caracol, había periódicos tirados en un montón polvoriento.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Aimée.

—Los que me seguían —contestó Anaïs.

Un griterío llegaba de la calle. ¿Y si los hombres tiraban la puerta abajo? Aimée se quedó inmóvil, sin saber si enfrentarse a los hombres o buscar una salida.

Ahora las voces procedían del otro lado de la enorme puerta. Unos fuertes golpes sacudieron la puerta, como si estuvieran atacando la chapa metálica. El miedo la impulsó a actuar.

—Vámonos —dijo Aimée, y sacó su bolígrafo-linterna.

—Mis piernas... no me responden —jadeó Anaïs.

Aimée la ayudó a ponerse de pie.

—Apóyate en mí —le dijo Aimée.

Juntas recorrieron cojeando el pasadizo que daba a la parte de atrás.

Su fino haz de luz se reflejaba parpadeante en la pared de piedra empapada; el verdín la cubría con parches verdes. Las paredes apestaban a moho y a orina.

Abril en París no era como en la canción, pensó Aimée, y no podía recordar cuándo lo había sido. Algo destellaba en las grietas, donde la piedra se unía a la alcantarilla. Se agachó, y apuntó con su pequeña linterna. Una perla indecentemente grande brillaba en la enorme hendidura.

La cogió, y limpió el limo con la manga.

—Anaïs, ¿se te ha caído esto a ti?

—No es de mi estilo —dijo ella respirando con dificultad.

Aimée metió la perla en el bolsillo trasero. Cuando pasaron lentamente por la puerta de madera carcomida, se alegró de llevar puestas las botas de cuero. Era una pena que tuvieran un tacón de cinco centímetros.

—¿Quiénes son, Anaïs?

—Sigue andando, Aimée —dijo Anaïs jadeando.

Se dirigieron hacia una vieja *fonderie* que había en el patio. Las recibió el revoloteo de unas palomas inquietas.

El edificio olía a basura. El pequeño haz de luz de su bolígrafo-linterna mostró varias bolsas de basura de plástico azul. Inusual, pensó ella. El edificio parecía desierto. No sólo eso, sino que además, en París la basura se recogía todo los días.

La luz de la luna iluminaba parte de los adoquines mojados por la lluvia y las húmedas paredes de dentro. Botellas verdes y vacías de Ricard desparramadas por lo que parecía ser la parte principal del viejo taller.

Ayudó a Anaïs a sentarse.

—Deja que busque una salida por la parte de atrás —le dijo Aimée—. Tú

descansa.

A la izquierda de Aimée, unas tuberías retorcidas y una red de cables eléctricos desgastados trepaban por el interior del edificio hasta lo que quedaba del tejado negro.

A través del agujero de arriba se podía ver la oscura cúpula del cielo, y un resplandor amarillo recortaba los tejados de Belleville. Aimée avanzó dando traspies sobre el resbaladizo hormigón, se le enganchó el tacón y salió dando tumbos. Se agarró a algo oxidado que se descascarilló en sus manos. Se puso derecha, y dio otro paso. Resbaló y perdió el equilibrio, pero sujetó la linterna, que apuntó su haz de luz hacia delante.

Enfrente de ella, había una pared de piedra de un metro y medio o un metro ochenta de alto. Unos irregulares fragmentos de cristal, como dientes sonrientes, coronaban la parte alta.

No había ninguna salida.

Aimée intentó no dejarse llevar por el pánico.

Cuando volvía junto a Anaïs, reparó en el asa del bolso de cuero blando de Dior que llevaba enredado al hombro. La última vez que Aimée vio a Anaïs también iba de Dior, radiante y bajando las escaleras de Saint-Séverin del brazo de su nuevo marido, Philippe, mientras las campanas de la catedral sonaban en la plaza de la *rive gauche*. Aimée recordó haber bailado con Martine y su padre en la recepción alumbrada por velas en el Crillon, y a Anaïs riéndose mientras Philippe bebía champán de su zapato de seda.

Aimée sacudió a Anaïs por el hombro.

—Por favor, Anaïs, dime qué está pasando —quiso saber Aimée—. ¿Esos hombres intentaban matarte?

A Anaïs le dieron arcadas, se giró, y vomitó encima de las botellas de Ricard vacías que había en la *fonderie*. La reacción retardada preocupó a Aimée: ¿se había dado cuenta en ese momento de eso, o tenía lesiones internas?

Anaïs se limpió la mandíbula con la manga de la chaqueta y asintió. Entonces, se echó a llorar.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo ella.

Aimée sacó su teléfono para pedir ayuda, pero se había quedado sin batería. Estaban atrapadas.

—*Nom de Dieu!* —exclamó Anaïs—. Esa *pute* de Sylvie, es por su culpa...

Anaïs se atragantó.

—¿Cómo... quién es ella?

—La cerda con la que se acostaba mi marido —le explicó Anaïs cogiendo aire. Se enderezó, y empezó a respirar profundamente por la nariz—. Con regularidad. Sylvie Coudray. Lo dejaron. Pero creo que ella lo chantajeaba.

Anaïs comenzó a llorar otra vez.

—Philippe es un pelele.

Aimée le limpió la boca, y le apartó el pelo. Se arrodilló a su lado, e intentó ignorar el hedor.

—¿Qué te dio Sylvie?

—¿Quién sabe? —alegó ella con los ojos como platos del miedo.

Metió la mano en el bolso. Cuando la sacó, tenía algo de metal, del tamaño de una brocha de maquillaje, y se lo pasó a Aimée.

Aimée reconoció la mano de latón con cinco dedos e inscripciones en árabe: una mano de Fátima de la que colgaban abalorios azules y un tercer ojo; era un talismán para protegerse contra el mal de ojo.

A lo lejos se oían sirenas; el niínoo niínoo se acercaba cada vez más. Aimée se imaginó que provenía del bulevar. Les llegó el sonido de más golpes desde algún lugar fuera del edificio. Más alto y con más fuerza. A Aimée casi se le cae la mano del sobresalto.

—¡Abran! —gritó una voz.

Aimée metió el talismán de nuevo en el bolso de Anaïs.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Anaïs.

Aimée posó una mano sobre Anaïs.

—Esto es un infierno —dijo Anaïs, mientras se tapaba los oídos con las manos salpicadas de sangre, y se balanceaba adelante y atrás—. Me tienes que ayudar... esto es tan desagradable —dijo tragando saliva y agarrando el brazo de Aimée.

Aimée le limpió la falda y la ayudó a levantarse.

—Philippe es ministro. ¡No puedo dejar que me encuentren aquí!

Se le doblaron las rodillas.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Aimée.

Anaïs asintió.

Desde el pasadizo llegaron sonidos de metal y pasos.

Aimée echó un vistazo al patio. Estaban rodeadas por el edificio en forma de «u» y la pared de piedra.

Detrás de ellas, la puerta de madera del pasadizo se cerró de golpe. Los pasos se oían más cerca. Aimée se figuró que la única salida sería por encima del muro de piedra coronado por fragmentos de cristal.

Aimée ayudó a Anaïs a llegar al muro, y entonces ahuecó las manos.

—Súbete. Ten cuidado con los cristales.

Aimée se estremeció cuando Anaïs le clavó un tacón en la mano. Cuando la levantó, Anaïs lanzó un quejido. Aimée cogió impulso y pasó el delgado cuerpo de Anaïs por encima del muro. Para ser una mujer pequeña, pesaba bastante.

—Sigue —susurró Aimée—. Déjate caer al otro lado.

Oyó cómo la madera se astillaba, y se imaginó que Anaïs había caído.

—Corre hacia el bulevar. Pase lo que pase, llega al metro —le dijo Aimée. Volver al coche sería imposible.

Aimée trepó, y se agarró a la piedra saliente. Subía lentamente e intentaba

encontrar puntos de apoyo para los pies, temiendo cortarse con el cristal si se quedaba atascada. Estaba agarrando la cornisa con la yema de los dedos, cuando oyó voces. Tenía que moverse y olvidarse del dolor.

Después de estirar la pierna hasta donde pudo y de arañar el tacón con la piedra, golpeó algo plano y se aupó.

Respiró profundamente, y acabó al otro lado del muro del patio de aquel edificio. Aterrizó de pie. Anaïs no estaba. Aimée se dirigió corriendo a unas plazas de garaje abandonadas, pero aminoró la marcha para evitar chocar contra algo y alertar a los vecinos. Unas bicicletas oxidadas y unos parachoques que antes habían sido cromados estaban apilados próximos unos de otros.

—Aquí —susurró Anaïs.

Aimée entrecerró los ojos, y vio a Anaïs agachada y de rodillas en el lodo, detrás del descolorido cartel de neumáticos Pirelli.

—Vámonos —le exhortó Aimée.

Anaïs empezó a gatear, mientras dejaba escapar débiles quejidos. Cuando Aimée llegó adonde estaba ella para ayudarla, se dio cuenta de que Anaïs tenía las piernas destrozadas por los cristales.

—Intenté caminar, pero las piernas no me respondían —le explicó ella, con el rostro pálido a la luz de la luna.

Aimée volvió a mirar, y vio que del muslo de Anaïs salía sangre, que le estaba empapando la falda. Si no paraba la hemorragia, Anaïs se desmayaría. No podía llegar hasta allí con ella y abandonarla. Aimée echó un vistazo rápido a su alrededor. ¿Por qué Anaïs no llevaba un fular de seda alrededor del cuello como casi todas las parisinas? Cogió lo primero que vio: la cámara desinflada de un neumático, y con ella le hizo un torniquete en la pierna. Lo apretó, y eso detuvo la hemorragia.

Anaïs esbozó una leve sonrisa.

—Perdóname, Aimée, por haberte metido en esto.

—Estás siendo muy valiente —le dijo Aimée, mientras la levantaba y pasaba un brazo alrededor de ella. Le apartó el pelo de los ojos—. Sé que duele. Intenta caminar; llegaremos al metro. No está lejos.

—¡Pero mírame! ¿Qué va a pensar la gente? —preguntó Anaïs señalando su pierna y su traje salpicado de sangre.

Tiene razón, pensó Aimée. Pero ¿qué podían hacer?

Aimée la llevó medio a rastras, cargó con ella durante varios metros por las plazas abandonadas, llenas de charcos y de lodo, por delante del garaje semitechado. No podía seguir así todo el camino hasta el metro, y dudaba que encontrarán un taxi allí. Sin mencionar las miradas curiosas de los vecinos. A los *flics* no les parecería muy bien que escaparan de una explosión.

El cuerpo de Anaïs era ya casi como un peso muerto. Vio que se le cerraban los ojos, y se quedaba sin fuerzas.

Aimée la puso debajo de un alero ondulado atestado de viejas bicicletas y

ciclomotores. Estaban atrapadas en un aparcamiento lleno de barro.

No podía dejar a Anaïs allí. Intentó pensar, pero le dolían los hombros, tenía las piernas llenas de cortes de cristales, y se preguntaba qué demonios hacía con la esposa de un ministro a quien la perseguían unos hombres que, probablemente, habían colocado una bomba debajo del coche de la amante de él.

¿Qué podía hacer?

La parte superior de la valla metálica tenía alambre de espino. Pero sólo un candado Bricard sujetaba la verja. Se colocó el bolso de Anaïs alrededor de su cuerpo, y buscó su bolsa de maquillaje en la mochila. Encontró las pinzas suecas de acero inoxidable. En menos de dos minutos había abierto el candado, y amortiguó el sonido metálico con la manga de su jersey. Después se limpió el sudor de la frente con la otra manga, e inspeccionó las motos que había desparramadas alrededor de Anaïs.

De ninguna manera iba a poder darle a los pedales, conducir y agarrar a Anaïs. Estaba exhausta. Se fijó en un ciclomotor Motoguzzi abollado aunque servible al lado de una lata de aceite. Era como el suyo, pero mucho más viejo. Y con muchos más caballos. Algo que sabía sobre los ciclomotores era que podían funcionar con los gases varios kilómetros, y si la bujía estaba bien todavía podrían lograr escapar.

Después de desenroscar la bujía, sopló para quitarle el carbono, raspó la corrosión de la punta de encendido con sus pinzas, y la volvió a enroscar. Sacudió la moto de un lado a otro para agitar el gas, sacó el estárter, y rezó. Empezó a pedalear. Silencio. Siguió pedaleando, y finalmente eso se vio recompensado por una tos. *Bien*, pensó ella. Este tipo de moto italiana caprichosa cumpliría con paciencia y mimos. Con mucho más estímulo, la tos se convirtió en un fuerte zumbido. Ayudó a Anaïs a subir, y pasó la pierna con el torniquete por encima de la parte trasera del asiento del ciclomotor. Anaïs parpadeó, y abrió los ojos de par en par. Empujó a Aimée del hombro e intentó apearse.

—¡No! —gritó—. No puedo hacerlo.

—¿Tienes una idea mejor? —le preguntó Aimée.

A lo lejos, se oía cómo se acercaba el sonido de una sirena.

—Odio las motocicletas —se quejó ella.

—Bien, esto es un ciclomotor —le dijo Aimée, que aceleró el motor y metió primera—. ¡Sujétate!

Anaïs se agarró a la cintura de Aimée.

—Pase lo que pase —le avisó Aimée—, ¡no te sueltes!

Aimée llegó a la rue Sainte-Marthe cuando la ambulancia del samu entraba en la rue Jean Moinon. Qué extraño. ¿Por qué no habían llegado primero los bomberos?

Un coche blanco y negro de la *flic* patrullaba desde la rue de Sambre-et-Meuse, y bloqueaba el atajo al Goncourt metro.

—Vamos a pedirles que nos ayuden, Anaïs.

—*Non*, nada debe vincularme a Philippe —le explicó.

A Aimée el corazón le dio un vuelco cuando Anaïs la agarró con dedos de acero.

Mantuvo una velocidad constante, por miedo a que ir más rápido levantara sospechas. Los *flics* giraron en la otra dirección. Ella se metió en la place Sainte-Marthe, una pequeña plaza empapada por la lluvia, y con su único café cerrado por la tarde.

Se fijó en que un Renault Twingo oscuro giraba después de ella en el otro extremo de la plaza. Cuando apareció el letrero *art nouveau* de color cardenillo del metro, el coche ya se había acercado lentamente por detrás de ellas.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el coche la adelantó. Aimée condujo cerca de la entrada de metro más cercana, y el coche le interrumpió el paso. Las puertas se abrieron de golpe, y salieron dos hombres fornidos.

Ella torció en el último minuto para alejarse de ellos, pero una figura grande como un oso bloqueó el mojado pavimento. Delante de ellas había un quiosco de periódicos, cerrado con candado, y las escaleras del metro.

Aimée examinó la intersección, y vio unos coches detenidos delante del semáforo en rojo y entradas del metro en las otras esquinas. Delante había un Crédit Lyonnais enfrente de un Crédit Agricole, con un café ruinoso que todavía anunciaba carreras de caballos y una tienda FNAC Télècom al otro lado.

—Anaïs, agárrate fuerte.

—¡No, Aimée! —gritó Anaïs.

—¿Quieres pasar la noche con estos *mecs*? —le preguntó Aimée—. ¿O en el *Comissariat de Police*?

—*On y va* —gimoteó Anaïs, clavándole las uñas en el estómago.

Aimée rodeó el quiosco, zigzagueó por la estrecha calle, y bajó por las escaleras del metro, mientras pitaba y gritaba: «¡Apártense!». Los matones no se dieron cuenta hasta que pasó un minuto de que el ciclomotor había bajado por las escaleras, y fueron tras ellas.

Los viajeros que salían gritaban y se pegaban a la barandilla cuando bajaron dando tumbos y bamboleándose. Aimée frenó.

¡Gracias a Dios que Anaïs era una mujer pequeña! Aun así, le dolían las muñecas de frenar tan fuerte con los manillares. Fueron a parar a la taquilla, y su avance se vio bloqueado por los plásticos y barricadas de unas obras. Un hombre de uniforme gritó desde dentro de la taquilla, negó con la cabeza, y golpeó el cristal. El olor a goma quemada de los frenos del ciclomotor y el humo negro llenaron el aire.

Estaban reparando los torniquetes por la noche, vaya suerte la de ellas, ya que el metro llevaba menos viajeros que de costumbre. Aunque Aimée también se percató de que serían presa de los matones si no llegaban al andén, se deshacían del ciclomotor, y entraban en un tren rápidamente.

Unos obreros con mono azul taladraban y daban martillazos bajo luces

deslumbrantes. Varios de ellos dejaron lo que estaban haciendo para reírse disimuladamente y silbar. Se callaron cuando vieron las manchas de sangre de Anaïs y su mirada aterrorizada.

—*Tiens*, esta sección está cerrada —dijo uno de los obreros—. Vayan por la otra entrada.

—El *salop* de su novio le ha pegado —improvisó Aimée.

—No se permiten los ciclomotores, *mesdemoiselles*.

—Nos está siguiendo, y ha jurado que la matará —siguió ella—. Necesitamos ayuda.

Un hombre grande y con barba dejó su taladradora y se puso de pie.

—¿Nos deja pasar? —le pidió ella—. ¡Por favor!

Él dio un paso adelante, apartó los plásticos a un lado con un gesto teatral, e inclinó la cabeza.

—*Entrez, mesdemoiselles*, cortesía de la ratp. Por favor, adelante.

—Todavía existe la caballerosidad. *Merci* —le agradeció ella.

Aceleró el motor, y pasó como una bala por la obra. La recibió un aire caliente mezclado con polvo de hormigón. El ciclomotor se bamboleó cuando pasó por un charco, y la rueda trasera casi se quedó encajada. Pasaron a gran velocidad por el túnel revestido de azulejos y por delante de carteles de Canal 2 hasta llegar a una bifurcación.

Se detuvo. Tenía dos opciones delante de ella: un tren en dirección a Châtelet o uno en dirección a Mairie des Lilas. ¿Cuál llegaría primero?

En el metro nocturno no pasaban muchos trenes. Aimée pensó que, cogieran el tren que cogieran, los hombres se separarían y cada uno tomaría un andén. Aunque ella y Anaïs pudieran entrar en uno de ellos, las seguirían sin ningún problema. ¡Si tan sólo Anaïs pudiera caminar, o si pudiera con ella!

De cualquier modo, no llegarían muy lejos.

A la derecha había un hombre sentado con las piernas cruzadas sobre un saco de dormir. Su cabeza rapada brillaba bajo la luz del techo. Las miró con expresión divertida, mientras apuntaba el cuenco de la limosna.

Los azulejos brillaban en el cálido metro. Unos letreros azules y blancos señalaban el *accès aux quais* y la *sortie* a la avenida Parmentier. Su única solución sería subir las escaleras de salida que tenía a la izquierda. ¿Tendría el ciclomotor combustible suficiente para hacerlo? Aimée lo dudaba.

—Adelante —la incitó Anaïs, lo que sorprendió a Aimée.

Pero ¿podría subir a Anaïs por las escaleras en el ciclomotor? Le dolían los brazos, y ¿remontaría la moto con el peso de las dos?

De la zona de la taquilla llegaron unos gritos.

—Ayúdanos, y haré que tu tiempo valga la pena —le prometió al sin techo.

—¿Cuánto valdría mi tiempo? —le preguntó en tono negociador, pero se había levantado y se sacudió el polvo de los gastados pantalones.

—El ciclomotor es tuyo —le respondió ella pasándose la manga por la sudorosa frente y pensando rápido— si me ayudas a llevarla hasta final de la escalera. ¿Trato hecho?

—¿Por qué no?

El hombre sonrió de oreja a oreja, y a toda prisa recogió su petate.

—Ven con nosotras a las escaleras —le dijo ella—. Deprisa.

Él corrió hacia la salida. Aimée oyó pasos pesados detrás de ellas.

Aceleró el motor y salió disparada. El túnel describía una curva, y Aimée fue detrás del hombre.

—Si llegamos a la mitad, Anaïs, salta, y nosotros te cargamos el resto del trayecto. Ahora agárrate a mí, y reza —gritó.

Ya pensaría en el Twingo si llegaban arriba.

En el primer tramo de escaleras, Aimée le dio un fuerte tirón al manillar para acelerar, y sintió cómo la moto respondía. Las ruedas vibraron cuando subieron algunos escalones, y forzó el motor. Pero el ciclomotor subía. Cada vez más alto. Aimée pudo ver a través de la salida la oscura cúpula del cielo.

La moto casi había llegado a los últimos peldaños cuando notó que las ruedas se sacudían.

A Aimée le dio la desagradable sensación de que la moto se encabritaba como un caballo. Desaceleró.

El sin techo alargó la mano y sujetó a Anaïs.

—Baja, ¡pesa demasiado! —gritó él—. La subiremos nosotros.

Anaïs la soltó.

—Agárrate al manillar, Anaïs —dijo Aimée bajándose y pasándole los brazos por los hombros.

El tiempo transcurría lentamente mientras el hombre y ella subían a Anaïs en la moto por las escaleras del metro.

El motor chirrió, gruñó. Por el rabillo del ojo, vio que el hombre sujetaba a Anaïs para que no se le cayera encima.

Pero el ciclomotor volcó. Como un animal derribado, rechinó en vano y se cayó hacia un lado.

—*Allons-y!* —exclamó ella.

Sólo quedaban unos cuantos escalones para llegar arriba.

Cogió a Anaïs por las axilas, y, junto con el hombre, la ayudó a subir cojeando los últimos escalones.

—*Merci* —le agradeció Aimée—. Diles que cogimos el metro dirección Châtelet.

—Y que os acabáis de ir —dijo el sin techo, mientras ponía la moto derecha.

Se alejó por la acera. Aimée esperaba que el hombre mantuviera a sus perseguidores ocupados un rato.

—*Attends*, Anaïs —le dijo, echada boca abajo para escudriñar las inmediaciones de un pequeño muro divisorio de cemento que estaba cerca del Crédit Lyonnais.

Vio el Twingo, aparcado ilegalmente en el bordillo de enfrente, y a un hombre con traje oscuro que miraba en todas direcciones. Si ella y Anaïs pudieran unirse a los transeúntes y cruzar hacia la parada de taxis en la rue du Faubourg du Temple, escaparían. El tráfico iba al ralentí en la intersección. A lo lejos, se veía el canal Saint Martin bordeado de árboles.

Las esperanzas de Aimée se desvanecieron cuando Anaïs se quejó de nuevo. De ningún modo podía levantarla y cruzar hacia la parada de taxis. Una pareja salió de un edificio de apartamentos riéndose y besándose, mientras caminaban hacia el metro.

Aimée rodeó el pequeño muro, y ayudó a Anaïs a llegar detrás de unos arbustos. Cerca del quiosco había unos cartones apilados, que les servirían de escondite.

—Agáchate. Iré a buscar un taxi —le dijo sacándose el jersey para taparla.

Aimée se estremeció en su camisa húmeda de seda, y colocó un cartón encima de un enorme charco. Anduvo a gatas hacia el bordillo, y se agazapó detrás de un platanero. Cuando pasó otra pareja, se puso de pie, giró la cabeza y cruzó la calle pegada a ellos.

Cuando el taxista, a quien le había prometido una buena propina, se detuvo al lado de la acera para recoger a Anaïs, el conductor del Twingo ya los había visto. Se metió rápidamente en el coche y encendió el motor.

—Pierda de vista a ese coche —le pidió Aimée al taxista.

Anaïs buscó en su bolso, y sacó un fajo de francos.

—Toma, usa esto —dijo, poniéndoselo en la mano.

—Aquí tiene cien francos —le explicó Aimée al taxista—. Hay más si conseguimos salir del *bas quartier* sin nuestro amigo.

—*Quinze Villa Georgina* —consiguió decir Anaïs antes de desplomarse en el asiento. Aimée le aflojó el torniquete, contenta de ver que la hemorragia había parado, y le puso la pierna en alto.

Mientras recorrían a toda prisa las calles de Belleville hacia el *pare des Buttes Chaumont*, Aimée se sentó encorvada. El reflejo de la luz de las farolas parpadeaba sobre las ventanillas del taxi. En los cafés y restaurantes se veía gente animada a pesar de que era una noche fría y húmeda de abril. Aimée recordó el buzón con «E. Grandet» escrito en él.

—¿Para qué quedaste con Sylvie? —le preguntó a Anaïs.

—Me gustaría olvidarme de eso —le contestó, conteniendo las lágrimas.

—Anaïs, por supuesto que es doloroso, pero si no me hablas —le dijo—, ¿cómo puedo ayudarte?

Pobre Anaïs. Quizá se sentía culpable. ¿No albergaban las esposas pensamientos asesinos hacia la amante de sus maridos por muy civilizado que hubiera sido el acuerdo?

—Sylvie acordó quedar conmigo —le explicó Anaïs frotándose los ojos—. Decía que no confiaba en los teléfonos.

—¿Qué ocurrió?

—La puerta de entrada estaba abierta —dijo. Se lamió los nudillos, que tenía en carne viva de rozarlos contra la tierra—. Subí. El rellano estaba salpicado de excrementos de paloma.

—El edificio parecía que estaba preparado para su demolición —dijo Aimée—. ¿Vivía Sylvie allí?

¿Por qué una mujer que conducía un Mercedes vivía en un tugurio como ese?

—Sylvie me dijo que quedáramos allí. Eso es lo único que sé —dijo con la mirada baja—. Enseguida discutimos.

—¿Discutisteis? —le preguntó Aimée.

Las luces de Belleville titilaban mientras serpenteaban por las calles llenas de cuestas. Aimée levantó la cabeza, pero no vio ningún Twingo detrás de ellos.

—Fue culpa mía. Me enfadé —dijo Anaïs negando con la cabeza—. Todos esos años de mentiras... no podía tranquilizarme. Sylvie se acercaba una y otra vez a la ventana. Me ponía nerviosa. Me enfadé y me fui corriendo.

Aimée se preguntó qué había estado intentando contarle Sylvie a Anaïs. Pudo haber ido a la ventana a ver si la habían seguido o porque tenía miedo de que hubieran seguido a Anaïs.

—¿Estaba Philippe al tanto de que ibas a quedar con ella? —le preguntó ella.

—¿Por qué iba a estarlo? Philippe me dijo que había terminado con ella hacía meses —le explicó Anaïs—. Las cosas entre nosotros iban a mejor.

Miró fijamente a Anaïs. ¿Había ido para asegurarse de que él había cumplido su palabra?

—¿Por qué querías que te ayudara?

—Llámame cobarde —dijo Anaïs mordiéndose el labio—. Me avergüenza haber pensado que quería dinero. Sólo quería pedirme perdón.

—¿Quieres decir perdonarla por el pasado?

—Me dijo que sentía que las cosas se hubieran intensificado —dijo Anaïs respirando rápidamente.

—¿Intensificado?

—Ese fue el término que usó la *pute*. ¿Te lo puedes creer?

Negó con la cabeza. Se echó hacia atrás y respiró profundamente.

Cuando llegaron al ángulo donde se encontraban las calles en Jourdain, el taxista ya había perdido de vista al Twingo, pero dio vueltas por las sinuosas calles que rodeaban la iglesia de Saint Jean Baptiste varias veces para asegurarse.

El taxi siguió las calles con casas adosadas cortadas por amplias escaleras de piedra bordeadas de faroles. Los tejados del siglo XIX se desdibujaban debajo de ellas. En la rue de la Duée, entraron en la estrecha y adoquinada Villa Georgina. Se dio cuenta de que esta zona poco conocida era una de las más exclusivas y caras de Belleville.

—Te contrato —le dijo Anaïs— para que me digas qué significa esto.

Buscó en su bolso, y sacó la mano de Fátima y otro fajo de francos.

—Tómalo como un anticipo.

—¿La mano? —le preguntó Aimée cuando Anaïs le puso el talismán de bronce y con abalorios azules en la diestra.

Anaïs le metió el fajo de billetes en el bolsillo.

—Quizá no signifique nada, pero quiero saber quién la mató —le explicó—. Averígualo.

Cerró los ojos.

—Anaïs, habla con Philippe. Estás metida en un lío —le dijo, exasperada por su reacción—. Si volaron el coche de Sylvie, y vieron cómo te entregaba algo...

—Por eso tienes que quedártelo —le dijo, con mirada sombría y seria.

Qué pena que eso no hubiera ayudado a Sylvie, pensó Aimée.

—Mi pequeña Simone pensará que me he olvidado de ella —dijo Anaïs, con tono de preocupación—. La acuesto yo siempre.

En las ventanas del piso de arriba, brillaban con fuerza unas luces cuando el taxi se detuvo.

—*Quelle catastrophe!* ¡Philippe ha organizado una recepción para la delegación argelina de comercio!

—Preocúpate de eso más tarde —le dijo Aimée—. Mira, Anaïs, esta noche hemos infringido parte del código penal, quiero parar mientras todavía siga libre en las calles.

—Estás conmigo en esto —dijo Anaïs, con la voz quebrada—. Siento haberte involucrado, pero no puedes detenerte ahora.

Era verdad. Pero Aimée quería perderse en la oscura y húmeda noche y no mirar atrás.

—Ahora mismo —dijo— tenemos que meterte dentro.

Se volvió hacia el taxista, y le ofreció más billetes de cien francos de Anaïs.

—Por favor, espérame aquí.

Ayudó a Anaïs a llegar a una puerta lateral de color azul cobalto que había en un estrecho callejón. Tras varios golpes, una mujer con mucho pecho, cuya silueta se recortaba en la luz, abrió la puerta. Aimée no le pudo ver la cara, pero oyó un jadeo.

—*Madame... gava?*

—Vivienne, no dejes que me vea Simone —le pidió Anaïs, como si estuviera acostumbrada a dar órdenes—. Ni nadie. Dame algo para ponerme encima.

Vivienne se quedó clavada donde estaba.

—*Monsieur le ministre...*

—*Vite, Vivienne!* —le espetó Anaïs—. Déjanos entrar.

La mujer se puso en marcha, abrió la puerta y las condujo adentro. Le tendió bruscamente un delantal a Anaïs.

—Ayúdame a sacarme la chaqueta —le ordenó.

Vivienne le quitó la chaqueta manchada de sangre con cautela, y la dejó en el

suelo de la cocina.

Anaïs se tambaleó y se apoyó en la encimera, donde había una fila de bandejas con aperitivos. Los labios de Vivienne se entreabrieron por el miedo, y agarró su almidonado uniforme de doncella.

—Pero debe ir a *l'hôpital, madame* —dijo ella.

—Vinagre —susurró Anaïs, cansada del esfuerzo que había hecho.

—¿Qué, *madame*?

—Empapa la maldita chaqueta en vinagre —murmuró Anaïs.

Aimée supo que se estaba desvaneciendo rápidamente.

—Vivienne, dígale a le *ministre* que de repente se ha intoxicado con algo que ha comido —le pidió Aimée, que examinó los platos—. Esos —señaló ella—. Mejillones contaminados. Pídales disculpas a los invitados.

—Por supuesto —asintió Vivienne, apoyada en los cajones de la cocina.

—Me la llevaré arriba —dijo preocupada Aimée—. Traiga vendas. Y también toallas si tiene; está sangrando de nuevo.

Aimée cogió el trapo de cocina que tenía más cerca y se lo ató alrededor de la pierna.

Vivienne cogió una bandeja de *eruditos*, y salió rápidamente de allí.

Pudieron llegar arriba y recorrieron cojeando un pasillo en penumbra. El suelo de madera crujía a cada paso que daban.

—*Maman!* —dijo una voz de niña desde detrás de la puerta entreabierta de una habitación—. ¿Dónde está mi *bisou*?

Su tono, tan seguro aunque con un dejo de añoranza, se elevó al final de la frase. Su pequeña voz conmovió a Aimée.

—*Un moment, mon coeur* —le dijo Anaïs, que hizo una pausa para recobrar el aliento—. Tengo una invitación especial para ti: puedes venir a mi cuarto en un minuto.

¿Le pidió alguna vez a su madre un beso de buenas noches? ¿Le escuchaba ella? Lo único que recordaba era que le decía con su monótono acento americano: «Cuídate, Amy. Nadie lo hará por ti».

En la habitación de techos altos, con paredes de color amarillo pálido y cortinas violeta claro, Aimée ayudó a que Anaïs se quitara la ropa.

Le limpió la sangre de las piernas, le puso el camisón, y la metió en la cama. Le colocó varios almohadones debajo de la pierna. De nuevo, después de aplicarle presión directa, dejó de sangrar. Gracias a Dios.

Aimée ató su jersey húmedo alrededor de la cintura.

El rostro hundido de Anaïs mostraba un gran cansancio. Pero cuando una niña de pelo color zanahoria, con un pijama de franela salpicado de estrellas, asomó su cabeza por la puerta, su cara se iluminó.

—*Maman*, ¿qué ocurre? —dijo la niña con el entrecejo fruncido en señal de preocupación. Se metió con los pies descalzos al lado de su madre.

—Simone, estoy un poco cansada.

—Tenía muchas ganas de verte, *maman* —dijo la niña.

—Yo también —le confesó Anaïs, abriendo los brazos y abrazando a su hija—.

Merci, Aimée. Ya estoy bien.

Aimée salió sin hacer ruido de la habitación. Pasó al lado de Vivienne, que proyectaba una enorme sombra, y que llevaba antiséptico y toallas.

—Por favor, llame al doctor de Anaïs —le dijo—. Ya no sangra, pero deberían verla por si tiene lesiones internas.

Vivienne asintió.

—Vigílela, por favor —siguió—. Llamaré más tarde.

Abajo, en la puerta de la cocina, Aimée se detuvo a echarle un vistazo a la recepción que estaba teniendo lugar. Al lado de vino frío de Argelia y zumos de frutas, habían colocado una mezquita hecha con terrones de azúcar con detalles pintados en turquesa y adornada con una cúpula de oro. Apiñados debajo de las arañas dieciochescas de los de Froissart había unos grupos de hombres, algunos con chilabas, otros de traje. Se oían conversaciones en árabe y en francés.

No había visto a Philippe de Froissart desde la boda, pero lo reconoció apiñado entre unos militares de uniforme. Había envejecido; su nariz de pájaro era más prominente, tenía arrugas en sus mejillas rosadas, y su negro bigote se estaba encaneciendo. Su espeso y oscuro pelo, era ahora blanco en las sienes y rizado a la altura de la clavícula. Aunque ahora ejercía de aristócrata, otrora había sido miembro del partido comunista. Se había convertido en un socialista descafeinado, pensó, como el resto del mundo.

No quería colarse en la recepción, manchada de lodo y sangre... la sangre de la amante de Philippe. Pero tenía que llamar su atención y decirle lo que había pasado. Le hizo un gesto con la mano, con la mitad del cuerpo detrás de la puerta.

Finalmente, Philippe la vio. A regañadientes, se disculpó, lo que hizo que varios hombres se giraran y miraran en su dirección.

—Bueno, Aimée, cuánto tiempo. La intoxicación... ¿está Anaïs bien? —dijo Philippe sorprendido.

—Vivienne va a llamar al médico —le informó Aimée mientras cogía un taburete de al lado de la encimera, y cerraba con el pie la puerta de la cocina.

Philippe reparó en su vestimenta, y entrecerró los ojos.

—Por supuesto que la intoxicación es seria, pero ¿cómo es que estás aquí?

—Siéntate, Philippe.

Aimée se apoyó en la brillante encimera de granito, tenía la boca seca. Se mordió el labio.

—El ministro está aquí, ¿qué ocurre? —preguntó él con la mirada atenta.

—Philippe, ha habido un atentado con coche bomba —le comunicó ella.

—Coche bomba... ¿Anaïs? —la interrumpió él, con los ojos encendidos. Se encaminó hacia la puerta.

—Escúchame. Sylvie Coudray está muerta.

Philippe se detuvo.

—Sylvie... No, no puede ser —parpadeó varias veces.

Aimée vio conmoción en su rostro. Y tristeza.

—Lo siento —le compadeció Aimée—. Giró la llave de contacto, y entonces...

Se dejó caer pesadamente en la silla, mientras negaba con la cabeza.

—*Non*, no es posible —repitió él, como si sus palabras pudieran negar lo que había pasado.

—Philippe, su coche estalló justo delante de nosotras.

Se sentó, aturdido y mudo.

—¿Entiendes? —le preguntó Aimée con un tono de voz más alto—. La explosión nos lanzó por los aires; puede que Anaïs tenga lesiones internas.

Fue como si Philippe hubiera chocado contra una pared hormigón. Con toda su fuerza.

—¿Qué tiene que ver eso contigo, Philippe?

—¿Conmigo?

Se frotó la frente.

El tintineo de los cubitos de hielo acompañaba al murmullo de voces que venía de la otra sala. Había unas bandejas de ensalada mustia al lado del fregadero.

—Sylvie intentaba contarle algo a Anaïs.

Philippe se levantó con ira en los ojos.

—¿Y?

Aimée se preguntó por qué estaría reaccionando así.

—Anaïs podía haber sido la que estaba en ese coche —dijo ella.

—Nunca —dijo él—. No se llevaban bien.

Eso era quedarse corto.

—Ayudé a Anaïs a escaparse...

—¿A escaparse? ¿Qué quieres decir?

—La siguieron unos hombres —le explicó Aimée—. Nos persiguieron cuando asesinaron a tu amante.

—Pero Sylvie no es mi amante —la interrumpió él.

Philippe pasó por delante de la nevera de acero inoxidable. Unos dibujos de preescolar, con «Simona» garabateado con rotulador rosa, cubrían la mayor parte de la puerta.

—No deberías estar aquí —le dijo él.

—Pero Philippe —protestó Aimée—, Sylvie trataba de decirle a Anaïs...

A Aimée la interrumpieron dos hombres cogidos del hombro, que abrieron de repente las puertas de la cocina.

—¿A qué viene tanto secretismo, Philippe? ¿Eh, escondiéndote en la cocina? —dijo un hombre sonriente con el pelo rizado y las mejillas sonrosadas, mientras se subía las mangas de su chilaba. Tenía los ojos risueños y la piel canela. Vio a Aimée

y arqueó las cejas.

—Llámenme aguafiestas —dijo Aimée, con la esperanza de que se fueran—. Disculpen mi apariencia, estoy de ensayos —dijo para explicar su vestimenta. No quiso profundizar—. Una miniserie alemana... una adaptación de Brecht.

—¿No vas a presentarnos, Philippe? —le preguntó el hombre. De los dos, era el que parecía más agradable.

—Una amiga de mi esposa, Aimée Leduc —dijo Philippe de mala gana—. Te presento a Kaseem Nwar y *le ministre* Olivier Guittard.

Los dos hombres sonrieron y la saludaron con la cabeza. Guittard le echó un vistazo a Aimée, a quien de primeras ya no le cayó bien. No tenía nada que ver con su reloj Cartier o su pelo rubio perfectamente peinado. Se lo imaginó con una esposa rubia a juego y 2,5 hijos rubios.

Kaseem se volvió hacia Philippe.

—Está claro que vas a anunciar la financiación continuada de la misión humanitaria, ¿verdad?

Hablaba con un ligero acento argelino, y parecía decidido a arrinconar a Philippe.

Vio que este se ponía tenso.

—*Tiens*, ¡qué impaciente eres, Kaseem! —dijo Philippe sin alterar la voz.

Le pasó a Kaseem el brazo por encima del hombro, y le lanzó una mirada a Aimée que decía: «Mantén la boca cerrada».

A Aimée no le gustó, pero le otorgó el beneficio de la duda. No tenía por qué contarles lo que había ocurrido a esos hombres.

—Sabes que es una cualidad que admiro, pero la asamblea no piensa igual —dijo Philippe—. Ayer por la noche aconsejamos que la delegación espere al año que viene.

—El plan de Kaseem está supeditado a la época de sequía, Philippe —dijo Guittard—. No queremos decepcionarle ni a él ni a sus patrocinadores.

—Las reuniones sociales requieren vino, Olivier, ¿no estás de acuerdo? —le preguntó Philippe mientras alargaba la mano para descorchar una botella de Crozes-Hermitage que había en la encimera—. ¿O zumo para Kaseem?

Aimée no alcanzaba a ver el rostro de Philippe mientras desviaba la conversación. O lo intentaba.

—¿Qué tal tu vino, Philippe? —dijo Olivier—. ¿Ha dado buena cosecha el Château de Froissart?

—Pronto —dijo Philippe—. La vinicultura lleva su tiempo. Todo el mundo pasa apuros los primeros años.

—¿Así que tienes a tus mujeres en la cocina como nosotros, Philippe? —Kaseem sonrió. Se volvió hacia Aimée—. No se ofenda, estoy bromeando. Algunas mujeres se sienten más cómodas.

Aimée esbozó una débil sonrisa. No creía que tuviera aspecto de ama de casa.

Philippe se frotó sus blancos y rollizos pulgares. Su rostro se volvió inexpresivo.

—Discúlpanos.

Se llevó a sus invitados en dirección al comedor.

Philippe volvió con mirada sombría.

—Yo cuidaré de Anaïs —le dijo, y la llevó a la puerta trasera.

—Philippe, ¿por qué la siguen unos hombres? Su rostro se enrojeció.

—¿Cómo voy a saber de qué estás hablando? Deja que hable con Anaïs. Y le cerró la puerta en las narices.

En el taxi de vuelta, Aimée se preguntó qué escondería Philippe. Y se dio cuenta de que no había visto a una sola mujer en la recepción.

En Île Saint-Louis, Aimée le pidió al taxista que se detuviera en la esquina antes de llegar a su piso. Sus manos no dejaban de temblar, y se le cayó el cambio al suelo. Necesitaba una copa. Las tenues luces del restaurante Les Fous de L'Isle brillaban en la rue des Deux Ponts. Le metió cien francos debajo de la solapa.

—Llámame la próxima vez —le dijo él, y le dio su tarjeta, que decía «Franck Polar».

—No registre la tarifa —le pidió—. Eso si quiere que lo llame de nuevo. *Mero*.

Salió y respiró el aire frío y vigorizante, lo que hizo que le escocieran los moratones y los cortes. Una desagradable humedad emanaba de los inclinados edificios de piedra, y se arrebujó el jersey para abrigarse mejor. Delante de ella susurraban los frondosos árboles del muelle, y el Sena chapaleaba bajo el Pont Marie. A punto estuvo de pisar excrementos de perro, lo que le recordó a *Miles Davis*, su bichón frisé: era su hora de la cena.

Oyó música que venía de la estrecha y húmeda calle. Fuera del restaurante, una pizarra anunciaba en tiza azul «¡Quinteto de jazz!». Abrió las puertas de cristal (cubierta de pegatinas con las tarjetas de crédito que se aceptaban allí), y pasó por delante de las altas plantas en maceta. La recibió el cálido y brumoso humo. Se moría por un cigarrillo.

El quinteto descansaba mientras la batería hacía un solo. La pianista estaba sentada a la derecha, con los ojos cerrados y un cigarrillo en la comisura, mientras el saxofonista, el trompetista y el contrabajo se balanceaban al compás de las notas. En todas las mesas había clientes comiendo, y gente de pie en todo el bar. El pitido de teléfonos móviles, la bruma azul del humo de los cigarrillos, y la familiar sonrisa de Monique, que mostraba unos dientes separados, hicieron que Aimée se sintiera en el bar como en casa.

Se hizo un hueco en la barra entre un corredor de bolsa con un bonito perfil y un hombre mayor de pelo largo, que decía con orgullo a cualquiera que quisiera escuchar que su hija Rosa tocaba el saxofón, aunque estaba en el *Conservatoire de Musique*.

—Ça va, Monique?

—*Bien*, Aimée. ¿Trabajando?

Monique la miró, y le puso un vaso de vino tinto de la casa delante de ella.

Aimée asintió.

—*Et après?* —preguntó Monique.

—Un *steak tartare* para llevar —dijo ella.

Monique asintió solemnemente.

—*Un tartare pour Mails Daviz* —le dijo Monique al chef, su hermano, que también tenía los dientes separados. Quizás era algo genético.

—Para mí una *tartine* de queso —dijo Aimée.

—Lo de siempre, ¿eh?

Aimée asintió, dando pequeños sorbos al intenso *vin rouge*, y tamborileando sus dedos al ritmo de la música.

El corredor de bolsa encendió un cigarrillo, habló seriamente por el móvil y sonrió. Exhaló una bocanada de humo cerca de la oreja de Aimée, a quien le entró ganas de cogerle su Caporal con filtro, y llenar de tabaco sus pulmones. Pero en su lugar, buscó un chicle Nicorette en el bolsillo.

El hombre alzó su copa hacia ella, y la miró fijamente con sus ojos azul oscuro. Ella levantó la suya, y después lo ignoró. No era el tipo de chico malo que le gustaba.

Él solo llegó a su fin; entonces el quinteto continuó con la pianista cantando una variación lineal y desapasionada de la versión que hizo Thelonious Monk de *April in París*. Su voz era suave, casi un susurro.

A Aimée no le apetecía seguir escuchando. Cogió su comida, metió los francos debajo de su copa, y desapareció entre la gente.

En la puerta del apartamento, *Miles Davis* le dio la bienvenida, y con su negro y húmedo hocico olisqueó el paquete del *steak tartare*. Ella le dio una patada al radiador que había en la entrada de más seis metros de alto, dos veces, hasta que con una explosión volvió a la vida. Se quitó el jersey de lana que estaba empapado y los pantalones de cuero. Algo le olía a humedad.

—Hora de cenar, *Miles Davis* —dijo.

Lo cogió en brazos y se lo llevó a la oscura cocina que estaba en la parte de atrás del apartamento. El Sena fluía gelatinoso y negro debajo de los ventanales. Las luces de los faroles salpicaban el muelle, y sus agitadas aguas atrapaban sus diminutos reflejos. *Como si se estuvieran ahogando*, pensó ella.

Exhausta, echó un vistazo al muelle, con la nariz pegada al frío cristal. La única persona que vio fue una figura que paseaba a un pastor alemán. No subía por qué, pero sintió que no estaba sola. La embargó un presentimiento.

Miles Davis le lamió la mejilla.

—*Á table*, bola de pelo —le dijo, y le dio al interruptor de la luz. La araña parpadeó, y entonces emitió un débil brillo.

Cogió el cuenco del perro, un bol de porcelana de Limoges desconchado, echó con una cuchara el *steak tartare*, y se lo puso en el suelo para que comiera. Tras cambiarle el agua, dejó caer su *tartine* en la encimera, demasiado cansada para tener hambre.

Se puso a pensar en su último novio. Le vino la imagen de Yves, con sus enormes ojos castaños y sus estrechas caderas. Cuando él aceptó el trabajo como corresponsal en El Cairo, ella empezó a clavar alfileres en un muñeco de Tutankamón hasta que parecía un acerico. En ese momento, el único macho en su vida estaba en el suelo, a sus pies, con nariz húmeda y meneando la cola.

Aimée oyó cómo la gatera se cerraba con un ruido sordo. El vello de la nuca se le puso de punta. *Miles Davis* gruñó, pero no se separó de su *steak tartare*. ¿Quién podría ser?

Cuando se dirigía a la puerta de la entrada, le llegó un olor. ¿Se había muerto algo entre las paredes? Ante ella aparecieron imágenes de agónicas y rabiosas criaturas en descomposición. Agarró una escoba y una de sus botas para utilizarlas como armas, y recorrió el pasillo con cautela. El olor se hizo más fuerte.

El hedor dulzón la alarmó. Había un abultado sobre metido en la gatera que había instalado para *Miles Davis*. No se había percatado de aquello cuando entró.

Se puso lo primero que había en el perchero, un abrigo azul de piel falsa, y abrió la pequeña puerta. Del pasillo, le llegó una corriente de aire fría y con olor a humedad. Vio el reflejo de sus piernas desnudas en los gastados espejos de enfrente. ¿Era ella ese ser flacucho, con el pelo despeinado, y armado con una escoba y una bota de tacón alto?

El débil gruñido de *Miles Davis* se convirtió en un agudo ladrido. Con la escoba tanteó el sobre. Distinguió la palabra «desiste» escrita en letra marrón, un marrón muy oscuro. Miró más de cerca. Sangre seca.

Retrocedió.

Al tocar el sobre, había hecho que su contenido se soltara, y algo gris cayó al suelo de azulejos blancos y negros en forma de diamante. Tenía unas manchas y era peludo. El olor, fuerte y fétido, llenó el pasillo.

Al principio, creyó que era un animal disecado, pero era la rata gris más grande que había visto en su vida. Por lo menos, lo habría sido si la cabeza tuviera un cuerpo.

Sintió frío por dentro. La cabeza era tan grande como una cría de gato. Odiaba los roedores, gordos o flacos.

Escudriñó los oscuros rincones, pero sólo vio las polvorientas estatuas en hornacinas que decoraban en espiral la pared de su escalera.

No vio a nadie.

Tenía que deshacerse de ella. El hedor putrefacto llenaba el rellano. Cogió una bolsa rosa de plástico de tati del perchero, y con la ayuda de la escoba metió la chorreante cabeza dentro. Bajó las escaleras de mármol usando el palo para llevar la bolsa alejada del cuerpo.

Esperó que alguien la atacara, pero se imaginó que ya se había ido: dejarle el mensaje había sido el objetivo. *Miles Davis* ladraba manteniendo los cuartos traseros bajo las tenues luces de los candelabros de pared que había en la entrada. Cuando tiró

la bolsa a la basura, el miedo fue dando paso a la ira. Repasó lo que había ocurrido desde la llamada de Anaïs. ¿Tenía eso que ver con Sylvie o con Anaïs?

Hacía tiempo que noches no eran tan movidas, pensó. Una mujer y una rata muertas en una sola noche.

De vuelta en su apartamento, el olor a humedad perduraba. Fuera de su cuarto, al otro extremo del pasillo, había una pequeña estatua amarillenta. A su lado, una pila de lo que parecía ser vendas manchadas de té. Se quedó petrificada. Vudú... espíritus malignos.

El crujido que oyó detrás de ella hizo que se diera la vuelta.

Yves saltó a un lado. Llevaba puesto el viejo albornoz del padre de Aimée y sonreía. Casi decapita el busto napoleónico de mármol que había en el pasillo al lado de él. Yves se apoyó en el quicio de la puerta, y la luz del baño recortaba su cuerpo bronceado y su pelo mojado.

—¿Así que es así cómo recibes a alguien que, después de un largo vuelo, te trae unas reliquias egipcias de incalculable valor?

Aimée respiró profundamente.

—Sólo a las que no avisan —le dijo ella, y apoyó la escoba contra la moldura de la puerta—. ¿Te he dado la llave?

—Tu socio René tiene una copia —le dijo él—. Quizá deberías revisar tus mensajes. —Siguió acercándose a ella. Sus oscuras patillas le llegaban al mentón.

—He estado un poco liada —le explicó esta, y se dio cuenta de que todavía estaba descalza y llevaba el abrigo de piel falsa puesto.

—Huele a podrido —dijo Yves arrugando la nariz.

—A *tartare* de rata —dijo ella—. Alguien está intentando asustarme.

—¿Asustarte? —le preguntó él—. Aimée, ¿qué ocurre?

Casi le cuenta lo de la explosión y lo de la rata. Pero dudó. Era peligroso para su alma. Sólo traía problemas.

Yves buscó en su mirada y le olió el aliento.

—¿Lo bastante ocupada como para tomarte algo a la vuelta de la esquina?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no viniste a El Cairo?

—*Écoute*, Yves —le dijo ella cerrando el abrigo—. Hay partes de París que son como el tercer mundo para mí.

Pero no era totalmente cierto. Tenía que ver con el compromiso. Su incapacidad para comprometerse hacía imposible visitar otro continente.

—*Et voilà*.

Frunció la boca.

—Sólo soy otra muesca en tu estuche del pintalabios.

—Si recuerdo bien, te fuiste tú, Yves. No yo —dijo ella—. Y ahora entras en mi

vida y perturbas mi concentración.

—Quizá tenga que perturbarla más.

—No he sabido de ti en años —le dijo mientras se daba friegas en las piernas en el helado pasillo—. De repente apareces. No te debo ninguna explicación.

Yves se dio la vuelta. Tenía más que decir, pero no le apetecía hablarle a su espalda.

—Al igual que tú, he estado ocupado —le explicó él, y se volvió para acercarse a ella. Olía al fresco aroma de sus toallas recién lavadas—. Las guerras civiles y los campamentos de las guerrillas del interior no me dejan mucho tiempo para la cháchara.

—¿Para la cháchara?

Se había ocupado de una rata muerta, y encontraba una viva en su apartamento.

—No tengo excusa —reconoció él—. ¿Me perdonas?

—¿Es eso lo único que puedes decir?

—Lo siento —dijo él.

—¿Cuánto lo sientes?

Aimée no podía creer que hubiera dicho eso.

—Deja que te lo demuestre —le respondió él, con una tímida sonrisa—. Después de todo, tengo mucho que compensar.

Ella se pasó los dedos por el pelo. Los sacó pegajosos.

—Necesito un baño. ¿Quieres quitarme el aceite de motor de la espalda?

—Un buen lugar para empezar.

La abrazó, y le vio las manchas de sangre y los arañazos en las piernas.

—Supongo que me lo vas a contar.

—Más tarde —dijo ella con una media sonrisa—. Será mejor que recuperemos el tiempo perdido primero.

Martes, por la mañana

Unos golpes en la puerta y los ladridos de *Miles Davis* despertaron a Aimée con un sobresalto.

Estaba sola.

Había una hoja de papiro clavada en la almohada con un «Te cargué el teléfono... intenta no meterte en líos, Yves» escrito en ella.

Se había acostado con él otra vez. En ocasiones, se sorprendía a sí misma.

Los golpes se hicieron más fuertes. Se puso una camisa de ante con botones en el cuello, cogió unos pantalones negros de terciopelo del armario, se metió el móvil en el bolsillo, y se dirigió trastabillando y descalza a la puerta.

—¿*Mademoiselle* Leduc? —dijo un *flic* lampiño y de paisano.

Sus ojos claros y su expresión flemática contrastaba con la de su compañero, mayor y más grueso, que paseaba por el frío rellano con cara amargada. Respiraba pesadamente. Los dos iban de traje (barato).

El corazón le latía con fuerza. Puede que fuera un mal sueño. Quería cerrarle la puerta en las narices, volver a la cama.

—¿Es usted *mademoiselle* Leduc?

—Creo que sí, pero después del café lo sabré con seguridad —le dijo ella mientras se rascaba la cabeza—. ¿Y ustedes caballeros...?

—Sargento Martaud del vigésimo *arrondissement* —le explicó él—. Y, por supuesto, no nos importará acomodarla en el *commissariat de police*.

Se le atragantaron las palabras. La inundó una sensación de desazón. El talismán sobresalía de su mochila, que estaba a plena vista sobre la mesa de mármol con patas de garra. Aimée alargó la mano, y la metió disimuladamente debajo del abrigo azul de piel falsa que estaba encima de la silla.

El sargento se abrió la chaqueta del traje con gran efecto. En un movimiento fluido, sacó su placa de un bolsillo del chaleco, enseñó su fotografía, y la volvió a guardar. Aimée se imaginó que lo ensayaba delante del espejo antes de trabajar.

—Identificarse es importante —le dijo el sargento Martaud.

—Sargento Martaud, soy bastante maniática con el café. —Aimée esbozó una sonrisa—. Mi colega me dice que casi obsesiva, así que necesitaré una orden para llevarme a Belleville sin mi café de costumbre.

Su compañero de rostro amargo le devolvió la sonrisa y agitó un papel delante de ella.

—De hecho, *mademoiselle*, da la casualidad de que he traído una conmigo.

Martes, al mediodía

Bernard se encontraba delante de la iglesia de Notre-Dame de la Croix. Unos manifestantes que coreaban una consigna y vestían telas de dibujos chillones de Malí intentaron bloquearle el paso. Los hombres, tuaregs norteafricanos que se llamaban «los hombres azules» por sus tradicionales velos y turbantes añiles, marchaban con mujeres con chadores negros y con corpulentas monjas de hábito.

Con los brazos cruzados, Bernard esperaba a que el negociador comprobara las concesiones a los solicitantes de asilo. La noche anterior un grupo que había organizado una vigilia con velas le había impedido la entrada. Se había sentido aliviado cuando el ministro le informó de que la reunión con el líder se había pospuesto. Pero cuando el coche lo recogió esa mañana, sintió el mismo temor. Aunque peor.

Por el camino, había oído que en la radio alertaban a la ciudad sobre las repercusiones que tendría la decisión del ministro de finalmente hacer cumplir las leyes antiinmigración del año anterior. ¿Había inclinado la balanza la reciente y abrumadora cifra de desempleo de Francia?

La tensión también crecía por todo el Mediterráneo, desde Argelia, donde una guerra civil no declarada todavía bullía después de que los militares cancelaran las elecciones de 1992. El control de los militares sobre las fuertes facciones fundamentalistas era escaso, en el mejor de los casos.

Bernard se preguntó de nuevo por qué era él y no su jefe el que estaba bajo la lluvia esperando para negociar. Bernard había dormido por primera vez en días, pero no había sido un sueño reparador, sino irregular e interrumpido. Su ojo izquierdo había comenzado a contraerse nerviosamente, un signo de fatiga extrema.

—Sabemos que Mustafa Hamid, el líder de L'Alliance de la Fédération de Libération, cedió ante la presión interna de tomar la iglesia —dijo el negociador de afilada nariz, estudiando a Bernard—. Él fue el que organizó a los *sans-papiers*, pero es un líder pacifista desde hace mucho tiempo.

Notre-Dame de la Croix se alzaba ante ellos, una anomalía de bóvedas de piedra y ventanas con hojas de plomo en el *quartier* de inmigrantes musulmanes. El aire que los rodeaba traía especias y música árabe.

—Prioridad para futura residencia: esa será su propuesta —siguió el negociador—. Si llega tan lejos.

Bernard ya lo entendía: agita la zanahoria de futura residencia delante de los inmigrantes. Eso lo indignó. Una vez que los fanáticos aceptaran salir del país, sabía que nunca más dejarían que volvieran. Esa gente podría ser testaruda, pero no idiota.

—¿Dónde está *le ministre* Guittard? —preguntó Bernard.

—Al tanto —respondió el negociador. A la luz de los coches de policía, en su

pelo rapado brillaban unas diminutas gotas de lluvia—. *Monsieur le ministre* espera el avance en las negociaciones.

Tenía sentido. Guittard aguardaría el resultado, y entonces o saldría para llevarse todo el crédito, o se mantendría al margen si tenía lugar una confrontación sangrienta. Al haber sido durante años *fonctionnaire* de nivel medio, sabía cómo funcionaba el ministro.

—*Le ministre* Guittard espera que las negociaciones tengan éxito —dijo el hombre, como si fuera una ocurrencia de último momento—. El Comité de Naturalización necesita liderazgo.

He ahí el astuto funcionamiento de un ministro de hoy en día, pensó Bernard. Delegar los trabajos sucios, y ofrecer puestos importantes si se hacían bien. Si era un fracaso, también el *fonctionnaire*. El año anterior habían desterrado a uno de sus homólogos del ministerio a Costa de Marfil por un altercado similar.

Las palabras de su madre le bailaban en la cabeza cuando entró en la iglesia. «Estos... africanos, estos árabes... sólo son personas, *non?*... Como nosotros, Bernard».

Martes, al mediodía

Aimée golpeó los barrotes de la celda porque quería hablar con el *commissaire*. El *flic*, de uniforme azul, bajó el volumen de la radio que tenía encima de la mesa, se metió el pelo rojo debajo del quepis, y lentamente caminó hacia la celda.

—Para el carro —le dijo el *flic*—. Todo el mundo está ocupado ahora mismo.

—*Monsieur*, por favor, déjeme hablar con el *commissaire*.

—Está atendiendo a los inmigrantes que han tomado asilo en la iglesia —dijo él—. Demasiado liado para interesarse en atenderte en este momento.

—Han cometido un error de lo más extraño —lo interrumpió ella.

—Eres una alborotadora —dijo el *flic*, y se echó hacia atrás su quepis. Tenía los ojos inyectados de sangre—. Aquí nos gusta la tranquilidad. La paz. Y si no te callas, hay una celda donde la gente como tú puede meditar y reflexionar. Es nuestro alojamiento *première classe* sin llamadas de teléfono. —Sonrió—. Piénsalo bien, nada de privilegios.

—Mi padre fue *flic* —dijo ella—. Esas celdas para la meditación desaparecieron tras la gran reforma.

—¿Te gustaría averiguarlo? —la invitó él.

Le entró ganas de denunciar a ese tirano. Los *flics* como él eran lo que daban una mala imagen al cuerpo; los que disfrutaban teniendo a sospechosos en prisión preventiva y haciéndolos sudar la gota gorda antes de que los acusaran. En lo que respectaba al procedimiento, ella sabía que podían tenerla retenida hasta setenta y dos horas, como a los drogadictos y a los terroristas sospechosos, con sólo la firma del fiscal. Parecía ser de los que aprovechan el código penal.

Preocupada, tamborileó los barrotes con los dedos. ¿Por qué no había llegado Morbier?

—Mi padrino es *commissaire* del cuarto *arrondissement* —dijo ella—. Está de camino.

El *flic* la miró fijamente, sus ojos como duras piedras verdes.

—Si estás pidiendo un tratamiento especial, ya te lo he dicho, te puedo preparar la celda de meditación.

Ella se quedó callada.

El *flic* sonrió.

—Si cambias de opinión, dímelo. Nos gusta que nuestros clientes estén cómodos.

Volvió todo fanfarrón a su radio. Sólo había dos celdas en ese *commissariat*, pero actuaba como si dirigiera toda una prisión.

Aimée intentó juntar todas las piezas: la explosión, la historia de Anaïs, la escapada en ciclomotor, y la rata. Se sentó en el catre de madera que colgaba de unas

cadena de metal que había en la pared de ladrillos. En el centro, había una basta manta marrón doblada haciendo un cuadrado perfecto. Ni siquiera había un *pissoir*, pensó ella. Unos barrotes de acero pegajosos y manchados separados tres centímetros unos de los otros estaban atornillados en el suelo de hormigón que bajaba hacia un sumidero. Tenía los pies mojados, y le rugía el estómago. Su adolescente compañera de celda no hablaba mucho; estaba agachada en una esquina, con un mono negro y marcas de pinchazos en sus huesudos tobillos, babeando y quedándose dormida.

¿Cómo había terminado en una celda con olor a vómito y una yonqui que no podía tener más de dieciséis años?

—¿No podías haber esperado al menos a que terminara mi partida de póquer? —gruñó Morbier, y aplastó su Gauloise con el pie—. Estoy de baja.

Hizo un gesto con su cabeza de pelo canoso al flic, quien sacó sus llaves. Este examinó la identificación de Morbier, y abrió la celda compartida de Aimée.

—¿A qué viene tanto revuelo? —quiso saber Morbier.

El *nicle* entregó el sujetapapeles, y Morbier le echó un vistazo.

—*Et alors?* —preguntó Morbier—. Presunto robo, imágenes de videovigilancia, obstrucción al personal de la ratp, quejas de los vecinos. No la podéis retener por eso.

—El *commissaire* dio instrucciones de retenerla —le contestó el *flic*, manteniéndose firme.

Morbier le pasó el sujetapapeles a Aimée. Ella lo leyó rápidamente.

—¡Pruebas circunstanciales! Mi tarjeta de visita y unas huellas emborronadas no van a ser suficientes para la *police judiciaire* —le dijo Aimée devolviéndoselo—. Y lo sabes.

El *flic* se puso derecho con la mirada dura.

—Las instrucciones de mi *commissaire* fueron específicas —le dijo.

—El informe afirma que había dos mujeres y un hombre —le recordó Aimée—. ¿Dónde están? No sólo eso, el sargento Martaud no se informó de que soy detective autorizada.

—Tu *commissaire* debió de haber entendido mal el informe —apuntó Morbier, echando un vistazo a su paquete vacío de Gauloises. Se encogió de hombros—. Es lo que siempre ocurre con los informes de campo: problemas de claridad.

Se le veía en la mirada que él no lo dudaba. Morbier le estaba ofreciendo una salida.

—Déjame que hable con él. —Morbier sonrió—. Tuvimos un caso el año pasado, muy confuso. Seguro que recordará mi colaboración en el Marais.

Ahí estaba, los viejos contactos, hoy por ti mañana por mí. Ahora el *flic* tenía que ceder o haría quedar mal a su *commissaire*.

—Confuso, esa era la palabra que estaba buscando —dijo él—. Un informe confuso.

—Déjamela a mí —le pidió Morbier—. Traspapélalo. La próxima vez que tu *commissaire* venga a mi distrito, le devolveré el favor. *Tu comprends?*

—*Oui, monsieur le commissaire!*

El *flic* asintió, sin mirar a Aimée.

Ella recogió sus objetos personales: una bolsa de Hermes, un hallazgo de mercadillo, su chaqueta de cuero, y sus botines mojados.

La otra pequeña celda que había al torcer el siguiente pasillo estaba llena de chicas de la calle detenidas en una redada.

—¿Es ése tu *souteneur*? —le preguntó una de las chicas mientras se ajustaba el ligero y el *bustier* a la vista de todos—. Deja que te presente al mío. Es más joven, y mucho más guapo. El tuyo parece algo cascado, ¿eh?

—*Merci*. —Aimée sonrió—. Quizá la próxima vez.

Se detuvo a atarse los cordones de las botas, mientras Morbier seguía caminando.

Debajo del impermeable que llevaba sobre los hombros, se le notaba el corsé ortopédico de color carne.

—¿Cómo está el *bebé*? —le preguntó a una prostituta de piel color miel que estaba en la celda de enfrente peinándose la peluca rubia.

—*Merci bien, commissaire* —dijo con una sonrisa—. ¡Pronto va a hacer la primera comunión! Le enviaré una invitación.

—*Nom de Dieu*, cómo pasa el tiempo —exclamó Morbier con nostalgia mientras caminaba con rigidez hacia el vestíbulo.

—No le había visto desde Mouna —le dijo el *flic de* puesta en libertad.

Aimée no oyó su respuesta.

—¿Quién es Mouna? —le preguntó de pie al lado del mostrador.

Morbier no contestó.

Aimée se lo quedó mirando.

—¿Qué ocurre?

—Mouna me ayudó —dijo él finalmente con un gesto de dolor, y apartó la mirada—. A partir de aquí ya puedes tú sola. Llego tarde a fisioterapia.

Por su mirada, parecía que la conocía muy bien.

—¿Sigues siendo amigo de ella? —le preguntó.

—Mouna murió.

Se puso colorado.

Sorprendida, Aimée hizo una pausa. Nunca lo había visto reaccionar así.

—¿Qué ocurrió, Morbier?

—Quedó atrapada en un fuego cruzado en los disturbios de 1992.

—Lo siento —dijo ella, y observó la expresión de su rostro.

—Mouna no fue la única —continuó—. Las cosas se pusieron feas.

Para que Morbier lo mencionara, debió de haber sido difícil.

Ella y Morbier se quedaron en la rayada entrada de madera del *commissariat du quartier*, en la estrecha rue Ramponeau.

Aimée titubeó: no sabía cómo responder a esa nueva faceta de Morbier.

—Nunca has hablado de ella —le dijo con voz tímida.

—Eso no es lo único que me guardo para mí —le dijo con tono de fastidio—. Que no te vea detrás de unos barrotos otra vez. ¿Qué...? —Las palabras se le quedaron atragantadas.

—¿... Qué diría papá? —terminó ella por él—. Diría que sacarme de aquí es responsabilidad de mi padrino.

—Leduc, aléjate de Belleville. El vigésimo *arrondissement* no es tu territorio —le aconsejó él—. ¿Y cómo es que te dio por conducir un ciclomotor por el metro, usarlo para robar en el cajero, y abandonarlo a la vuelta de la esquina?

Aimée le dio una patada a un adoquín suelto del bordillo. No era culpa suya que el sin techo usara la moto para robar.

—Morbier, el metro era inevitable, pero nunca robé...

—Déjalo. No quiero oírlo —le dijo él tapándose los oídos—. Los peces gordos aquí juegan sucio. Tienen sus propias reglas.

—Esto concierne a la esposa de un ministro.

—*Tiens!* —exclamó Morbier poniendo los ojos en blanco—. Contigo todo tiene que ver con la política. Deja que los mayores se ocupen de eso, Leduc —continuó él—. Sigue con tu ordenador. Vete a casa.

—No es tan fácil —replicó ella.

—Te debía una —dijo él—. Como no llegué a tiempo cuando hacías amigos en aquel tejado del Marais.

Se refería al caso del noviembre anterior en el que una anciana judía fue asesinada en el Marais. Morbier miró su reloj, un viejo Heublin de su graduación de la Police Nationale. Su padre lo guardaba en el cajón.

—Estamos en paz.

—Morbier, deja que te explique...

—Leduc, ya eres grande —la interrumpió él—. Quiero cobrar toda la pensión cuando me retire. *Tu comprends?*

Discutir con él no llevaría a ninguna parte.

—*Merci*, Morbier —le dijo dándole un beso en cada mejilla.

Se mezcló entre la multitud del bulevar de Belleville. En la entrada del metro, la fría lluvia primaveral mojaba sus pantalones de terciopelo negro y las gotas de agua se posaban en sus pestañas. Vaciló, de pie bajo la llovizna, mientras los trabajadores la esquivaban, como una isla mojada en un mar de paraguas.

Lo inteligente sería dejar Belleville, acompañar a Anaïs a un abogado, y poner en práctica la propuesta de trabajo de la Electricité de France. Y ella era inteligente. Tenía un negocio que atender y un socio brillante que, más que ayudar, cargaba con las responsabilidades.

Pero cada vez que cerraba los ojos veía la bola de fuego, sentía cómo los trozos de carne caían encima de ella, oía cómo la sangre chisporroteaba en una puerta de coche. Le temblaban las manos, aunque no tanto como la noche anterior. Y no podía sacarse de la cabeza la voz de Simone ni la pálida cara de horror de Anaïs.

Aimée entró en una cabina de teléfono en la avenue du Père Lachaise para ahorrar batería en su móvil. A su izquierda, el cartel de una floristería encima de unas cestas de violetas prometía arreglos funerarios de buen gusto.

—Résidence de Froissart —respondió una voz de mujer.

—*Madame*, por favor —dijo Aimée—. ¿Eres Vivienne?

—¿Quién llama?

—Aimée Leduc —contestó ella—. Ayudé a *madame* ayer por la noche.

Una pausa. De fondo, se oía el sonido metálico de unas cacerolas. La voz sonaba diferente, no era la de Vivienne.

—¿Cómo se siente *madame*?

—*Madame* no está disponible —respondió.

Podía entender que Anaïs no se sintiera bien, pero no iba a rendirse con tanta facilidad.

—¿No está disponible?

—Puede dejar un mensaje.

—¿Ha ido el doctor?

—Tendrá que hablar con *le ministre* sobre eso —le dijo ella.

Lo más probable era que Anaïs hubiera dormido y se hubiera recuperado. Pero el tono cauteloso la preocupó. Oyó el sonido de un timbre.

—¿Puedo hablar con *monsieur le ministre*?

—No está aquí —contestó la mujer—. *Pardonnez-moi*, alguien está llamando a la puerta.

Antes de que Aimée pudiera pedirle que le dijera a Anaïs que la llamara, la mujer colgó. Se quedó mirando fijamente la gris rue Père Lachaise, donde la lluvia golpeaba los toldos de las tiendas. Reparó en que en una de las ventanas había un gato, que parecía seco y bien alimentado. Intentó llamar otra vez, pero la línea estaba ocupada.

Frustrada, Aimée marcó el número de Martine en *Le Figaro*.

—*Mais* Martine está en una reunión con la junta —le comunicó Roxanne, la asistente de Martine.

—Por favor, es importante —le dijo Aimée—. Tengo que hablar con ella.

—Martine te dejó un mensaje —dijo Roxanne.

—¿Cuál?

—Lo tengo escrito —dijo Roxanne en tono de disculpa—. Siento ser tan enigmática, pero Martine me hizo repetir esto: «Comienza donde te dijo Anaïs; hay mucho más en el *pot-au-feu* aparte de las verduras». Dijo que lo entenderías.

¿Entender?

Aimée le dio las gracias y colgó.

No le gustaba. Nada de nada. No sabía qué hacer, después de jurar que seguiría con su trabajo corporativo y crearía su empresa de seguridad informática.

El cirujano plástico que la había reconstruido después del caso del Marais le había

dicho que tuviera cuidado, que la próxima vez podría no tener tanta suerte. Los puntos se habían curado muy bien. Tenía que admitir que había hecho un buen trabajo; no se notaba. Le había ofrecido aumentarle los labios gratis. «Como las modelos alemanas», había dicho. Pero ella había nacido con labios finos, y así se iría al otro mundo.

Alguien le dijo una vez que los budistas creían que si ayudabas a una persona, te hacías responsable de ella. Pero ella no era budista. Sólo odiaba el hecho de que alguien pudiera hacer saltar por los aires a una mujer y salirse con la suya, además de poner a la madre de una niña pequeña en peligro. Y no sabía para qué ni por qué.

En la tienda contigua a la floristería, compró un paraguas y entró en el café más cercano. Fue al baño, se lavó la cara y las manos, para quitarse el olor de la celda: una mezcla de sudor, miedo y moho. Se sentía renovada después de una humeante taza de *café au lait*, y subió al autobús que iba al apartamento de la rue Jean Moinon.

El frío viento que azotaba la parte baja de Belleville no le resultó grato. Ni tampoco el gris del cielo.

A través de la ventana del autobús, vio la tienda con una mano de Fátima en el escaparate. Se puso de pie, la imagen de la pequeña mano de metal con las piedras y las inscripciones en árabe para espantar los malos espíritus acaparó su atención.

Era como la de Sylvie, la que le había dado a Anaïs.

Esperanzada, Aimée bajó del autobús y entró en la tienda. Quizás encontrase una respuesta acerca de la mano de Sylvie.

La abarrotada tienda estaba iluminada por unos tubos fluorescentes.

El corazón le dio un vuelco.

Cientos de manos de Fátima llenaban la pared trasera. Colgaban allí como iconos, burlándose de ella.

El dueño estaba sentado en el suelo. Comía de un plato de cuscús que compartía con otros hombres, que parecieron molestos por su aparición.

Aimée sacó la mano de su bolso.

El dueño se levantó, se limpió las manos en una toalla mojada, y se metió detrás del mostrador.

—Disculpe la interrupción, *monsieur* —se disculpó ella—. ¿Reconoce usted esta mano de Fátima?

Él se encogió de hombros.

—Se parece a las que yo tengo —le contestó.

—Quizás esta tenga algo característico. ¿Podría echarle un vistazo?

La giro en su palma, y realizó un gesto hacia la pared.

—Son iguales.

—Quizá recuerda a la mujer que la compró... de pelo negro.

—La gente las compra mucho —le explicó él—. Las venden la mitad de las tiendas del bulevar.

Sus esperanzas de averiguar más acerca de Sylvie se habían desvanecido.

Aimée le dio las gracias, y salió a la lluvia.

Cruzó la place Sainte-Marthe, la pequeña plaza en pendiente con lúgubres edificios del siglo XVIII. El viento atravesaba susurrante los árboles en ciernes.

Un grupo de hombres se apiñaba cerca del café con contraventanas, fumando y bromeando en árabe.

Unos carteles en azul y dorado, pegados en escaparates abandonados, proclamaban: «Libertad para los *sans-papiers*. Uníos a la huelga de hambre de Hamid en protesta ante la política de Inmigración». Detrás de la place Sainte-Marthe descollaban las altísimas e irregulares viviendas de protección oficial de los setenta.

Recorrió el mismo trayecto que había hecho con Anaïs. El cortante viento de abril penetraba su chaqueta. No sentía las orejas. Cuando entró en la rue Moinon, se metió las manos en los bolsillos. Deseó haber cogido unos guantes.

De la explosión quedaban trozos de un parachoques de metal ahumado y un apoyabrazos de cuero carbonizado. Habían retirado casi todo del lugar donde Sylvie Coudray había saltado por los aires en una bola blanca de fuego y llamas. Lo único que seguía allí era el residuo aceitoso y ennegrecido que cubría los adoquines. Pero después de una primavera húmeda eso también desaparecería.

Un conserje de piel oscura y pelo rizado barría la entrada lateral del Hôpital St. Louis cercana al apartamento.

Su escoba de plástico, como esas que usan los barrenderos, había visto tiempos mejores. Las hojas mojadas se amontonaban, negándose a dejar los huecos que había entre los adoquines. Llevaba un jersey de cuello vuelto de lana y unos cascos, cuyos cables se perdían en el bolsillo de su chaqueta azul de trabajo. Parecía no darse cuenta de que Aimée se aproximaba a él.

Algo familiar (¿qué era?), le vino a la cabeza; después desapareció.

—*Pardon, monsieur* —le dijo ella alzando la voz y poniéndose en su campo de visión.

Él levantó la vista. Su prominente mandíbula iba al mismo tiempo que lo que ella pensó sería el ritmo de la música. Vio que se llamaba «Hassan Elymani», pues así aparecía bordado en rojo en su bolsillo superior.

—*Monsieur Elymani*, ¿me puede dedicar unos minutos?

Él se quitó los cascos, apoyó la escoba en el interior del codo, y se sacó del bolsillo una sarta de cuentas antiestrés. De un marrón desgastado, se deslizaban entre sus dedos.

—¿Es usted una *flic*? —le preguntó él.

—Mi nombre es Aimée Leduc, Soy investigadora privada.

—*Tiens*, ya no hacen negocios allí —la interrumpió él—. Se han desperdigado. Se lo he dicho a la policía.

Se encogió de hombros.

—Como las nubes en un día de viento.

—No entiendo lo que me está queriendo decir, *monsieur Elymani*.

—Allí —dijo él.

Señaló más allá del centro de día, hacia el estrecho callejón que salía a la rue du Buisson St. Louis, donde había edificios que iban a ser derribados.

—*Voilà*. La chusma se junta en las cercanías de la rue Civiale —le dijo, como si eso lo explicara todo.

—Póngame al corriente, *monsieur* —le pidió ella, mientras echaba un vistazo a la calle.

La ventana de Sylvie Coudray daba, se imaginaba ella, a esos tejados salpicados de chimeneas blancas y negras. Quería saber qué vio él.

—¿A quién se está refiriendo exactamente?

—*Les drogués* —le dijo mientras manoseaba las cuentas con sus dedos del color del corcho.

¿Yonquis? Ella sabía que había zonas en las que se agrupaban. Morbier, un *commissaire*, le había dicho que a menudo los *flics* dejaban que los yonquis se hicieran con una esquina. «Por eficacia», le había explicado él. «Nosotros los vigilamos, y ellos no se aventuran más lejos para buscar clientela. Las drogas de diseño van y vienen, pero siempre hay adictos que trabajan, pagan las facturas, y que se mantienen a flote». Le había sorprendido su actitud tolerante. «Es inevitable», continuó él. «Cuando llegan a mi costa, los devuelvo al mar».

Elymani examinó su vestimenta.

—¿Va de incógnito?

—Se puede decir que sí —dijo ella viendo que su apariencia podía dar lugar a esa conjetura—. Estoy interesada en Sylvie Coudray —dijo señalando las ventanas del primer piso.

—No soy un hombre que se aventure a decir cosas —dijo él con los ojos entrecerrados—, pero ¿tiene esto que ver con la explosión?

La lluvia había cesado, y unos débiles rayos de sol se filtraban por los arcos del hospital de siglo xvii.

—El asesinato de Sylvie Coudray... —empezó ella.

Los ojos del bedel se entrecerraron aún más.

—¿A quién se refiere? Dicen que mataron a Eugénie.

—¿Eugénie?

Aimée hizo una pausa. ¿La había confundido Elymani con otra persona?

—*Monsieur*, ¿me la podría describir?

Delante, enfrente de ellos, se detuvo un coche.

—Mi horario de trabajo cambia con frecuencia —le explicó Elymani—. No estoy seguro de a quién se refiere.

Un hombre achaparrado que llevaba un ajustado traje cruzado salió del coche y saludó a Elymani.

Elymani se metió de nuevo las cuentas en el bolsillo, y continuó barriendo.

—Discúlpeme, pero ha llegado mi jefe, y todavía no he limpiado los vestuarios.

—*Monsieur* Elymani, ¿vive ella en el número 20? —le preguntó Aimée—. Es lo único que quiero saber.

—Mire, estoy trabajando —dijo él mientras se agachaba para coger unas hojas y meterlas en una bolsa de plástico—. Necesito este trabajo.

—*Monsieur* Elymani, ¿quién es Eugénie? —quiso saber ella—. Por favor, estoy confusa.

Elymani negó con la cabeza.

—Va y viene mucha gente —le dijo él, y con un gesto le enseñó la puerta—. Me confundo.

De acuerdo, pensó ella. *Cállate cuando te convenga*. Ya seguiría más tarde. A menudo ocurría que los testigos que no hablaban, al final ayudaban.

—¿Puedo hablar con usted después del trabajo? —le preguntó ella, y le entregó su tarjeta.

—No cuente con ello —le dijo.

—Por favor, sólo cinco minutos.

—Mire, tengo dos trabajos —masculló él, y miró al hombre que por segunda vez le hacía señas—. Y me siento afortunado de que sea así.

Aimée decidió cortar por lo sano. Se dio la vuelta, caminó hacia la entrada del 20 bis, y estudió la placa con el nombre. Por el rabillo del ojo, vio que Elymani estaba hablando con el hombre, y tiraba su tarjeta en la bolsa de la basura.

Pasó los dedos por el nombre «E. Grandet». Las preguntas le hervían en la cabeza. ¿Por qué insistiría Sylvie en quedar allí con Anaïs? ¿Había confundido Elymani a Sylvie con Eugénie?

Era una pena que el edificio no tuviera un conserje al que preguntarle. Eran una raza que en París ya estaba desapareciendo, especialmente en Belleville.

Estaba en la puerta de al lado cuando una mujer joven con un carrito salía de repente del portal. Tenía unas bolsas de red vacías enroscadas en los manillares del cochecito.

—Disculpe —le dijo Aimée—. Estoy investigando la muerte de una vecina suya. ¿La conocía?

El balbuceo del bebé se hizo más agudo, y la boca de la mujer se torció en una *moue* de disgusto.

—Trabajo en el turno de noche —le contestó ella mirando su reloj—. Mi marido también. No conozco ni veo a nadie.

El cielo se oscureció, y una ligera llovizna golpeó sus paraguas.

—Lo siento, tengo que llevar al bebé a la guardería, para darle un respiro a mi suegra. Hable con ella; está todo el tiempo en casa. Bellemère, una *flic* quiere hablar contigo.

Marcó los cuatro dígitos, la puerta hizo clic, y le indicó a Aimée con un gesto que entrara.

—La primera puerta a la derecha.

Y se fue.

En una esquina del vestíbulo, que era parecido al de la puerta de al lado, había montones de circulares y fajos de periódicos. Aimée metió su paraguas en un cubo con los demás, y subió pesadamente las escaleras. Una mujer corpulenta, que llevaba su pelo canoso recogido en una redecilla, sacudía una alfombra pequeña en el rellano. El sordo y rítmico *zis zas* levantaba nubes de polvo. Del interior del apartamento, Aimée oyó el tema musical de *Dallas* que retumbaba en la televisión.

—*Bonjour, madame.*

Aimée sonrió, y sacó su identificación. Sintió cómo el frío de sus botas húmedas le subía por las piernas.

—Usted no parece una *flic* —comentó la anciana mirándola de arriba abajo.

—Ya veo que es usted muy perspicaz, *madame* —le dijo Aimée mientras subía lentamente las escaleras hacia la puerta para averiguar qué se veía desde su apartamento—. Soy investigadora privada. ¿*Madame...*?

—*Madame Visse* —contestó ella, arrastrando las eses y subiendo su tono de voz—. Dios tiene unos elegidos, que le ayudan cuando hay una emergencia.

Aimée asintió. La anciana no parecía estar muy bien de la cabeza.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Edouard, mi hijo, dice que la gente va a pensar que estoy *folie*, que me van a encerrar —le explicó ella acompañándola al interior del apartamento—. Pero eso es problema de ellos, ¿eh? Yo sé lo que sé.

Aimée miró a su alrededor, y se fijó en la entrada con forma de caja, en la que había botas para la lluvia, un perchero abarrotado, y una caja aplastada de pañales Pampers.

Entró en la cocina. A la izquierda, una hilera de botes de especias rodeaba una cocina que era como la de un barco. Unas ollas bullían en la cocina, y el vapor empañaba la única ventana que había. El olor a romero y ajo llenaba el aire. El estómago de Aimée respondió con un rugido (sólo había comido un cruasán en todo el día). Un visillo remendado colgaba de la ventana abierta, y ondeaba al viento. A la izquierda, en una habitación oscura llena de estanterías, había juguetes esparcidos por el suelo. Había cajas de cartón apiladas por doquier.

—Mi hijo y mi nuera están casi los primeros en la lista para una casa de protección oficial —le explicó ella haciendo una mueca con su fina boca mientras fruncía el ceño—. Cuando los llamen, ya tienen todo empaquetado.

La mujer siguió cocinando y removiendo el contenido de la olla.

—*Madame Visse*, ¿conocía usted a la mujer que murió en el atentado con coche bomba? —le preguntó Aimée desde la puerta de la cocina. Quería ver si la ventana de *madame Visse* daba al patio vecino. La ventana estaba a la izquierda de la placa de la cocina, y sí daba al patio trasero del número 20.

—Edouard se va a poner contentísimo —dijo la anciana levantando la tapa de la olla. Sonrió de manera cómplice—. Yolande no sabría cocinar ni aunque le fuera la

vida en ello.

¿Por qué *madame* Visse ignoraba su pregunta? Sufría un ligero y constante temblor en la mano izquierda. Algo de lo que Aimée no se había percatado antes.

—Huele de maravilla —dijo ella, acercándose sigilosamente a la anciana por la estrecha cocina—. ¿Estaba usted en casa cuando explotó el coche ayer por la noche? —le preguntó en un tono que esperaba sonara despreocupado.

—Estaba rezando el rosario, querida —dijo *madame* Visse entre suspiros.

—¿Vio si pasaba algo en el patio la noche pasada?

—Lo único que vi fue a ese idiota al otro lado del patio adiestrando a su ninfa *comme d'habitude*, como hace todas las noches.

Levantó una tapa y removió una *cassoulet* que hervía a fuego lento. Controló su temblor.

—¿Percibió algo fuera de lo normal en la calle? —le preguntó Aimée—. ¿Algún desconocido?

—Parece hambrienta —dijo *madame*, que llenó un cuenco y se lo puso delante—. Siéntese. Dígame si necesita más hierbas de Provenza. Tengo recetas que puedo compartir con usted.

—*Non merci, madame* —dijo Aimée declinando su invitación.

Se sentó en un taburete al lado de la estrecha mesa. Se estaba empezando a exasperar. Había sido un día largo. No se encontraba de humor para aguantar a esa mujer.

Estaba segura de que la humeante *cassoulet* se le derretiría en la boca. Una crujiente *baguette* asomaba de una panera.

—Pruebe esto —le dijo la anciana, ofreciéndole un poco de estofado.

Aimée negó con la cabeza.

—Sólo tomaré un trozo de *baguette*.

—Ay, es como Eugénie. Tan educada —dijo ella.

Aimée se incorporó, atenta. *Primero Hassan Elymani y ahora esta anciana mencionan a Eugénie.*

—También nos parecemos, ¿verdad? —dijo Aimée en lo que esperaba fuera un tono que invitara a la conversación.

Madame Visse arrugó los ojos, y examinó a Aimée desde la cocina.

—Ese no habría sido mi primer comentario. —Volvió a tapar la olla con un sonido metálico—. La cara y los ojos grandes son parecidos, pero el pelo de Eugénie era...

Hizo una pausa y cogió un bote de especias.

Aimée recordó que el pelo de Sylvie era largo y oscuro cuando la vio de pie al lado del Mercedes.

Madame desenroscó la tapa, lo olió, y volvió a enroscarla.

—Está pasada.

—¿Estaba describiendo el pelo de Eugénie? —Aimée dejó la pregunta en el aire.

—Rojo, *bien sûr* —dijo ella—. Y corto como el suyo.

Aimée agarró el mantel. Rojo. ¿Llevaba Sylvie puesta una peluca? ¿O era esta otra persona?

—Estoy confundida —confesó Aimée—. ¿Vivía Eugénie en el número 20?

—Todo el mundo se había mudado —respondió *madame*—. Sólo quedaba ella.

Si Sylvie vivía una doble vida, podría ser un lugar de encuentro para ella y Philippe. Sin embargo, dudaba de que esa zona de Belleville fuera de su agrado.

—¿Por qué matarían a alguien aquí?

—Buena pregunta —dijo la anciana, y colocó de golpe la barra encima de la mesa, la atacó con un cuchillo para cortar carne, y cortó rebanadas desiguales—. No la había visto antes. Nadie la había visto.

—¿A quién?

—A la mujer que murió. Que Dios la tenga en su gloria.

—*Madame*, ¿me dijo que nunca había visto a la mujer asesinada!

—No tenía por qué —dijo ella—. ¡Pero aquí la gente no conduce un Mercedes!

Lo que decía la mujer tenía mucho sentido, pensó Aimée.

Madame abrió el cajón de cubertería de plata, y sacó una cuchara de mango largo para servir. Entre la cubertería, Aimée pudo ver la inconfundible caja plateada con «Mikimoto», el nombre de la famosa tienda de perlas situada en la place Vendôme, impreso en la parte superior. Intuía que *madame* Visse no debía poseer perlas caras.

Entonces recordó la perla de extraña forma que había encontrado en el mugriento pasadizo. Cuando Anaïs le dijo que no era de ella, Aimée se la metió en el bolsillo, y se olvidó de esta.

—Me encantan las perlas —le confesó Aimée inclinando la cabeza hacia el cajón—. Veo que a usted también.

Madame miró la caja.

—Sólo las cajas —dijo ella limpiándose las manos en el delantal. Cogió la inconfundible caja rectangular, y la examinó—. Eugénie estaba tirando algunas. Me quedé con esta.

No tenía sentido ser dueña de unas perlas Mikimoto y vivir en Belleville, pensó Aimée, a no ser que fueras una amante adinerada.

Mikimoto estaba en la place Vendôme, cerca de la columna de bronce en espiral hecha con los cañones fundidos que Napoleón se había llevado de Austerlitz. De nuevo, le vino a la cabeza la carnicería de la explosión en la que murió su padre. Apartó esos pensamientos; revivir el pasado no la llevaría añada.

—Las perlas no son baratas, *madame* —dijo ella—. Eugénie tenía un gusto caro, ¿no cree?

—Guardaba las distancias —le dijo *madame* Visse.

Madame le indicó la puerta.

—Mi hijo llegará pronto a casa. No le gusta que tenga invitados. Dios decide, querida —dijo—. Que tenga buen día.

Al menos había averiguado que *madame* Visse conocía a Eugénie, lo que corroboraba el comentario de Elymani. Y además le gustaban las perlas. ¿Pero acaso Sylvie era Eugénie? Eugénie vivía en un edificio listo para la demolición, y tenía gustos caros. Eso si Elymani y *madame* Visse estaban diciendo la verdad.

De vuelta en la rue Jean Moinon, Aimée llamó al telefonillo de los apartamentos que quedaban. No hubo respuesta. La mayoría tenía ventanas tapiadas. Se imaginó que pronto desaparecerían, y la zona tendría el mismo aspecto que la guardería cercana: de hormigón, achaparrada y fea.

No hubo suerte cuando lo intentó varias veces en los timbres del callejón.

Aimée probó de nuevo a llamar a Anaïs para ver qué tal estaba, pero la persona que contestó al teléfono no respondió a su pregunta, y le dijo que no se podía molestar a Anaïs. ¿Por qué no había cogido Vivienne el teléfono?, se preguntó.

Desde que descubrió la caja de *madame* Visse, sentía que todo estaba conectado. Decidió llamar a Mikimoto.

Monsieur Roberge, el tasador de Mikimoto, se negó a responder a sus preguntas, o a dar una tasación por teléfono.

—Es una responsabilidad —dijo él con un suspiro—. Traiga la pieza a la tienda.

Aimée no quería volver a la place Vendôme ni a los recuerdos que ese lugar suponía para ella.

Sin embargo, quedó con él más tarde, recogió el coche de su socio René, y condujo por las sinuosas calles de Belleville. Aparcó al lado de Leduc Detective, en la rue du Louvre.

Los últimos modelos de pantallas de ordenador y escáneres ocupaban las paredes de su oficina *art déco*. Unas fotografías en color sepia de unas excavaciones en Egipto y unos mapas de África, retocados digitalmente, colgaban al lado de un póster de Faudel, una estrella nacida en Francia y de ascendencia argelina, el favorito de René; y al lado de este estaba *Miles Davis*, el favorito de ella, de su actuación en el Olympia.

—¿Qué te ocurrió ayer por la noche? —le preguntó René cuando Aimée apareció de repente por la puerta.

Era un atractivo enano con unos enormes ojos verdes, pelo negro, y perilla; le gustaba que lo compararan con Toulouse-Lautrec. El dobladillo de su impermeable de Burberry, hecho a su medida, había dejado un charco en el parqué debajo del perchero que había junto a la puerta.

—Lo siento, René —se disculpó ella—. Tuve invitados.

—He perfeccionado nuestro escáner de vulnerabilidades de sistemas para la Electricité de France —le explicó él.

Se sentó en su silla ortopédica adaptada, y empezó a teclear con los ojos clavados en la pantalla que parpadeaba delante de él.

—¿Sabes algo del contrato de prueba de la edf? —preguntó Aimée cogiendo su chaqueta de cuero del perchero.

—Le gustaste al director, le gustaste mucho —dijo él—. Tenía algunas preguntas. Una pena que no pudiera haber discutido sus servicios con él al haber tenido que irse a toda prisa a socorrer a Anaïs.

—Pero son a los peces gordos de la oficina central a los que tenemos que persuadir —le informó René—. He quedado más tarde con el abogado de la edf.

—¿Has comprobado el informe de datos? —le preguntó ella—. ¿Has visto algún virus?

—Por ahora el sistema de la edf parece estar limpio. Pero hay un pequeño virus circulando que no tiene muy buena pinta —dijo él—. Creo que he aislado a la madre, ¡que es peor que su retoño!

—Eres el exterminador del terminal. —Aimée sonrió—. El virus tiene los días contados.

René la observó.

—¿Hay algo más que quieras revelarme?

—Tuve invitados ayer por la noche —dijo ella—. Uno de ellos gracias a ti. Yves.

—¿Salió todo bien? —le preguntó René, con una sonrisa en la voz.

—Digamos que Yves me hizo olvidar al primero. Una rata. Siento no haber podido ir... Es una larga historia.

Le dio a «guardar».

—¿Me lo quieres contar?

Ella se lo contó. Bueno, casi todo. Se dejó las manos en los bolsillos para que él no viera que estaba temblando.

René negó con la cabeza.

—No me extraña que parezca como si te hubiera arrollado un camión —le dijo él. René giró la silla hacia ella—. Tú, más que nadie, te pones nerviosa con las cosas que se incendian. ¿Quieres que te ayude?

—*Merci*, te lo haré saber —respondió Aimée—. Hora de cambiarse.

Se quitó las húmedas botas de gruesos tacones y las colocó al lado de la puerta. En el almacén se puso su traje de Chanel. Era negro, hecho a medida, y corto, el único clásico que tenía. El rostro de su padre se iluminaba cada vez que lo llevaba puesto. «Es perfecto para la parisina que llevas dentro», solía decir él.

—¿Quién murió? —le preguntó René, que la miró inquisitivo cuando salió.

Del sobresalto, a Aimée casi se le cae el bolso de Hermes.

—Sólo lo llevas a los funerales —dijo René.

Dudaba de que se celebrara uno por Sylvie Coudray: no habría nada que enterrar.

—Tengo una cita con un experto en perlas —le explicó ella—. Te veo luego.

Martes, por la tarde

De pie en la rue du Louvre, Aimée respiró profundamente varias veces. Se dijo que podía hacerlo, y comenzó a caminar las diez manzanas.

Era el momento.

Habían pasado cinco años desde la última vez que subió por la rue Saint-Honoré hacia la place Vendôme. Se concentró en poner un pie delante del otro, mientras planeaba qué diría. Pero, como si fuera ayer, vio la media sonrisa de su padre, oyó su suave voz que decía: «*Attends, Aimée, déjame ver. No me gustaría que ocurriera nada emocionante*».

Pero ocurrió.

La bomba explotó y se convirtió en una abrasadora bola de metal, que hizo que él y la furgoneta de vigilancia atravesaran la valla y se estrellaran contra la base de la columna. La onda expansiva la empujó hacia atrás con el tirador de la puerta de la furgoneta en la mano, todavía en llamas.

Los escombros llovían sobre la columna. Fragmentos de cristal, trozos quemados de goma y carne, como la explosión que mató a Sylvie.

Aimée giró la cabeza; todavía no podía mirar. A toda prisa, se dirigió a Mikimoto. Entró en un vestíbulo de techo altos y cubierto de puertas con espejo. Se alegraba de no estar fuera, de haberse alejado de los recuerdos dolorosos, y de ir con un propósito. Cuál era la conexión ente Sylvie y Eugénie era lo que esperaba averiguar en Mikimoto.

—*Mademoiselle*, ¿tiene cita? —le preguntó la rubia recepcionista, con el pelo perfectamente peinado, que miraba a Aimée de arriba abajo.

Aimée se alisó la falda, y sonrió.

—Con *monsieur* Roberge a las dos en punto —dijo ella.

—Deje que lo confirme —dijo la recepcionista, que tomó aire, dando a entender que no admitía discusión alguna y, al mismo tiempo, dejaba ver lo ocupada que estaba. Con sus brillantes uñas pintadas de color coral tecleaba y consultaba la pantalla del ordenador.

Aimée se preguntó por qué no lo miraba en una agenda. Incluso en esa parte de París, dudaba de que tantos jeques y multimillonarios se agolparan en la puerta para comprar perlas únicas.

Su idea de ir a comprar joyas era regatear en los puestos de antigüedades del mercadillo de la Porte de Vanves. Hurgó en su bolso de Hermes, y tocó la perla que había metido en la pequeña bolsa de plástico. Su superficie era desigual y fría.

—Puede subir —dijo la recepcionista.

Aimée tomó las escaleras a la oficina de Roberge, en el piso superior.

—*Bonjour, mademoiselle*.

Pierre Roberge se levantó, y le dio la bienvenida. Era un hombre alto, y tenía sus huesudos hombros caídos, lo cual le daba un aspecto encorvado. Aimée calculó que tendría unos sesenta y tantos años, y que llevaba un buen peluquín. Él sonrió y le indicó con un gesto que se sentara. La lujosa alfombra Aubusson amortiguaba sus pasos. Los ventanales con ribete dorado de la oficina de Roberge tenían vistas al hotel Ritz y a la estatua de color cardenillo que coronaba la columna de Vendôme.

—Gracias por atenderme, *monsieur* Roberge, con tan poca antelación.

Abajo, una flota de Mercedes con chófer esperaba en la discreta entrada de un banco, tanto que no tenía nombre en la fachada. Aimée se cambió de posición en la pequeña silla dorada para no mirar.

—Para ser honesto, *mademoiselle* Leduc, me intrigó su llamada —dijo Roberge encajando la lupa de joyero en el ojo. Ajustó la fina lámpara halógena, y se puso un par de guantes blancos.

Ella colocó la perla con forma extraña, gruesa y de aspecto tumescente, sobre la bandeja de terciopelo negro.

Roberge se echó hacia delante, y la examinó de cerca.

—Mikimoto es conocida por sus perlas cultivadas, *mademoiselle* —dijo él—. A diferencia de estas.

—*Monsieur* Roberge, me han dicho que usted es un experto en perlas. Aprecio su amabilidad —dijo ella—. Espero no haberle hecho perder el tiempo.

La cortesía le impidió decir que así era, aunque lo pensara.

El hombre giró la perla, luminiscente bajo la luz, en su mano enguantada.

Aimée estudió los cuadros enmarcados de paisajes de la Provenza que rodeaban la sala. Parecían impresionistas, menos conocidos pero originales. Se imaginó que todo lo que había en la oficina era auténtico excepto su historia.

—*Les maudites* —murmuró él.

Las malditas.

¿Qué quería decir con eso?

—*Comment?* —preguntó Aimée.

—Perdóneme —dijo él.

Se dio cuenta de que la voz de Roberge se había tornado tensa, su tono más sucinto.

—Es el término que utilizamos —le explicó Roberge—. ¿Le puedo preguntar dónde consiguió esta perla?

Molesta, Aimée se preguntó por qué le estaba haciendo preguntas. Pero sonrió, y cruzó las piernas.

—Todo a su tiempo, *monsieur* Roberge —le contestó ella—. Me gustaría saber su opinión. Dígame primero qué piensa.

—Para serle sincero, *mademoiselle* —dijo tocando la perla una vez más antes de volverla a colocar sobre el terciopelo negro—, su valor disminuyó cuando separaron la pieza de su engaste.

Aimée ocultó su sorpresa, y asintió.

—¿Y el engaste...?

—Bueno, usted es la ladrona —le interrumpió él—, debería saberlo.

—¡Un momento, *monsieur*! —exclamó ella, alarmada—. Yo no la he robado.

—Seguridad se ocupará de usted —le informó él, y cogió el teléfono.

Asustada, Aimée se levantó y puso su mano encima de la de él.

—¿Por qué cree usted que es robada?

No respondió.

Vio que los ojos de él parpadeaban de miedo, pero Aimée no apartó la mano de la suya.

—Usted sabe a quién pertenece la perla, ¿verdad, *monsieur* Roberge?

—Soy un hombre mayor —dijo él. Pestañeaba tanto que la lupa cayó sobre el terciopelo—. No me amenace.

—Dígame a quién pertenece, *monsieur* Roberge —le instó ella sentada en el escritorio—. Y entonces quitaré la mano, y le diré quién soy en realidad.

Parecía indeciso.

Lo soltó, hurgó en su bolso, y sacó su identificación.

—Soy investigadora privada, *monsieur* Roberge.

Él le echó un vistazo con la mandíbula en tensión. Quizá no le agradaba la tan poco favorecedora foto.

—Por lo que he descubierto hasta ahora, *monsieur*, mi próxima parada será el depósito de cadáveres.

—¿Qué quiere decir?

Ella se levantó, y caminó hacia el ventanal; aunque después de dirigir la mirada hacia la place Vendôme, no tuvo el valor de contarle la verdad.

Cuando recordó la conversación con *madame* Visse sobre Eugénie, decidió que tenía que estar segura de la identidad de la fallecida.

—Creo que la dueña de la perla podría estar allí —dijo ella, y se volvió hacia él—. Lo que me diga puede que me ayude a eludir ese proceso. La etiqueta que cuelgue de su dedo gordo del pie probablemente pondrá Yvette, que es el nombre con el que los *flics* identifican a las mujeres desconocidas. A su lado habrán escrito a lápiz un número, que indicará el orden de llegada del cadáver.

—Entonces, ¿está muerta? —quiso saber él.

—Han asesinado a una mujer —le explicó ella—. Me han contratado para que encuentre a su asesino, pero su identidad no está clara. Sólo quiero saber si esta perla era de ella.

—*Madame* Leduc, me lo podría haber dicho antes. Sin embargo, no estamos obligados a proporcionarle información confidencial.

—Así es —dijo Aimée—. Pero le he dicho quién soy. Ahora le toca a usted.

Roberge miró por la ventana, sus ojos reflejaban tristeza.

—*Tiens*. Normalmente no realizo tasaciones ni encargos por dinero —dijo él—.

Cuando una pieza exquisita se cruza en mi camino, me produce un verdadero placer esculpirla y labrarla para ensalzar su belleza. Con las perlas Biwa hacer resaltar su singularidad es sencillo. —Hizo una pausa—. No es difícil conseguirlo.

Su esquividad gálica empezaba a resultarle molesta.

—¿Por qué no me dice su nombre?

Silencio. Ella seguía mirándolo fijamente.

—Yo sólo me centro en el trabajo. —Negó con la cabeza—. Soy un artesano. Cuando la pieza me habla, yo escucho.

Aimée llegó a la conclusión de que pocos clientes discutirían la sentencia de Roberge después de ese discurso, apasionado pero pronunciado con una honestidad que pocas veces había oído.

—¿Está intentando protegerla, *monsieur*? —le preguntó Aimée—. Me temo que ya no le importa.

Fuera, las largas sombras proyectadas por la columna atravesaban la plaza.

—Llegó un día con un embrollo de perlas sueltas —le explicó él finalmente—. Eran cuatro, el número de la mala suerte para los japoneses. Sospechaba cuál era su origen. Pero cuando las examiné, lo supe.

—¿Supo qué, *monsieur*?

También quería preguntarle por qué ese número de la mala suerte significaba algo, pero se mordió la lengua. Quizás estaba tratando de contárselo de una manera enrevesada.

—*Les maudites* son las últimas perlas naturales que han sacado del lago Biwa —dijo él. Dejó la lupa sobre la mesa—. Ya no hay más. Al menos que nosotros sepamos. Ahora las cultivan en unas piscifactorías cercanas. Pero no es lo mismo. Los expertos lo saben.

—¿Por qué el término *maudites*?

Roberge frunció el ceño.

—Se podría decir que la suerte abandona a aquellos que las poseen. Cambia la fortuna.

Como el diamante Hope, pensó ella. Muchos creían que a los dueños les perseguía una maldición. Aimée hizo una pausa; se le ocurrió otro enfoque: ¿habían matado a Sylvie por la perla?

—¿Me va a ayudar? —le preguntó ella.

Roberge se encogió de hombros.

Aimée se echó hacia delante, y lo miró fijamente.

—La numerología japonesa tiene sus propias reglas. —Esbozó una ligera sonrisa—. *Mademoiselle*, el alma humana no es una ciencia exacta como lo es la criminología.

Ella se puso de pie.

—¿Así que está diciendo que la gente rica es supersticiosa?

—Mucho más que la mayoría —respondió él—. Y Sylvie Coudray pertenecía a

esa categoría.

¡Por fin! Sin perder ni un segundo, Aimée se volvió a sentar.

—Hábleme de Sylvie.

—Nunca le pedí información sobre su cuenta bancaria —dijo él—. Ni le pregunté cuál era su profesión.

—Según mi cliente, era la profesión más antigua del mundo —dijo Aimée—. Pero supongo que eso podría decirse de una parte de su clientela.

—Mis servicios no exigen una justificación —dijo él—. Pero Sylvie amaba las cosas buenas. Especialmente las perlas. Y en contraste con su perfecta piel... —Dejó la frase en el aire.

¿Había deseado Roberge en secreto a Sylvie? ¿O habían intimado?

—Tenía buen corazón —continuó.

Una puta con un corazón de oro... ¡qué cliché!

—Vino hace varios años con un hilo de perlas negras —dijo Roberge—. Eran de la clase de perlas que he visto sólo una vez. Después de enseñarle mis credenciales, me dejó que las volviera a ensartar. Un honor.

—Mencionó a una mujer, ¿a Eugénie? ¿O quizá vino con ella?

—Siempre venía sola —dijo él—. Sylvie apreciaba la belleza de una manera excepcional. Algo que muy poca gente puede hacer. La echaré de menos.

Aimée pudo ver en sus ojos que lo haría.

—¿Dónde consiguió unas piezas así, *monsieur*? De seguro que usted también se lo preguntó, *non*?

—Al principio sí. Pero no es asunto mío. Como ya le he dicho —afirmó—. La belleza atrae a la belleza. La esencia de la perla es la esencia de la vida: un coral otrora vivo, osificado y convertido en un grano de arena, envuelto y amado por la ostra y renacido como una perla. La transformación de un objeto irritante, Como Sylvie.

—¿Como Sylvie? —preguntó ella.

Roberge se ponía poético cuando hablaba de perlas, pero Aimée no veía lo conexión con una amante muy bien pagada. Una amante asesinada, recordó ella.

Roberge no contestó. No le quitaba los ojos de encima a la perla, que todavía permanecía sobre el terciopelo negro; parecía absorto en sus pensamientos.

—*Monsieur* Roberge, no sé si entiendo lo que quiere decir —le confesó ella, con la intención de hacerle hablar.

—Las perlas son para la geología del océano lo que las gemas son para los estratos ígneos de la tierra.

—¿Qué tiene eso que ver con Sylvie, *monsieur*?

—Sólo hablábamos de las perlas. Nuestras conversaciones giraban en torno a ellas —dijo él en tono melancólico.

—¿Por qué le recuerda Sylvie a las perlas?

—Una mujer extraordinaria es así —dijo él, y se encogió de hombros—. ¿Qué

más puedo decir?

Sonó el interfono que había encima de su mesa.

—Ha llegado su cita, *monsieur* Roberge —anunció la voz de la sucinta recepcionista.

Aimée se marchó. Dudaba de que a Sylvie la mataran por las perlas, pero la experiencia le había enseñado que no podía descartar nada. Particularmente, se preguntaba por qué había pasado en Belleville.

Cuando atravesaba la place Vendôme en el camino de vuelta, se sentía diferente. Como si estuviera buscando justicia como lo haría su padre, pero a su manera. Paso a paso, todos ellos dolorosos. Y por primera vez en mucho tiempo, recordó la risa de su padre sin llorar.

Había estado perdida en la oscuridad, sin saber qué hacer, hasta que vio el informe de la policía acerca de la explosión. Era hora de buscar respuestas. Su próxima parada sería el depósito de cadáveres.

Martes, por la tarde

Youssefa tiró del chador negro que le cubría la cabeza. La larga pieza de lana era caliente y pesaba. Le resultaba irónico que, después de haberlo llevado en raras ocasiones en Orán, se lo pusiera casi todos los días en París. Pero era perfecto para pasar desapercibida. Era una pena que no pudiera disimular su cojera.

Rezaba para que Eugénie apareciera esa vez. Tenía que hacerlo. Todo dependía de eso. Una y otra vez repasó en su cabeza las instrucciones de Eugénie: encontrarse el lunes en la gruta que había en el pare des Buttes Chaumont. Pero Eugénie no había ido. El plan B era quedar en la cima del parc de Belleville a la misma hora el martes.

Si Eugénie tuviera móvil, pensó ella. Pero no confiaba en ellos. Decía que los canales cifrados no eran seguros; France Télécom sólo quería que todos creyeran que lo eran.

Youssefa tiritaba en la entrada mientras escudriñaba la rue Crespin du Gast. En Francia hacía tanto frío. ¿Cuándo iba a brillar el sol? Esperó a que pasara la anciana y su terrier de pelo recortado. Entonces recorrió la estrecha calle agarrando el paquete con fuerza.

Con la cabeza gacha, pasó al lado de los manifestantes apostados delante de la iglesia.

«El afl se manifiesta por tus derechos, *mon amie*», dijo un joven de rastas poniéndole un folleto en la mano. «Coge uno. Ven a nuestra vigilia».

Corrió a toda prisa, temerosa de tocarlo. De donde ella venía, a ese tipo de manifestantes les habrían segado la vida como se hace con el trigo antes de que pase la cosechadora.

Sé discreta, habían sido las instrucciones de Eugénie. No confíes en nadie.

En la cima del parc de Belleville, el contorno de París, atenuado por la niebla, pasó desapercibido para Youssefa. Se paseó por la rue Piat, que coronaba el parque. No había señal de Eugénie. El miedo se apoderó de ella.

Tres horas más tarde, el terror se convirtió en desesperación. Llevaba sólo cinco días en París. Su único contacto, Eugénie, había desaparecido. El vínculo se había roto... ella sería la siguiente.

Martes, por la tarde

Dentro de la iglesia, Bernard se detuvo debajo de unas ventanas divididas con parteluz que atrapaban y refractaban la luz verde. Los ojos de la gente brillaban con la llama de las velas derretidas. El murmullo de las conversaciones resonaba en los pilares abovedados que sostenían la nave.

Una mujer que llevaba un turbante amarillo, hecho con tela de Mali, comprobó las credenciales de Bernard en la puerta del húmedo vestíbulo. Debajo del brazo llevaba una copia manoseada de *The Wretched of the Earth*, de Frantz Fanon. Más allá de donde estaba ella, Bernard vio colchones colocados a lo largo de los muros de piedra góticos.

«Mustafa Hamid nos representa», dijo ella. Con el otro brazo señaló la zona de los bancos de madera donde jugaban los niños y los hombres yacían sobre los colchones. «Hablamos como uno. Como franceses, no como *beurs*», continuó ella, usando la palabra con la que se referían a la segunda generación de norteafricanos nacidos en Francia. *Beur*, literalmente «mantequilla», se utilizaba en el *verlan*, el lenguaje desarrollado en las casas de protección oficial de la periferia.

Ya no había remedio, pensó él. El ministro tenía un avión esperando a estos inmigrantes de ascendencia argelina y africana, y sin papeles.

Debajo de la nave, las irregulares baldosas de mosaico estaban cubiertas de pisadas de barro. Los cuadros de santos con marco de cristal reflejaban las crepitantes velas votivas y los quemadores de gas azules con enormes ollas que hervían a fuego lento. El aroma de la cera derretida y el sudor de tantos cuerpos flotaban sobre los bancos.

Consternado, Bernard se dio cuenta de que la iglesia se había convertido por necesidad en una guardería y en un *camping* para los huelguistas. Si la prensa francesa describía esa escena, la causa tendría consecuencias negativas para esa gente. Incluso como católico no practicante, sabía que la santidad de la Iglesia tocaba la fibra sensible de los cristianos, católicos disidentes la mayoría de ellos. Y el verdadero objetivo de los huelguistas se tambalearía.

Sintió que alguien tiraba con insistencia de la pernera de su pantalón, y miró hacia abajo. Un niño pequeño con ojos saltones y mocos en la nariz, que no le llegaba ni a la rodilla, intentaba ponerse derecho. Llevaba el pañal suelto, y su pequeño pecho respiraba con dificultad debajo de su cortísima camiseta. Estaba manchada de comida, y no abrigaba mucho en esa húmeda iglesia, pensó Bernard, que sintió cómo salía frío de la piedra. El pequeño lo soltó, dio unos pasos tambaleantes, y entonces se cayó sentado con una sonrisa de sorpresa en el rostro.

—Son los primeros pasos de Akim, *monsieur* —le explicó una mujer vestida con un chador.

Al menos él creía que esas palabras brotaban de detrás de la máscara negra. Se giró y vio a una mujer joven de ojos oscuros, que llevaba un pañuelo en la cabeza, y se dirigía a él.

—Hablo por su madre, que no puede dirigirse a usted si su marido no está presente —dijo ella agachándose y ayudando a Akim.

Akim sonrió, y señaló a Bernard.

Una salva de palabras en árabe salió de repente de detrás del chador. La mujer joven asintió.

—Su madre pregunta, *monsieur*, si por favor la podría ayudar. Akim nació en París, pero su padre y ella no. Son refugiados políticos de un régimen opresivo.

La mujer habló de nuevo, y la joven se inclinó hacia delante para escuchar.

—Si los obligan a volver, acabarán en la cárcel y Akim en un orfanato. El niño —se atascaba con el francés—, ¿cómo se dice?... *un coeur fragile*, un corazón frágil.

Bernard deseó poder volver por donde había venido, fingir que nunca había oído esa historia, y sentirse a salvo detrás de su mesa de despacho estilo regencia que daba al Elíseo. Pero no podía. Se quedó clavado en el sitio.

Akim se acercó a gatas a la pierna de Bernard, y comenzó de nuevo el laborioso proceso de ponerse en pie.

—*Monsieur*, a Amnistía Internacional no le permiten visitar las cárceles de su país —le explicó ella alzando la vista; sus pupilas reflejaban la parpadeante luz de las velas votivas—. Su madre le ruega que los ayuden. Akim es el único hijo que ha sobrevivido a la primera infancia.

Bernard no podía evitar a Akim, que estaba aferrado a sus perneras. *Quizá podría ayudar*, pensó él, *a buscarle un hogar infantil decente con instalaciones médicas*. Y fue entonces cuando vio que, detrás de la madre, se había formado una hilera, que ocupaba todo el largo de la iglesia desde la nave.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Todos ellos quieren contar su historia —dijo la joven—. La familia de Akim es... *comment?* —Buscaba las palabras—. ¿Cómo se dice? ¿La punta del iceberg?

Bernard quería decirle que de todas formas no importaba. Todo el mundo tenía que marcharse. Deseó estar hecho de la piedra que había bajo sus pies.

—*Mademoiselle*, represento al Ministerio del Interior. Yo no soy el que hace los decretos; estoy aquí para hablar con Mustafa Hamid —le explicó él, intentando decirlo en tono sincero—. Tenemos mucho que discutir.

Oyó el quejido del pequeño Akim cuando le indicaron dónde estaba Hamid. De repente, Bernard se vio transportado a su infancia: cuando con dificultad, y hundido hasta la rodilla, caminaba por las vigas carbonizadas del *souk*, y el viento le soplaba arena en la cara, y olía a carne quemada. Con los pies pesados y cansados, el barco que a lo lejos esperaba en el puerto, el color acero del cielo, y el viento que silbaba a través del alambre de espino.

—*Bonjour, directeur Berge* —dijo Walid, un hombre de barba, que lo sacó de sus

pensamientos—. Venga por aquí. Mustafa Hamid desea presentar unas reivindicaciones al ministerio. Razonables y justas.

—Estoy aquí para abrir las negociaciones —dijo Bernard.

—Cumpla nuestras condiciones —dijo él—. Estoy seguro de que nos ahorraremos el tiempo, el estrés, y el poder policial.

Martes, por la tarde

—Ningún fiambre desde el sábado —le dijo el encargado del depósito a Aimée, reprimiendo un bostezo.

—¿Está seguro? —le preguntó ella—. ¿Le importaría comprobarlo de nuevo?

La miró de arriba abajo, deteniéndose en sus largas piernas, y entonces recorrió con su rollizo dedo el libro de registros.

—Inténtelo en el laboratorio. A veces van más lentos con las Yvettes si nos hemos encontrado con una md.

—¿Qué quiere decir eso?

Parecía como si él estuviera esperando a que ella le preguntara.

—Muerte destacada.

Cuando llegó al laboratorio de la policía, se encontró con las puertas talladas cerradas con candado, y un pequeño cartel que decía que las instalaciones habían sido trasladadas por reconversión. Eso significaba que tendría que caminar más.

Últimamente había engordado más de un kilo, y su traje de Chanel notaba la diferencia. Le apretaba la cinturilla, y deseó haberse puesto unos vaqueros y unas zapatillas de deporte tipo bota. También deseó tener un cigarrillo. De camino, comprobó su buzón de voz, pero no había ningún mensaje de Yves.

Una hora después, estaba de nuevo en Belleville: habían ubicado temporalmente el laboratorio al lado de la Bastilla, donde desembocaban los *quartiers*. Se dio cuenta de que el edificio era el antiguo *lycée* de su primo Sébastien, diez o más años atrás. De la época medieval y provisto de torreones, el muro circundante se desmoronaba en algunas zonas, dejando la piedra a la vista. Solía encontrarse allí con él después de clase, cuando iban a esgrima juntos.

Había algo atractivo, pensó ella, en la tranquila atmósfera de abandono. Dentro del patio colgaban carteles despegados de tutorías del colegio. Detrás de un cristal cubierto de telarañas estaban los menús semanales del almuerzo. Aimée siempre había preferido comer en casa, al igual que sus amigas, para poder estar así con su abuelo. Pero desde que murió su abuela, él había cogido la costumbre de comer fuera. Todos los días. También se había echado una novia más joven, quien lo alimentaba, se imaginaba Aimée.

En la vacía ventana con malla de la garita del conserje, había un letrero escrito a mano que le indicaba que llamara al timbre. Apretó el botón. El estridente *rin rin* rebotó en la piedra. Había unas macetas de geranios rojos en germinación apoyadas contra el oxidado estacionamiento para bicicletas.

Nadie. Sólo silencio, roto únicamente por el lejano pitido de un camión que estaba dando marcha atrás. De repente, el chorro de agua de las *bouches d'égouts* la sobresaltó. Los *égoutiers*, los alcantarilleros habían desviado el caudal.

Entonces apareció la sombra de un rostro detrás de la ventana. No supo decir si era hombre o mujer.

—*Oui*?

—¿Ha sido transferido aquí el personal de criminología? —preguntó Aimée.

—Depende —contestó la persona— de la sección que sea.

—*Tiens*, estoy buscando a Serge Léaud, el experto en luminol.

—Ajá —dijo la persona, mientras entraba en calor—. El nombre me resulta familiar. Deje que lo busque.

Se encendió la luz de la garita. Dentro había una *flic* con uniforme azul, con «Police Nationale» cosido en la solapa. En la comisura de la boca asomaba el palo de un chupa-chups.

—Sabe que la mitad del laboratorio se ha trasladado a Bercy —le informó la *flic*—. Pregúnteme por qué, y le diré que no lo sé. Nadie lo sabe.

Aimée se imaginó que era el embrollo burocrático de siempre entre secciones. Oyó el crujido del papel al pasar las páginas.

—¿Por qué han traído la otra mitad aquí? —preguntó ella.

—Hoy en día —le respondió la otra, que se había vuelto muy habladora—, gran parte del trabajo es por contrato. Aquí operan varios laboratorios, así que es más fácil mover los fiambres de piso en piso que a través del Sena.

—Interesante —dijo Aimée, deseando que fuera al grano.

Un gato con manchas grises se movía sigiloso detrás de los geranios.

—Según la nueva *renseignement*, Léaud tiene oficinas en los dos edificios.

Aimée refunfuñó. Había contado con que Serge le enseñara el informe de la explosión de Sylvie. De manera informal, sin jaleo, sin papeleo. Le debía mucho del caso del Marais, donde, gracias a ella, él ascendió varios peldaños en su carrera criminológica.

—¿Entonces trabaja hoy? —le preguntó ella.

—Está de suerte, está aquí, y allí —la *flic* se rió con la boca abierta. Tenía la lengua azul—. Y cómo no, también ha programado a la misma hora una investigación en el quai des Orfèvres... ¡la Brigada Criminal la fastidia de nuevo!

—Lo buscaré más tarde —dijo ella, exasperada—. Parece que estáis hasta arriba, y la Yvette que estoy buscando...

—Tiene autorización, supongo.

El tono de voz de la *flic* cambió, se volvió más formal. Se quitó el chupa-chups de la boca.

Aimée tenía que pensar deprisa.

—Me ha autorizado el *commissaire* Morbier —le dijo ella—. Compruebe el informe sobre la Yvette, víctima de un coche bomba en el 20 bis de la rue Jean Moinon en Belleville.

—Estaría bien —le respondió, y cogió un lápiz y se rascó el cuello con la goma—, pero no lo tengo.

Por supuesto que no. Estaría en la mesa de autopsias o en la oficina del juez de instrucción.

—¿Quién lo tiene?

—La admisión es lenta —dijo la *flic*—. La md les llevó todo su tiempo.

—Mire, estoy trabajando en otras investigaciones.

—Enséñeme la autorización, y lo comprobaré.

—Como le he dicho, la autorización va con el informe —replicó Aimée, que intentaba mantener con dificultad la calma.

—Aquí dice que el *commissaire* Morbier está de baja por invalidez.

—Era de esperar, como diría usted, ¿no? —Aimée sonrió—. Como el paradero de Serge Léaud.

Jugar limpio no había funcionado con ella. Metió la mano en su bolso de Hermes, y buscó el alias que se reservaba para ocasiones especiales.

—Marie-Pierre Lamarck —dijo ella enseñando la identificación que había hecho con el antiguo carné de su padre—. Asuntos Internos.

Marie-Pierre, según las investigaciones informáticas que había llevado a cabo Aimée, había vuelto de baja por maternidad y trabajaba a tiempo muy partido.

La *flic* estudió la identificación, buscó el nombre, y miró a Aimée.

—Eh, me lo podía haber dicho antes —dijo ella marcando los números en el teléfono.

¿Y aguar la fiesta?, estuvo a punto de añadir Aimée.

—No contesta nadie en la oficina de Léaud.

Después de llegar hasta ahí, y pasar por toda esa farsa, no se iba a rendir ahora.

—Está bien —dijo Aimée—. Dejaré unas cosas para él en su oficina. ¿En qué piso está?

—En el tercero —contestó—. Vaya por las escaleras. El ascensor no funciona.

La puerta de la oficina de Serge, al lado del ascensor tipo jaula, debajo de «Département de Philosophie» estarcida sobre el cristal estaba «Criminologue» pegado con cinta adhesiva. Aimée se arrebujó su chaqueta de cuero mientras esperaba en el helado y húmedo pasillo. Se preguntó por qué la mayoría de las instituciones de enseñanza retenían tan bien el frío.

—Serge podría estar en cualquier lugar —dijo la joven con expresión de agobio, levantando la vista de su microscopio dentro de la sala iluminada por amplias claraboyas. Consultó el horario que tenía en su bata—. Lo tienen corriendo de laboratorio en laboratorio. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Todo este servicio englobado!

—Lo lamento, pero es importante que hable con él —le dijo Aimée, asintiendo con la cabeza en actitud comprensiva.

—No damos abasto, y Serge tiene que estar en dos sitios a la vez. El trabajo se paraliza cuando eso ocurre.

—Estoy buscando el informe de la víctima del coche bomba —le explicó Aimée.

—Ah, sí, llegaron partes de una Yvette sin reclamar —dijo la ajetreada mujer—. Sólo algunos pedazos, ya me entiende.

Aimée esperaba que la mujer no hubiera notado su estremecimiento.

—Pruebe en el sótano. El olor a formol es inconfundible —dijo la joven, y volvió a mirar por el microscopio—. Si ve a Serge, dígame que tiene una cita a las cuatro con el *médecin légiste* con relación a los resultados de la autopsia de la MD.

Cuando tomó las escaleras que crujían hasta el sótano, se dio cuenta de que sería mejor que ella misma fuera a buscar al *médecin légiste*.

Abajo, en el frío subterráneo, oyó a un grupo de estudiantes de medicina que en el pasillo charlaban en el argot del humor negro. Los siguió, y vio que estaban realizando una autopsia. Dentro de la sala de azulejos grises, el fuerte desinfectante de pino competía con el tufo a formol. La humedad se mezclaba con el olor que recordaba de cuando tuvo que identificar los restos carbonizados de su padre.

El *médecin légiste*, que estaba parcialmente calvo, levantó la vista. En sus manos enguantadas sostenía un órgano de color amarillo oscuro, enorme y brillante. Debajo, encima de la artesa de esmalte yacía el pálido cadáver, con la cavidad pectoral abierta, y la piel y los músculos seccionados y separados.

—Hígado hipertrófico y adiposo. Observad su apariencia grasa y pastosa —explicaba él, en un tono de voz claro que resonaba en la sala, a los estudiantes de bata blanca que lo rodeaban—. Vivió la buena vida.

Rieron su comentario por lo bajo.

—En más de un sentido —añadió uno de los estudiantes.

El *médecin légiste* reparó en la presencia de Aimée, y la saludó con la cabeza.

—*Bonjour*. Marie-Pierre Lamarck —se presentó ella mostrando su identificación.

—El papeleo no está listo —dijo él—. Este procedimiento me llevará otra hora.

Suponía que ella estaba allí por el cadáver.

—*Pas de problème*, pero voy a llevarme el informe de la Yvette que trajeron ayer por la noche.

—Aquí se nos acumula el trabajo —dijo él—. Ese informe será enviado en breve.

—Pero la... —dijo Aimée.

—Escalpelo —la interrumpió él.

Uno de los estudiantes le pasó el bisturí de diamante.

Aimée se percató de que las arterias del cuello estaban bien conservadas para un mejor embalsamamiento. Habían tenido cuidado en ocultar la incisión del escalpelo en su ralo pelo.

Un trabajo muy concienzudo, pensó ella. Más propio, por respeto a los afligidos familiares, de una funeraria privada que de una morgue. O quizás estaba siendo demasiado dura con los depósitos de cadáveres.

Aimée se fijó en la expresión del rostro del cuerpo. Una sonrisa torcida. Se preguntó cuál sería el motivo.

—Muchos de nosotros soñamos con irnos así —le dijo él al ver su mirada—. A

este diputado le dio un ataque al corazón en los brazos de su amante. Digamos que fue en el calor de la pasión. Que sea o no un escándalo, a él ya no le importa.

Un coitus interruptus en toda regla, pensó ella.

—La mujer se llevó un susto de muerte —añadió un estudiante, con una sonrisa de oreja a oreja—. Un paramédico tuvo que desengancharlos.

A Aimée no le apetecía saber los detalles.

—¿Hacen un trabajo tan bueno con las Yvettes? —preguntó ella.

Al segundo de haber pronunciado esas palabras, deseó no haberlo hecho. Avergonzada, bajó la vista. René con frecuencia le remarcaba lo mucho que obstaculizaban sus reacciones.

Por lo visto, no cayeron en la cuenta porque el *médecin légiste* ignoró su comentario. El sonido metálico y el raspar de los instrumentos de acero inoxidable resonaban en las paredes de azulejos. Aimée cambiaba el peso de su cuerpo, incómoda con sus botas de tacón húmedas. El tufo a formol, la aglomeración de estudiantes de medicina, y la disección de las entrañas del cadáver le producían claustrofobia. Deseó que se diera prisa.

—¿Y el informe? —preguntó ella.

—No he terminado —dijo su interlocutor, ignorando con un ademán su pregunta—. Tendrá un *funeral de Estado* con el *ataúd* abierto —dijo en un tono de voz práctico—. Y la familia digamos que lo quiere digno. —Inspeccionó con el bisturí un órgano de superficie lisa y de un castaño rojizo, y se sorbió la nariz—. Que un residente me pese este bazo.

Una mujer corpulenta, que llevaba la coleta metida en una redecilla, se ofreció como voluntaria.

—Léuad está revisando los inusuales resultados —le dijo él—. *Et voilà*, entonces el informe será suyo.

—Los inusuales resultados, doctor... ¿me lo puede explicar? —le pidió Aimée.

La cadena de la báscula chirrió con el peso del bazo cuando la estudiante lo colocó encima. Aimée se arrebujó la chaqueta para protegerse del frío glacial de la sala.

—Encontramos rastros de *plastique Duplo* —le respondió el hombre—. Estaban incrustados en parte de una pierna.

—¿*Plastique Duplo*?

—Duplo es el primo inglés del checo Semtex, que es más barato —respondió él—. Tendrá que esperar a ver el informe.

Perpleja, salió al pasillo.

Afuera, al lado del hueco de la escalera, se tropezó con una figura que bajaba.

—*Merde!* —murmuró esta, tirando el cigarrillo con un movimiento rápido.

—Eres un criminólogo difícil de encontrar —dijo ella mirando fijamente el rostro con barba de Serge Léaud.

—Y quiero que siga siendo así, Aimée —dijo con una media sonrisa—. Estoy

haciendo dos trabajos, y sustituyendo a alguien que está de baja.

—Y hace que te sientas realizado. —Sonrió, y miró hacia abajo—. ¿Fumando en el laboratorio?

—Desde que publiqué el artículo sobre el luminol y aquella muestra de sangre de cincuenta años de antigüedad, no he tenido un respiro —dijo él. Todo su rostro, rosado y brillante, lo enmarcaba la barba que comenzaba en su pelo rizado—. He vuelto a fumar. *Tiens*, mi esposa no deja que me acerque a los gemelos cuando huelo a tabaco.

—A veces los dioses nos castigan dándonos lo que queremos, como decía Oscar Wilde —dijo Aimée—. En tu caso, apareciendo en los boletines policiales de todo el mundo.

—¿Por qué me da la sensación de que me andas buscando?

—Porque así es —dijo ella tirándole de la manga y llevándolo a una estrechísima ventana del sótano—. Como un mal *centime* que tiras y que vuelve a ti una y otra vez. Háblame del *plastique Duplo*.

Sonó el busca de Serge.

—Llego tarde —le dijo leyendo el mensaje—. ¿Para qué lo quieres saber?

—La víctima saltó por los aires delante de mí —le explicó ella—. Me han contratado para averiguar quién lo hizo.

—No lo sabía —dijo él negando con la cabeza—. Sabes que no te puedo contar nada.

—No digas nada —le sugirió ella—. Simplemente dame el informe cuando lo hayas terminado.

—He de presentarme en el quai des Orfèvres —dijo con los ojos en blanco—. Tengo otra investigación en una hora, y le he prometido a mi suegra que iría a recoger a su perro a la peluquería.

—Creo que encontraremos una solución —dijo ella cogiéndolo del brazo—. ¿Cuál es la dirección de tu suegra?

Martes, a última hora de la tarde

Bernard estudió a Mustafa Hamid. Observó sus enormes ojos negros, su tez cetrina y la saliva seca que salpicaba su barba. Se percató de sus mejillas hundidas y sus esqueléticos brazos.

El frío y la humedad pedían a gritos el abrigo forrado de invierno de Bernard, no la fina chaqueta de traje que llevaba. Le asombró que Hamid sólo vistiera una simple camisa blanca de algodón hasta las rodillas y unas calzas fruncidas. También llevaba una *chéchia*, un gorro blanco de ganchillo, y un chal de oración sobre los hombros.

La vieja familiaridad lo roía por dentro, intrusa e íntima. Volvieron a él los recuerdos de algo que había intentado olvidar. El santón con ojos de loco que proclamaba el juicio final en las calles desérticas de Argel. Cómo la bala de un francotirador lo silenció a los pies de la madre de Bernard en las largas colas que se dirigían al puerto.

Bernard vio que Hamid, sentado sobre un fino colchón, manejaba entre sus manos unas cuentas antiestrés. Con un ágil movimiento, Hamid tocó la mano de Bernard, y después se la llevó a su propio corazón.

—*Salaam aleikum, directeur Berge* —dijo Hamid dirigiéndose a él de una manera formal, con voz grave—. Disculpe que no me levante para saludarlo.

—*Aleikum es-salaam* —fue la respuesta de Bernard. Era todo lo que recordaba del saludo árabe—. *Monsieur* Hamid, le agradezco el tiempo que me está dedicando y espero que nuestras negociaciones sean fructíferas.

—Por favor, disculpe mi apariencia —dijo Hamid. Con un gesto, señaló una bandeja cargada con una tetera y unas ramitas de menta dentro de unos finos vasos ribeteados en oro—. Es usted mi invitado. ¿Le apetece té?

Bernard asintió.

—*Monsieur* Hamid —dijo él—, mi ministerio quiere cubrir las necesidades de su gente. Estamos dispuestos a trabajar con usted. Cuando haya pasado la tempestad, por así decirlo, nos aseguraremos de que todo esté previsto para su regreso.

Bernard comunicó las malas noticias rápido. Se aferró a la idea de que Hamid oiría la sinceridad en su voz. Que de algún modo lo creyera y llevara a los *sans-papiers* por el pasillo, hasta los aviones.

Hamid negó con la cabeza. Sus ojos reflejaban la tristeza que sentía Bernard.

—Me disculpo con antelación por lo que quiera que ocurra —dijo Hamid, inclinando la cabeza. Debajo de la *chéchia* podían apreciarse unos mechones grises aquí y allá—. La violencia nunca es necesaria.

—Estoy seguro de que no amenaza con represalias, *monsieur* Hamid —dijo Bernard sobreponiéndose rápidamente—. Eso me sorprendería viniendo de un líder y un hombre conocido por sus negociaciones pacíficas.

—No me refería a eso —dijo Hamid—. En las enseñanzas de Alá se aceptan a todos los seres humanos, y prueba de ello es esto, estas personas que usted ve a nuestro alrededor. No nos diferenciamos por ser hindúes, musulmanes o cristianos.

Hamid alzó un brazo, para bajarlo poco después. El esfuerzo excesivo parecía hacer mella en él.

Apareció un hombre de barba poblada, y que vestía de la misma forma.

—La salud de *monsieur* Hamid está bajo vigilancia —le explicó—. Lo siento, pero está muy débil. Por favor, hable con él más tarde.

—*Bien sûr* —accedió Bernard—. Es una situación muy delicada.

Lo último que quería era que Hamid se convirtiera en un mártir. En su cabeza, desfilaron imágenes del departamento de Costa de Marfil y una dotación de burócratas deshonrados con la mitad de su pensión.

Se retiró al vestíbulo, buscando un lugar tranquilo.

¿Qué había insinuado Hamid cuando mencionó la violencia? Pensó en la amenaza de las células fundamentalistas ocultas y desperdigadas por todo París y sus represalias... Atentados en el metro, explosiones en grandes almacenes... gente inocente de camino al trabajo, familias comprando uniformes del colegio, asesinados por fanáticos. Se le endureció el corazón. Pensaba que Hamid era diferente, que provenía de una secta pacífica.

—Ponme con *le ministre* —dijo Bernard con la mirada puesta en los autobuses que bordeaban la rue de la Mare. El estruendo de los motores y tubos de escape llenaban la place de Ménilmontant.

—Como desee —le dijo el capitán de cara chupada de las crs.

Cuando *le ministrese* puso al teléfono, Bernard ya había ensayado su plan mentalmente varias veces. Evitaría una crisis de la única forma que se le ocurría, y sacaría a Hamid de la iglesia. Con un poco de suerte, los *sans-papiers* lo seguirían.

—El débil estado de salud de Hamid exige atención —le comunicó Bernard—. Lo último que queremos es convertirlo en un mártir, que los inmigrantes lo canonicen.

—¿Y qué sugiere que hagamos? —preguntó él.

Al otro lado de la línea notó que *le ministre* ponía la mano sobre el auricular. Bernard oyó aplausos y murmullos de fondo.

—Una táctica para minimizar su poder —le dijo Bernard.

Tres minutos después, el ministro accedió, no sin una advertencia.

—O él está fuera, Berge, o lo está usted.

Martes, a última hora de la tarde

Aimée había dejado a *Momo*, un shihtzu bien arreglado, en casa de la suegra de Serge, en la que rechazó quedarse a tomar el té a pesar de la insistencia de la mujer. Había pasado más de un mes, se dio cuenta con sentimiento de culpa, desde que llevó a *Miles Davis* a que le arreglaran el pelo.

En la oficina, telefoneó de nuevo a Philippe, pero no estaba. Su secretaria le prometió que se pondría en contacto con él y le diría que la llamara. Se preocupó. Anaïs tampoco le había devuelto las llamadas.

Aimée se quedó de pie leyendo el fax de Serge por encima del hombro de René.

—Todavía no han establecido la identidad de la Yvette —dijo ella mientras leía el informe—. Pero Anaïs dijo que era Sylvie Coudray. Aunque la vecina y el bedel se refirieron a ella como Eugénie. Según esto, el Fichier National de Nantes tampoco la ha identificado todavía.

Aimée negó con la cabeza, incapaz de entenderlo. El *fichier*, conocido por su rápido tiempo de respuesta, albergaba toda clase de información: número de carné de conducir, *carte bancaire*, y *cartenationale d'identité* entre otros.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó René.

—¿Por qué no intentas acceder a la *Sécurité Sociale* de Sylvie, y, ya que estás, a la de Eugénie Grandet, si existe?

—¿Te refieres al nombre Eugénie, el alias que usaba?

—Hasta ahora es lo único que tengo para seguir —dijo ella—. Pero necesitamos pruebas.

—Una vez tuve una amiga en Nantes —le dijo René—. Deja que vea si todavía sigue allí. —Hizo una mueca—. Me ahorraría mucho tiempo si tuvieras la *carte bancaire* de la mujer. —Le brillaron los ojos—. Podría piratear el chip de la tarjeta y entrar en su cuenta.

—Ojalá la tuviera —dijo ella.

—*Tiens*, Aimée, prefiero eso al sistema de cifrado de 128 bits del Banque de France.

—Estoy impresionada, René —exclamó ella, dejando escapar un débil silbido.

—¡Manipular el Banque de France es un verdadero dolor de cabeza! —dijo él—. ¡Todavía no he descifrado todas sus codificaciones! —Extendió los brazos desde el borde de la mesa de Aimée hasta la pared—. Sólo eso. Pero lo haré, aunque me lleve los mejores años de mi vida.

—Utiliza tu cerebro para las cosas importantes, René —le aconsejó ella—. ¡Como el alquiler!

—*Bien sûr*, pero me pasaré por tu apartamento para buscar un *software* que necesito. Si localizo a mi amiga, quizá pueda navegar por el *fichier* de Nantes —dijo

René—. Además, tengo una bolsa de huesos para *Miles Davis*.

—Sólo estás intentando gustarle —le dijo ella.

—Comprueba lo del Duplo —le dijo René. Le echó un vistazo al fax—.
Interesante explosivo.

Ella también se lo había preguntado.

—¿Por qué usar Duplo? —preguntó Aimée.

—¿En vez del explosivo del bloque del Este, que es más fácil de conseguir? ¿El Semtex? Buena pregunta —contestó René—. Dicen que es el que les gusta a los fundamentalistas.

Aimée abrió los ojos de par en par, sorprendida por lo que sabía René.

—¿Ya han culpado los *flics* a los fundamentalistas? —quiso saber ella—. Es el procedimiento habitual.

Cada vez que había un atentado, todos los medios de comunicación al mismo tiempo se referían a él como un incidente árabe. El racismo inherente la daba asco.

Se acercó a la ventana ovalada que daba a la rue du Louvre, y dedicar así un tiempo para reflexionar. La verdad podía estar en algún lugar entre lo uno y lo otro. Si los fundamentalistas querían matar a Anaïs, la esposa de un ministro, habían hecho una chapuza. ¿Pero por qué? No habían identificado a la víctima, no habían mencionado el nombre de Anaïs, y ningún grupo había reivindicado el atentado.

—Digamos que o los fundamentalistas no quieren que se les vincule con esto —dijo ella—, o no han sido ellos.

—La vida es un cúmulo de posibilidades —dijo René—. Pero diría lo último. Los mañosos y los criminales usan material comercial como Duplo.

—Mira esto —dijo Aimée señalando el último párrafo del informe—. Se encontraron rastros de una placa base que indican que era de fabricación suiza: un interruptor electrónico hecho en Berna. Iban en serio.

—Las horas no cuadran, Aimée —señaló René, ladeando la cabeza—. Dejaste el café de Gaston alrededor de las siete y cuarto, y te dio tiempo a llegar allí a pie, intentar que te abrieran la puerta, subir la calle, y volver al 20 bis. —Hizo una pausa y señaló el informe—. Según esto, la explosión ocurrió a las ocho en punto. Los primeros en llegar a la escena fueron los *pompieri*, después el samu a las ocho y veinte, y a continuación la brigada antibombas, que apareció a las ocho y treinta y cinco. Esta brigada llevó a cabo el proceso de documentación y recuperación; los análisis químicos comenzaron dos horas después.

—*Attends*, René —le pidió Aimée, que cogió un rotulador negro, pegó a la pared con cinta adhesiva una hoja de papel continuo, apuntó «7.15», y trazó una gruesa flecha.

—Sigue —dijo ella.

—¿No me dijiste que cuando llegaron los *flics* saltaste como un conejo por encima de una tapia? —le preguntó René.

El ruidoso y agitado embate de un león marino sería una descripción más

adecuada. Pero se la guardó para ella.

—Bueno, oí sirenas y que gritaban: «¡Abran la puerta!».

Dejó de escribir, y se quedó con el rotulador en el aire. Cuando ella y Anaïs entraban en la rue Sainte-Marthe, recordó haber visto a la furgoneta del samu, y pensar lo rápido que habían llamado a la ambulancia. Serían las ocho y diez como mucho.

—Según este informe —dijo René—, un inquilino llamado Jules Denet, que vive a una calle de allí, dijo que después de la explosión oyó ruidos sospechosos en el patio.

René golpeó el papel con sus dedos rechonchos.

Volvió a la furgoneta del samu, y asintió.

—Entonces había dos furgonetas —dijo ella—. La otra llegó a las ocho y veinte.

—Es bastante coincidencia que respondiera otra furgoneta y que no lo recogieran en el informe, o que no se comunicara con la otra. Así que si no eran ni la ambulancia ni los *flics*... ¿quiénes eran? —preguntó René.

Aimée clavó el fax junto a la cronología. Se lo quedó mirando. No sólo no cuadraban las horas, sino que había algo que no tenía sentido. Retrocedió, y abrió la ventana ovalada, por donde entró la tenue luz y el humo de los coches de la rue du Louvre. Caminó hacia la puerta, encendió la luz de la oficina, y volvió a su mesa.

—Sigue una lógica, René —dijo ella—. Digamos que quienquiera que puso la bomba se quedó cerca para activarla, o para asegurarse de que explotaba.

Recuerdo haber oído música árabe justo antes de la explosión. Quizá planeaban hacer saltar por los aire también a Anaïs... ¿estás de acuerdo?

—Sigue —le dijo él.

—Y si usaron la furgoneta del samu como una tapadera, quizá la aparcaron cerca para accionar la bomba —continuó ella—. O querían lo que Sylvie le dio a Anaïs, y contaban con atraparla.

—Pero tú irrumpiste en la escena —la interrumpió René con emoción.

—Exactamente —asintió ella.

Cerró la ventana y miró a René.

—Creo que lo que oyó el vecino fue a Anaïs y a mí. Me pregunto si vería algo más.

René asintió.

—Será mejor que lo averigüe.

Miércoles

Al alba, por orden de la prefectura de París, la policía uniformada barrió Notre-Dame de la Croix. Llevaron a Mustafa Hamid y a los otros nueve huelguistas a las furgonetas del samu, y de allí a hospitales cercanos.

La prefectura emitió un comunicado en el que decía que la redada había sido ordenada por motivos humanitarios, después de haber oído de boca de los doctores que los atendían en la iglesia que el estado de salud de los huelguistas era alarmante. Sin embargo, el director de los servicios de emergencia de París dijo que los huelguistas habían estado tomando té y agua con azúcar y vitaminas.

«No nos consultaron su evacuación», dijo un médico que prefería permanecer en el anonimato. «El bajo nivel de acetona en la orina no se considera un peligro para su vida, sino una característica del equilibrio ácido del cuerpo en esa fase».

Por la tarde, todavía nadie había abandonado la iglesia. Siete de los huelguistas salieron por su propio pie del hospital, y volvieron a la iglesia para aplaudir a los otros que habían jurado sustituirlos en la huelga de hambre. Mustafa Hamid estaba entre ellos.

Miércoles, por la mañana

Aimée se detuvo en la entrada del 34 de la rue Sainte-Marthe. La palabra «Krok», escrita en los colores del arco iris, ocupaba todo el ancho de la puerta. Abrió un hombre de mediana edad, que llevaba una camiseta interior y una cacatúa ninfa, blanca como la nieve, posada en el hombro. La barriga del hombre sobresalía por encima de su apretado pantalón, y parecía algo incómodo.

—Eh, lamento el ruido —se disculpó él rápidamente—. Intentaré que se calme. Está un poco nerviosa, eso es todo.

—¿*Monsieur Jules Denet*? —preguntó Aimée.

Evitó sonar decepcionada. Denet parecía el tipo de persona que era dada a recluirse. Qué mal. Su presencia complicaría las cosas. Tenía que entrar en el apartamento de Eugénie, que estaba detrás de su patio trasero.

—*Oui* —contestó él, y se dispuso a cerrar la puerta—. Como ya le he dicho, intentaré que no haga ruido.

—*Monsieur Denet*, me ha malinterpretado —le dijo ella mostrándole su identificación—. Soy detective privado. Me iré cuando me conteste a unas preguntas relacionadas con el incidente del que ha informado.

—Creí que era de la asociación de inquilinos —dijo él—. No hay nada más que añadir.

Acarició a la ninfa, que saltó adelante y atrás en su hombro. Denet tenía unas buenas ojeras. Parecía tan nervioso como su pájaro.

—Por favor, dedíqueme sólo unos minutos de su tiempo —le pidió Aimée.

—Mi pájaro está alterado con todo este alboroto. Tengo que tranquilizarla.

Agarró el pomo de la puerta para cerrarla.

Aimée tenía que pensar en algo que le hiciera hablar.

—¿Cómo se llama su pájaro, *monsieur Denet*? —le preguntó ella—. Me encantan las ninfas. La gente dice que se me dan bien.

Denet se detuvo, interesado, con la mano apoyada en el pomo.

—*Blanca* —dijo él—. En español. Mi esposa es de Madrid.

—*Blanca* es un pájaro encantador, *monsieur Denet* —dijo ella—. Muy sano. Es obvio que está muy bien cuidada. ¿Me permite pasar? Las corrientes de aire del pasillo no son buenas para ella.

Denet se encogió de hombros, y entonces le hizo un gesto para que entrara. Reprimió un bostezo.

—Lo siento, pero tengo que echarme la siesta. Empiezo a trabajar a las diez en punto.

—¿Y eso, *monsieur*?

—Para que los vecinos de Belleville tengan sus *croissants, baguettes, et pain au*

levain a primera hora en la *boulangerie, mademoiselle*.

No era de extrañar que tuviera aspecto de cansado. Toda la noche horneando.

—*Eh bien, monsieur*, es una pregunta muy simple. —Aimée entró lentamente en el recibidor—. Usted trabaja las horas de un panadero y duerme las primeras horas de la noche. ¿Cómo vio lo que pasaba en el patio al que creo que da su comedor?

—Eh, ¿para quién dijo que trabajaba? —preguntó él.

Le enseñó su identificación, con la foto tan poco favorecedora.

—¿Oyó usted la explosión, *monsieur Denet*?

—¡Esa gente! —exclamó él, y señaló lo que Aimée se imaginó que sería la ventana trasera de los Visse—. Me despertaron los chillidos del bebé, y la señora estuvo rezando toda la noche. Se asegura de que la oigo rezar por mi alma. Mi pecadora alma.

Aimée reprimió una sonrisa, extendió un brazo, y contuvo su aprensión cuando el pájaro se le agarró a la muñeca con sus afiladas garras. Cuando *Blanca* saltó a la manga de Aimée, el rostro de Denet denotaba admiración.

—*Blanca* nunca hace eso con nadie —dijo él en un tono de voz melancólico—. Sólo con mi mujer y conmigo.

—Unos ruiseñores tienen su nido en el peral que hay delante de la ventana de mi habitación —le explicó ella, mientras le acariciaba las plumas—. Ya comen de mi mano. ¿Por qué no me enseña las vistas, *monsieur*?

Denet la llevó adentro. Su casa era un apartamento, parecido a una cápsula, que había sido remodelado en los años setenta, y daba a los patios traseros de la rue Jean Moinon. Casi toda la pared de la zona del comedor estaba ocupada por varios ventanales.

—Hay demasiada luz para mi gusto —dijo él señalando las claraboyas y los ventanales—. No puedo dormir de día. Mi salud se está empezando a resentir, trabajando toda la noche delante de los hornos. Sólo *Blanca* disfruta de un ambiente tan caluroso.

Muchos parisinos matarían por un apartamento moderno y lleno de luz, pensó ella. Con una calefacción que funcionaba, y un montón de enchufes y armarios.

Su apartamento de Île Saint-Louis tenía un sistema eléctrico caprichoso, unas tuberías arcaicas, y un parqué combado del siglo XVII que daba al Sena.

—Cuénteme qué ocurrió, *monsieur* —dijo ella, mientras *Blanca* subía y bajaba por su brazo.

Las garras del pájaro, que eran como pinzas, perforaron la manga de lana azul de Aimée; y su cresta blanca de plumas se rizaba cada vez que la acariciaba. El ojo de *Blanca*, de un color rosa como el de las palomas, le recordó al traje de Anaïs después de la explosión: salpicado de sangre. La sangre de Sylvie/Eugénie.

—Le gusta a *Blanca* —dijo Denet, y se dejó caer en una silla cromada y tubular que había al lado de una mesa con la superficie de cristal.

Bien, pensó ella, esperando que el pájaro no se le orinara encima.

—Me mudaré a un hotel si no consigo dormir —le dijo él.

—¿Le habló a la policía sobre algún ruido?

—Lo siento, *mademoiselle*, aunque hubiese visto algo, no me gustan los chismes.

Jules Denet, con su rostro cetrino y su panza, no parecía ir en sintonía con sus muebles. Ni con su apartamento. Era un verdadero residente del Belleville *populaire*, que pertenecía a la clase obrera socialista, y más al siglo anterior que a ese.

Aimée deseó poder ofrecerle un sitio en su oscuro, frío y cavernoso apartamento. Quizá se sentiría así más cómodo, y cooperaría más.

—Le gustaría mi apartamento, *monsieur* Denet —le dijo ella—. Es oscuro y silencioso, y no hace calor. —Sonrió—. Pero puede que a *Blanca* no.

La mirada de Denet se suavizó. Por un momento, Aimée creyó que se abriría. Seguro que se sentía solo. Y entonces sus ojos se endurecieron.

—Mal asunto —dijo él, con los labios apretados en un fina línea.

—Las preguntas rutinarias, *monsieur*, son parte de mi trabajo —le explicó ella—. Me han contratado para que averigüe la verdad. No para inventarme una teoría como hacen a menudo los *flics* para que sus estadísticas sigan siendo altas.

Denet asintió; lo entendía. La gente de la clase obrera era conocida por desconfiar de los *flics*.

—Siento no poder ayudarla.

C'est dommage, pensó ella. Una verdadera lástima.

Y un callejón sin salida.

Aparte de volver a interrogar a la devota *madame* Visse y a Elymani, el bedel que tenía dos trabajos y que no quería formar parte de su investigación, no sabía hacia dónde seguir. Lo intentó con una pregunta más.

—Qué lástima, *monsieur* —dijo ella—. Supongo que no me puede decir nada sobre Eugénie.

—Ah, la pelirroja... —comenzó a decir Denet.

A Aimée le dio un vuelco el corazón. Con *Blanca* todavía en el brazo, se sentó, e intentó contener la emoción.

—Eugénie vivía enfrente, en el 20 bis, ¿no es así?

—Eugénie me dijo que ver mucha *telé* era malo para la vista —dijo él.

No era lo que Aimée esperaba oír, pero asintió.

—¿Cómo sabía eso Eugénie, *monsieur*?

—El verano pasado, ya sabe lo tarde que se hace de noche, intenté de todo para tapar la luz. Pero no podía dormir. Y el bebé tenía cólicos, y lloraba todo el tiempo...

Aimée se echó hacia delante, y apoyó el brazo sobre la mesa. *Blanca* estaba feliz de que no dejara de acariciarla. Escuchaba y asentía de vez en cuando.

—Así que veía la *télé*, algo que mi difunta esposa y yo nunca hacíamos. Siempre teníamos tanto de qué hablar... —Hizo una pausa y se miró su enormes manos—. Ayer hizo un año de su fallecimiento.

—*Désolée*, *monsieur* Denet —le dijo ella.

Jules Denet, un viudo solitario afligido por el insomnio... Aimée quería que terminara su historia.

—Hasta que llegó Eugénie... Era un ángel —dijo él extendiendo los dedos encima de la mesa de café.

A Aimée la respuesta se le quedó atascada en la garganta. Respiró profundamente.

—Eugénie parecía muy considerada, *monsieur* Denet.

Denet tenía la mirada perdida.

—Le hablé de la *boulangerie* —continuó él—. Echando la vista atrás, si se aburría, no lo decía, sólo que era mejor que esperar a su novio.

—¿Su novio?

—No lo vi nunca —le explicó él—. Parece ser que estaba casado. ¡Ya sabe qué clase de hombres hay!

Aimée asintió, aunque no estaba segura de que su concepto fuera igual al de él.

Le resultaba difícil imaginarse a Philippe de Froissart, un aristócrata convertido al socialismo, citándose con Sylvie/Eugénie en un edificio ruinoso como ese. ¿Por qué no iban a un hotel?

Quizás a él le gustaba visitar los barrios bajos de Belleville.

—Pero, por supuesto, sabe quiénes eran sus amigas —dijo Aimée—. ¿Tenía una con el pelo largo y oscuro?

—No que yo recuerde —respondió él—. La veía semanas después. A veces pasaba un mes.

—¿Y a sus amigos? —le preguntó ella—. ¿Los veía?

Denet puso mala cara.

—Yo no los llamaría amigos.

Aimée se acomodó en el asiento.

—¿Por qué, *monsieur* Denet?

—Árabes —dijo con los labios apretados.

—¿Jóvenes o mayores? —quiso saber Aimée.

—Eugénie tenía buen corazón —dijo él con un suspiro.

Aimée recordó que Roberge, el joyero, había dicho lo mismo.

—Ayudaba a cualquiera —siguió él—. Yo le decía: «No te mezcles con esa gente. Se aprovecharán de ti. Te robarán».

—¿Y ella qué decía, *monsieur*?

—Ella sonreía, y decía que todo el mundo merecía una oportunidad en la vida. Todo el mundo. —Denet se encogió de hombros—. ¿Quién puede discutirlo?

Aimée pudo ver que a Denet eso le incomodaba.

—A Eugénie le gustaban las perlas, ¿verdad, *monsieur*? —le preguntó ella.

Pareció sorprenderle la pregunta.

—Llevaba un peto, como el que uso yo en la panadería... solíamos bromear con eso. Tenía los pies en la tierra. —Su sonrisa se volvió agri dulce—. A veces parecía

triste. Sentía un gran dolor por dentro.

¿Estaba triste porque Philippe, un ministro con familia, sólo quería una aventura en *has Belleville* mientras vivía en los barrios altos?

Aimée observó los dedos afilados de Denet, sus uñas cortadas, los elegantes movimientos con los que acompaña las palabras. Aquí tenía a un artista que usaba sus manos. Todos los días.

Intentó hacerle más preguntas, pero él protestó, y al final le reveló que no había visto nada, sólo había oído ruidos, y ya no estaba seguro de eso desde que vio una película de acción de Jet Li. Aimée se preguntó cómo era posible que eso le calmara los nervios antes de dormir.

—Aquí tiene mi tarjeta —le dijo ella—. Si recuerda algo más, por favor, llámeme.

Pero parecía más preocupado por el problema que tenía con la familia Visse. Y eso la preocupaba. Supuso que él las había oído a ella y a Anaïs en el viejo garaje, y quería volver a la casa de los Visse. Por lo menos ahora sabía cuándo entrar en el apartamento de Eugénie.

Miércoles, a media tarde

Bernard no había conseguido enviar a los inmigrantes al aeropuerto. Ahora lo destituirían y lo relegarían a alguna oficina de tercera en los confines de la tierra.

Bernard se alejó de la iglesia. Lo llevaban sus pies; la mente la tenía en blanco. Deseó no sentir nada. Se encontró caminando por calles familiares, por los lugares que frecuentó en los últimos años de su infancia. En *bas* Belleville, donde su familia se había sentido afortunada de encontrar un apartamento barato después de su éxodo de Argelia. Sin sirvientes ni pertenencias, sólo la ropa cargada a la espalda.

Fue un mes de abril gélido y cortante como ese. Uno de los más fríos en años. Bernard le había sorprendido el frío y el color gris de París. Nunca se había imaginado que lloviera tanto, que hubiera tanta gente, y tantos vehículos. No como en Argel, con su sol abrasador, el clamor de la medina, y los excrementos de burro sobre las calles empedradas. En el pequeño apartamento no se había quitado el abrigo, porque nunca entraba en calor.

Los lugares de su infancia en Belleville habían cambiado. Ahora las estrechas calles estaban repletas de tiendas de chinos, de telefonía móvil con letreros en árabe, e incluso una cadena de tiendas *Mr. Bricolage*. La entrada la cubría un brillante y verde césped artificial. Eso, recordó él, había sido una fábrica de vidrio.

Su primer recuerdo vivido de París fue ver a los trabajadores de mono en la fábrica echando arena en calderos amarillos: peroles enormes y humeantes de hierro negro fundido. Cuando volvía a casa del colegio, se quedaba maravillado ante el frágil y quebradizo vidrio listo para su entrega. «¿Arena en vidrio?», preguntó él, y su madre asintió. «Pero tú me dijiste que aunque la mona se vista de seda, mona se queda», dijo él. «Eso no tiene nada que ver», suspiró ella. «¿Por qué?», insistió él, y ella, que estaba cansada o llegaba tarde al trabajo, solía decir: «Ahora no, Bernard, ahora no». Nadie se lo pudo explicar satisfactoriamente. En el instituto politécnico, el árido profesor había hablado del proceso químico. En secreto, Bernard había desechado la teoría: prefería creer en la magia, como siempre había hecho. Recordó las historias de los *djinn* que le contaba su niñera bereber; y de Aïsha Qandisha, que, como todo el mundo sabía, tenía pies de cabra y un ojo en mitad de la frente.

El viejo edificio de su apartamento no tenía nada de mágico. Había un restaurante en la planta baja. Antes una *brasserie* de madera oscura había ocupado la esquina. El restaurante tailandés, con adornos de oro y mucha luz, anunciaba «Oferta especial para los primeros en venir a cenar. 48 frs». Los recuerdos lo llevaron hasta la puerta.

Su padrastro, Roman, un polaco expatriado que se había unido a la legión en Argelia, era carnicero. Le suministraba la carne al dueño de la vieja *brasserie*, Aram, un cristiano de Orán, con el que también jugaba a las cartas. Recordaba que a Roman no le había molestado, como le molestaban muchas otras cosas, que Aram hubiera

comprado el local por poco dinero después de la guerra. Pero su madre le había replicado: «Los antiguos dueños son ceniza, Roman, es por eso». La mirada de este se había endurecido. A partir de ese momento, no dijo nada más. Su madre tampoco.

Bernard entró en el restaurante.

—*Monsieur*, ¿mesa para uno? —le preguntó la sonriente mujer de pelo oscuro.

Su patung con motas doradas reflejaba la luz, y una cinta fucsia le rodeaba la cintura. De la cocina salía un aroma a limoncillo. Recordaba las paredes revestidas de madera, el oscuro interior, y que no había ventanas.

Bernard asintió.

Lo llevó hasta una mesa en la que había palillos y unos cuencos y platos de porcelana azul y blanca. Unos dragones de pan de oro sobresalían del techo como gárgolas. El restaurante estaba medio lleno, y se oía el murmullo de las conversaciones y el tintineo del cristal.

—¿Le apetece té helado tailandés?

Él asintió de nuevo, encantado de aceptar sus recomendaciones.

Le puso un plato en la mano.

—*Sírvase usted mismo, monsieur*.

Cuando vio la mesa del bufé, con su sopa humeante y sus fuentes calientes de tallarines de arroz, rollitos de primavera, pollo al limoncillo, y otros platos tentadores, se dio cuenta del hambre que tenía. Recordaba que donde se encontraba ahora la mesa del bufé, solía estar la vieja barra de madera de abedul que Aram aceitaba y enceraba todos los días.

Bernard estaba asombrado. No había pensado en esas cosas en años. Los recuerdos de gente y del edificio de enfrente, víctimas de la bola de demolición, lo inundaron mientras comía. Se sentía algo mareado. Hubo un tiempo en que todo era diferente, recordó él. Hubo un tiempo en que lo fue.

Se sirvió varias veces del bufé. La tranquilidad se apoderó de él. Se sentía igual que cuando tomaba las pequeñas pastillas azules.

Se fue al baño. Pasó por delante de la cocina, y miró dentro. La pintura, los azulejos salpicados de grasa, incluso las tuberías parecían nuevos. Sólo el techo abovedado de los aseos de la parte de abajo era el mismo. Pintura de un gris anodino cubría la vieja piedra donde Roman colgaba sus delantales manchados de sangre las noches que pasaba por allí después del trabajo para jugar a las cartas.

—*Ça va, monsieur?* —le preguntó un hombre asiático de rostro brillante, con unas cartas de menú debajo del brazo—. ¿No se encuentra bien?

Bernard se dio cuenta de que se había parado en medio de las escaleras, sudoroso y temblando.

—Estoy bien, perdone —le contestó. Se limpió la frente, y entonces agarró al hombre del brazo—. ¿Desde cuándo es usted dueño de este restaurante?

Bernard pudo ver el miedo en los ojos del hombre, que se soltó.

—¿Se lo compró a Aram?

El asiático le soltó algo en tailandés, y desapareció escaleras arriba. Bernard se dio una palmada en la frente. ¡Qué estúpido! Por supuesto, el hombre era un *sans-papiers*. Y él estaba abordando a un ilegal para indagar sobre su pasado.

Arriba, la sonriente mujer que le había atendido se había transformado en una seria recepcionista. Su dominio del francés había desaparecido, y señalaba la cuenta y su reloj, dando a entender que era hora de cerrar. Intentó explicarse una vez más, pero se dio por vencido ante sus rostros impasibles.

En la rue d'Orillon, se detuvo y alzó la vista hacia su antigua ventana. Las contraventanas desconchadas estaban abiertas, y un cordel de la colada colgaba fuera. Llegó a sus oídos un dialecto africano. Oyó los lloros de un niño, que apaciguó la voz de la madre. *Otra oleada de inmigrantes*, pensó Bernard. Había cosas que no cambiaban.

El busca vibró en su cintura. El número de Nedelec en el ministerio apareció inquietante en la pantalla. Bernard se detuvo en el teléfono de la esquina.

—*Directeur Berge*, le damos una segunda oportunidad —le informó—. Mustafa Hamid quiere negociar. Lo esperamos en el ministerio en una hora.

Antes de que él pudiera objetar nada, Nedelec ya había colgado.

Bernard se sintió de nuevo acorralado.

Se tambaleó, y vomitó toda la cena en el solar vacío, entre escombros y alambre, que una vez ocupó el edificio de su vecino.

Miércoles, a última hora de la tarde

Morbier acordó verse con Aimée en una pequeña *brasserie* en la rue Pyrénées después de fisioterapia. Llegó tarde. Ella había estado pidiendo continuamente en la barra.

—Me espera mi partida de póquer, Leduc —le informó él, después de la trucha ahumada y el *escalope de veau*. Dejó la servilleta en la mesa—. ¿Querías contarme algo?

Había estado dándole vueltas a algo: si hacerle la pregunta o no a Morbier. Quizás era el Pernod el que hablaba, pero tenía que saberlo.

—¿Por qué papá aceptó el trabajo de vigilancia? Al echar la vista atrás, no me parece que fuera un trabajo corriente.

Morbier exhaló una voluta de humo azul en la atmósfera cerrada de la *brasserie*.

—Déjalo, Leduc.

—¿Cómo? —Se echó hacia delante, con los brazos apoyados en un mantel blanco lleno de migas de pan—. Me despierto por la noche pensando en que hubo algo que no me contó. Algo que no percibí... lo tenso que estaba, que entrara él primero en la furgoneta...

—¿Entonces crees que tenías que haber ido tú primero?

A veces se preguntaba si debería haberlo hecho.

—Si lo hubiera hecho, Leduc —siguió Morbier—, tu padre, descanse en paz, sería el que estuviera aquí donde estás tú, y sería su corazón el que estaría destrozado, no el tuyo. Y estaría sufriendo más que tú.

—¿Cómo puedes decir eso?

Echó las migas a un lado y formó montoncitos pequeños con ellas.

—¡Ay, los jóvenes! —fue su respuesta—. ¿Quién se sobrepone a la pérdida de un hijo?

Morbier se había convertido en un psicólogo de andar por casa. Puede que hubiera asistido a demasiadas sesiones de sensibilidad en el *commissariat*.

—Sabes más de lo que me estás contando, Morbier.

—Y si así fuera, ¿qué cambiaría eso?

Ella se quedó callada, y entonces echó los montoncitos de migas en la mano ahuecada que había colocado debajo de la mesa.

—Que podría dormir por la noche, Morbier.

Él apartó la mirada.

—Ir a la place Vendôme me ha traído de nuevo recuerdos —dijo ella—. Lo siento.

Con un movimiento rápido, echó las migas en su plato, e hizo una señal al camarero.

—*L'addition* —le pidió ella.

Cogió un Gitane del paquete de Morbier, y encendió una cerilla de la caja que siempre llevaba con ella. Áspero y denso, el humo le dio de lleno cuando lo inhaló.

Morbier la observaba.

—¿No lo habías dejado, Leduc?

—Siempre lo estoy dejando —dijo ella, saboreando la sacudida.

Después de pagar la cuenta y de ponerse con gran dificultad su empapado impermeable, Aimée y Morbier se quedaron fuera sobre el brillante adoquinado. Las luces amarillas de los faros antiniebla de los coches se desdibujaban como halos en la bruma. Aimée se dio cuenta de que Morbier la miraba fijamente.

—Padeces lo que se denomina «culpa del superviviente», Leduc —dijo él—. Lo he visto demasiadas veces. Y tú también.

—¿Así que es así cómo se llama? —le preguntó Aimée, mientras buscaba en su bolsa el billete del metro. Lo sujetó en lo alto. Caducado—. Morbier. Mi intención no era ponerle una etiqueta, pero gracias. Ahora ya puedo catalogar el volumen, y colocarlo en la estantería, ¿no?

—Has bebido demasiado Pernod.

—No lo suficiente, Morbier.

Él negó con la cabeza.

—Tu padre fue mi socio una vez. Eso no se olvida. Pero sigo adelante. ¿Cómo crees que me sentí?

Asombrada, lo miró. Nunca habló de sus sentimientos. Ni en el funeral, ni en la ceremonia póstuma de entrega de la medalla, ni en los años que siguieron. Nunca.

—*Désolée*, Morbier —fue su respuesta.

Un taxi, con su luz azul que indicaba que estaba libre, subía por el adoquinado. Morbier introdujo dos dedos en la boca y silbó. Muy alto. El taxi se detuvo delante de un enorme charco negro.

—Ve tú —dijo él—. Me apetece caminar.

Aimée estaba cansada.

—Espero que no te importe.

Entró.

—Al 17, quai d'Anjou, *s'il vous plaît*.

Antes de cerrar la puerta, Morbier se inclinó hacia ella.

—Acéptalo, Leduc, o te devorará.

El taxi pasó a gran velocidad por el oscurecido quai, salpicado con farolas redondas, cuya luz se perdía en la espesa niebla. Morbier tenía razón. Había llegado el momento de seguir adelante. De avanzar.

El coche se detuvo debajo de los frondosos árboles que había delante de su apartamento. Abajo fluía el Sena, que reflejaba puntitos de luz cuando la niebla se

bifurcaba debajo de los arcos de piedra del Pont Marie. Pagó al taxista, y le dio una propina de veinte francos. El seguro por el buen karma del taxi.

El problema era que no tenía ganas de seguir adelante. Quería aferrarse a los recuerdos, que cada año se volvían más apagados y borrosos, en especial la imagen de la sonrisa torcida de su padre. Más que nada, lo que quería era saber quién lo había matado. Puede que entonces pudiera aceptarlo a su manera.

Su apartamento estaba vacío. Ni rastro de Yves. No había vuelto a saber de él. Intentaba olvidarlo, algo difícil cuando las sábanas y las toallas todavía olían a él.

Después de sacar a *Miles Davis* a pasear por el quai, lo llevó arriba. Pero no pudo soportar la oscuridad del apartamento, y se fue a la oficina. Con el trabajo siempre volvía a ponerse en marcha.

El teléfono sonaba cuando abrió la puerta de cristal.

—*Allô?*

—¿Y dices que eres mi amiga? ¿No me prometiste que ayudarías a mi hermana? —le preguntó Martine enfadada—. ¿Y la arrastras al *commissariat*?

Aimée se quedó helada.

—¿Al *commissariat*?

—¡Philippe me dijo que es culpa tuya! —exclamó ella. Había elevado su ronco tono de voz.

—Miente, Martine —dijo ella, sobresaltada. Se preguntó con qué historia le había ido Philippe. Pero de alguna manera era cierto... si hubiera obligado a Anaïs a que fuera a los *flics*..., pero aquellos hombres que las seguían la habían obligado a desviarse—. He estado dos días intentando ponerme en contacto con Philippe y Anaïs, ¡y no me devuelven las llamadas!

—El único favor que te he pedido, Aimée —le dijo. Se notaba la decepción en su voz—. ¿No podías ayudarme ni una sola vez?

—*Mais*, Martine, ayudé a Anaïs a escapar —le respondió ella, exasperada.

—¿A escapar?

Aimée dejó el bolso, y encendió la luz de la oscura oficina.

—Parece que Philippe olvidó mencionar el coche bomba que explotó delante de Anaïs y de mí —le informó Aimée, sentándose en su mesa, y encendiendo el ordenador—. La víctima era su antigua amante.

Martine aspiró sobresaltada.

—O eso fue lo que me dijo Anaïs, pero hay más —dijo, y revisó el contestador—. Hay algo que huele peor que la cabeza de la rata que dejaron en mi puerta el lunes. ¿Estás sentada?

—Sí, será mejor que me siente —dijo Martine, en tono preocupado, pero más tranquila.

Aimée le contó lo que había ocurrido desde la llamada de Anaïs: de Eugénie, el posible alias pelirrojo de Sylvie, la perla del lago Biwa, el *plastique* Duplo, y el hecho de que Sylvie no poseyera identificación alguna.

—Mira, Philippe no es que me caiga especialmente bien —le confesó Martine—. Ama a Anaïs, eso te lo aseguro, a su manera. Pero sé que nunca la pondría a ella ni a nadie en peligro. Es el auténtico aristócrata convertido en un liberal compasivo. Desde el nacimiento de Simone... bueno... es lo que dice Anaïs, ha hecho balance de su vida, ha hecho cambios.

Aimée recordó a Anaïs en el taxi que cruzaba Belleville a toda velocidad, con la pierna llena de sangre y su serena aceptación de la infidelidad de Philippe.

—¿De que la acusaban los *flics*? —le preguntó Aimée.

—No lo sé, pero tienes que ayudarla —le pidió Martine—. ¡Por favor! Qué bien elegimos las hermanas Sitbon, ¿verdad? —Su tono de voz era nostálgico.

¿Estaría Martine pensando en Pilles, su antiguo jefe y amante en *Le Figaro* cuyo puesto ostentaba ahora ella?

—Mi historial tampoco es que sea mejor —dijo Aimée—. Yves volvió sin avisar, le dejé que pasara la noche, y después desapareció.

—Está en Marsella, Aimée —le comunicó Martine—. Está cubriendo lo del afl de Mustafa Hamid en caso de que haya repercusiones.

Mustafa Hamid... Aimée recordaba haberlo visto en los carteles del afl que había pegados por todo Belleville.

Oyó a Martine respirar profundamente. En lugar de decirle algo tranquilizador, Martine la avisó.

—La exmujer de Yves ha vuelto a entrar en escena —le dijo—. Está montando un escándalo por el apartamento que tienen en común.

Eso la pilló de sorpresa. Yves nunca lo había mencionado, pero por otro lado, tampoco le había preguntado.

—¿Cómo es que estás tan informada?

—Porque él se quejaba de que ir a Marsella iba a meterlo en un lío con todas las mujeres de su vida —le explicó Martine—. Eh, si estoy siendo directa, lo siento. Aunque sé que lo puedes aguantar. No te fíes de los hombres.

Yves se lo pudo haber dicho.

La próxima vez, le iba a pedir que le devolviera la llave.

—¿En que *commissariat* está Anaïs? —le preguntó Aimée, esperando que su tono de voz sonara natural.

—En el *quartier* Charonne, rue des Orteaux —le contestó Martine.

—Bien. Conozco a alguien allí —dijo ella—. Por lo menos, solía ser así.

Aunque se preguntó por qué la tenían retenida. ¿Sería alguna especie de tapadera?

Jouvenal, un viejo colega de Morbier y del padre de Aimée, se encargaba de coger el teléfono de recepción por la noche en el *commissariat de* Charonne. Llevaba haciéndolo veinte años. Una lástima que no hubiera estado de servicio cuando Martaud la llevó a la otra comisaría: lo habría llamado a él en vez de a Morbier.

Jouvenal siempre tenía en su mesa caramelos de anís de Flavigny Abbey, cerca de su ciudad natal, Dijon. Las noches en las que hacía los deberes en la oficina de su papá, solía llenarle la mano de ellos.

Lo llamó al *commissariat*.

—Philippe de Froissart, *c'est lui* —le dijo él. Su voz sonaba más áspera que de costumbre. Tosió y expectoró. Seguía siendo de paquete al día. Se imaginó sus amables ojos azules.

Le apetecía un cigarrillo. Oyó voces y el sonido de sillas de metal que arañaban el suelo.

—Necesito hablar con su esposa, sacarla de allí —le dijo ella.

—De Froissart está intentando sacarla —le informó Jouvenal—. *Monsieur* pez gordo dice que debería ser suficiente sólo con su fianza, aunque todavía no hayan presentado cargos contra ella. Va a ser una noche larga, ¿verdad? Su estatus favorecerá a su esposa.

—Ella no está involucrada, Jouvenal —afirmó—. Lo sé.

—¿Y eso?

—Casi salta por los aires ella también —le confesó Aimée.

—Sé que te entrenó tu padre —dijo él despacio. Aimée casi podía ver los anchos hombros. Cuando era pequeña, parecían montañas cuando los encogía—. Pero aunque fuera cierto, ¿qué puedo hacer?

—Deja que hable con Philippe.

—Está ocupado. Me parece que en cualquier momento le va a pegar la *judiciaire* si no me doy prisa.

Se oyeron gritos de fondo.

—Jouvenal, siempre te he tenido cariño —dijo ella—. Por favor, ponme a Philippe al teléfono.

—Sólo me querías por los caramelos —dijo él.

—Eso también —reconoció ella—. Pero después de que me explicaras la división larga, al final lo entendía.

—*Attends*, Aimée —le dijo él.

El teléfono chirrió y se oyó la voz tranquilizadora de Jouvenal.

Tenía que ver a Philippe, descubrir qué ocultaba.

Al final, Jouvenal consiguió que Philippe se pusiera al teléfono.

—*Oui* —dijo él en un tono de voz cortante.

—Soy Aimée Leduc —dijo ella—. Necesito hablar con usted.

—¡Usted! ¿Es usted *imbécile* o práctica? —le gritó—. ¿En qué ha metido a mi mujer?

—¿Yo? —le preguntó sorprendida—. ¡Sylvie Coudray saltó por los aires delante de nosotras! Anaïs fue la que me metió en esto, no al contrario.

Un sonido apagado, como si hubieran puesto una mano sobre el auricular, la interrumpió.

—Venga a mi oficina mañana —dijo él—. Hablaremos.

—Hoy. Ahora —fue la respuesta de Aimée—. Usted se encuentra en el vigésimo *arrondissement*; yo también.

Mintió, pero no quería retrasarlo más. Hubo una pausa. Oyó a una mujer llorar al otro lado del teléfono.

¿Sería Anaïs?

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó Aimée.

—*Soixante dix-huit place de Guignier* en treinta minutos. —Y colgó.

Aimée llamó a la verja del número 78, una casa de dos pisos, apartada de la plaza por un muro cubierto de hiedra. A través de la ranura del buzón alcanzó a unas rosas amarillas y plantas que bordeaban un camino que daba a la brillante puerta verde oscuro. Unas potentes luces la alumbraron.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz en alto.

—*Le ministre* de Froissart, por favor —dijo ella, y parpadeó bajo los fuertes haces de luz.

Una mujer de cara larga abrió la verja. Miró a Aimée de arriba abajo.

—Los repartidores por la puerta de atrás —dijo, y señaló la entrada lateral de ladrillo con la cabeza, cargada de hiedra.

—Lo recordaré —dijo ella—. Mientras tanto, a su esposa puede que la acusen falsamente de asesinato.

La mujer se puso tensa, y soltó un grito sofocado.

—Está en el ministerio.

—Me dijo que me recibiría aquí —dijo Aimée. Miró a su alrededor, pero no vio ningún buzón—. ¿Quién vive aquí?

—Venga conmigo —le dijo la mujer, y la llevó a la entrada lateral.

En el cuidado jardín, más rosas amarillas trepaban las espalderas. Un Renault se detuvo en la pequeña entrada para coches que había a un costado de la casa. El chófer, con la gorra azul echada hacia tras, salió del coche rascándose la sien. El asiento de atrás estaba vacío.

—¿Dónde está de Froissart? —preguntó Aimée.

El hombre miró de soslayo a la criada, quien se encogió de hombros.

—¿Quién lo pregunta? —quiso saber él.

—Aimée Leduc —fue la respuesta de ella.

—Supongo que podrá demostrarlo.

Se colocó bien la gorra, y se apoyó en el coche.

Aimée le enseñó su tarjeta.

—Entre —dijo él, abotonándose la chaqueta y abriendo la puerta de atrás.

—Espero un minuto —dijo ella, recelosa—. He quedado con *le ministre* de Froissart aquí.

—Cambio de planes —le comunicó él, sosteniéndole la puerta del coche—. La vida nos ofrece la oportunidad de poder ser flexibles. Uno debe aprovecharse de eso.

A ella no le gustaba el giro que habían tomado los acontecimientos ni la actitud del hombre. Pero entró, segura al saber que llevaba su Beretta sujeta al hombro.

Salieron a toda velocidad del patio al escaso tráfico. Pasaron por delante de las pequeñas tiendas apagadas: una peluquería, un restaurante grecoturco de *kabobs*, y una *agence immobilière* con las contraventanas cerradas que anunciaba apartamentos a lo largo de la arbolada place de Guignier.

Al poco rato, el chófer entró en la bulliciosa rue des Pyrénées. El Renault recorrió en zigzag la calle, aminorando la marcha mientras sorteaba pequeños camiones y taxis nocturnos.

—¿Adónde vamos?

—Pronto el ministro me dará instrucciones —le contestó él, y le echó una mirada furtiva por el espejo retrovisor. Sonó el teléfono del coche—. Ese debe de ser él.

Examinó la muchedumbre de abrigo negro que cruzaba la calle. La lluvia salpicó la luna del coche, pero paró antes de que el chófer pudiera encender los limpiaparabrisas.

De Froissart dictaba las normas, y permanecía en la sombra. Eso a ella no le gustaba.

El chófer murmuró algo, y luego colgó el teléfono. Giró en la rue des Couronnes. Aimée se había olvidado de la vista panorámica que proporcionaba la parte alta de Belleville en una noche húmeda de abril. A lo lejos, la iluminada Torre Eiffel sobresalía unos centímetros sobre el horizonte de edificios. Pequeña y lejana, exactamente como se sentía ella ante la caprichosa agenda de Philippe de Froissart.

—Veremos al ministro en breve —le anunció el chófer.

El Renault se deslizó por las empinadas y estrechas calles de Belleville.

Un coche grande con ventanillas ahumadas iba en paralelo a ellos, y entonces los adelantó y se puso delante. Se fijó en que las placas de la matrícula eran del gobierno. El coche giró y entró en el quai Jenmapes, que daba al oscuro canal Saint Martin.

Ese juego del gato y el ratón la incomodaba. ¿Por qué Philippe no quedaba simplemente con ella? El chófer frenó, lo que hizo que ella se echara bruscamente hacia delante. Asustada, puso las manos delante para no chocar contra el asiento.

De repente, un hombre musculoso abrió la puerta. Miró a su alrededor, y señaló con su pulgar hacia el canal. Su actitud, ni educada ni reconfortante, no le dejó más elección que obedecer.

Él volvió al otro coche, se apoyó en el capó del Renault, y se miró las uñas. El coche en el que iba ella salió en dirección a République.

Sentía el viento cortante debajo de su impermeable mientras caminaba por el dique. Con él se arrebujó las piernas embutidas en cuero. Tenía frío, estaba empapada, y harta del secretismo de Philippe. Su amante había saltado por los aires, a su esposa y a Aimée las habían perseguido unos matones enormes y horribles por

todo el metro, y eso era sólo la punta del iceberg. Quería que Philippe le aclarara qué diablos estaba pasando y dónde estaba Anaïs.

Del canal venía un olor a algas, mezclado con un hedor a basura. Las gotas de lluvia agitaron la superficie del agua, y entonces dejó de llover. Las luces del muelle se reflejaban en el metal de las esclusas del estrecho canal.

Aimée deseó poder cambiar lo que había ocurrido, rebobinar la vida: desmontarla fotograma a fotograma como si se estuviera editando una película, y así evitar que Sylvie entrara en aquel Mercedes. También deseó estar echada con Yves delante de un crepitante fuego. Pero no tenía muchas esperanzas de que eso ocurriera. No contaba con él. Y además, su chimenea la tapiaron después de la guerra. Así que tenía que seguir con la investigación.

Las sombras de los esqueléticos árboles que todavía no se habían vestido para la primavera se balanceaban delante de ella. Sus pasos hacían crujir la grava mientras se dirigía hacia una figura sentada en un banco.

Philippe estaba sentado, con los ojos enrojecidos, mirando fijamente al agua.

—¿A qué viene tanto secretismo, Philippe?

—Aimée, confía en mí —dijo él—. Es mejor así.

—¿Dónde está Anaïs?

—Ya me he encargado yo de todo —fue su respuesta.

—Pareces que lo tienes todo bajo control, Philippe —le dijo ella, y se sentó a su lado—. Así que dime: ¿qué demonios estás pasando?

—Ella está a salvo —contestó él poniéndose de pie. Hizo un gesto con la cabeza al chófer que estaba al lado del coche. Inmediatamente encendió el motor y las ruedas comenzaron a moverse, lanzando grava—. Ni tienes por qué preocuparte.

Los hombres que eran condescendientes le resultaban molestos. Muy molestos. Ella se levantó y caminó con él.

—Anaïs me contrató para encontrar al asesino de Sylvie —le explicó ella—. Acepté el trabajo.

Aimée vio la media sonrisa de Philippe en la tenue luz.

—Sólo Anaïs haría eso, y es tan típico de ella —dijo él—. Por eso la amo.

Quizás era por cómo las sombras se proyectaban sobre su cara, o por cómo se inclinaba hacia delante con expectación, pero por un instante vio la vulnerabilidad de Philippe. Entendió por qué les atraía a las mujeres. A algunas mujeres, no a ella.

—Sylvie estaba intentando protegerte, ¿verdad, Philippe?

Aimée siguió hablando, no esperó a que él contestara.

—Tenía otra identidad, Eugénie, ¿no es así?

El rostro de él se ensombreció.

—Llego tarde a las negociaciones del ministerio.

—Philippe, no me molesta que no me agradezcas que haya rescatado a Anaïs —dijo ella—. Lo que me molesta es que no me cuentes quién llegó hasta Sylvie y por qué.

Se alejó de ella, con su impermeable agitándose al viento.

Aimée lo siguió.

Hebras de unas acacias en ciernes pasaron revoloteando a su lado. Philippe se detuvo en el borde del canal, y se quedó mirando la capa de suciedad que había en la agitada superficie, salpicada de flores vellosas y de hojas.

Se acercó a él, y lo miró directamente a la cara.

—¿Tenía Sylvie alguna conexión con los *maghrébins*? ¿Te avergonzaba que pudiera salir tu nombre?

—Ahora ya lo recuerdo... eras la hija de un *flic*, un coñazo —dijo él negando con la cabeza—. No has cambiado.

Y tú todavía eres un niño rico, pensó ella, *con educación socialista y un trabajo en el ministerio*. ¿No tenía también un viñedo?

—Conozco gente —le dijo. Miró su reloj, uno caro, y le echó una mirada elocuente—. Déjame a mí.

—¿Crees que llamar a la línea directa *interministérielle* y pedir favores va a funcionar? —le preguntó Aimée, y de una patada echó una piedra suelta al agua turbia—. Actúas como si esto fuera algún tipo de legislación o letra de cambio. —La piedra describió pequeñas ondas hasta la mitad del canal, y luego se hundió.

—No entiendes cómo funcionan las cosas, ¿verdad, Aimée? —fue la respuesta de Philippe, en un tono más condescendiente si cabe, y apartó la mirada.

—¿Alguna vez has visto explotar un coche, Philippe? —le preguntó ella, e intentó mantener la calma. No esperó a que él le respondiera, sino que se volvió hacia él—. ¿Alguna vez te han caído trozos de carne encima, te has resbalado en un suelo lleno de sangre, has visto un brazo totalmente quemado cuando...? —Se calló.

Él bajó la cabeza, y tuvo la gentileza de parecer avergonzado.

Odiaba hablar de eso, ver de nuevo todas esas horribles imágenes en su cabeza. Pero tenía que pincharlo, tenía que empujarlo a que le contara el motivo.

Silencio, sólo roto por el lento borboteo del agua.

—Así que lo sabía —dijo Aimée, dejando la frase en el aire.

—¿Sabía qué? —le preguntó él levantando la vista.

Era una noche fría; él se sacó las manos de los bolsillos, y se las frotó.

—Mira, antes de que empieces a especular, deberías saber que Sylvie y yo lo dejamos hace meses —le informó él. Hizo un gesto desdeñosos con las manos—. Anaïs sabía que todo había terminado.

—El asesinato de Sylvie tendría sentido si te tuviera cogido por las partes pudendas.

Aimée se imaginaba que el chantaje le daría a Philippe un motivo para asesinar a su examante.

—Vuelve y haz lo que sea que hagas. —Philippe examinó los apartamentos que estaban al otro lado del canal, y se mordió el labio—. Deja tus ideas para el mundo de fantasía.

—¿Y si Sylvie se sentía rechazada, quizá herida y enfadada? —siguió Aimée, como si él no hubiera dicho nada. Estaba apretando las tuercas; si lo intentaba con más ahínco, él acabaría confesando algo. Sylvie lo había querido, y él a ella. Se le acercó—. Así que cuando ella se entera de que la aventura ha llegado a su fin, te chantajea con desvelar todas las conversaciones íntimas que habéis tenido en la cama.

—Eso no es muy agradable de tu parte, Aimée —dijo chasqueando los dedos. Su humor había cambiado. En vez de desvelar nada, parecía enfadado.

Se oyeron unos pasos en la grava detrás de ella. Aimée se giró, y vio a un hombre con la cabeza rapada, que llevaba gafas sin montura y, debajo de un jersey azul oscuro, se podía apreciar el característico bulto de quien lleva un chaleco antibalas. Los ojos vidriosos e inexpresivos del hombre le recordaron a los de un pez. Centró su mirada en ella, quien también lo miró, con la esperanza de que no se diera cuenta de que estaba temblando.

—Te presento a Claude —dijo Philippe.

Claude no apartó la mirada ni por un momento.

Aimée cambiaba de un pie a otro sobre la grava. Se le hizo un nudo en la garganta. Tenía que haber quedado con Philippe a su manera. Haber insistido.

—Claude le presta mucha atención al detalle —le dijo él—. Y ahora ha centrado esa atención en ti. No me gustaría que encontrara nada irregular en tu negocio y lo cerrara —continuó. Su mirada se endureció—. Aléjate de los asuntos de los que no sabes nada.

Aimée oyó la radio del coche. Philippe miró en esa dirección, atraído por lo que anunciaba el policía: «Altercado en Notre-Dame de la Croix con los *sans-papiers* en huelga de hambre».

—*Merde!* —murmuró él.

—¿Tiene Sylvie algo que ver con eso? —le preguntó Aimée.

Vio conmoción en los ojos de Philippe.

—No soy el malo de la película —dijo.

—Demuéstralo —lo retó ella.

Pero él ya se había dado la vuelta, y se dirigía a toda prisa al coche, con Claude detrás. El coche se alejó a toda velocidad, lanzando grava antes incluso de que la puerta del acompañante se cerrara siquiera.

No percibió lo mucho que le habían perturbado los ojos de Claude hasta que subió al puente peraltado sobre el canal Saint Martin, y se tranquilizó lo suficiente como para poder reflexionar.

Si Philippe mató a su amante, trató de cargarle el asesinato a su mujer, para después encubrirlo... no tenía sentido. Lo único que le traería sería deshonra.

Fuera cual fuera el trato que había hecho Philippe de Froissart, y con quienquiera que lo hubiera hecho, tenía que ser sucio. Se lo olía.

Recordó la reacción de este cuando oyó la noticia en la radio del coche sobre Mustafa Hamid y el afl. Aimée se detuvo en el puente de metal, sobre las agitadas

aguas del canal. Recordó también los carteles, que empapelaban Belleville, sobre la huelga de hambre de Hamid, pegados en las paredes cercanas al apartamento de Sylvie/Eugénie. Tenía que averiguar si era mera coincidencia o si había una conexión. Pensaba que Gaston podría ser una mina de información.

Encontró el número del Café Tlemcen, y llamó desde su móvil.

—*Bonsoir*, Gaston —dijo ella—. ¿Podemos hablar sobre Mustafa Hamid y los *sans-papiers*?

El hombre tomó aliento. De fondo, se oía un murmullo de voces.

—Ahora mismo tengo lleno el local —le dijo—. ¿Dónde está?

—En el canal Saint Martin —le dijo ella.

—Tenga cuidado —le avisó él—. No es un sitio muy seguro por la noche.

El runrún de la máquina de café exprés competía con el sonido gutural de las voces que hablaban en árabe. Le llegó el ruido de alguien que parecía haber echado hacia atrás una silla, y de esta chocando contra el suelo.

—Los ánimos se están caldeando aquí —dijo él—. No puedo hablar. Venga mañana. Temprano.

De camino a casa, Aimée cruzó el Pont Marie. El vaho de su aliento se mezclaba con la noche. Su apartamento estaba a oscuras, no había ninguna ventana iluminada, ninguna habitación caliente, ni Yves la esperaba. Tenía que afrontar, pensó ella, que simplemente le había quedado a mano, que había sido una parada de rigor a su regreso de El Cairo.

Con la cabeza gacha, y decidida a apresurarse para sacar a *Miles Davis* antes de que empezara a llover, se topó con una figura.

—*Pardon!* —se disculpó ella, y levantó la mirada.

—¿Vas con prisa? —le preguntó Yves, de pie en el muro del muelle que había delante de su apartamento. Le rozó la mejilla con los dedos, y la miró a los ojos. Debajo de ellos, borboteaba el Sena.

—¿Dónde has estado? —le preguntó él, arropado con un abrigo.

Su alegría desapareció. ¿Le había dicho él que había estado en Marsella?

—Será mejor que no lo sepas —contestó, con la mente de vuelta en el canal Saint Martin, en la amenaza de Philippe y en la mirada muerta de Claude.

Los pies de él arrastraban hojas mojadas.

—¿Hay otro, Aimée?

A ella le entraron ganas de reír. Sin embargo, la ventaja que le proporcionaría seguir con cara seria era mayor que si contaba la verdad. Había muchas otras cosas de las que quería hablar.

—¿Dónde has estado, Yves?

—En reuniones con la redacción —le explicó él sin apartar la mirada de ella—. Muchos desacuerdos, rivalidades. Lo normal.

Sintió calor en la cara. Le gustaba notar sus dedos en las mejillas.

—¿No te llevas bien con Martine de *Le Figaro*?

Él se encogió de hombros.

Por un momento, la farola del muelle rodeaba su cabeza con un halo, y lo sumergía en la sombra. No pudo leer su expresión.

—Somos dos caras diferentes de una moneda, Aimée —dijo él—, pero eso lo hace interesante.

—De nuevo vienes en secreto, ¿verdad?

Su desasosiego lidiaba con el deseo de meterse dentro del abrigo de él.

Yves le puso un dedo en los labios.

—Digamos que Martine y yo no pensamos igual, y lo respetamos.

—Entonces no le gustaría... —comenzó a decir ella.

—No estoy trabajando —dijo él, y señaló el reloj—. Ya he sacado a *Miles Davis*. ¿Por qué no entramos en calor con esto? —Sacó una botella de una bolsa de papel, y una copa de champán del bolsillo de su abrigo. En su rostro vio el reflejo de la luz que proyectaba la copa—. Sólo encontré una.

—La podemos compartir —dijo ella, y lo cogió del brazo—. Un *sommelier* me enseñó cuál es el secreto de descorchar una botella. ¿Quieres una demostración?

—No dejas de asombrarme —dijo Yves, y sonrió.

Bajaron las escaleras de piedra del dique. Yves extendió el abrigo en el suelo y se sentaron debajo del puente con arcos. Una solitaria familia de patos nadaba en silenciosa formación ante ellos, haciendo uves en la tranquila superficie del agua.

—Veuve Cliquot ochenta y nueve, ¡buen año!

Con los pulgares movió el corcho dos veces, y abrió la botella de champán.

—¡A los patos! —exclamó Yves. Le pasó el brazo por el hombro, y bebieron al estilo soldado, a sorbos. El champán les bajaba por la garganta, achispado y aterciopelado. El calor del cuerpo de Yves la calentaba.

Mirando al agua, Yves le habló de El Cairo. Su cara cambió cuando le relataba su viaje en moto al desierto durante una excavación arqueológica.

—Te gusta eso, ¿verdad? —le preguntó ella, acurrucándose.

—A ti también, Aimée —le dijo—. Las luces en las dunas, la tranquilidad... —Se calló.

Ella echó más champán en la copa.

—No se me dan muy bien las relaciones —le dijo.

—A mi tampoco —fue su comentario—. Brindemos por ello.

Y así lo hicieron.

Aimée se puso en pie, con la botella en la mano.

—El último en llegar...

—Abre otra botella —interrumpió Yves—, pero lo primero es lo primero.

Se apoyó en el arco y tiró de ella hacia él.

—No dejes de pensar en ti.

Se besaron un largo rato debajo del puente. Ni siquiera les molestó la bocina de una barcaza, ni un viejo vagabundo que pasó por su lado. Rieron juntos cuando él la

llevó a caballo todo el camino hasta el apartamento. Allí disfrutaron de un baño caliente otro rato, esta vez más largo, con otra botella.

Miércoles, a primera hora de la noche

Bernard paseaba de un lado a otro fuera de la oficina del ministro Guittard, frotándose los ojos e intentando que se le ocurriera una excusa para rehusar negociar. Los altos techos, con frescos de ángeles juguetones, y los suelos de madera en forma de diamante pasaban desapercibidos para él. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no se percató de que un hombre había salido de la oficina hasta que chocó con él.

—*Je m'excuse* —se disculpó él, y vio la cara de Philippe de Froissart.

Philippe, antiguo compañero de la *École Nationale d'Administration*, parecía más viejo, y disipado, con ojeras debajo de sus enrojecidos ojos.

—*Ça va, Philippe?* —le preguntó Bernard.

—Capeando el temporal —dijo Philippe con una sonrisa forzada. Le dio un poco entusiasta apretón de manos, y siguió su camino.

Bernard recordó a Philippe en los disturbios del 68 en la Sorbona: era un exaltado manifestante en primera línea, apasionado por sus ideales. También era un imán para las estudiantes. Después de graduarse, Philippe probó suerte con los socialistas. Más tarde, se convirtió en el *Secrétaire d'Etat à la Défense*, un director en el Ministerio de Defensa. Lo había hecho bien, había llegado alto en la cadena trófica del poder.

¿Adónde había ido su juventud, se preguntó Bernard, y la impresión de que podían cambiar las cosas?

—El ministro Guittard lo está esperando, Berge —le anunció Lucien Nedelec, mientras alisaba su fino bigote. Se levantó y le hizo un gesto para que avanzara—. Su plan ha fracasado —añadió él—. Rotundamente, de hecho. Pero sabemos que puede hacerlo mejor.

—Nedelec, ¿por qué yo? —le preguntó Bernard—. Mi trabajo pertenece a otra sección del ministerio.

—*Mais* usted es perfecto, Berge —le respondió Nedelec, se abotonó su chaqueta cruzada, y lo acompañó.

—No lo entiendo —dijo Bernard, y se detuvo en la puerta.

—No lo comprende, ¿verdad? —Nedelec negó con la cabeza—. ¡Es por su origen, Berge! El ministro está fascinado con cómo un *piéd-noir* como usted, que nació en Argelia, ratifica las leyes.

Bernard vio el reflejo en las puertas de cristal, y, por un instante, se preguntó quién sería el hombre mayor de mirada angustiada que estaba a su lado. Sobresaltado, se dio cuenta de que era él mismo.

Miércoles, por la noche

Philippe echó un vistazo en la habitación de Simone. Su suave respiración y el dinosaurio quitamiedos le dieron la bienvenida. Philippe se relajó. Su niña estaba dormida. A salvo.

Bajó las escaleras, cogió una botella de Johnny Walker libre de impuestos, una cubitera, y se fue al estudio. Dentro, bajó las persianas y se echó una generosa cantidad en un vaso de Baccarat.

Se aflojó la corbata, y se sentó en la moqueta de seda. Apoyó la espalda en la mesa del despacho, y suspiró. Se quedó mirando el acuario de agua salada que estaba encajado entre las estanterías. Lo único que rompía el silencio era el burbujeo del filtro de aire del tanque y los cubos de hielo que tintineaban en el vaso.

Ignoró el trabajo que tenía sobre su escritorio y la carpeta de Sylvie, que le había entregado Anaïs, y bajó su álbum de recortes de la ena. Siguió poniéndose Johnny Walter, ya sin echar hielo, y pasó las páginas.

En una de ellas, Bernard Berge, más joven y con mucho más pelo, le devolvía la mirada. Incluso en aquel entonces, el parecido con Woody Allen era claro. Solía bromear sobre el tema, y decirle a Bernard que podían ser gemelos. Incluso a los veintitantos, sus ojos tenían esa mirada furtiva. No era de extrañar que acabara de *fonctionnaire*, que nunca llegara alto en el ministerio.

Philippe vio una fotografía suya en la azotea, con el Sena detrás de él. Rodeaba con los brazos a una chica de cabello largo. Los dos llevaban cintas en el pelo, pañuelos *tie-dye*, y no mucho más. Recordaba esa tarde de 1968, pero no a la chica. Cuando se manifestó en la Sorbona, les había tirado *pavés* a los *flics*. Se había armado un gran revuelo. Su grupo había tomado la Facultad de Letras, mientras proclamaban el amor libre, el vino gratis, y la libertad de pensamiento. Habían formulado una nueva carta de derechos humanos. El único que recordaba era: «Por la presente declaramos que toda la humanidad escuchará a su corazón y cantará». Pensaban, qué arrogantes e inocentes, que estaban cambiando el mundo. Y nunca se había sentido mejor en su vida.

Su estómago plano y esa sensación de libertad habían desaparecido. ¿Qué le había ocurrido? ¿Le estaría pasando lo mismo que a Bernard Berge, se estaría convirtiendo en un anciano prematuro? ¿Estaría tan muerto como a veces se sentía? No, no podía ser así. Aunque le había costado, había hecho que el viñedo saliera adelante. La alegría lo inundaba cuando veía el asombro brillar en los ojos de Simone, cuando oía su risa. Se había vuelto a enamorar de su radiante esposa cuando tenía en sus brazos a Simone.

Llamó para ver cómo estaba Anaïs. Le enfermera le dijo que *madame* dormía. Philippe le dio las gracias, y colgó el teléfono con un suspiro. Se sirvió más Johnny

Walter en el vaso.

Si tan sólo se hubiera quedado en la comuna de Normandía, se hubiera unido al grupo de música pop de su hermano, o viajado a India y vivido en un *ashram*.

El teléfono interrumpió sus pensamientos.

—*Allô* —dijo Philippe.

—Qué difícil es localizarte, Philippe —le dijo Kaseem Nwar—. Dime algo, por favor, tengo que darles alguna esperanza a los inversores.

Cansado de la insistencia obstinada de Kaseem, Philippe quiso colgar.

—¿Qué más puedo decir, Kaseem? —dijo él, molesto—. Mi comité ha cedido las riendas de la financiación. Ya está fuera de nuestro control.

Cuanto menos supiera Kaseem, mejor. Cuanto menos supiera la gente, mejor. Prueba de ello es lo que le pasó a Sylvie.

—¿Podrías reconsiderarlo, Philippe? —insistió él—. He invertido mucho en el proyecto.

—Kaseem, estamos sujetos a los caprichos del Elíseo —le explicó él—. Como siempre te digo, hago lo que puedo. Ahora, no parece posible.

—Philippe, esto no es sólo por mí —le dijo Kaseem, en un tono más bajo e insistente—. Hay gente que cuenta con el proyecto, con la financiación de la misión. ¡Dependen de ti para esto!

Philippe notó la desesperación en la voz de Kaseem.

—Veré qué puedo hacer —mintió él.

Cualquier cosa para quitárselo de encima.

Jueves, por la mañana

—*Merci*, Gaston —le dijo Aimée aceptando el café exprés que el hombre le ponía en la barra de Café Tlemcen.

El lugar, con su gastado linóleo y sus ventanas con visillos, era un ambiente que sentía familiar, casi acogedor. Del otro lado de la estrecha calle, salía de una ventana abierta el estruendoso sonido de música *raí*, fusión de pop occidental y música regional argelina.

—¿No estaba prohibida la música *raí*?

Gaston asintió.

—Los fundamentalistas la prohibieron por considerarla una degeneración de la música occidental, pero a mí me gusta.

—A mí también —dijo Aimée mientras seguía el ritmo de la música con los pies, y bebía de la humeante taza.

Cogió otro terrón de azúcar moreno. La extraña mirada de Gaston la alertó.

—¿Dónde me puedo lavar las manos?

—Venga conmigo —le dijo él.

Con la cabeza, señaló la parte trasera. Más allá de la barra de cinc estaban los aseos y había un pasillo que daba a la zona de atrás.

Unos hombres mayores jugaban al póquer en las mesas de madera, y varios jóvenes con chándal y rastas a las máquinas de *pinball*.

Aimée caminaba pegada a Gaston, quien de camino cogió una fregona. Cuando llegaron a una puerta que daba a un patio trasero, él le hizo un gesto para que fuera a la derecha. En el patio había una estructura con tejado de alambre y cristal. Aimée se imaginó que alguna vez había sido una fragua o una herrería, y todavía conservaba su encanto *belle époque*. Las puertas dobles de madera estaban medio abiertas a pesar de la fría llovizna.

—Podemos hablar *chez moi* —dijo, y le indicó que entrara con él.

Caminaron por encima de serrín, alrededor de vigas de hierro al descubierto, y de un caballete sobre el que habían colocado un armario de roble a medio hacer. Tenía trozos de estuco pegados a los tacones de las botas. Encima de ella, unas claraboyas que el tiempo había vuelto opacas dejaban pasar una tenue luz al espartano espacio en el que trabajaba y vivía Gaston. A Aimée le entró un escalofrío, y se preguntó cómo el hombre podía entrar en calor en un sitio así.

En el hueco arqueado de un antiguo horno de ladrillo usado para calentar y fundir hierro o forjar herraduras, había una cama de forja con un edredón color caqui encima y un gato blanco persa durmiendo a los pies.

Debajo de la ventana mugrienta había una cocina de dos hornillos conectada a una bombona azul de Butagaz que estaba en el suelo. El olor a grasa subyacía en el

aroma que desprendían las teteras de barro con menta fresca y del orégano colocado en el alféizar. La única fuente de calor que vio era una pequeña calefacción portátil. En medio de la habitación había una mesa de formica desconchada y abarrotada de cuadernos y recortes de periódico amarilleados con celofán transparente. El gato persa parpadeó varias veces, olfateó, y se volvió a dormir.

—Alguien dijo que explotó un coche bomba en *has* Belleville en la rue Jean Moinon... —empezó a decir Gaston, en tono vacilante—. ¿Le ha ocurrido algo a Anaïs?

—A Anaïs no. A la amante de su marido —le respondió Aimée—. Creo que la mujer adoptó otra identidad en Belleville.

—¿Por qué? —le preguntó Gaston, que volvió a colocar algunos pelos sobre la calva.

Aimée le relató una versión enmendada de lo que había sucedido.

—¿Ha oído hablar de Eugénie?

Gaston negó con la cabeza.

—Pero Aimée, después de su llamada, busqué en mis archivos. Reconocí a Hamid. Hay algo que debería saber de él —dijo Gaston. Señaló una fotografía recortada de un periódico, con un pie de foto que decía «Souk-Ahras 1958» de *Le Soird'Algérie*. En ella, un grupo de hombres serios y con turbante que agarraban firmemente unos rifles estaban de pie en el exterior de un edificio bombardeado.

—Mustafa Hamid es un *mahgour* —dijo el hombre señalando a un adolescente de rostro delgado.

Aimée se echó hacia delante con curiosidad. Hamid parecía el más joven de todos.

—¿Un *mahgour*?

—*Mahgour* significa «el indefenso» —le explicó Gaston. Abrió una pequeña nevera y sacó un bote—. En la sociedad islámica tradicional, a la familia la rige el Corán y la *shari'a*, un código interpretado por juristas, que regula todo, desde la herencia del varón hasta lo que una mujer puede hacer en su hogar.

Gaston se manejaba muy bien con su única mano, y vació las sobras que había en el bote dentro del comedero del gato que estaba en el suelo.

—La familia de Hamid fue masacrada durante una de las primeras batallas en la región montañosa de Cabilia. Creció en las calles. Era un *mahgour* sin un vínculo, familia, o grupo que le pudiera proporcionar seguridad y protección en una sociedad donde los individuos sin esos vínculos se encuentran indefensos.

—Pero él forma parte de este grupo —dijo ella mirando a la foto.

—Así es —reconoció Gaston—. Y ahora Hamid habla en nombre del afl, es su líder. Su grupo acepta a todos los «hermanos africanos», como dice él.

—Entonces ha sido aceptado, ¿no es así? —le preguntó Aimée. Se imaginó que tendría un motivo para contarle todo eso.

—Un *mahgour* que forja complejas lealtades y vínculos sobrevive, e incluso

puede prosperar. Pero siempre será un *mahgour*. —Gaston asintió—. Los *anciens combattants*, como yo, hemos luchado con muchos. Se unían a nosotros porque su gente no confiaba en ellos. Algunos se convirtieron en *harkis*, los paramilitares que lucharon con los franceses.

—Parece que está arraigado en el tribalismo —dijo ella.

—La mayoría de los argelinos descienden de las tribus de los cabilios y los bereberes —dijo él—. Pero si entiende este concepto, entiende al país.

Se alegró de que él estuviera de su lado.

—¿Quién es este? —le preguntó ella señalando al joven que estaba al lado de Hamid. Los dos con el brazo encima de los hombros del otro.

Gaston examinó los nombres que había debajo de la foto.

—Su hermano.

—Pero me dijo que Hamid era huérfano.

—Tenía un hermano. Solían estar muy unidos —se rascó la cabeza—. Tenemos archivos sobre todos los insurgentes. Un alto porcentaje provenía de los *mahgours*. Su hermano vivía en París, pero volvió a Argelia. O eso creo.

—Djeloul Sidi... ¿es así como se llama? —le preguntó Aimée, mirando desde más cerca.

Gaston asintió.

—¿Cambió Hamid de nombre?

—Muchos *mahgours* lo hacen —contestó él—. La gente que se esconde lo hace con frecuencia.

—O dejan el pasado atrás, y comienzan una nueva vida —añadió Aimée—. ¿Alguna idea de a qué se dedica su hermano ahora?

—Me centro en las luchas anticoloniales desde 1954 hasta 1961 —dijo él—, e incidentes de fuego amigo.

—¿Qué espera conseguir con sus memorias, Gaston? —le preguntó ella.

—La verdad —le respondió él—. A nadie le gusta hablar de esa época. Pero las acciones de fuego amigo ocurrieron en mis tropas. Más de una vez.

—¿Está escribiendo la historia?

—Las luchas de aniquilación mutua entre facciones argelinas podrían ocupar muchos tomos —dijo él señalando los periódicos—. Aquí también. —Señaló su cabeza—. El canal Saint Martin, desde donde me llamó ayer por la noche —siguió él—, era en 1960 un conocido lugar para los ajustes de cuentas. Con espantosa regularidad, se encontraban cuerpos flotando.

Gaston negó con la cabeza.

—La oas perseguía a la resistencia argelina, y los militantes del fln vigilaban a los suyos.

—¿Quiere decir que los franceses mataban a los suyos, y los argelinos también? —Aimée pensó en el manso canal y en la amenaza de Philippe.

Él asintió.

—Ocurrieron cosas horribles.

Los ojos de pez de Claude todavía la hostigaban.

—Por la reacción de Philippe, creo que de alguna manera Eugénie/Sylvie se había puesto en contacto con Hamid —dijo ella—. Pero como amante rica de un ministro que era, dudo que apoyara su causa. Tenía otra identidad; tenía secretos.

—Todo el mundo tiene secretos —dijo Gaston.

Pero no todos llevaban una doble vida, pensó ella. Tenía que averiguar más.

—¿Qué noticias le llega de los *sans-papiers*?

—Ayer por la noche tuve que separar a dos que se estaban peleando —le dijo él—. Un fundamentalista y el hermano de un proxeneta. —Puso los ojos en blanco—. Los dos afirmaban que Hamid es una mera figura decorativa. Uno decía que el *mullah* Walid se haría con el poder. El otro afirmaba que su hermano, el proxeneta Zdanine, tenía planeado desviar la atención hacia su persona.

Gaston negó con la cabeza.

—Y mientras tanto Hamid se consume en una huelga de hambre, que es el centro de atención de los medios de comunicación. Está intentando mantener a su afl unido a todos los *sans-papiers*, no sólo a los de Argelia.

—¿Entonces si la facción del afl se separa de Hamid, podrían justificarse diciendo que es un *mahgour*?

—Depende —contestó Gaston—. Pero me parece una buena conjetura. Nosotros solíamos decir que «la mugre flota río abajo, la buena y la mala, y con frecuencia junta».

—¿Qué quiere decir, Gaston?

—Hamid tiene una iglesia llena de gente. Algunos sólo están allí por hacer compañía.

—¿No va la policía a echarlos de allí otra vez?

—Va a haber otra vigilia de protesta con velas —le dijo él—. Y Hamid va a conceder entrevistas.

—Entonces a mí también me concederá una —dijo ella.

Pero antes tenía que entrar en el apartamento de Eugénie/Sylvie en la rue Jean Moinon.

Jueves, por la mañana

Youssefa se acurrucó al fondo de la iglesia, intentaba hacerse pequeña. Hamid, tenía que hablar con Hamid. Eugénie le había dicho que podía confiar en él. El problema era llegar a su lado.

Delante de ella, los huelguistas que estaban tirados en los bancos descansaban con los ojos cerrados. A ella le parecían que estaban muertos. Debajo del chador, cerró los suyos con fuerza. Pero las imágenes estaban grabadas en su memoria. Las miradas de sorpresa y el pavor de las víctimas cuando los rifles apuntaban en su dirección. Cómo los cuerpos se estremecían con el impacto, y después desplomarse dentro de los pozos que les habían obligado a cavar. Las moscas, y cómo las barracas Quonset de chapa ondulada irradiaban y daban más calor.

Se pellizcó las piernas hasta que no pudo soportar el dolor, y casi soltó un grito. Las imágenes desaparecieron, y Youssefa se obligó a volver a recuperar el control.

Hasta ese momento había podía enterrar el horror cuando parecía que la iba a tragar. No le contaba su historia a nadie. No había razón alguna para poner en riesgo a las mujeres con las que trabajaba. Ellas no hacían preguntas, y ella no daba respuestas. Era una especie de trato tácito; la vida no corría peligro de esa forma.

Oyó que la fortaleza física de Hamid había decaído, y que sólo unos pocos miembros del afl tenían acceso a él. Y todos eran hombres. Youssefa no quería que la gente reparara en ella, y tenía miedo de que los *mullahs* la rechazaran. Especialmente, uno que se llamaba Walid, y su fama de oficioso.

—Zdanine, hazme un favor —dijo una voz cerca de ella—. Cómete tus pistachos en otro sitio.

—*Je m'excuse* —dijo él, y se levantó mientras se limpiaba las cáscaras de su chándal.

Era guapo, y sus ojos del color del carbón. Su mirada le recordó a la de un director de una funeraria que estaba midiendo la longitud del ataúd y la mortaja de una persona. Uno que vivía de hacer un inventario rápido de alguna futura mercancía. Zdanine parecía más listo que los jóvenes *hittistes* de su pueblo, desempleados por falta de trabajo. Muchos llegaban a fin de mes con alguna que otra estafa o viviendo de sus novias. Pero, al igual que sus primos, Zdanine parecía compartir una visión del mundo limitada a su persona.

Vio cómo se acercaba a Walid, mantenían una breve conversación, y se dirigía después al fondo de la iglesia.

Pero Youssefa se dio cuenta de que si Walid escuchaba a Zdanine, entonces quizás él podría ayudarla.

Jueves, por la tarde

Esa noche era el momento de entrar en el apartamento, pensó Aimée. Era hora de revisar esas bolsas de basura de plástico azul que estaban en el patio de Sylvie en busca de pistas. En París, recogían la basura todos los días, pero ¿habían llegado los *éboueurs* a Belleville? Llamó a su primo Sébastien. Se le daban bien los trabajos sucios. Pero tendría que hacer la propuesta más atractiva. Persuadirlo. Invitarlo a cenar. Además Aimée tenía hambre.

—¿Qué tal L'Estaminet o Café de Charbon? —sugirió Sébastien—. Vayamos a unos de esos restaurantes de moda en la rue Oberkampf.

Aimée estaba harta de la elegancia estudiada de estos lugares: tiendas que habían sido destruidas por dentro para luego reformarlas, para que parecieran de nuevo antiguas al estilo de los noventa, y que estaban atestadas de gente que quería ver y ser vista.

—Favela Chic es mejor —fue su respuesta.

Le resultaba acogedora la elegancia infantil de los santos e iconos brasileños incrustados en las paredes, sin mencionar la humeante yuca, las alubias y los pasteles bahianos de gambas, fritos y crujientes.

En su habitación, abrió el armario, encontró los monos verdes de barrendero que buscaba, y los metió en su mochila. En la habitación que no utilizaba, la que había sido de su padre, miró en su cómoda *art déco*. No le gustaba entrar allí, y mucho menos hurgar en sus cajones. Una vez abierto, la invadió el olor de su padre. La lana y el cedro de su infancia, familiares para ella. Encontró el kit para abrir cerraduras envuelto en terciopelo azul oscuro. Él le había enseñado a conectar un explosivo, forzar una caja fuerte, alterar el medidor del gas y pinchar la línea de teléfono. Le había dicho que sólo era para que estuviese al tanto de todo.

Horas más tarde, Aimée abría la chirriante puerta de Favela Chic, cargado de humo e iluminado por guirnaldas de diminutas luces rosas y verde melón. Los primeros clientes de la noche estaban sentados bebiendo cerveza en mesas cubiertas de hules floreados.

Sébastien estaba flirteando con la joven camarera brasileña cuando Aimée se sentó en su mesa al lado de la ventana.

—Orangina, por favor —pidió ella.

—Que sean dos. —Y sonrió.

—*Muito obrigada*. —La camarera de tirabuzones asintió.

Sébastien giró la cabeza para ver a la chica contonearse hasta la cocina.

—Tiene pinta de que le gusten las *rave* —dijo él, estirando sus largas piernas y reclinándose peligrosamente en la pequeña silla.

Descubrió el negocio de las láminas de arte después de sacar la nariz del polvo

blanco, y la aguja del brazo.

A su primo pequeño le iba bien. Aimée se alegraba por él, por todo su metro ochenta. Ocupaba la silla y la mesa como un gran oso negro. Sus pantalones negros de cuero con tachuelas, su chaqueta de motero, y su poblada y oscura barba ayudaban a intensificar ese parecido.

—Estoy pensando en alquilar el escaparate que hay en la esquina de la rue Saint Maur.

—Te debe estar yendo bien, Sébastien —dijo ella.

—No me quejo —dijo él—. Ya tengo algunos encargos de museos.

—Felicidades. Estoy orgullosa de ti. —Y lo decía en serio.

Después de comer, Aimée pagó la cuenta, y él quedó con Maria-Joáo, la camarera, después de cerrar. Sébastien se encendió un puro.

—¿Para qué me necesitas? —le preguntó él.

—Para que me ayudes a recoger basura —respondió ella.

—¿Humana?

—Más inane —dijo ella—, y maloliente.

—¿Por qué no me sorprende ese comentario?

—Vamos a entrar en el apartamento de alguien —le dijo—. Me vas a ayudar a robarle la basura.

—Eso es algo que no entraría exactamente en mis planes para una noche —dijo Sébastien.

—Primito, me debes por lo menos toda una vida —le dijo—. Recuerdo aquella vez que te despejé las vías respiratorias y que te recuperaras antes de que llegara el samu. Sin mencionar cuando tiré tu alijo en un tejado antes de que los *flics* hicieran una redada en el lugar.

—Y por eso —dijo él con una sonrisa— soy tu esclavo.

—Bien. Caminemos, así haremos la digestión antes del trabajo. ¿Aparcaste la furgoneta en la place Sainte-Marthe?

—*Bien sûr* —fue su respuesta—. Y he traído todo lo que me pediste.

Sébastien se echó al hombro su abultada bolsa de cuero. Llegaron al edificio de Eugénie en la rue Jean Moinon. La estrecha calle estaba desierta y oscura. Las bombillas de las farolas, rotas. Posiblemente, pensó ella, para que lo yonquis pudieran hacer negocios sin que nadie los viera.

—Mi antiguo *lycée* está cerca de aquí —dijo Sébastien.

—Y ha cambiado —le informó ella—. Ahora alberga temporalmente una parte del depósito de cadáveres.

—¡Un momento! —exclamó él retrocediendo—. Yo no entro en depósitos.

—No te preocupes —dijo ella—. Ya lo he hecho yo.

Él parpadeó y negó con la cabeza.

—Deberíamos ponernos manos a la obra.

De su bolsa sacó para él un mono verde de talla extragrande que tenía «Propriété

de París» escrito en la espalda, y lo llevaban los basureros. Ella se puso el suyo, se subió la cremallera, y se ató el pelo con un pañuelo. Se colocó un gorro de esquiar, y tiró bien de él para que le tapara un poco los ojos.

—Vamos a usar una técnica americana —le explicó Aimée.

La mirada de Sébastien se iluminó.

—¿El *dumpster diving*^[1]? —dijo él—. Vamos vestidos para eso.

—No es tan distinguido —dijo ella, con una mueca de asco—. Una pena. La basura se tira todos los días. Pero como el edificio lo van a demoler y no hay *gardien*, puede que encontremos algo.

Las ventanas de apartamento de Eugénie estaban cerradas y no se oía nada. Un gato con rayas que bajaba sigilosamente por la calle era el único signo de vida. Parte de ella no lo quería hacer. Odiaba tener que hacerlo.

Respiró profundamente. El aire gélido golpeó sus pulmones. Sofocó la tos con su mano enguantada, e introdujo su activador de códigos digitales en el teclado numérico de la puerta para descodificar el código de entrada. Le dio a un botón y la puerta del edificio, con pomo de bronce y tallada a mano, se abrió con un clic.

Una vez dentro de vestíbulo, Aimée depositó en el suelo la bolsa de cuero que le había pedido a Sébastien que trajera. Cogió una minilinterna con la boca y apuntó con ella para así tener las manos libres. Desde dentro, cogió varios trozos de fieltro, algunas bolsas de plástico de Intermarché, y unas gomas elásticas. Se envolvió los pies con el fieltro, se metió una bolsa en cada pie, se colocó las gomas alrededor de los tobillos para que no se le cayeran las bolsas, y le indicó a Sébastien que hiciera lo mismo.

—¿Así que una técnica americana?

—Conmigo todo es tecnología punta —dijo ella, y subió las escaleras.

En el descansillo del segundo piso, dejó la bolsa de nuevo. Un rayo azulado de luz de luna que atravesaba el agrietado tragaluz alumbraba sus cabezas y el suelo combado.

—¡Chis! —dijo ella con un dedo en los labios, y desenvolvió su kit para abrir cerraduras.

Jueves, por la noche

Bernard rebuscó en los bolsillos de su chaqueta. Las pastillas. ¿Dónde estaban las pastillas? Las pequeñas pastillas azules. Las que lo tranquilizaban, y organizaban sus palabras en sucintas frases.

La botella estaba vacía. Le entró el pánico. Ya había hecho que se llevaran a los huelguistas al hospital. Pero horas después estos lo habían abandonado por su propio pie y habían regresado a la iglesia.

Se paseó de un lado a otro delante de su mesa. La tenue luz que salía de la lámpara de su escritorio iluminaba la gastada moqueta. ¿Qué podía hacer con esa gente? ¿Cómo conseguiría que Hamid saliera de la iglesia?

Finalmente encontró una pastilla azul rota en el forro de su bolsillo, deshecha y sólo la mitad de una dosis. Se la tragó, con hilos y todo. Quizás así se le aclararían las ideas.

El capitán de las *Compagnies Républicaines de Sécurité* había desaparecido; fue entonces cuando el ministro le había llamado al busca. Pero Bernard no tenía teléfono. No tenía *aide-de-camp*. Se encontraba agarrado a una fina cuerda que colgaba sobre los enfurecidos rápidos de la política del Ministerio del Interior.

Bernard sabía que Hamid estaba demasiado débil como para soportar las negociaciones. Y los autobuses que iban rumbo a la terminal aérea se estaban deteniendo delante de la iglesia en Belleville. Recordó el rugido de sus motores. Era como el bramido de bestias hambrientas que esperaban a ser alimentadas.

Jueves, por la noche

Después de varios intentos, Aimée pudo abrir suavemente el cilindro de la cerradura. Aliviada, respiró profundamente, y sacó su Beretta. Entrar en el apartamento de una persona muerta no garantizaba que estuviera vacío.

La puerta de Eugénie se abrió con un chirrido. Aimée esperó que el apartamento cediera los secretos de la mujer. Fuertes corrientes de aire entraban por las ventanas, de las que colgaban unos visillos hechos jirones. Le hizo una señal a Sébastien.

Atentos a cualquier posible presencia, entraron en el apartamento sin hacer ruido. Aimée casi se cae cuando tropezó con una pila de avisos de obra. Por suerte, Sébastien la agarró del brazo. Le llegó un tufo a humedad acompañado por un ligero olor a descomposición.

Habían destrozado el lugar, y a juzgar por cómo estaba todo, definitivamente lo habían hecho unos profesionales.

Aimée vio los restos de la vida de la mujer por el revuelto apartamento. Era como si a Sylvie la hubiera ultrajado de nuevo, incluso después de muerta. Le entraron ganas de marcharse. Pero debía dejar a un lado los sentimientos, y seguir con su trabajo. Tenía que encontrar algo que apuntara al asesino o asesinos, le sentara bien o mal.

Entró sigilosamente en el cuarto de estar, cuyas ventanas daban a la rue de Jean Moinon. Una botella de Evian había caído al suelo, y su contenido ya se había evaporado hacía tiempo.

El apartamento le recordó a una anticuada sala de espera en la consulta de un médico: impersonal, desprovisto de vida. Se preguntó por qué la amante acaudalada de un ministro viviría en ese lugar. Si Sylvie se quedó allí cuando se hacía pasar por Eugénie, tenía que haber un motivo. Y si los que lo saquearon habían encontrado algo, ella no averiguaría cuál sería ese porqué.

Frustrada, Aimée examinó las habitaciones, pero no encontró respuestas. Cuando miró al patio desde la ventana, una extraña sensación se apoderó de ella. Se arrebujó el cuello del mono.

Aimée desenrolló más láminas de fieltro. Hizo un gesto con la cabeza a Sébastien, y las colocaron en las ventanas. Era mejor que las endeble cortinas opacas que proporcionaban durante la guerra, le había dicho su abuelo, y el fieltro retenía el calor en el interior. Nunca se sabe cuando tenías que hacer una visita inesperada.

Ahora se sentía más segura, y sacó una linterna más grande. La época y la distribución del apartamento le parecían idénticas a las de *madame* Visse. Sin embargo, en contraste con el apartamento de esta, repleto de cajas, con las paredes de un amarillo chillón, juguetes y muebles, el de Eugénie era austero. Sobrio y vacío.

Trozos descascarillados del revoque cayeron al suelo. A Aimée le pareció que las

paredes marrones manchadas de nicotina llevaban desde los años treinta o antes sin ver una nueva capa de pintura. En el pasillo, había partes en las que el papel pintado, con un estampado de rosas de un color pálido, estaba despegado. Las antiguas instalaciones fijas de gas, que se habían convertido en eléctricas, mostraban cables desgastados. A ella no le parecía que ese fuera el nidito de amor ni el lugar de encuentro de un ministro y su amante.

Aimée efectuó un gesto con la cabeza a Sébastien, y señaló el viejo taller que había en el patio. Él había accedido a ir a buscar las bolsas de basura azules si todavía seguían allí. Su primo hizo el signo de *okay* con los dedos, sacó las herramientas, y bajó las escaleras sin hacer ruido.

De vuelta en el pasillo, el aire estaba viciado y era gélido. Pero sus manos enguantadas, frías y húmedas, y el sudor, que hacía que se le pegara la tela del mono al cuello, la llevaban a sentirse como si estuviera en un baño de vapor.

Apuntó la linterna a la estrecha cocina, con apenas espacio suficiente para que una persona pudiera abrir los cajones. En el piso estaban tiradas una cocina de gas con dos hornillos y una chamuscada tetera de aluminio. Al lado del viejo fregadero esmaltado, una botella de lavavajillas Maison Verte, puesta boca abajo, había dejado su huella verde dentro y dejado mugre con olor a jabón. Todos los cajones estaban abiertos. Había bolsas de té esparcidas por la mesa de fórmica desconchada. Unos azulejos de linóleo, manchados de grasa y ondulados en los extremos, cubrían el suelo.

Inquieta, se quedó mirando el vacío pasillo, y se fijó en que alguien había arrancado los trozos del enlucido, lo que había dejado agujeros en el descolorido papel. Quienquiera que había revuelto el lugar estaba buscando algo... Haber hecho saltar a Sylvie por los aires no había sido suficiente.

En la oscura habitación había un saco de dormir negro hecho jirones, cuyas plumas estaban tiradas en el suelo. Un escritorio de pino de Ikea, de los que puede montar uno mismo, estaba roto; y habían destrozado contra la pared una de las patas, que había quedado hecha astillas. Reparó en que en la pared, debajo de la ventana, había una toma de teléfono. Buscó por la habitación, pero no encontró ningún teléfono.

Le resultaba difícil imaginar a aquella mujer sin teléfono.

Dentro del armario había una caja naranja con un peto vaquero, una camisa blanca, y un jersey negro, del revés y rasgados por la costura. De la única percha colgaba un impermeable largo y negro de nailon, destrozado. Aimée buscó la etiqueta.

Ninguna.

Llevada por la curiosidad, poco a poco fue inspeccionado más partes de la casa. Dentro del baño, un cubículo, encontró un paquete roto de dos rollos de papel higiénico rosa de Moltanel. El suelo de la manchada bañera estaba cubierto de trozos de papel rosa y de bolas de algodón. Habían vaciado un bote grande de

desmaquillante de Sephora, y de los caros. Además habían arrancado la tubería de aluminio de debajo del lavabo, y en el viejo suelo de baldosas había pelos negros y materia fangosa.

Aimée se acercó a la ventana que daba al patio. Desde abajo, Sébastien le dio la señal de aprobación con el pulgar, y se fue a buscar la furgoneta.

Ella se dio la vuelta, e iba a quitar el fieltro de las ventanas y a irse cuando algo rojo al lado del perchero vacío llamó su atención.

Apuntó la linterna en esa dirección, y echó un vistazo.

Unos mechones largos de lo que parecía ser pelo rojo asomaban por la puerta del armario de la entrada.

¿Por qué no le habría dicho a Sébastien que esperara? Alumbró la puerta con la luz de la linterna. Consiguió que sus manos dejaran de temblar, y lentamente abrió la puerta.

Sobre el linóleo alabeado estaba una peluca pelirroja de pelo corto y a capas.

Nada más. Aimée miró más de cerca. La peluca parecía que la habían tirado en el último momento. Tenía que ser la que Sylvie usaba cuando hacía de Eugénie.

Varias cosas la inquietaban, y en especial una. Volvió a la oscura habitación. Era la toma de teléfono sin teléfono. Que, sin embargo, era perfecta para un módem. ¿Había usado Eugénie un portátil para conectarse a Internet?

Buscó entre la ropa del armario. En el bolsillo de atrás del peto encontró el cable del teléfono. El portátil no podía estar muy lejos.

Alumbró con la linterna, y empezó a buscar en el armario. Examinó cada tabla de madera para ver si las habían levantado recientemente, y pasó la mano por los bordes del papel pintado para ver si tenía burbujas o juntas desniveladas.

Nada.

Se sentó sobre los talones. ¿Dónde habría escondido el portátil?

¿En qué lugar habría puesto el ordenador si la hubieran cogido desprevenida, con tiempo sólo para meter el cable del teléfono en el bolsillo?

El estropeado escritorio tenía un cajón. Lo abrió. Vacío. Aunque se atascó ligeramente cuando tiraba de él. Se arrodilló, sacó su minidestornillador y golpeó la tornapunta de pino que servía de apoyo al soporte del cajón. La madera era barata, y en algunas partes estaba unida con grapas. A tientas encontró una zona nudosa, y presionó. La solapa de la tornapunta se abrió de golpe.

Un cajón secreto a la vista. Aimée estaba impresionada. Y si Eugénie tuviera un módem inalámbrico, habría estado más impresionada. En Francia, muy poca gente lo tenía. Ella y René querían uno, pero estaban esperando a que fuera más barato.

Aimée metió la mano dentro, y exploró las hendiduras y las protuberancias. Tocó un folleto liso, y tiró de él. Era el manual de un portátil nuevo. O los hombres que habían estado allí lo encontraron, o Sylvie se lo había llevado con ella y se había convertido en ceniza.

O habían sido más listos que ella, o había llegado demasiado tarde; de cualquier

forma, ya no estaba.

Desalentada, Aimée sabía que el único sitio que le quedaba para encontrar respuestas era en la basura. Antes de marcharse, desenrolló el fieltro de las ventanas.

Cuando llegó a la esquina, Sébastien ya había cargado dos sacos azules de basura en la parte de atrás de su furgoneta. Aceleró el motor cuando Aimée abrió la puerta. Bajaron por la rue de Jean Moinon, y casi atropellaron a un gato con rayas.

—Ça va? —preguntó él mirándola.

—Lo sabré cuando veamos lo que has encontrado —dijo ella.

Las farolas de vapor de sodio brillaban encima de ella.

Se adentraron a toda velocidad en la fría noche de París por mojadas calles adoquinadas.

El viejo cuarto de los arreos donde descargaron la basura ocupaba una esquina del patio del edificio de Aimée en Île Saint-Louis. Antiguamente, esa otrora mansión Duc de Guise funcionaba como cuadra para los caballos, y ahora albergaba marcos de ventana que ya no servían, unas tuberías de pvc, y veinticinco kilos de mortero adhesivo de Placoplâtre. En un lado había una antigua estufa de cerámica, con los azulejos rotos y la patas inclinadas, apoyada perezosamente contra la pared de piedra.

—¿Te diviertes? —dijo Aimée mientras escudriñaban las bolsas de Sylvie.

Sébastien, absorto en su trabajo, no se molestó en levantar la vista. Los dos llevaban mascarilla, pero no había forma de evitar el olor.

—Después de esto, voy a necesitar una sesión en un *hammam* —le dijo él.

—Yo también —dijo ella, y se imaginó el *hammam*: el mármol caliente, el vapor que sube hasta el techo abovedado de mármol blanco, la mugre que desaparece gracias al jabón negro y a una esponja vegetal, las pequeñas tazas de té de menta, el masajista con brazos de hierro que frota su cuerpo hasta dejarlo con una consistencia parecida a la de la *mousse*.

—*Tiens*, Aimée —le dijo Sébastien mientras sostenía en alto una especie de panoja pastosa de algo verde oscuro y viscoso.

Ella asintió.

—Pongamos la materia orgánica por allí.

La linterna de Aimée brillaba entre las velas que había encendido, y proyectaba un resplandor medieval bajo el techo abovedado del siglo xvii. Encima del suelo de piedra extendieron el resistente plástico transparente, y encima de él echaron lo que había en las bolsas. Ambos se inclinaron sobre el contenido para seleccionarlo.

Ella se dio cuenta de que habían tenido suerte de que no se hubieran llevado la basura. Los *éboueurs* debieron de haberse imaginado que el edificio estaba deshabitado.

Media hora después lo tenían todo clasificado en tres montones: papel, perecederos y lo demás.

Lo demás consistía en un par de zapatos negros de Prada, que tenían un tacón roto, pero de moda. La fina suela curvada apenas estaba desgastada. Aimée vio que apenas se los había puesto, a juzgar por su aspecto. Y eran muy bonitos. Sylvie tenía gustos caros.

Los precederos eran: pieles de manzana, cáscaras de almendra, y la viscosa masa verde. Olisqueó. Menta. Bolas de algodón manchadas con maquillaje color canela, colorete brillante y rímel negro.

Inspeccionó un bote de Nutella que estaba a medias, una botella de plástico blanco de leche agria Viva, y el envase aplastado de un yogur de fresa de Danette.

Volvieron a meter los montones en las bolsas, y las tiraron en el cubo de Aimée.

—Sé que te debo una, Aimée —dijo Sébastien—, pero la próxima vez deja que te devuelva el favor de otra manera.

Juntos revisaron todos los papeles, y los pusieron en varios montones: circulares de Monoprix que anunciaban las ofertas de abril, recibos y sobres arrugados, y papel gris rasgado. Aimée cogió una hoja dorada, como las que había pegadas por todo Belleville. Impreso en ella: «Amnistía para los *sans-papiers*. ¡Hazte oír! Únete a la vigilia de los huelguistas. Presiona al ministerio. El ayuno de Mustafa Hamid entra en el decimonoveno día».

Aimée se incorporó. El corazón le latía deprisa. Recordó la reacción que tuvo Philippe cuando oyó a Hamid en la radio: su enfado y cómo se había marchado en el coche. ¿Había cogido Sylvie el folleto y lo había tirado... o se lo había guardado por algún motivo? ¿Existía alguna conexión?

Le dio la vuelta al panfleto. En el otro lado había algo emborronado. El nombre «Youssef» y «01 43 76 89». Se preguntó si podría ser el número de teléfono de uno de los árabes, de los que el panadero Denet no tenía muy buen concepto, y que frecuentaban el apartamento de Eugénie. Aimée lo puso a un lado.

Sébastien estaba juntando los trozos de papel gris sobre la tabla de planchar mientras ella los alisaba con una plancha de viaje. Después de dejarlos estirados, los puso en fila, y los pegó en una hoja transparente de contacto. Lo hizo varias veces hasta que colocó todo el papel gris en la hoja.

—Ahora viene lo interesante —le comunicó a Sébastien.

Subieron al apartamento, en el que había pocos grados más que en el otro sitio.

Ni luces acogedoras, ni calor.

Ni tampoco estaba Yves. Qué lastima. Intentaba apartarlo de su pensamiento, pero no podía.

Sébastien se frotó las manos enguantadas, y dio golpes en el suelo con los pies. Se quitaron los monos, y Aimée los echó a la ropa sucia. Algún día iría al *lavomatique*.

Él colocó los papeles sobre la descolorida alfombra Gobelin. Su abuelo la había comprado en el mercadillo de porte de Van ves. Ella tenía doce años y recordaba haberlo ayudado a llevar su hallazgo de cincuenta francos en el metro. «Un clásico, Aimée», le había dicho él. Había abarrotado el lugar de clásicos, un tanto gastados y

deshilachados.

Encendió el escáner, y comenzó a escanear las hojas de contacto con los trozos de papel. Se abrigaría bien, se pondría delante del ordenador, y ejecutaría un programa de alta resolución que hacía coincidir fibras de papel. Después ejecutaría otro programa para encajar las características espaciales y numéricas. Con algo de maña uniría los trozos en el orden correcto y podría leer así lo que ponía.

—Sébastien, ¿por qué no entras en calor con un Calvados? —le sugirió ella—. ¿O un poco de vino tinto?

—¿Y tú?

—Calvados, por favor, necesito algo calentito que me ayude a pensar.

Él sirvió para los dos unos buenos tragos del ambarino aguardiente de manzana. La tenue luz de la araña bailaba en la estancia.

—*Salut.*

Brindaron.

En la pantalla del ordenador aparecieron las aplicaciones informáticas, y una luz verdosa envolvía su terminal.

—Me espera una larga noche —dijo ella.

Él miraba su reloj con una sonrisa.

—Espero que a mí también.

Viernes, a primera hora de la mañana

El amanecer avanzaba lentamente sobre el Sena. Aimée contempló las pinceladas rosas que salpicaban el cielo despejado. Debajo de su ventana, los amarraderos de hierro negro en el quai d'Anjou resplandecían por la gotas de lluvia de la noche anterior.

Recordó a su padre, con su viejo albornoz, haciendo café en mañanas como esa. Él se echaba un impermeable por los hombros, hacía una escapadita a la *boulangerie* de la esquina, y traía cruasanes calientes y tiernos. Sé sentaba al mostrador, con el Sena resplandeciendo debajo de ellos, y charlaban sobre un caso, sobre el precio de la tintorería o sobre una película que Aimée había visto; esos pequeños momentos que conforman la vida, una vida rota tras la muerte de su padre.

Estaba cansada pero se sentía triunfante: el ochenta por ciento del papel gris coincidía. Era suficiente para saber que eran los extractos bancarios de Sylvie de una cuenta que tenía en Crédit Lyonnais. Le llevaría tiempo averiguar qué patrón seguían sus movimientos bancarios, sus gastos y sus costumbres. *Miles Davis* se movió en su regazo.

—*Alors*, bola de pelo —dijo ella—. Es hora de que tú pasees y de que yo me aclare las ideas.

Le dio a «guardar», y después a «imprimir». Su impresora se puso en funcionamiento con un runrún. Guardó una copia de seguridad en el disco duro y lo grabó en un disquete para René.

Le puso a *Miles Davis* su jersey de cuadros escoceses. En el pasillo cogió su abrigo de piel de leopardo falsa, y se ató los cordones de sus botines rojos. Era demasiado temprano como para pensar en ir bien vestida.

Metió su portátil en la bolsa, y los dos bajaron corriendo las estriadas escaleras de mármol. Cuando llegaron al muelle, el cielo ya había cogido un suave tono azul.

Las cortinas amarillas y azules estilo provenzal suavizaban las líneas austeras de los terminales de acero inoxidable del cibercafé.

—Cincuenta francos la hora —le dijo a Aimée la dueña, que olía a lavanda, dejando su cigarrillo.

Según René, el mejor sitio para jugar al escondite en la web era un *sibercafé*, un cibercafé. Se puso manos a la obra mientras *Miles Davis* bebía de un cuenco de agua a sus pies. Después de iniciar sesión en el ordenador del café, entró en la dirección de una universidad en Teherán, de allí a otra dirección en Azerbaiyán, y de allí, vía Helsinki, al Barclays Bank en Londres.

Aimée accedió a la página de cuentas bancarias del Crédit Lyonnais de París con

el alias Edwina Pedley, que ya había utilizado en anteriores ocasiones. Escribió el número de cuenta de Sylvie. Inmediatamente apareció en la pantalla «introducir contraseña». Aimée se recostó en la silla. Había un rayo de esperanza. Ahora sabía, como sospechaba cuando vio los recibos de banco que había reconstruido, que Sylvie hacía ingresos *online*.

Adivinar y probar contraseñas sería inútil, ya que los bancos generalmente activaban una alarma al cuarto intento y congelaban el acceso a la cuenta. Aimée le dio un sorbo a su *grand café crème* y descargó de la web un programa para descifrar contraseñas. Cuando el programa descifró la contraseña de Sylvie, Aimée ya se había terminado su segundo cruasán.

Beur era la contraseña.

Recordó que en el *verlan*, el argot de la calle, *beur* se invertía y se convertía en *erabe*, o lo que se pronunciaba igual que *árabe*.

Perpleja, Aimée le dio a guardar.

Árabe.

Aimée entró en la cuenta de Sylvie. Vio que las retiradas de efectivo y una *carte bancaire* activa no habían alterado el saldo de cinco cifras de su cuenta.

Más perpleja todavía, Aimée se echó hacia atrás en la silla del café. Una mujer que sentía debilidad por los zapatos de Prada y las perlas Mikimoto debería tener una cuenta más saneada, que estuviera en la categoría de las seis cifras.

A su alrededor el café bullía de actividad mañanera: el silbido que producía la humeante leche en la máquina de café exprés, el repartidor que dejaba cajas de plástico con botellas en el suelo embaldosado del café.

Salió del programa de desciframiento, imprimió el saldo de la cuenta que Sylvie tenía en el Crédit Lyonnais, y pagó su café. Qué era lo que había dicho Montaigne... Y entonces lo recordó: «Pasa lo mismo que con las jaulas; los pájaros que están fuera intentan desesperadamente entrar, y los que están dentro intentan con igual desesperación salir».

La contraseña se le quedó grabada. También tenía que averiguar por qué Sylvie Coudray había hecho uso de ese edificio de apartamentos. El *fichier* todavía no había identificado a Sylvie ni descubierto su domicilio, pero tendría que pedirle a René que lo intentara de nuevo.

Se pasó por la *bibliothèque* de su distrito, y comenzó a buscar *beur* en la base de datos. Todas las entradas que no eran de tipo culinario hacían una remisión a Argelia. Buscó en las microfichas archivas artículos sobre Argelia. Existía una avalancha de ellos.

Abrumada, se recostó en el asiento, y acarició a *Miles Davis* que estaba en su regazo. ¿Podrían haber afectado a Sylvie los sucesos actuales?

Delimitó su búsqueda a sólo artículos recientes, y encontró un editorial de *Le*

Monde con fecha de la semana anterior:

Argelia se sumió en la violencia a principios de 1992 cuando el régimen, encabezado por los militares, canceló las elecciones generales en las que el fis, un grupo fundamentalista, iba en cabeza. El fis fue ilegalizado poco después de que el proceso electoral fuera anulado. La mayor parte de la lucha fue avivada por les barbes, predicadores evangélicos, llamados así por sus largas barbas y su apego a las tradiciones islámicas. El apoyo que desde el campo se proporcionaba al fis, así como la agitación de los beurs, que volvían de Francia con tendencias patrióticas, estimularon la continua inestabilidad del clima político.

Aimée pensó en *les barbes* que había visto delante de la mezquita de Belleville. Absorta, siguió leyendo:

Más de 50.000 personas (rebeldes, civiles y miembros de las fuerzas del gobierno) han sido asesinadas, según cálculos de fuentes occidentales. Los militares, con problemas presupuestarios, ya que pocos países se aventuran a comprar petróleo y llenar las arcas de un país inestable, se han hecho con el poder sólo para perderlo periódicamente. Sin las armas, según fuentes anónimas gubernamentales, la capacidad de los militares para imponer orden está en peligro. Las masacres de los campesinos sigue siendo algo frecuente.

Se recostó en la chirriante silla de la biblioteca, y con un clip en la boca, meditó. Conocía la reputación de la red de inmigrantes norteafricanos, los *maghrébins*, en Belleville.

Despiadados.

Recordó un incidente en el que una *pute* y su chulo se desviaron de su territorio y se metieron en un complejo de viviendas de protección oficial cerca de la rue de Belleville. No vivieron para lamentarlo.

Se preguntó qué conexión tendría Sylvie, la amante de un ministro que fingía ser Eugénie en Belleville. ¿Qué le había dicho Anaïs? Que Sylvie lamentaba «que la situación se hubiera intensificado». Le vino a la cabeza un pensamiento escalofriante. En vez de a una aventura ilícita, ¿se podría haber referido a otra cosa? ¿Tendría que ver con los árabes que frecuentaban su apartamento... la mano de Fátima... habría ofendido a alguien del *Maghreb*... habrían ido a por ella?

Aimée se inclinó hacia delante, todavía con el clip en la boca. Deseaba haber encontrado el portátil.

Estos pensamientos eran simples conjeturas, pero merecían la pena indagar en ellos.

Fuera, el viento azotaba las ramas de los árboles en ciernes que golpeaban el cristal salpicado de lluvia.

Un *maghrébin* lo sabría. Pero no confiaba en que ninguno de ellos hablara con ella.

Tenía otra preocupación: ¿por qué no le había devuelto Anaïs las llamadas?

Sacó el papel, y marcó el número 01 43 76 89, escrito encima de «Youssef».

—¿Podría hablar con Youssef?

Alguien gritó algo en árabe, y colgó.

Viernes, a mediodía

De vuelta en su apartamento, el teléfono de Aimée vibró en su bolsillo. Si era Yves, le haría saber lo ocupada que había estado.

—*Allô, oui?* —dijo ella en un tono que esperó que sonara apresurado pero despreocupado.

—Leduc —dijo Morbier—, ¿quedamos para comer?

—¿Para comer? —preguntó ella, y derramó la leche de *Miles Davis* en la encimera.

—Café Kouris —dijo. Pudo oír que a lo lejos la gente tocaba el claxon.

—¿Dónde está?

—Cerca del mercado en el bulevar de Belleville —le explicó—. Junto a la *fromagerie* y al lado de la tienda de zapatos de goma.

¿Por qué de repente era tan amable?

Colgó antes de que ella pudiera preguntarle a qué hora.

«René, ¿has encontrado algo en el *fichier* sobre Sylvie, alias Eugénie?», había escrito ella en un pósito, lo había pegado en el disquete con la información bancaria de Sylvie, y lo había dejado en el buzón de René. En el espejo de su vestíbulo se había puesto un poco de su pintalabios rojo de Chanel, algo de rímel, y se había pellizcado las mejillas.

Fue en metro al encuentro de Morbier. En el trayecto, pensó en la cuenta bancaria de Sylvie, en los caros zapatos de Prada, y en la perla del lago Biwa. Ninguna de las tres cosas encajaba con un estilo de vida en un edificio en ruinas, los *maghrébins*, la mano de Fátima, o el grupo de Hamid. Pero su instinto le decía que estaban conectadas. Las preguntas que se hacía eran cómo y por qué.

La luz le hizo parpadear cuando salió del metro. El sol riló, y después se escondió detrás de una nube del color del acero que envolvía Belleville.

Era viernes, día de mercado, y se encontró con una hilera de puestos abarrotados en las islas peatonales que iban de Menilmontant, pasando por Couronnes, hasta la parada de metro de Belleville. Los vendedores de fruta y verduras, y los *poissoniers* que llevaban pescado de Marsella y Bretaña se mezclaban con los comerciantes de ropa de niño, de navajas, vistosas teteras egipcias, y adornos para el pelo.

Le llegó el inconfundible piar de los pollos, y el olor a menta fresca. Los vendedores ambulantes gritaban «*Viens!, viens!*», mientras obligaban a los compradores a degustar brillantes melones españoles, un pequeño cucurucho de pistachos, o replicas de relojes Piaget a cincuenta francos.

La gente era igual de variada que los productos, pensó Aimée. Cerca de allí

estaba la sede del Partido Comunista Francés. Pasó por *bas* Belleville, donde otrora residía el *prolétariat français*, baluarte de la clase obrera, y en la que ahora había fábricas de *serrurerie* que se venían abajo y estaban parcialmente tapiadas. Sus paredes, llenas de pintadas, estaban circundadas por adolescentes que empujaban sillitas de niño y hablaban en un *patois* mezcla de árabe y *verlan*.

Todavía despedía cierto encanto, y eso le gustaba. Era el encanto de un mundo antiguo, en el que la vida transcurría más lentamente, y los residentes tenían tiempo para los demás y pasaban la mayor parte de su vida dentro del *quartier*. Estrechos y sinuosos callejones, cafés de *époques* anteriores con una capa de mugre, patios escondidos, y jardines llenos de maleza, pertenecientes a pequeños chalés ruinosos, estuvieron ahí hasta que el temido *permis de démolition* trajo la bola de demolición. Las empinadas escaleras que unían una calle con otra recordaban a las de Montmartre, con sus balaustradas de metal con adornos en espiral ya gastadas y desconchadas en algunos sitios.

Delante de ella, a Aimée le maravilló cómo unos hombres de mudanzas subían un piano cinco pisos empinados y estrechos a un apartamento que no era más ancho que dos Citroën morro con morro.

Se preguntó cómo Eugénie/Sylvie encajaba en la mezcla que crecía en el bulevar: la panadería tunecina judía donde se formaba una cola mientras unos ancianos, que llevaban el *hammam* cercano, conversaban con todo el mundo desde las mesas que había fuera del café; algún que otro patinador que pasaba de vez en cuando zigzagueando entre la multitud; asiáticos que descargaban prendas de ropa por la puerta corredera de sus furgonetas Renault; los carniceros sirios con sus batas blancas manchadas de sangre; el hombre alto senegalés, negro como el ébano, con su amplia túnica blanca, su gorro de ganchillo para orar, zapatillas azules para correr y una bolsa de deportes llena de dátiles en rama; una enfermera francesa bien peinada empujando un carrito de la compra; un árabe bajito y tuerto que pregonaba su mercancía que colgaba de sus brazos en bolsas de la compra; y los hombres de atenta mirada enfrente de la mezquita Abou Bakr cerca del metro.

Cuando llegó a esa parte del bulevar, ya estaban recogiendo los puestos de verduras y la mercancía de nuevo dentro de las cajas. Pasteles de miel, empapados en esa sustancia y con forma de puro, le decían «cómeme» desde un tenderete libanés, pero ella resistió la tentación. De los adoquines salía una peste a basura.

Aimée le llegó el sonido de música árabe, la misma melodía que la otra vez. Le entró un escalofrío: lo había oído justo antes de la explosión.

Escudriñó la esquina. El problema con los coches bomba era que resultaba imposible verlos. Consiguió relajarse; no tendría sentido que un árabe colocara una bomba en un *quartier* árabe. Por un momento, se sintió avergonzada; estaba pensando igual que un *flic*.

Morbier estaba sentado en una mesa debajo del toldo blanco donde la rue des Maronites se encontraba con el bulevar. Había una hilera de motocicletas aparcadas cerca del bordillo.

Fumaba y tenía una copa de *vin rouge* en la mano. Su postura erguida era poco natural debido al corsé ortopédico que llevaba. Lo habitual era que estuviera recostado en su silla giratoria en el *comissariat*, con los pies encima de su desordenada mesa, gritando órdenes al teléfono mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Seguía fumando lo mismo, y llevaba los calcetines desparejados, pero los tirantes le quedaban flojos. Aimée notó que había perdido peso. Por una vez sus pantalones de lana se quedaban encima de la tripa sin ayuda. Sentado allí, resguardaba su cigarrillo del viento ahuecando la mano como un *mec* de la calle.

—¿Qué era tan importante, Morbier? —dijo ella mientras se sentaba.

—¿Aparte de hacerme compañía? —le preguntó él.

Aimée vio el decantador de vino y una copa más.

Se sirvió, levantó su copa y dijo:

—*Salut*.

Él hizo un gesto hacia el bulevar y dijo:

—Odio pensar que esto es lo que hacen los jubilados: dar un paseo, ir al mercado, preparar el almuerzo, visitar a la novia, hacer una parada en la playa para tomar el aperitivo. Y al día siguiente, más de lo mismo. ¡La edad de oro!

Puso una mueca de asco.

Para un *flic* de carrera como Morbier, este tipo de ocio era como una muerte lenta. ¿No era demasiado mayor para *le démon de midi*, la crisis de la mediana edad?

—Olvídate de retirarte —dijo ella.

Siempre recitaba la misma letanía cuando se lesionaba, o estaba de baja y no sabía qué hacer consigo mismo.

—Morbier, en cuanto te quites el corsé ortopédico, volverás a tener el control. —Miró su reloj de Tintín, que estaba parado—. Tengo curiosidad por conocer la razón por la que me has invitado a comer.

—Todo a su tiempo —dijo él, y le dio un sorbo a su vino—. Ya que estás aquí, ¿ves a ese *mec* de ahí?

Ella siguió su brazo, y vio un hombre bajo de mediana edad de pelo castaño y nariz prominente que llevaba una bata azul de trabajo. Estaba delante de un *tabac*.

—¿Te refieres a ese hombre que veo entre la multitud? —preguntó ella—. ¿Un hombre en el que nunca me fijaría ni repararía?

Él se encogió de hombros.

—Los llamamos Pierre, a estos que roban en los mercados. Ha estado siguiendo a su presa un buen rato, yendo de un lado a otro, agachándose, y ayudando al pobre primo a cargar la furgoneta. Por supuesto, eso después de haber visto la caja para el

dinero que está debajo del asiento del conductor.

—¿Y qué vas a hacer, Morbier?

Los ojos del hombre se iluminaron.

—Leduc, vas a ir ahí y le vas a susurrar al oído del *mec* que mi vista es aguda y que apunta hacia él.

Aimée se encogió de hombros.

—Si eso te pone de buen humor y hace que te sientas útil, será un *plaisir* —dijo ella, y se levantó.

Sabía que esa era la forma de manipulación de Morbier: haría que se lo trabajara si quería que compartiera alguna información con ella. Era simplemente su manera de hacerlo.

Y además quería animarlo. Le inquietaba verlo con el corsé y el decantador en la mesa.

Una voz ronca gritó: «¡Compren cebollas rojas!». Las hojas se arremolinaban con el frío y vigorizante viento. Le entristeció pensar que la única persona a la que quería Morbier, Mouna, ya no estaba entre ellos. Y su padre tampoco...

Le ofreció a «Pierre» un cigarrillo. Entrecerró los ojos, pero lo aceptó. Se lo llevó a un lado, e hizo un gesto en dirección a Morbier, quien guiñó el ojo y sonrió. Aimée se agachó y le dijo algo al oído a Pierre, e intentó no reír ante la cara de susto que se le puso. El hombre abrió los ojos de par en par, le hizo un gesto a Morbier con su boina, y desapareció al doblar la esquina.

—Pierre aprende deprisa —le dijo Aimée a Morbier cuando volvió.

—Normalmente así es con todos ellos —dijo él, y encendió un cigarrillo con una colilla encendida que había en el cenicero de Ricard.

Aimée le hizo un gesto al camarero.

—*Un café, s'il vous plaît.*

—El vino tinto es mejor para el corazón —le aconsejó él mientras se ponía otra copa—. Ya te he sacado de un apuro, Leduc.

Aimée dejó caer los hombros. ¿Iba a dedicarse solamente a advertirla? ¿Estaba perdiendo ella el tiempo?

—Mira, Morbier...

—¿Te he sacado de un apuro o no?

—Y te lo agradezco. —Aimée siguió hablando sin vacilar—. Me has llamado.

Hubo una larga pausa.

—Quieres tener más información acerca del *plastique* —dijo él—. Yo también.

Se esforzó por no mostrar sorpresa. ¿Cómo podía saberlo?

—Es la primera noticia que tengo, Morbier —dijo ella—. Me mantengo alejada de todo eso. Me produce pesadillas.

Otra pausa.

—Tú, mejor que nadie —dijo Aimée—, deberías saberlo.

—Tengo las vértebras fastidiadas —le confesó finalmente Morbier—. Cada una

de ellas.

Eso la desconcertó: nunca le había oído admitir que tenía un problema físico. ¿Por qué estaba ignorando lo que ella le decía? Él sabía el miedo que le tenía a los explosivos. ¿Se había ablandado, y la había arrastrado hasta allí a base de artimañas, en busca de compasión?

—Lo siento —le dijo ella, y lo sentía de verdad—. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Ayúdame a coger un pez gordo —fue su respuesta.

Aimée puso los ojos como platos.

—*Tiens*, Leduc, me has preguntado cómo me podías ayudar.

—¿Qué está pasando? —le preguntó ella. ¿Iba él a despertarle el interés para después advertirla de nuevo?

—Leduc, andas por ahí husmeando —dijo él—. No es de mi incumbencia si te ha contratado la mujer de un ministro, pero si quieres poner al descubierto la fuente del *plastique*, llévame a ella.

A Aimée se le cayó la cuchara, y salpicó un poco la mesa de café. Se dio cuenta de que cuando el camarero limpiaba la mesa con un paño húmedo chasqueó la lengua por lo bajo en señal de desaprobación.

—Veo que ahora me estás prestando atención —dijo Morbier.

Algo en ella la alertó.

—Dios mío, Morbier, no soy agente secreto —dijo ella—. Los fundamentalistas son fanáticos... ¿por qué me lo pides a mí?

—¿Quién ha hablado de los fundamentalistas? —Siguió, sin esperar a que ella respondiera—. No es que sea vidente —dijo él, y encendió un cigarrillo—, pero llevas descentrada desde tu paseo en ciclomotor.

No podía mirarlo a los ojos. El corazón le latía deprisa. Morbier no lo sabía todo... pero sí que ella estaba involucrada.

—Dale el gusto a este anciano, ¿de acuerdo? —dijo él—. Míralo desde este punto de vista: si te encargas de esto, es probable que te sientas mejor en lo que a tu pasado se refiere.

—Olvídalo —dijo ella, y dejó diez francos sobre la mesa.

—Leduc, quieres averiguar quién le hizo saltar por los aires, ¿no es así? —le preguntó él, y se inclinó hacia delante. No esperó a que ella contestara—. Así es cómo lo harás. A mi manera. Estoy al tanto de todos los tejemanejes que tienen lugar en Belleville. Tú no. Es así de sencillo.

No quería hacerlo.

Morbier exhaló una bocanada de humo por encima de su cabeza. El olor ácido y acre la estremeció, y le entraron ganas de chupar una de las colillas que había en el cenicero amarillo. Pero lo había dejado. Otra vez.

—Todo está preparado —le informó él—. Le estamos pasando información a Samia.

—¿Samia?

—Samia tuvo una relación con Zdanine, un proveedor de *plastique*, y él no es trigo limpio —le dijo Morbier—. Zdanine es un *poisson* pequeño. Martaud y yo queremos al tiburón grande.

—Déjate de acertijos, Morbier, por favor —le pidió ella.

—Zdanine anda metido en asuntos turbios. A mí no me importa —dijo él—. La escoria de la calle muere, y una nueva inunda las alcantarillas. Mi jurisdicción es el Marais, pero quiero protección para la chica.

—Cuéntame más.

—Samia es joven. Zdanine es el padre de su bebé. Cometió un error. No puede saber que estoy metido en esto.

Aimée deshizo los terrones de azúcar moreno en su taza.

—¿Y por qué iban a contarme ellos nada acerca del *plastique*?

—Leduc, no eres *flic*, no te conocen —respondió él—. Por eso eres perfecta.

—*Attends*, Morbier —dijo Aimée—. ¿Cómo voy a sacar el tema del *plastique*?

Él se limpió la boca, y alisó la servilleta sobre la mesa.

—Pero puede que te lo vendan, Leduc.

Aimée se detuvo en mitad del sorbo con los ojos como platos.

—Espera, Morbier...

Morbier la miraba de cerca.

—Pero Samia es joven. Y como te he dicho, los jóvenes cometen errores.

—Has elegido a la persona equivocada.

Él entrecerró los ojos debajo de sus pobladas cejas.

—Y Martaud está irascible, ya lo conoces. Desea que le den los galones del *commissariat* y un infarto antes de cumplir los cuarenta. Quiero protección para Samia. Si queda alguna prueba, hazla desaparecer. *C'est compris*?

Eso captó la atención de Aimée.

—¿Qué tiene de especial Samia?

—No hagas preguntas, Leduc —le dijo él—, si pretendes que te ayude.

Ahora estaba intrigada. La curiosidad superaba al miedo que sentía. Al menos en parte. Y Morbier tenía razón; tenía que localizar el *plastique*. Aimée le dio otro sorbo a su café, preocupado por el giro que había tomado la conversación.

—¿Y qué me cuentas de Zdanine?

—Si nos ponemos en plan técnico, podemos decir que es proxeneta, Leduc —dijo él, y echó el humo con el labio inferior—. *Tiens*, esto es Belleville, y uno trabaja con el *systeme*. Zdanine está pidiendo refugio en la iglesia con los huelguistas.

De nuevo salió el tema de la iglesia y los huelguistas. Dudó.

—Llama a Samia. Dile que te envía Khalil, el primo de Zdanine —le dijo Morbier—. Sabemos que es un proxeneta que no puede salir de Argelia porque está a la espera de unos papeles que le va a conseguir su primo, al que pronto van a legalizar su estancia aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—No importa —le contestó él, y le hizo una seña al camarero para que le trajera *l'addition*—. Pero es verdad, y Khalil es igual de canalla. Martaud lo quiere a toda costa.

A Aimée le sonó el móvil.

—*Allô* —dijo ella.

—No me digas que te has olvidado —le dijo Yves.

Ella se puso colorada, y se apartó de Morbier.

—¿De qué?

—De la cita —dijo él—. En *Le Figaro*.

—Lo siento, pero no lo confirmamos —le dijo ella, e intentó que no se notara la decepción en su voz.

No recordó haberlo dicho, pero la otra noche había dicho muchas cosas después del champán. Incluso le había hablado de la explosión y de Anaïs. ¿Era eso lo único que él quería?

—Pero en los mensajes que te dejé en el buzón, que por lo visto nos has escuchado —continuó Yves—, te dije que tenía reuniones en Marsella.

—¿Reuniones?

¿Iba de incógnito o estaba trabajando en algo con lo que Martine no estaba de acuerdo? ¿O las dos cosas?

—También mencioné lo asombrado que estaba por la forma en la que cambiaste la temperatura, cómo alteraste el color de las cosas. Y que quería más. —Hizo una pausa—. Eso si es que lo recuerdo bien.

Aimée se aclaró la garganta.

—Lo compruebo, y después te llamo —dijo ella, y se bebió de un trago lo que quedaba de café, consciente de que Morbier la estaba mirando.

—Sí, hazlo —fue la respuesta de él—. Te estaré esperando.

Y colgaron.

—Te has ruborizado —dijo Morbier, con una ceja arqueada.

—Me pasa cuando bebo muy rápido —respondió ella, y buscó dinero en su bolso para dejar una propina.

Morbier sonrió, pero no dijo nada.

—Aquí tienes el número de Samia. Vive encima del *hammam* que hay cerca del metro Couronnes —dijo él—. Mete un bañador en el bolso. Tienen una *piscine* al lado de los baños de vapor.

Tentada por un momento, se detuvo. Hacía varios días que no se hacía sus largos de siempre.

Morbier asintió.

—Como ya he dicho, los peces pequeños llevan a los grandes.

—No tengo tiempo para nadar, Morbier —dijo ella—. Ni de ir por la periferia de París detrás de escoria.

¿Qué hacía ella perdiendo el tiempo en un café con Morbier? Echó la silla hacia

atrás arañando el suelo y metió el teléfono en su bolso de Hermes.

—No te vayas corriendo, Leduc —le dijo él apuntándola con su dedo manchado de nicotina—. La última vez que lo hiciste acabaste con más huesos rotos que de costumbre, ¿recuerdas?

Sintió un estremecimiento por el cuerpo, y se tocó la garganta al recordar el tejado del Marais. Las conmoción cerebral, las laceraciones como agujas en la piel...

Un vaso, que se cayó al suelo en la otra mesa, hizo que volviera bruscamente al presente.

—Míralo de esta forma, Leduc —le dijo Morbier, y se encendió otro cigarrillo con una colilla encendida del cenicero—. Si llegas a quien suministró el *plastique*, es posible que eches el guante al asesino de la amante. —Se encogió de hombros—. Sacar a algunos imbéciles de las calles. El asesino podría estar, como dijo Charles de Gaulle, «*chier dans son propre lit*», cagando en su propia cama. Los criminales hacen eso con frecuencia. Un error común.

—Creo que de Gaulle se estaba refiriendo a la crisis de Argelia, pero tienes razón —dijo ella, e intentó esbozar una sonrisa—. Pero como decía papá, las cosas no siempre son lo que parecen o se le habría acabado el trabajo.

—Vigila a Samia, eso es todo —le dijo—. Ella creció en un barrio de viviendas de protección oficial, entre pandillas, música *raï* y el desconsuelo tatuado en la piel. Y la gente problemática, como Zdanine, es una consecuencia lógica. Por lo que a mi respecta, Zdanine es escoria, pero tiene conexiones.

—*D'accord*, la llamaré para quedar con ella —accedió Aimée—, pero tengo que cambiarme.

—Asegúrate —dijo él apuntándole con el dedo— de que te vistes adecuadamente.

Aimée se dirigió al metro. En la esquina, las mesas del Bistrot Chez Mireille estaban llenas. En la Boucherie Islamique Halah había continuamente gente haciendo cola. El lloriqueo malhumorado de bebés cansados que iban en carritos y el estruendo del metro, acompañado del humo del autobús 95, dirección Austerlitz, le dieron la bienvenida. Se preguntó cómo Sylvie pudo haberse escondido en ese populoso *quartier*, donde una mujer no pasaría desapercibida. En especial, una mujer atractiva. Se colgó el bolso al hombro, y entró en el metro para dirigirse a la casa de René.

Aimée se detuvo en las escaleras del metro de Couronnes. Sentía que unos ojos la escudriñaban. Unos hombres con barba que vestían *chéchias* y amplias *habayas* blancas la miraban fijamente desde la puerta de la mezquita de Abu Bakr. Se puso tensa. Eran *les barbes*, los fundamentalistas islámicos sobre los que había leído. Su forma de mirarla la inquietó, y se le quedó grabada todo el camino hasta la casa de René.

El edificio de René, de la época de Haussmann, daba a la rue de la Reynie, una calle bordeada de árboles que a Aimée le recordaba a un pequeño oasis en medio de Les

Halles, con sus tiendas de ropa cursi, sus tiendas de discos compactos de oferta, y su gente joven. El suyo era un apartamento con vistas a un tranquilo pasaje rodeado de geranios que discurría entre edificios.

La zona de aparcamiento de René era igual de grande que su estudio. Pero desde luego tenía más espacio, pensó ella, teniendo en cuenta la obsesión que el hombre tenía por tener lo último en equipos informáticos.

Dos de las paredes del apartamento las ocupaban ordenadores y monitores, que estaban a muy poca altura del suelo enmoquetado. Unos libros cubrían otra de las paredes. Su ventana daba a un enorme edificio gris, tapado con una lona y con andamio para su renovación. Del equipo de música salía una voz ronca que decía «*serves you right to suffer*», acompañada por un *riff* de guitarra que llenaba la estancia.

—John Lee «ooker». —René sonrió de oreja a oreja—. *Le blues*.

Aimée también sonrió. El último encaprichamiento de René había sido Django Reinhardt.

Había dos futones apilados en una esquina. En la pared de la cocina, que era del tamaño de una cabina de avión, colgaba un póster de los 417 tipos de quesos franceses. En la encimera, especialmente adaptada a la altura de René, había unas pesas de culturismo.

Miles Davis la olisqueó con su nariz húmeda desde su almohadón, al lado de René.

—Hasta ahora, la búsqueda de Sylvie me ha llevado al *firewall* del *fichier* —le informó él—. Pero este nuevo *software* me servirá.

Señaló varios discos Zip, apilados entre las pantallas de los monitores llenas de algoritmos codificados.

—Eres un genio —le dijo Aimée.

Él asintió, con mirada radiante, mientras sus dedos bailaban sobre el teclado.

—Dímelo cuando haya descifrado el código.

Era su *métier*. No conocía a nadie que fuera tan hábil como él.

—¿Y qué me dices del interruptor electrónico suizo del explosivo?

—Curioso —le dijo él, y le dio a «guardar».

René se levantó y se estiró. Llevaba un chándal gris; la parte de arriba se ajustaba a su largo torso, pero la parte de abajo la habían acertado.

—Parece ser que esa placa base iba conectada a un relé. ¿Sabes los que salen en las películas donde los *mecs* colocan el dispositivo para que explote en diez minutos, y mientras tanto ya se han alejado ocho kilómetros y tienen una coartada?

Aimée puso mala cara, y frunció sus labios pintados de rojo Chanel. Eso complicaría las cosas.

—Sin embargo, después de leer el informe —dijo René, mientras preparaba la bolsa para sus clases en el *aojo*—, no me encaja. Parece que lo activaron desde cerca, como tú sugeriste, desde la ambulancia falsa del samu.

Aimée cogió a *Miles Davis*, aunque todavía se sentía tensa.

—¿Podrías cuidar de él un poco más?

René entrecerró los ojos.

—¿Qué ocurre?

Le habló del plan de Morbier.

—Llámame si necesitas refuerzos —le dijo él—. Tengo otra bolsa de huesos en la nevera —le confirmó mientras ella se dirigía a la puerta—. Si quieres puedes venir conmigo al *dojo*.

—La próxima vez.

—Ten cuidado —le dijo René con una mirada significativa.

Aimée paró un taxi en la rotonda, que la llevó hasta su oficina en la rue du Louvre. Para entonces ya había quedado en una hora con Samia.

Dentro de su otrora elegante edificio de oficinas del siglo XIX, con su grifo antiguo de color verde oscuro en el vestíbulo, estuvo tentada de coger el ascensor de jaula. Pero sus pantalones de cuero, que le quedaban demasiado ceñidos, le dijeron que no lo hiciera. Subió los tres empinados tramos de escalera. En el descansillo, enfrente del espejo ahumado y biselado, abrió la puerta con la llave.

Pasó a toda prisa por delante de su mesa, donde había apiladas *Pages Jaunes* de París y manuales de criptosistemas seguros, hacia el almacén de la parte de atrás. Aunque nunca se arrepintió de haber dejado la investigación criminal, en ese momento sintió que lo echaba de menos. Por si acaso, se puso su chaleco antibalas. El dependiente de la tienda del espía le había dicho que lo habían hecho especialmente fino para esas «ocasiones especiales».

Echó un vistazo a las perchas de las que colgaban un delantal de pescadero azul con cintas de goma, una parka reflectante con «Suburbaine» estarcido en la espalda, su bata de laboratorio con «Leduc» bordado en el pecho (de su año preparatorio para estudiar medicina en la Universidad René Descartes), y una especie de boa de plumas de color verde ácido con lentejuelas de un ya desaparecido club de alterne en Pigalle.

Después de pensarlo y de jugar un poco con la boa, eligió un mono de cuero negro, una reliquia del pasado de un amigo traficante de drogas. La prenda de cuero, compuesta de bolsillos con cremalleras y parches acolchados, le quedaba muy ajustada. Metió con dificultad las piernas y subió la cremallera por encima de su sujetador de encaje.

Un pañuelo con un estampado de cebra alrededor del cuello completó el conjunto.

Después de aplicarse maquillaje, se puso los zapatos de tacón negro sin talón. Metió sus zapatillas rojas de deporte, tipo bota, en el bolso por si necesitaba caminar por resbaladizos adoquines. Se pintó las uñas rápidamente para que pudieran secarse en el taxi.

Cuarenta minutos más tarde salió de la rue du Louvre, llamó a un taxi, y llegó a

casa de Samia.

El *hammam-piscine* resultó ser un anodino edificio renovado del siglo XVII con paredes de gotelé que daban a la calle. Le dio al taxista un billete de cien francos, le dijo que se quedara con el cambio, y sonrió cuando el taxista exclamó lo bien que tenía que irle el negocio.

Si él supiera.

Con una leve sonrisa, le dijo adiós cuando él comenzaba a ofrecerse para enviarle clientes.

Cuando entró en el patio de la *hammam-piscine*, Aimée ya había tomado la sugerencia de Morbier en serio. En ese momento, Samia era su *entrée* al *plastique* y a los *maghrébins*, su única fuente además de Gaston en Café Tlemcen. Aunque insuficiente, era un comienzo, se recordó a sí misma. Y un mejor plan que el que tenía antes, cuando lo único que alcanzaba a ver era *les barbes* apostados delante de la mezquita.

Había un centro de *tatouage* al lado de una tienda de ventanas polvorientas y con un cartel rojo descolorido en el que todavía se podía ver «Boucherie-volaille». Aparte del *hammam-piscine* en el *cour*, eran los únicos ocupantes. Tenía un silencioso aire de abandono que resultaba atractivo, pensó ella. Como si los edificios se tuvieran en pie casi por la fuerza de la costumbre.

En su interior, sin renovar, había pintadas con los colores del arco iris en las paredes que decían «*Nique les flics*», que jodan a la pasma. Había huellas de manos pintadas encima de las puertas, al estilo musulmán, para proteger las viviendas. Una estrecha escalera de caracol con los peldaños gastados y estriados subía a los pisos. Se preguntó cómo sería vivir allí. O criarse viendo esas pintadas todos los días.

Samia Fouaz vivía encima del *rez de chaussée* revestido de azulejos, en el primer piso. Un cochecito de bebé, una bolsa de red, y un brillante carrito de la compra ocupaban el descansillo; otrora pulido y exquisito, se imaginó Aimée.

Después de llamar varias veces, la puerta se abrió y apareció una figura con curvas que llevaba una combinación de encaje color melocotón y se rascaba el trasero de forma inconsciente. Samia tenía la piel del color de la miel. Su rostro estaba hinchado, tenía cara de sueño y bostezaba enérgicamente.

—Siento la molestia, Samia...

—*Pas de problème* —dijo ella mirándola de arriba abajo.

Samia respiró hondo, frunció los labios, y pareció llegar a una decisión.

—Acabemos con esto rápido.

Aunque eso la desconcertó, Aimée se repuso enseguida.

—Me parece bien —dijo ella en un tono de voz que esperó sonara tranquilo.

Una vez dentro intentó disimular su nerviosismo. Siguió el rastro de Samia por el pasillo amarillento, con las paredes llenas de calendarios de las carnicerías árabes del bulevar Menilmontant. El olor que Samia dejaba a su paso era una mezcla de aceite de almizcle, sudor y algún perfume de Nina Ricci.

De una habitación de la parte de atrás del apartamento salía el retumbo de música *raï*. Al fondo, Aimée vio que del techo ondeaba una tela de gasa violeta, y a ambos lados, cortinas adornadas con diminutos espejos.

Samia le hizo un gesto para que se sentara en un taburete cromado que había delante de la encimera. Detrás estaba la cocina, como las que hay en los barcos, pequeña e impecablemente limpia. En un estante superior, había un *tagine*, un plato de barro cocido y barnizado dotado de una tapa cónica; y, encima de ese estante, una *quettara*, un alambique de cobre para destilar agua de rosas y de azahar. Aimée sabía que las sustancias aromáticas con agua de rosas espantaba el *djinn*, protegía contra el mal de ojo, y atraía los buenos espíritus. Ella esperaba que estos estuvieran con ella: iba a necesitar toda la ayuda posible.

Aimée se fijó en que los pies de Samia, desnudos sobre el linóleo gris, estaban tatuados con dibujos de espirales hechos con henna.

Se preguntó cuál sería el vínculo entre Samia y Morbier. Parecía joven y cansada, como un ama de casa que se arreglaba para su marido con apenas resultado. De nuevo le hizo un gesto a Aimée para que se sentara.

—¿Té?

Sonrió, y su rostro se abrió como una flor.

—*Merci* —respondió ella, aceptando así el pequeño vaso de humeante té de menta de *rigueur*, dulce y aromático. Sabía que era una costumbre respetada incluso entre enemigos en las conversaciones de paz en Oriente Medio.

La tenue luz del sol de la tarde entraba por una ventana abierta que daba al patio. Abajo, varias mujeres, cuyas conversaciones en árabe resonaban en las paredes de piedra, entraban por la puerta del *hammam*.

—Mencionaste a Khalil cuando me llamaste —dijo Samia, que parecía incluso más joven con la luz de la cocina.

—Así es. Y a Eugénie, parte de...

—Dile de mi parte —la interrumpió Samia dándose la vuelta y golpeándose la palma de la mano con el puño, de modo que sus pulseras de oro tintinearón— que Zdanine está haciendo lo que puede, ¿de acuerdo? *C'est compris?*

Sorprendida por su cambio de actitud, Aimée se paró en seco. Los pensamientos le invadían la mente. Esperaba que Samia no comprobara con Khalil lo que le había dicho. ¿Por qué había aceptado la historia de Morbier de que le había «pasado información a Samia»?

—No sé a qué te refieres. —Aimée a duras penas podía mantener un tono de voz calmado.

—El mes pasado fue la última vez —le dijo Samia, decidida—. Nunca más. ¡Ya está bien!

Para ser alguien con un aspecto tan vulnerable, pegaba duro, pensó Aimée. Su actitud cordial había desaparecido.

—*Tiens*, Samia —dijo ella, intentando esbozar una sonrisa encantadora—. No

mates al mensajero.

Samia resopló. Para tener dieciocho años, o los que tuviera, hablaba de forma muy agresiva.

—Khalil está impaciente —improvisó Aimée—. Pobre *mec*. Está atrapado en Argelia.

Tenía que hacer que Samia hablara, que le pasara su contacto del *plastique*.

—No me concierne —contestó ella, en tono algo malhumorado. Pero ya no estaba tan enfadada—. Dile a Khalil que hable conmigo. Y yo lo haré con Zdanine.

—Khalil me dijo que te hablara en su nombre.

Samia esbozó una media sonrisa, que mostró unos pequeños dientes blancos. Uno de ellos tenía una funda de oro, que brillaba con la luz.

—No quiero faltarle al respecto a una compañera, *bien sûr*, pero los negocios son los negocios —dijo ella—. Y es hora de que me vista.

Estaba a punto de acompañar a Aimée a la puerta.

La estoy pifiando, pensó Aimée. Era el momento de olvidar las sutilezas cuando su oportunidad se le estaba yendo de las manos.

—Samia, deja que hable en nombre de Khalil y en el de Zdanine —dijo ella—. Necesito más *plastique*. Se suponía que Eugénie me iba a ayudar.

Samia abrió los ojos de par en par; sus hombros caídos se tensaron.

—No me gusta esto.

—¿Y a quién sí? —Aimée puso un tono de voz serio, y se encogió de hombros—. El último repartidor saltó por los aires hasta La Meca antes de que lo mataran.

—Eso es agua pasada. Zdanine sólo era un distribuidor.

Samia cambiaba el peso de su cuerpo de un pie desnudo a otro, mientras se rascaba la pantorrilla con el dedo gordo de la otra pierna.

—Ya se ha desentendido de eso —continuó ella, mirándola fijamente mientras bebía su té—. De adónde va y a quién...

El final de la frase se desvaneció en el aire almizcleño de la cocina.

—Por lo que he oído —dijo Aimée acercándose a ella—, es el comienzo.

Samia negó con la cabeza.

—Me esperan mis clientes. Tengo que irme.

Se preguntó qué clase de clientes serían.

Aimée bajó la voz a casi ya un susurro. Su brazo rozó el de Samia.

—Al por mayor —dijo, y asintió con la cabeza—. Khalil conoce los márgenes de beneficios. ¿Y tú?

Samia apartó la mirada.

—Al por mayor —repitió Aimée, más segura al ver la reacción de la chica. Alargó la palabra para subrayar su importancia—. Ni pequeñas entregas, ni francos ni céntimos. Sólo billetes de mil francos y cuentas de banco. Grandes. Eso es la venta al por mayor.

—Eso lo lleva Zdanine, no yo —dijo ella, aunque había fruncido sus oscuras

cejas. Dudaba.

—Veo que no estás preparada para ocuparte de los pedidos —dijo ella, retirándose y mirando su reloj—. Khalil no me informó bien. Olvídate de que he venido. Buscaré un tercero.

Aimée se colgó el bolso al hombro, y se levantó. Le había puesto la oferta delante, se la había puesto atractiva, y esperaba expectante.

Samia tensó sus gruesos labios.

—¿Un tercero? —dijo ella, pronunciando lentamente la palabra.

—Khalil prefiere trabajar con la familia, por supuesto. Sin embargo, me parece que no tengo elección —dijo Aimée con un suspiro—. Hay otros caminos que me llevarán al *plastique*. Él supuso que Zdanine tenía conexiones con el proveedor.

Samia entrecerró los ojos.

—A mí no me habla de sus negocios.

—Sólo recuerda que nosotros acudimos primero a ti —le dijo Aimée—. Después no digas que Khalil no ofreció a su familia un trozo de la tarta.

Se miró las uñas, e intentó recordar las pintadas en el metro de Belleville.

—Como dice él: «¡Hermanos del *bled*, uníos!».

Samia lanzó un bufido.

—¿Del *bled*? Lo más cerca que hemos estado del campo fue cuando los colonos masacraron a aquellos que no pudieron emigrar como esclavos. Khalil volvió a sus «raíces», y ahora está impaciente por salir de allí.

No le faltaba razón, pensó Aimée.

—¿Es porque soy demasiado *blanc* para ti? ¿Es eso, Samia? —le preguntó.

La chica no contestó.

Frustrada, no sabía cómo sacarle información. Hasta ese momento, no había conseguido nada. Aimée miró a su alrededor, pensando con furia. Se sentía como si en lugar de ir hacia el sur, hubiera ido hacia el norte.

Pasó un dedo por un pequeño lector de CD que había en la encimera, y se fijó en la televisión de pantalla grande que había en la habitación contigua. Sobre el alféizar de la ventana vio una factura vencida de France Télécom con los márgenes en rojo. Tuvo una idea.

—Llevas una buena vida, Samia. Bastante selecta. —Aimée se dirigió a una despensa llena de paté, *halva* turco y caviar iraní—. Mejor que la mayoría. Soy prostituta. Lo hacía por cien francos, y en coches quemados hasta que conocí a Khalil. Se convirtió en mi mecenas, me enseñó cosas, me dijo cómo sacarles los cuartos a los clientes y hacer más que lo que vale mi alquiler. —Miró a Samia de forma elocuente—. Haré todo lo que el *mec* me pida.

Samia apartó la mirada. Quizás el lujo era difícil de mantener. Aimée vio una foto enmarcada de un niño de ojos almendrados con expresión seria. Su tez color miel era como la de Samia. Llevaba unos pantalones cortos de uniforme de un colegio católico, y una cartera colgada del hombro.

—Es precioso —exclamó Aimée, y lo decía en serio—. ¿Es tu hijo?

Samia asintió. Se le iluminó la mirada.

—Marc por Marco Aurelio —le explicó ella. La expresión en su rostro era encantadora.

—¿Colegio católico?

—Está bautizado —contestó ella, con un dejo de orgullo en su voz.

—Debe de ser costoso —dijo Aimée, haciendo un gesto con los dedos.

Samia se puso tensa y se miró hacia otro lado.

—Zdanine nos ayuda; amuebló el piso.

—Pero ya no puede ayudarte, ¿no es así? —dijo Aimée, sin esperar a que ella le contestara—. Está atrapado en la iglesia.

Vio en sus ojos que Samia lo estaba pasando mal.

Aimée sabía que había tocado su fibra sensible cuando mencionó a su pequeño. Y sabía que Samia tenía problemas de dinero.

—Mira, si no estás interesada, al menos ayúdame a ponerme en contacto con Eugénie —le pidió ella.

La respuesta de Samia fue su mirada vacía.

—Tienes que irte, ¿no es así? —dijo Samia, su velada cortesía forzada—. Llego tarde.

Aimée arrancó un trozo de papel de su agenda, y escribió su número de móvil.

—Piénsate lo que te he dicho. Llámame dentro de unas horas.

Decepcionada con el hecho de que Samia no picara enseguida el anzuelo, bajó las gastadas escaleras, pasó al lado del *hammam*, y salió a la calle. Esperó que la chica la llamara cuando estuviera desesperada.

—¿Cuánto? —le preguntó Aimée en la rue de Belleville al hombre que llevaba relojes colgados del brazo.

—Cincuenta francos —contestó él, agitando el brazo delante de su cara.

Sacudió en su muñeca una pulsera de plástico de color naranja fosforescente con una carita sonriente amarilla.

—No es mi estilo —dijo ella.

Su móvil comenzó a sonar.

—¿No habíamos quedado? —le preguntó René.

Le puso al hombre cincuenta francos en la palma de la mano, cogió el reloj, se ató las zapatillas de bota, y salió corriendo.

Cuando llegó a la oficina, ya se había convencido a sí misma de que había encontrado a los asesinos de Sylvie entre la red *maghrébin*.

Sin embargo, a ese paso le llevaría un año.

René levantó la vista de su libro. Sus grandes ojos verdes tenían los párpados caídos. Eso a ella no le gustó.

—No me lo digas —dijo él mirándola de arriba abajo—. Estás aumentando nuestros ingresos.

—¿No hemos conseguido el contrato con la edf? —le preguntó ella, y se dejó caer en la silla.

—Como te he dicho, le gustamos al inquieto directorcillo —contestó René, y se recostó en su silla ortopédica—. Pero el mandamás de la edf no quiere ir poco a poco con el sistema de seguridad, o eso dicen. Algo de razón tienen. La firma de Seattle les ha hecho una oferta de servicios integrales. Impresionante.

Aimée se levantó, con la mirada encendida.

—Nosotros también podemos hacerla.

—Ya lo tengo. —René le guiñó el ojo—. He preparado un paquete básico —dijo él, enseñándole una carpeta gruesa—. Es un borrador, por supuesto. Pero pensé que podríamos añadir algo especial. Un pequeño extra.

—Exacto. Alguna *pièce de résistance* —siguió ella, y lanzó la chaqueta de cuero en el perchero.

Se rascó la cabeza, y abrió la ventana de la oficina que daba al Louvre. El golpeteo de los motores diesel y, de vez en cuando, el grito de un vendedor ambulante competían con el rugido de los autobuses de París.

—Pongámonos manos a la obra, socio —dijo ella desabrochándose los automáticos de las mangas de su camisa.

Una hora después, había rehecho su escáner de vulnerabilidades de redes, y también habían añadido el mantenimiento. Un oferta realista. Y por menos de lo que ellos se imaginaban que la otra firma ofertaría. Aimée respiró hondo, y envió por fax su oferta a la edf.

Su móvil comenzó a sonar.

Rezó para que fuera Samia.

—*Allô?*

—Philippe lo niega t-t-t-odo —dijo Anaïs. Su voz era pastosa y arrastraba las palabras.

Sintió alivio al oír su voz, pero le asustaba su tono.

—No quiere ha-ha-hablar de ella.

—He estado preocupada, y he intentado dar contigo —le dijo, aterrorizada por cómo sonaba Anaïs. Cogió un trozo de papel—. Déjame ir a buscarte. ¿Dónde estás?

—En algún lugar —su voz se apagaba—. Martine y el ama de llaves llevan a Simone al colegio. Pero hay a-a-algo que va mal. Te envié un *cheque*. Philippe tiene miedo. No te lo dije... Sylvie me dio un sobre...

—Tengo que hablar contigo, Anaïs —le dijo Aimée—. ¿Dónde está ese sobre...?

Pero Anaïs colgó antes de que ella pudiera terminar la pregunta. Preocupada, llamó a Philippe. Su cordial secretaria no tenía ni idea de dónde estaba *madame* de Froissart, pero de nuevo le prometía que se encargaría de darle el mensaje al ministro.

Ni soñarlo. Empezaba a tener la sensación de que la única forma de dar con

Philippe sería coger un rifle e ir tras él.

Buscó entre el correo que tenía sobre su mesa, y abrió una carta que iba dirigida a ella. Agitó el cheque de Anaïs en el aire.

—Nuestra cuenta ha engordado diez mil francos.

René pestañeó.

—¿Anaïs?

Ella asintió.

—Comamos mientras te pongo al corriente.

Pidieron *sushi* del japonés que había debajo de su oficina, y lo incluyeron en gastos de la empresa.

Mientras comían el rollito de centollo y la *seiba* marinada, Aimée le habló del plan de Morbier y de Samia, que bautizó a su hijo y quería que tuviera la nacionalidad francesa, mientras su padre, proxeneta y distribuidor de explosivos, pedía asilo en la iglesia.

—¿Y qué me dices del *fichier* de Nantes? —le preguntó ella—. Sylvie debe tener otra dirección.

—Por ahora no he tenido suerte, pero seguiré intentándolo —asintió René—. Mi amiga me ha prestado un nuevo *software* para *morphing* —continuó él frotándose sus manos rechonchas—. ¿Por qué, por ahora, no lo intentamos con Sylvie?

—Adelante —dijo Aimée dejando sus palillos—. ¿Qué es lo que hace?

—Hay una pequeña pega —dijo él—. Necesitamos una foto.

—Creo que puedo solucionarlo —dijo Aimée.

Entró en su ordenador, y accedió a la cuenta de banco con la contraseña de Sylvie, *keur*. Buscó alguna documentación que usara para abrir la cuenta con Crédit Lyonnais. Diez minutos más tarde, se emocionó cuando encontró la fotografía de su *carte nationale d'identité*.

—Mira, René —le dijo mientras imprimía la imagen.

Por primera vez vio la imagen de la mujer, no sólo de su cuerpo desmembrado.

—*P arfait!* —exclamó él—. *Knockout*^[2]!

—Es muy atractiva, imponente...

Iba a añadir que nadie, fuera atractivo o no, merecía que una bomba lo hicieran volar en pedazos.

—Knockout es un nuevo programa. Un *software* para crear máscaras en fotografías —le explicó él— que funciona para todo lo relacionado con las imágenes retocadas digitalmente.

—¿Y qué significa eso?

—Mira —dijo él con una mirada radiante, fruto de la expectación.

Aimée colocó la fotografía de Sylvie dentro del escáner.

En su terminal, René trazó unas líneas que definían el contorno interior y exterior del rostro de Sylvie. Knockout imprimía el primer plano ya procesado (el objeto con los colores eliminados) y un canal alfa en escala de grises que conservaba la

transparencia del original.

—¿Pelirroja y pelo corto?

—Como el mío —dijo ella al recordar la peluca—. Hazlo algo más desgredado en la parte de atrás.

Jugueteó un poco con la imagen, y después la imprimió. Un ajuste perfecto.

—¡Eres un mago, René!

—Intenta refrescarle la memoria a la gente con esto —le dijo él—. Ya sabes, por el precio adecuado, la red *maghrébin* realiza funciones similares. Una Eurocard oro, un carné de conducir, incluso un número de la *Sécurité Sociale*.

—*Merci* —le agradeció ella, sorprendida de nuevo por todo lo que sabía René sobre los bajos fondos—. Necesito averiguar de dónde viene ese *plastique Duplo*.

Le pellizó a René en las dos mejillas.

—Es hora de ponerse a trabajar.

—¿Adónde vas? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—A refrescarle la memoria a Philippe —le contestó ella—. A saber qué está pensando.

Antes de que pudiera bajar la cremallera de su mono de cuero, le sonó el móvil.

—*Oui*.

Se detuvo en seco antes de descubrirse y soltar «Leduc Detective».

—Te estoy esperando —le dijo Samia.

Esperaba que fuera Anaïs, pero enseguida se repuso.

—Samia, ¿lo has reconsiderado?

—Hay alguien a quien tienes que conocer. —La voz de la chica sonaba forzada, tensa—. Date prisa.

—¿Y qué sucede con Eugénie?

—Lo sabe —dijo ella—. Estoy en el *hammam*. ¿Puedes pasarte por aquí en quince minutos?

—Voy de camino —le contestó ella, cogiendo su chaqueta y metiendo la Beretta en el bolsillo.

Esta podía ser la oportunidad que estaba buscando.

Viernes, a última hora de la tarde

Dentro del *hammam-piscine*, Samia esperaba al lado de la taquilla que daba a la piscina en forma de ele. El aire que había dentro del edificio de techos abovedados estilo años treinta y azulejos color salmón era húmedo y olía a cloro. En la parte de la piscina que no cubría una mujer mayor se movía de arriba abajo en el agua; la ajustada cinta de su gorro separaba los pliegues carnosos de su cuello.

Aimée miró rápidamente a su alrededor, a la piscina casi vacía. Prefería la *piscine* de Reuilly: más limpia, más nueva, y, en bicicleta, a poca distancia de su apartamento. Un hombre de mediana edad, de rodillas con una red de mango largo, estaba pescando algo que había en el fondo verde oscuro.

—¿Tienes coche? —le preguntó Samia. Se estaba poniendo un estrecho impermeable negro.

Aimée asintió.

El Citroën de René estaba aparcado cerca de allí.

—Vamos —dijo la chica.

Cautelosa, Aimée se fijó en el nervioso pestañeo, en sus uñas naranja fosforito. Morbier tenía razón. Era joven. Y se suponía que tenía que protegerla.

—Dime adónde.

—Al circo —contestó ella.

Aimée siguió a Samia, que arrastraba sus babuchas de cuero por el pasadizo de piedra frío y húmedo que daba a la calle.

En el Citroën, Samia bajó la mirada mientras ella ajustaba el asiento y los pedales que estaban adaptados a René.

—¿A qué circo? —le preguntó ella, y se oyó el poderoso zumbido del motor.

—Cirque d’Hiver —respondió ella—. Si no te das prisa, no lo veremos.

—¿A quién? —quiso saber Aimée, mientras bajaban por la rue Oberkampf.

—Al hombre al que te mueres por conocer. —Los labios carnosos de Samia se tensaron en una fina línea—. También quiere verte. Para asegurarse.

—¿Asegurarse de qué?

La chica se encogió de hombros.

—De que todo este negocio acaba en buenas manos.

Aimée contuvo su sorpresa. Samia había descubierto rápidamente la conexión.

Había algo en todo ese asunto que le ponía nerviosa. ¿No se había enterado de la explosión?

—¿Y Eugénie?

—Estoy tanteando el terreno —respondió ella—. Me debe dinero.

Aimée se preguntó por qué la red *maghrébin* no había difundido la noticia de la muerte de Eugénie/Sylvie. Qué extraño... ¿Estaban siendo cautelosos porque fueron

ellos los que vendieron el *plastique*?

No encontró ningún sitio para aparcar, y los coches pitaban molestos. Acabó dejándolo en la rue Oberkampf, debajo de una señal de «Arret gênant», entre otros muchos coches. Llegaron al Cirque d'Hiver, un edificio circular del siglo XIX que recordaba a una tienda de campaña. En el tejado había una estatua de bronce de una amazona, y sobre la entrada, dos guerreros de bronce a caballo.

En el exterior, habían pegado carteles de circo que anunciaban glorias del pasado: el circo Bolshoi, equilibristas chinos, contorsionistas mongoles, malabaristas húngaros y trapeceistas canadienses.

El Cirque d'Hiver le trajo viejos recuerdos: las tradicionales visitas el día de Navidad con su abuelo, las esponjosas *barbes à papa* que se volvían fucsias en su boca. Los monos estaban sentados sobre el hombro del acordeonista mientras este caminaba entre el público tocando su instrumento. El foco resplandecía sobre los trajes de *strass* de los trapeceistas. De pequeña, le encantaba la oscuridad, negra como la tinta, y el calor de los focos de la carpa.

—Haz lo que te digo —dijo Samia despertándola de su ensoñación. La chica se arrebujó su chaqueta, y se quedó mirando fijamente a Aimée.

—Así que si pasamos la prueba, ¿el gran hombre nos da el contrato? —le preguntó ella—. Mi cliente es muy quisquilloso. Quiere el *plastique* Duplo.

Samia miró la muñeca de Aimée, y sonrió.

—*C'est chouette!* —exclamó la chica, dándole golpecitos al reloj—. Necesito uno —continuó ella, y se dirigió pavoneándose a las puertas rojas de la entrada. Samia era una niña. A Aimée no le gustaba lo que estaba pasando, aunque, por otro lado, no le gustaba nada de lo que había ocurrido hasta ese momento.

El Cirque d'Hiver alquilaba la entrada de su circo de una pista para cualquier cosa, desde desfiles de moda hasta conciertos de *rock*. Aimée se preguntó por qué habían dejado pósteres del circo, casi todos de los años sesenta y setenta, tras cristales manchados en el vestíbulo enmoquetado. ¿Abandono o nostalgia de una gloria pasada?

Detrás de unas puertas de aspecto grasiento salían risas y aplausos ahogados. Para última hora de la tarde estaba programado un espectáculo privado de Stanislav, *el Colosal*.

—Son las pruebas para nuevos números —retumbó la voz de la aburrida mujer que estaba en el puesto de *barbes à papa*. Exhaló anillos de humo, y negó con la cabeza—. Lo siento. *Pas possible*. Si hay muchos invitados los animales no se concentran.

—Nos han añadido a la lista a última hora —dijo Samia dándole un codazo a Aimée.

Aimée deslizó un billete de cine francos por el mostrador.

—Y, por supuesto —dijo ella—, no los desconcentraremos.

El cigarrillo colgaba de la comisura de la boca de la mujer. Sus ojos pintados de

azul se entrecerraron, y miró a Aimée de arriba abajo.

—Todos tenemos que buscarnos la vida, ¿no? —accedió, y se guardó el billete—. Disfrutad del espectáculo —dijo, señalando las puertas con el pulgar.

Caminaron a lo largo de paredes con ribete dorado y revoque desconchado en algunas partes. El *cirque* parecía estar cayéndose a pedazos.

Pero a pesar de que el vestíbulo estaba desierto, no estaban solas. Sentía que unos ojos la seguían.

Dentro, ella y Samia se detuvieron, fascinadas por la escena que estaba teniendo lugar bajo las recargadas arañas. Cuatro niños y cuatro hombres vestidos de cuero marrón entraban en la pista en moto. Las aparcaron, los hombres se colocaron encima de ellas, y empezaron a hacer malabarismos con los niños encima de sus pies.

Se oyeron los aplausos dispersos de los pocos espectadores que había en los gastados asientos de terciopelo rojo. Samia tiró del brazo de Aimée, y le hizo un gesto para que se sentara con ella en la primera fila. Cuando tomaron asiento, las luces de la pista iluminaron sus rostros. Aimée se quedó asombrada por los suaves contornos y los marcados rasgos ensombrecidos en el rostro de Samia. Como si fuera *mixte*, francesa y argelina. El asombro brillaba en sus ojos.

Varios hombres grandes vestidos con trajes bien entallados, uno de los cuales mascaba un palo de regaliz, estaban sentados a su derecha. Aimée miró con más detenimiento, y se fijó en que los hombres más fornidos del pasillo vigilaban a la multitud y las salidas.

El hecho de que de vez en cuando ladearan la cabeza, y de que de sus orejas colgaran unos cables finos que se metían por el cuello de la camisa indicaba que llevaban radiotransmisores. *Seguridad sofisticada*, pensó ella. ¿Qué aficionados al circo estarían protegiendo?

—Espera cinco minutos —le susurró Samia—, y ve al baño.

—¿Porqué?

—Es una prueba —interrumpió la joven, y se levantó. Se quitó una pelusa imaginaria del abrigo, se chupó un dedo, y se lo pasó por la ceja. Y entonces se fue.

Un enorme oso marrón siberiano, que llevaba un sombrero de mago plateado y en forma de cono, entraba en la pista montado en una diminuta bicicleta. El domador sacudió el látigo en el serrín, y levantó una nube de polvo delante del oso, en su campo de visión. Aimée se preguntó qué haría el oso si se saliera de ese campo. Destrozaría la bicicleta, y causaría estragos entre el público y otras cosas que no quería ni contemplar. Como había hecho el asesino de Sylvie.

Aimée oyó un ruido fuerte que provenía del aplauso sostenido del hombre del regaliz. Los del traje, que se habían levantado y lo habían rodeado como si fueran un capullo protector, se reían a carcajadas.

Los del traje se volvieron a sentar, y algunos de ellos desaparecieron en dirección al vestíbulo. Aimée se dio cuenta de que otro hombre se había unido al del regaliz, y que lo llamaba «general». También se sentó con rigidez. En sus solapas brillaba una

luz, y fue entonces cuando vio que llevaban medallas y algún tipo de uniforme tieso. ¿Serían rusos, quizá?

Su duda se disipó rápidamente cuando apareció un hombre que llevaba una bandeja de pequeños vasos de té humeante. Podía oler la menta desde su asiento. ¿Una delegación marroquí haciendo novillos en los asuntos de estado? Los diplomáticos no vestían uniforme, pero los militares sí.

El general se echó hacia delante. Su postura era tensa, pero su mirada resplandeciente. Masticaba el regaliz al ritmo de los estruendosos platillos que tocaba un payaso de cara triste, que estaba de pie en el centro del escenario e iba vestido con un disfraz blanco y negro de pierrot. Aimée se fijó en que el oso pedaleaba también al ritmo de los platillos.

Aimée se levantó, y se dirigió al vestíbulo. En la puerta del baño había colgado un cartel que decía «Cerrado por limpieza». Aun así asomó la cabeza.

—¿Samia?

No hubo respuesta. Sólo el goteo del agua resonando en los azulejos.

Se preguntó si sería una trampa. Entrar sería buscar problemas. Aunque estaba preocupada por Samia.

Caminó hacia las cortinas de terciopelo rojo que daban a la entrada entre bastidores, y se dio un tiempo para pensar. Esa parte del *arque* estaba desierta, a excepción de una aspiradora estilo años sesenta, cromada y achaparrada, apoyada contra la pared al lado de cubos y detergentes. En la tenue luz, pudo distinguir una salida.

Y fue entonces cuando, a su izquierda, oyó el inconfundible clic de un seguro. Su corazón latía deprisa cuando se apartó y buscó su Beretta. Pero, por detrás, una enorme mano caliente se cerró alrededor de la suya. No alcanzó a gritar porque otra mano le cerró la boca.

Intentó echar la pierna hacia atrás para darle una coz y zafarse. Chocó contra la madera, con fuerza. Sintió una presión candente en la cabeza.

Daba patadas al aire, y no a la entrepierna de quienquiera o lo que fuera que le estaba haciendo una llave de *cabeza*. Se plegó como un cortaplumas, y se giró hasta que sus afilados tacones impactaron en el músculo de la corva. Oyó el alarido de dolor, y clavó los tacones más profundamente.

Algo brilló. Por un instante vio una mano enorme, con un anillo de diamante en forma de estrella. Entonces se giró y le dio otra patada. Cualquier cosa con tal de aliviar la presión que sentía en la cabeza. Aimée gritó para intentar llamar la atención o conseguir ayuda.

Intentó rodar, pero sus piernas no la obedecían.

Entonces empezó a dar codazos, y golpeó el aire hasta que chocó *contra* tejido blando. Le llegó el grito de un hombre. Le había acertado o en el ojo o en los testículos. Fuera lo que fuera, tuvo que dolerle. Aimée estaba en el suelo, con la cara encima de una horrible moqueta roja floreada de los años cuarenta. Sus piernas ya le

respondían, e intentó levantarse.

«*Bent al haram*», le susurró una voz al oído.

Con todas sus fuerzas, lanzó un codazo y se puso de pie como pudo. Oyó que el hombre chocaba contra los cubos metálicos y maldecía. Aunque corría y se caía, no se detuvo en su huida.

Oyó un fuerte estruendo, como un tren tgv. El pecho le retumbó cuando algo le golpeó en la espalda. Supo que le habían disparado. El chaleco antibalas no había absorbido todo el impacto de la bala. Sintió una quemazón en la cadera. Se tambaleó, pero no se cayó.

Le llovieron trozos del revoque de las paredes. *No pienses en las balas*, se dijo a sí misma presa del pánico, *sigue corriendo. No te detengas. Se oyeron unos gritos*, el sonido de alguien que chocaba contra los cubos de metal. A sus oídos le llegaron unos aplausos. El espectáculo había terminado, y el público salía al vestíbulo.

Pasó a toda prisa y chillando al lado de las cortinas de terciopelo, Aimée chocó contra algo enorme y peludo. El oso siberiano gruñó, y entonces lo único que oyó fue un silbido.

Aimée tomó conciencia del sabor extraño que tenía en la boca, de la arenilla en la cara, y de algo húmedo en el mentón. Saliva. Y en los fragmentos de oscuridad. Algo puntiagudo y crespo se le metía en las orejas y en la nariz. Heno.

Cuando se percató de que estaba debajo de un saco de arpillera, ya estaba saliendo de allí con la ayuda de sus uñas rojas rotas. La cabeza le estaba a punto de estallar. El suelo tembló. La tierra se movía, pero no de la forma que le gustaría a ella.

Al menos su mono de cuero le había protegido, y el oso ya no estaba.

Entonces empezó a recordar.

Se había metido en un comedero de animales, lo primero que había encontrado después de la entrada al escenario. Desenlazó las piernas y cogió su bolso, que todavía llevaba colgado del hombro. El costado le palpitaba del dolor. Respiró poco a poco, ya que si lo hacía profundamente le resultaba molesto. Tenía miedo de tocar la zona en la que había fallado el chaleco antibalas.

A pesar del dolor que sentía en la cabeza y en el cuerpo, el temblor del suelo la ayudó a ponerse de pie rápidamente. Se agarró a una cornisa que tenía cerca, y chocó contra la cola de un elefante gris. Logró escapar antes de que las patas se acercaran más a ella. La trompa del animal cogió el saco, lo arrojó de nuevo al suelo, y lo aplastó. *Justo a tiempo*, pensó Aimée, e intentó ignorar el punzante dolor de cabeza que sentía.

Un domador guiaba a una pareja de yeguas de color castaño por el suelo adoquinado. Chasqueó la lengua y pronunció unas palabras tranquilizadoras. Los siguió, y pasaron al lado del cartel que decía «*Entrée des artistes*», y se metió en el primer puesto vacío que vio. Había una división de madera que le llegaba a la altura

de la cintura, y en la que no había nada aparte de una pila de heno aromático.

Se arrodilló, y se tocó la cabeza, con cautela. Le había salido un bulto tan grande como una cebolla. Con cuidado, se peinó el pelo con la mano, y sacó de la bolsa una gabardina gris de seda impermeable. Le temblaban las piernas.

Del puesto de al lado, oyó cómo un caballo bebía agua y espantaba las moscas, que zumbaban a su alrededor, con su áspero rabo. Se quitó los zapatos sin talón, que de alguna forma todavía llevaba puestos, y los cambió por las zapatillas rojas Converse que ató rápidamente. Como toque final, se puso unas gafas grandes de montura de carey. Antes de que le estallara la cabeza, iba a volver a entrar y averiguar quién le había atacado. Pero antes tenía que ocuparse de la bala que le latía en el costado.

Al llegar al Café des Artistes, que daba al callejón adoquinado que había detrás del Cirque d'Hiver, se apoyó en la barra. Le pidió a Inés, una mujer regordeta que estaba sentada en un rincón haciendo un crucigrama, un *pastis* y una *aspirine*.

—Para un ojo morado lo mejor es la carne de caballo —le dijo Inés, y le pasó dos pastillas blancas por la barra húmeda.

Inés se la quedó mirando.

—A los trapeceistas les encanta —continuó la mujer—. Pide un *steak tartare* y yo invito a las *frites*.

Poco después, tenía un trozo de carne de caballo en la sien, y el móvil en la otra oreja.

Nadie contestaba en casa de Samia. E Yves tampoco estaba en su apartamento.

Entró cojeando en el baño, se bajó el mono, y evaluó los daños. El chaleco de Kevlar había absorbido casi todo el impacto, excepto la dolorosa metralla que tenía incrustada aproximadamente un centímetro dentro de su cadera. La bala hueca se había fracturado con el balazo. La pegajosa sangre le rezumaba, lo que le producía mareos en el pequeño baño. Tenía que quitársela.

Sus pinzas ya eran historia, las había perdido en el patio cuando intentaba encender el ciclomotor. El único instrumento que se le ocurría eran las tenacillas para el azúcar que había sobre la barra de cinc. Tenía que pensar en algo mejor.

Aimée asomó la cabeza.

—¿Tienes un botiquín? —le preguntó con una débil sonrisa.

Inés la miró, y le dijo:

—Quédate ahí.

Volvió con el kit y un vaso pequeño de chupito.

—Bébetelo esto —le aconsejó Inés.

Aimée se lo bebió de un golpe, y sintió que el güisqui de malta le quemaba la garganta, caliente y agradable.

—¿Necesitas un médico...?

Aimée cogió el botiquín.

—Puedo yo sola.

Inés asintió, y su expresión no cambió cuando vio el estado penoso en el que se encontraba Aimée.

—¿Y qué tal si te cojo si te caes?

—Trato hecho —dijo Aimée—. Pero sólo si me das otro trago de lo que sea que fuera eso.

Inés trajo la botella, y otro vaso de chupito, y bebió con ella. Se quedaron en el angosto baño. Aimée estaba sentada en el lavabo de mármol, e Inés apoyada contra la pared.

—Durante la batalla por la liberación de París, había luchas sin cuartel en todas las calles —le contó Inés a Aimée mientras esta sacaba una torunda y daba unos toques de antiséptico en las heridas para quitar la sangre—. Mucho antes, habían matado a los animales del circo para comer, pero mi madre se negó a hacer lo mismo con nuestro hurón.

—¿Hurón? —preguntó Aimée mientras introducía las largas pinzas dentro del alcohol. Le gustaba oírla hablar, ya que le ayudaba a no pensar en lo que tenía que hacer.

—Era un animalillo gracioso —le explicó ella—. Pero para mi madre era casi como un tipo de creencia. Ni de coña iba a dejar que los *boches* se lo comieran o le dijeran que se deshiciera de él. ¡Así de simple!

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Aimée mientras tocaba ligeramente con alcohol alrededor del feo trozo de metralla que le sobresalía de la cadera, que el chaleco de Kevlar no tapaba.

—El estúpido murió incinerado por el lanzallamas de un *panzer*. —Inés le guiñó un ojo—. *Maman* estuvo muchos días enfadadísima. Creo que nunca les ha perdonado a los *boches* lo que hicieron.

—¿Dónde estaba tu padre? —quiso saber Aimée, que cogió la metralla con las pinzas y respiró los más profundamente que pudo. Tiró de ella, y el dolor agudo que sintió le hizo soltar un grito ahogado.

—Nunca volvió del campo de trabajo que había cerca de Dusseldorf —respondió Inés—. No estamos seguras de adónde fue a parar. La ira de *maman* tuvo algo que ver con eso.

Aimée no sacó el fragmento al primer intento. Ni al segundo. La terca metralla había penetrado profundamente con la fuerza de la *Mágnun*. Sabía que el intenso dolor no sería nada comparado con la infección que tendría si no conseguía sacarlo entero.

—Puedo ver que eres una luchadora —le dijo Inés—. Y pareces que eres una mujer dura. ¿Por qué no has vigilado tu retaguardia?

Gracias por restregármelo, quiso decirle Aimée.

Decidida esta vez, cogió el fragmento de metralla, y tiró de él lentamente y hacia arriba, mientras intentaba soportar el punzante dolor que sentía.

Inmediatamente, Inés le puso encima una gasa grande.

—Pégala bien, y no te pasará nada —dijo ella—. Sólo te he ayudado porque parecía que te podías caer.

—Claro.

Aimée se apoyó contra la pared de mármol hasta que dejó de temblar.

—Aquí viene todo tipo de gente: *mecs*, chanchulleros, estafadores de poca monta —le contó Inés—. Y para alguien listo que entra aquí, parece que no te han salido muy bien las cosas.

Inés era una fuente inagotable de información y consejos.

—Confié en la persona equivocada —le explicó Aimée.

Samia le había tendido una trampa, y ella había picado como una *stupidie*. Y con ganas. Se suponía que tenía que proteger a Samia, pero fue a ella a quien le dispararon en la cadera.

Inés asintió.

—Mira —dijo ella señalando al espejo—. Ni rastro.

El bulto se había deshinchado bastante. Y el martilleo que sentía en la cabeza había bajado a un dolor razonable. Se había puesto esparadrapo en el costado, de un lado a otro. Se quitó las gafas, sacó el maquillaje, e hizo un buen trabajo de reparación en el ojo: lápiz de ojos y mucho corrector.

Aimée notó que Inés la miraba. De vuelta en el café, se sentó e intentó llamar de nuevo a Samia. No hubo respuesta.

—Magnesio —le dijo Inés, y le puso delante una ensalada verde—. Lo necesitas.

—*Merci* —le agradeció ella.

Picoteó un poco de la ensalada y las *frites*, y siguió llamando a Samia. Pensó en los elefantes, y en cómo uno de ellos casi la aplasta junto con el saco de arpillera.

—¿Y qué me puedes decir del general? —le preguntó Aimée—. ¿Has oído hablar de él?

—¿Y si no estás al nivel? —dijo Inés, con una sonrisa.

¿Le estaba el *pastis* nublando la percepción, o se había vuelto Inés una listilla?

Y sin mencionar la humillación total y absoluta. Primero, le tendieron una emboscada; después, una mujer que podía ser su madre le repetía lo tonta que había sido.

—Tómatelo como algo que está fuera de tu alcance —insistió Inés, arrugando los ojos.

Se estaba burlando de ella.

Patético.

Cerró los ojos y se rió.

—Hablando del general, no está ni en mi universo —dijo ella con una sonrisa—. Pero si no lo encuentro, lo volverá a hacer.

Inés cogió su crucigrama y se sentó a su lado.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo ella—. Viene en esos coches que tienen matrículas especiales...

—¿Matrículas diplomáticas? —la interrumpió Aimée.

—No le cae bien a nadie. —Inés se encogió de hombros—. Eso es lo único que sé.

Aimée apuntó su número de teléfono en una servilleta, y se levantó para marcharse.

—Llámame si vuelve, por favor.

—Vigila tu retaguardia —contestó ella.

Aimée se sentía mejor. «Mejor» era una palabra de significado relativo, pero los analgésicos estaban surtiendo efecto. Cruzó la estrecha calle, y entró por la parte de atrás del *cirque*.

En la pista, pasó al lado de un tragafuegos que usaba los dedos de los pies para regular el ángulo de la llamarada en la boquilla de un bidón de gasolina. Empezó a emanar calor, y el hombre aspiró el aire. Ella se echó hacia atrás con temor cuando el tragafuegos lanzó una ondulante llama blanca amarillenta por encima del serrín. Cuando se giró, Aimée vio que por la parte de atrás de la diminuta camisa le subía una manguera.

El público que había en el ensayo estaba formado sólo por técnicos. Buscó al hombre del regaliz y a su tropa, pero, lamentablemente, no estaban. Caminó entre los asientos de terciopelo rojo donde se habían sentado. Nada. Ni una colilla.

—Necesito un ayudante —dijo una voz de acento marcado desde el escenario pequeño.

Aimée levantó la vista, y vio que el que había pronunciado esas palabras era un hombre de rostro arrugado y cubierto de maquillaje color carne. Era alto y flaco, y llevaba un turbante con una brillante gema en el centro y una capa negra de satén. Ladeó su enorme cabeza, y centró su mirada en ella.

—¿Me podrías ayudar?

—Lo intentaré —le contestó ella, inundada de repente por la magia del circo. Se sentía igual que cuando, sentada al lado de su abuelo, este le susurraba al oído: «Míralo bien, Aimée... mira las mangas del mago... ¿puedes ver cómo lo hace?». Pero no pudo hacerlo, nunca pudo descubrir el truco del prestidigitador.

Blandió un pañuelo tornasolado, lo agitó en el aire, e hizo una bola con él. Dio unas palmadas, y se las enseñó. Vacías.

—Humo y espejos, ¿no? —dijo ella.

—No tengo humo —le dijo él—. Y a mi edad... nada de espejos, por favor.

Su capa negra de satén destelló cuando sacó el pañuelo de detrás de las orejas de Aimée.

Se quedó boquiabierta. ¿Cómo lo había hecho?

Él sonrió al ver su reacción.

—¿Stanislav, *el Colosal*? —le preguntó ella.

Él hizo una reverencia.

—La tercera maravilla de Budapest está disponible para fiestas, comidas de negocios, o para esa velada especial que requiere un toque mágico.

—¿No formas parte del *cirque*?

—Mi actuación necesita de un entorno más íntimo —le contestó él haciendo un gesto hacia las filas de asiento de terciopelo rojo—. Cerramos una sección del *cirque* para convertirlo en un semicírculo, y actuar en esa plataforma.

Un obrero daba martillazos al lado de la pista.

—Aquellos hombres que estaban sentados ahí —le dijo ella señalando el lugar donde habían estado los militares—. ¿Sabes dónde están? Se supone que he quedado con ellos... —Aimée dejó la frase en suspenso, esperando que Stanislav terminara la frase por ella.

—¿El general? —preguntó él.

Ella asintió.

—Un tipo raro, el general —dijo Stanislav—. Mis seguidores son leales.

—¿El general es admirador suyo?

—Tengo mucho éxito entre los argelinos.

¿Con los militares argelinos? Aimée controló su sorpresa.

El obrero apareció, y le dio golpecitos en la muñeca, intentando llamar la atención del mago.

—Has sido una ayudante encantadora, pero, si me disculpas, debo seguir —le comunicó Stanislav en un ensayado tono de voz entrecortado, que indicaba que estaba muy ocupado y que se daba prisa para tener siquiera una pizca más de tiempo.

Aimée bajó de la plataforma cubierta de serrín, dándole vueltas a la cabeza para hallar una forma de obtener más información sobre el general.

—Va a pensar que soy una inútil, pero me robaron en el bolso en el que tenía la agenda de direcciones, y no sé cómo encontrarla —le explicó ella volviendo a la pista.

—Ojalá pudiera ser de más ayuda —dijo él siguiendo al carpintero.

Curioseó un rato más entre bambalinas, pero nadie sabía nada del general —y si lo sabían, no se lo iban a contar. Ni siquiera el entrenador de caballos.

—Me fijo en las mujeres bellas —le dijo él con un guiño—. Como usted.

Aimée condujo hasta el apartamento de Samia. No hubo respuesta. El *hammam* estaba cerrado, y comenzó a llover. Le dolía la cabeza, y su estado de ánimo iba acorde con el lluvioso día gris. Se quedó sentada en el coche de René cerca de la place Jean Timbaud, mientras la lluvia golpeaba el cristal del parabrisas. La gente que salía del metro levantaba el cuello de sus abrigos y bajaban corriendo la calle. Debió de quedarse traspuesta porque lo siguiente que oyó fue que alguien golpeaba con fuerza la ventanilla del conductor.

—*Allez-y!* —gritaba un *égoutier* vestido de verde, con su oscuro rostro mojado por la lluvia—. Muévase. No puede pasar el camión.

—Pardon —dijo ella, y encendió el motor del Citroën, que con un rugido volvió a la vida, y le dio a los limpiaparabrisas.

Fue entonces cuando vio a Samia, que salía disparada del sucio hotel en *impasse* Oestre. Puso primera, y le bloqueó el paso a Samia antes de que pudiera entrar en Jean Timbaud.

—¡Entra! —le ordenó Aimée, y se inclinó y abrió la puerta.

Samia parpadeó, como un ciervo delante de los faros de un coche. Intentó retroceder, pero resbaló y se agarró a la puerta.

—No puedo...

El camión de la basura comenzó a pitar.

—Date prisa, tenemos que hablar —le dijo Aimée.

Samia buscó una vía de escape. La lluvia caía con más fuerza. Su única opción era el callejón del que había salido.

—¡Ahora! —le gritó Aimée.

O la lluvia o el grito de Aimée la convencieron para que entrara en el coche. Bajaron por Jean Timbaud. Llegaron a *passage* de la Fonderie, un estrecho callejón con paredes cubiertas de enredaderas, y se metió dentro. Aparcó el coche y apagó el motor.

—No tienes muy buen aspecto.

—Qué lista —dijo Aimée, le cogió a Samia el bolso rosa con bolas bordadas y vació su contenido—. Teniendo en cuenta que me dispararon, no estoy nada mal.

Samia abrió los ojos de par en par.

—Las chicas listas no traicionan a sus amigos.

—No eres mi amiga —le dijo la chica, pero se estremeció cuando habló, se quitó el agua de los hombros, salpicando así la tapicería.

—Ni siquiera está bien hacérselo a una conocida.

Samia bajó la mirada.

—Lo siento. Me dijeron... bueno, se suponía que no tenía que hacerte daño.

—¿Por qué será que me resulta difícil creerte?

—Me dijeron que sólo te advertirían —dijo ella en un tono de voz hosco.

—¿Quiénes?

—Déjame salir.

El callejón estaba vacío, sólo de vez en cuando se oían pisadas. Las ventanillas empañadas del Citroën las protegían de las miradas curiosas.

Aimée tenía que hacerle hablar.

—¿Qué significa *bent al haram*?

—*Bent al haram*? —repitió Samia con los ojos cerrados como si estuviera sumida en un pensamiento profundo—. «Putá entrometida» se acerca bastante.

Genial.

—¿No le gusto al general?

Samia iba a abrir la puerta, pero Aimée sacó su Beretta.

—Ha sido una tarde dura, Samia —dijo ella—. Es hora de que me alegres el día.

Con la otra mano, echó un vistazo a lo que tenía la chica en el bolso: un paquete de condones rosas, las llaves de un hotel, una novela romántica de diez francos, ilustrada y de bolsillo y una horquilla con perlas. Aimée sacudió de nuevo el bolso, y de él cayó una mano de Fátima. Igual a la de Eugénie/Sylvie.

—¿De dónde la has sacado?

—¿La mano de Fátima? —preguntó Samia.

Aimée asintió.

—Pertenece a mi madre —respondió la chica—. La tiene mucha gente.

—¿Cómo quién? —quiso saber ella.

—No creo que la sepas usar siquiera —dijo Samia mirando la Beretta por el espejo de cortesía de su asiento e ignorando la pregunta.

—Aunque tuviera mala puntería, sería difícil fallar teniéndote tan cerca. —Aimée amartilló su pistola—. ¿Quieres averiguarlo?

Samia se estremeció.

—Un *flic* ha grabado nuestras conversaciones —mintió Aimée. Cualquier cosa con tal de que hablara—. Estás bajo videovigilancia. Va detrás de mí, pero creo que de ti también. Sólo está esperando, Samia.

La bravuconería de la chica se marchitó.

—¿El sargento Martaud?

Aimée asintió. El aire viciado que había dentro del coche y el perfume de Samia ya le estaba empezando a molestar.

—¿Está aquí el número del general? —le preguntó Aimée, señalando una libreta de direcciones de pelo rosa—. Trataré con él directamente.

En los ojos de Samia se reflejó el miedo.

—Son grandes...

—¿Quiénes?

—Déjalo estar —dijo ella.

—Samia, ¿no ves que mi dedo todavía está en el gatillo? —le dijo Aimée.

—No sabes nada... —La chica hizo una pausa.

—¿Sobre qué?

Los labios de Samia se tensaron.

—De acuerdo, le diré a Martaud que Zdanine es el proveedor del *plastique*. —Aimée suspiró, y se guardó la libreta—. Eso me sacará del atolladero.

Encendió el motor.

—Y como Zdanine está pidiendo asilo en la iglesia, tú eres el enlace perfecto.

Era una conjetura, pero, por la expresión de Samia, vio que había dado en el blanco.

—*Attends* —dijo ella—. Llamé a un número. Eso es todo. —Su respiración se

aceleró. Cuando la miró, Aimée vio que se le había corrido el maquillaje—. No metas a mi hijo en esto, *c'est compris*?

Aimée se preguntó por qué diría eso Samia: ¿estaban usando a su hijo para mantenerla a raya? Sintió una punzada de remordimiento por utilizarla, una madre que no podía tener más de dieciocho años.

—Zdanine te usó, ¿verdad?

—Sólo dos veces —dijo ella—. Por eso no te creí.

—Quieres creer a Zdanine en vez de a mí... —Aimée dejó la frase en suspenso.

Se quedaron en silencio. Únicamente se oía el golpeteo de la lluvia sobre el parabrisas.

—Está a punto de pasar algo, ¿verdad?

Samia se encogió de hombros.

—¿Cuál es la conexión de Eugénie?

Samia limpió la ventana empañada y apartó la mira.

—¿Qué hora es?

—Por un momento, me fuiste de gran ayuda —le dijo Aimée. Se echó hacia delante, todavía empuñando la Beretta—. ¿Quién mató a Sylvie?

—Sylvie... ¿Quién es esa?

Aimée sintió cómo la ira se apoderaba de ella, para luego desvanecerse. ¿Por qué iba Samia a conocer su doble vida?

Cogió a la chica del mentón, e hizo que la mirara.

—¿Fue el general? —le preguntó ella.

—¿Quién es Sylvie?

Samia parpadeó varias veces.

Exasperada, Aimée aporreó el volante.

—¿Qué tiene que ver Eugénie en todo esto?

—Se quedaba en el apartamento.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Samia.

—¿Quién iba a verla allí? —le preguntó Aimée. Sabía que tendría que sacarle información poco a poco.

—Le gente dejaba cosas —le dijo, y se secó las lágrimas—. No te he dicho nada. Nada.

—Por supuesto que no —le contestó ella en tono tranquilizador—. ¿Te está metiendo miedo alguien para que no me cuentes lo que sabes?

—Los *maghrébins* usaban ese sitio. Me dan miedo —le contó ella—. Se lo dije a Zdanine, que no quería tener nada que ver con ellos. Él sí.

—¿Para qué?

—Tienen más sitios —dijo Samia—. Ya sabes, por todos lados, como un pulpo.

Aimée recordó el panfleto con «Youssef» escrito en él. Se sintió como si estuviera agarrando a un clavo ardiendo.

—¿Mencionó Youssef a Eugénie? —preguntó ella.

—¿Youssef? Creo que sí: alguien llamó a Zdanine mientras yo estaba allí. Pero sólo vi una vez a Eugénie —le dijo Samia—. Eso es todo.

—¿Te dio ella esto? —le preguntó Aimée, mostrándole el pasador de perlas.

—Le debo cien francos —le contestó Samia en tono compungido—. Mira, es el cumpleaños de Marcus. Se sentirá dolido si no llego a su fiesta del colegio. Ni siquiera he tenido tiempo de comprarle un regalo.

Por la expresión de su rostro parecía como si se hubiera acabado el mundo.

Aimée metió la Beretta en su bolso, y se quedó mirando su reloj.

—Toma —dijo ella quitándose el reloj de la cara feliz—. Te pega más a ti que a mí. Dáselo a tu hijo.

Samia parpadeó. No parecía segura.

—Cógelo —insistió Aimée—. Pero no me tiendas más trampas.

—*Chouette!* —Su rostro se iluminó con una gran sonrisa, la de una niña grande, contenta con su nuevo juguete, que se lo puso entusiasmada—. *Merci!*

A Aimée le sorprendió lo infantil que parecía Samia cuando tenía las defensas bajadas. Por un momento, vio a la niña cuya madre trabajaba probablemente en *horizontale*, y que había crecido en un complejo de casas de protección oficial, y que después empezó a salir con un gusano como Zdanine. Recordó lo que Moliere había dicho sobre escribir: primero lo haces porque te gusta, después por algún amigo, y al final acabas haciéndolo por dinero.

Samia había bajado la visera de su asiento, y empezó a quitarse el maquillaje delante del espejo.

—Tengo que ir a Gare du Nord —le dijo—, y coger el tren de la una y media para llegar a la fiesta de Marcus.

De todo lo que le había contado ella, eso se lo creyó al cien por cien.

—Cuéntame más de camino a la estación —le dijo Aimée, y encendió el motor—. ¿Qué relación tienes con Morbier?

—¿Con quién?

Sorprendida, Aimée siguió conduciendo. Decidió darle una descripción de él, de modo que si lo había visto no tenía por qué saber necesariamente que era un *flic*.

—Morbier es un *mec* mayor, con el pelo canoso, bigote y lleva tirantes por encima de la barriga.

—Me suena a uno de los amigos de mamá —dijo Samia—. Ella conocía a muchos carrozas.

Aimée se dio cuenta de que había usado el pasado.

—¿Conocía?

—Murió —le explicó la chica.

—Lo siento —dijo ella.

Le picó la curiosidad, y quiso saber más. Por lo menos, averiguar por qué Morbier quería que ella protegiera a Samia. Rodeó la place de la République, y subió a toda velocidad por el bulevar de Magenta.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —le preguntó.

—Fouaz, como yo —contestó Samia. Su boca dibujaba una triste sonrisa.

Aimée estaba a punto de hacerle otra pregunta cuando la chica se volvió hacia ella.

—Que esto quede entre nosotras, pero cincuenta mil francos compra una toma de rehenes.

A Aimée le dio un vuelco el corazón. Agarró con fuerza el volante.

—Sigue.

El rostro de Samia, ya sin maquillaje, hacía que pareciera más joven de lo que probablemente era. Pudo ver que debajo del abrigo negro llevaba una recatada falda y un conjunto color melocotón. Aimée se preguntó cómo Samia podía tener la conciencia tranquila, bueno, de tenerla.

—¿Quién pide este *plastique*?

—Zdanine dice que unos chiflados de los Balcanes que son aficionados a volarse unos a otros —le contestó Samia—. Hacen siempre esa mierda, de todas formas.

Aimée asintió. Qué lastima que no fuera verdad en su caso.

—¿Fue Duplo la última vez? —le preguntó, esperando en vano que la chica lo supiera.

—El Semtex falla a veces, no es fiable. A los fundamentalistas no parece importarles —respondió Samia con total naturalidad—. Zdanine utiliza Duplo... «Sólo calidad», dice él.

—¿Y qué me dices del general?

Samia se encogió de hombros.

—No sé.

—Pero ¿por qué eligieron a Eugénie?

—Fue una excepción. —Samia, recelosa, entrecerró los ojos—. Vende a gente de fuera, no de aquí. —Negó con la cabeza—. No me mires a mí. Zdanine estaba en la iglesia, así que no pudo haber sido él quien la hizo saltar por los aires.

La lluvia se deslizaba por el parabrisas en forma de riachuelos plateados, como mercurio. Aimée accionó los limpiaparabrisas para que fueran más deprisa. El tono despreocupado de Samia la enfadó. Pero tenía que mantener el tipo si no quería que la chica se cerrara en banda.

—Da miedo —dijo Aimée, y la miró de forma elocuente—. Quiero decir, mira lo que puede ocurrir.

—No hagas enfadar a nadie —dijo Samia, pero le temblaba el labio. Parecía inquieta—. Llamé a un número de busca... fue lo único que hice.

—¿Cuándo?

—Me dijeron: «Llama dentro de cuatro horas... si no contestan, inténtalo de nuevo dos horas después». Alguien me devolvió la llamada y me dijo cuál era el lugar de entrega.

Aimée se detuvo detrás de una hilera de taxis. Tuvo una idea.

—Llama a Zdanine antes de irte.

Samia cogió el teléfono de Aimée y lo llamó.

Su voz cambió; no sólo era su actitud empalagosa y tranquilizadora hacia el proxeneta, sino su tono serio como si lo estuviera convenciendo de algo. Estuvo discutiendo dos minutos enteros en una mezcla de francés de los bajos fondos, *verlan* y árabe.

Bruscamente, cerró el móvil de Aimée.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aimée.

—Al final cederá.

A Aimée no le importaba la lista de clientes potenciales de Zdanine; lo que quería eran los proveedores que habían estado en el Cirque d'Hiver.

—Zdanine dice que es demasiado peligroso, ¿verdad?

Samia negó con la cabeza.

—¿Qué es entonces?

—Tu parte le parece demasiado grande —le dijo—. Cree que debería dividirse para que él se llevara una buena tajada. Después de todo, es el primo de Khalil, y los contactos son suyos.

Hablaba como un verdadero proxeneta, pensó Aimée. Si Samia se lo había traducido bien. Fuera, en la place Napoleón III, la gente salía de Gare du Nord, abría el paraguas, y corría a coger un taxi.

—No vamos a hacer nada hasta que le mande un telegrama a Khalil para que ponga el adelanto —le explicó Aimée—. ¿Cómo sé que tu gente va a tener el *plastique*?

—No son mi gente —le dijo Samia—. Ya te he dicho que no me gustan. Zdanine es el que lo lleva.

—Hasta que me des el nombre del proveedor, no voy a soltar ningún adelanto.

La chica se encogió de hombros. Se abotonó el abrigo, y agarró la manilla sin volverse.

—¿Cuál es el número?

Samia abrió la puerta. Una cortina de lluvia salpicó el interior del coche.

—El colegio de Marc está en las afueras de París, aunque no muy lejos. Volveré enseguida.

Cerró la puerta de golpe, y desapareció en dirección a los andenes de la cavernosa estación.

Aimée apoyó la cabeza sobre el volante. La situación apestaba. Samia había hecho un trato. Tenía esa corazonada.

Allí estaba ella, en una parada de taxis al lado de Gare du Nord, con las ventanillas empañadas, y no más cerca que antes de Eugénie y de los proveedores del explosivo.

Su melancolía era igual de gris que la cortina de lluvia que atravesaba la plaza. Extraordinario... no recordaba un abril tan lluvioso. Había estado lloviendo sin parar

toda la semana. Respiró profundamente varias veces y pensó que si aquellos hombres eran los proveedores de los explosivos, ¿por qué esperar a que volviera Samia?

Encendió el motor, y volvió a bajar por el bulevar de Magenta. En tiempo récord, aparcó en Cité de Crussol, en uno de los callejones que salía de detrás del Cirque d'Hiver.

Marcó el número de Morbier, que contestó después de que sonara varias veces.

—Morbier, llámalo intuición, pero Samia está jugando conmigo —le dijo ella—. ¡Por culpa de tu amiguita, me han disparado!

—¿Disparado?

—Me he quitado la metralleta, pero...

—Es joven, Leduc —dijo él—. Y los jóvenes no saben dónde está el bien y dónde el mal.

—Mejor dicho, no tienen conciencia —dijo ella.

—*Bien sûr* —le dijo—. Cuéntamelo.

Le contó lo del Cirque d'Hiver, y lo repentino de su marcha en Gare du Nord.

—No me gustaron los grandullones del circo.

—Un trabajo preliminar y una organización muy buenos —le dijo él.

Ella hizo una pausa, sorprendida por su comentario. Muy raras veces decía algo elogioso.

—Pero todavía sigo a oscuras. Samia se volvió servicial demasiado rápido.

—Hará lo que sea necesario.

Se preguntó por qué seguía justificándola.

—¿Por qué la has perdonado con tanta facilidad?

—Sin preguntas, ¿recuerdas? —respondió él—. Marcus debe tener seis o siete años, ¿no es así?

Su comentario no le sorprendió. Morbier tenía una memoria enorme, como su padre y todos los de su generación. Ni archivos informáticos ni sistemas centrales de almacenamiento; lo guardaban todo en la cabeza: el historial delictivo de algún *mec*, un caso sin resolver que había ocurrido en su *arrondissement* años atrás, quién sobornaba a los peces gordos, el harén de un proxeneta, y los nombres de sus hijos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Morbier.

—A la iglesia —contestó ella—. Puede que Zdanine me sea más útil.

—¿Y hablará contigo?

—No lo sabré hasta que lo intente.

Sábado, por la tarde

Una ligera llovizna salpicaba las gafas de Aimée. De la acera mojada que había delante de Notre-Dame de la Croix subía un olor a lana húmeda.

En medio de la lluvia, del ruido y de la gente, sintió que alguien la miraba.

A Aimée se le puso un nudo en la garganta. ¿La había seguido alguien del circo o era el objetivo de algún *mec* de la calle?

Levantó la vista.

Yves la estaba observando desde el otro lado de la barricada. Su anorak azul marino brillaba por las gotas de lluvia.

Su mirada la atrajo hacia él como si la llevara hacia un objetivo. Atrapada en su campo magnético, no pudo resistirse.

Y de repente, ya estaba a su lado.

—¿Perfume nuevo? —murmuró él, mientras la policía le indicaba que fueran hacia el final de la barricada.

—¿Tiene esto algo que ver con la forma en la que transformo el aire?

—La otra noche llevabas verbena de limón —dijo él mientras les hacía un gesto con la cabeza a los otros periodistas.

—Qué buena memoria tienes —dijo ella.

—Te sorprendería —le dijo él— lo que recuerdo.

Aimée apartó su mirada.

—¿Visitando los barrios bajos o buscándome?

—Trabajando —le contestó ella.

—Tienes que cargar la batería del móvil —le dijo él mientras enseñaba su pase de prensa en la barricada—. Así la gente puede ponerse en contacto contigo más fácilmente. Lo he estado intentando desde esta mañana.

—Todo el mundo puede contactar conmigo, ¿por qué tú no?

Tonta. ¿Por qué le estaba dando a entender que eso la molestaba?

Sintió su aliento cálido en el lóbulo de la oreja, y su barba crecida le rozó el cuello cuando se volvía de nuevo hacia un policía. Oía igual que siempre. El aroma a misterio de Yves.

No quería perder el tiempo con alguien que entraba y salía de su vida cuando le apetecía. Y menos aún quería sentir lo que sentía; no podía manejar bien sus sentimientos.

Aunque Yves la podía ayudar.

—Mira, tengo que entrar en la iglesia —le explicó ella—. Di que vengo contigo.

—Quieres usarme —dijo él. No esperó a que ella respondiera—. No te olvides de abusar de mí después.

—Si tienes suerte —dijo ella, e intentó no sonreír.

—Deja que hable yo. Bonito detalle.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ella, sin hacer caso a sus sentimientos.

—A las gafas.

Aimée frunció el ceño, y sintió una breve decepción.

Él se inclinó hacia delante y susurró:

—La policía cree que eres la asistente de Martine. Por ahora, que siga siendo así.

Lo siguió. Pasaron ante una anciana con la dentadura postiza mal ajustada, y que le gritaba a un periodista con micrófono. El vaivén de la multitud, que gritaba «¡Dejad que los *sans-papiers* se queden!», contrastaba con los antidisturbios, con sus rostros impassibles detrás de sus viseras transparentes e inastillables, y sus porras en las manos. Legitimada por la acreditación de prensa y acompañada de Yves, Aimée atravesó las barricadas de madera de la policía.

Una vez dentro de la iglesia, Yves le hizo un gesto para que esperara. Se acercó a un hombre con barba que vigilaba el confesionario. Inquieta, Aimée se agachó al lado de la pila de agua bendita. ¿Y si no encontraba a Zdanine?

El incienso se mezclaba con el sudor. Hombres de rostros negros como la obsidiana y vestidos con camisas de poliéster de color pastel brillante estaban tumbados sobre los bancos de madera. El blanco de sus ojos reflejaba el brillo de las velas derretidas. El murmullo de las conversaciones resonaba en los pilares abovedados. Una mujer regordeta de tez color miel, vestida con una *djellaba* granate, escribía en una pizarra. Unos adolescentes en chándal estaban sentados delante de ella en el suelo de piedra. Ella los amonestó en árabe, y varios levantaron la mano.

Aimée sintió que alguien le tiraba del brazo, y se giró. Un hombre de pelo largo, con alzacuello, pantalones de pana, y mocasines gastados le sonreía.

—Soy el *abbé* Geoffroy —se presentó él—. Mi esperanza es que usted informe sobre la difícil situación de esta gente.

E hizo un gesto que abarcó toda la iglesia gótica.

—*Bonjour, abée* Geoffroy —le dijo Aimée, y le dio la mano—. Tengo entendido que un ministro está negociando para conseguir permiso para que estos inmigrantes se queden en Francia.

—Espero que no sea demasiado tarde —dijo él. Frunció el ceño y se puso un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Los diez huelguistas están en su vigésimo día.

Se fijó en lo delgados y apáticos que estaban los hombres de los bancos. El cura y ella se dirigieron hacia unas sillas del coro de madera oscura y respaldo alto.

—Pacifistas —dijo él—. Muchos son refugiados políticos de Argelia, Malí, Senegal. Enviarlos de vuelta a sus países, sería como enviarlos a su ejecución.

—Eso es lo que no entiendo, *abbé* —dijo ella. Delante de ellos, el retablo estaba bañado por un resplandor malva que provenía de las vidrieras que rodeaban la nave—. Me parece que va en contra de su filosofía.

—Cada hora rezo por ellos.

—Por favor, no se ofenda, ¿pero no hay nada más concreto que se pueda hacer?

—Las facciones disidentes han tomado el mando —le explicó él.

—¿Me puede decir quién es Zdanine?

La expresión del *abbé* Geoffroy era de dolor.

—Se ha ido —dijo él.

—¿Cómo puedo contactar con él?

—Le perdí la pista —le contestó él negando con la cabeza—. Lo siento.

Aimée le quiso hacer más preguntas, pero Yves la llamó con señas. Se disculpó, y se unió a él.

—Acaban de terminar de rezar —le informó él, y le entregó un velo negro—. Ponte este *hijab* en la cabeza. Hamid es como un imán, y esto una muestra de respeto.

De los imanes sabía que eran líderes religiosos o personas que oficiaban en una mezquita. Todos los *bidonvilles* o barrios de chabolas tenían uno.

—¿Allanará esto el terreno de juego o ganaré puntos? —le preguntó ella con las cejas arqueadas, mientras se ponía el velo.

—Olvídate —le contestó Yves—. En el islam, como mujer, no te permitirían siquiera ponerte al mismo nivel. Pero Hamid es único, es un hombre que trabaja para unir a los islamistas estrictos y a los *beurs*, pasando de puntillas sobre el legado colonial francés.

De nuevo esa palabra, la contraseña de Sylvie. Quería saber más, pero Yves ya iba delante.

En la parte de atrás, en un altar lateral, varios hombres vestidos con túnicas estaban sentados sobre alfombras de rezo. Yves señaló a Hamid con la cabeza, que llevaba un casquete. Sus profundos ojos negros acusaban fatiga. Su larga barba negra, salpicada de canas, subía y bajaba con su pesada respiración.

—Junto con mis hermanos africanos, no consumo comida alguna —les explicó él, antes de que pudieran hablar siquiera—. Me mojo la lengua como único sustento. Muerto, no serviría para nada.

La boca de Hamid despedía un aliento ácido desagradable. Aimée sabía que esa era una característica del hambre extrema, que indicaba que en el cuerpo se estaba produciendo un equilibrio negativo. Le dio un escalofrío. Esto lo causaba el hecho de que el cuerpo se estaba consumiendo a sí mismo, literalmente.

—Le agradecemos que nos conceda esta entrevista —le dijo Yves, y se sentó.

Aimée hizo lo mismo, y se agarró el velo mientras bajaba la cabeza. Hamid no parecía mayor, aunque no sabría decirlo.

—Su lema... —empezó a decir Yves.

—El lema del afl —lo interrumpió Hamid—, creado por gente oprimida que exige sus derechos, es el mismo.

—¿Puedes comentarnos algo la situación? —le preguntó Yves—. ¿O quieres hacer algún comentario sobre las facciones fundamentalistas de las que se rumorea que están intentando tomar el control del afl?

—A veces uno tiene que doblarse como la rama de un sauce a la voluntad de Alá o mantenerse firme como una barra de hierro.

Aimée estudió a Hamid mientras este hablaba. Fuera su actitud, el leve tic que tenía en los labios, o el sexto sentido de ella, dudaba de que él quisiera esas luchas internas o la publicidad. Hamid no mentía muy bien.

—¿Te molesta el hecho de que tus seguidores se refieran a ti como a un *mahgour*, un intruso? —le preguntó Aimée.

—Todos somos hijos de Alá y, algunos, sus discípulos —dijo simplemente Hamid.

—Discúlpame —dijo Aimée mirando a Hamid, pero manteniendo la cabeza gacha—. ¿Cómo puede asegurarles a estos *sans-papiers* que se quedarán aquí?

—Estamos esperando a que el ministro actúe, seguros de nuestras convicciones. —Los ojos oscuros de Hamid reflejaban dolor, y le fallaba la respiración—. El objetivo del afl es el mismo. La cooperación mutua resolverá este conflicto.

—¿Conocías a Eugénie Grandet?

—Perdonadme, pero la fatiga me absorbe toda la energía —les dijo Hamid.

Frustrada, lo examinó. Sus pómulos hundidos le arrugaban la cara. Tenía los párpados casi cerrados, y el blanco absoluto de sus ojos brillaba de forma sobrecogedora bajo sus pupilas. Aimée vio cómo Hamid parpadeaba. ¿Estaba en trance o a punto de desmayarse del hambre?

Quería saber más sobre sus negocios con Eugénie.

—Hamid tiene que reservarse para la oración. Por favor, den por finalizada la entrevista —les dijo un ayudante.

—Respeto sus obligaciones, pero él accedió a este encuentro —le contestó Yves.

—Más tarde. Ahora debe descansar.

El ayudante se abrió paso hacia ellos.

A regañadientes, Yves se levantó, y Aimée hizo lo mismo.

—El Corán enseña al espíritu a vivir entre los hombres —le explicó Hamid a Yves, en un tono de voz apagado—. Es un código de vida no hacer daño a tus hermanos. Debes decirle eso a la gente.

El ayudante les hizo señas para que volvieran al vestíbulo. Se quedó vigilando hasta que los vio marchar.

—Ni siquiera han sido cinco minutos de entrevista —dijo Yves, afligido—. Parecía enfermo.

—Está débil —le dijo ella, y lo llevó aparte—. Pero está encubriendo algo.

—¿Quieres decir que está mintiendo? —le preguntó él—. Los imanes tienen inmunidad, como los curas. Pueden ser creativos con la verdad, y sus seguidores se lo creen. Los periodistas, como yo, tenemos problemas con eso.

De camino a la salida, Aimée vio a una mujer bereber, con las manos pintadas con *henna* y los pies descalzos y encallecidos, que se había quedado dormida apoyada en la pila de agua bendita. La mujer tenía la boca abierta, y metía y sacaba la

lengua como si estuviera saboreando el aire, como hace una serpiente para buscar su camino. *Quizá debería hacer lo mismo*, pensó Aimée, *y descubrir quién me atacó en el cirque y quién le puso la bomba a Sylvie*.

De repente, la anciana abrió los ojos, y se sentó muy erguida, arrastrando su deshilachado caftán negro por el suelo. Miró furiosa a Aimée, y entonces la apuntó agitando el dedo. En su muñeca tatuada lleva un brazalete de plata, que destacaba sobre su piel oscura.

—*Hittistes* —le dijo ella, pronunciando la primera «s» de forma sibilante.

—*Comment, madame?*

La señora murmuró para sí. Yves le tiró de la manga a Aimée.

—Vámonos —le dijo él.

Cuando Aimée pasó a su lado, la mujer emitió una serie de lamentos desgarradores, unos espeluznantes ululatos. Por lo que sabía, la mujeres árabes hacían eso cuando estaban angustiadas o de luto.

Aimée se arrodilló sobre la fría piedra, y le puso la mano encima de la rodilla. Unas cicatrices recorrían los curtidos brazos de la mujer.

—Dígame qué quiere decir, por favor —le pidió ella.

La señora habló rápido en árabe gutural. Lo único que entendió fue *hittiste y nahgar*, que la mujer repetía una y otra vez. Puso su mano tatuada sobre la de Aimée, golpeó su corazón con la otra, y la soltó.

Fuera, cuando dejaron atrás la aglomeración de gente, se volvió hacia Yves. Estaban al otro lado de los autobuses aparcados en la place Chevalier. Yves apoyó su mochila en un montante de piedra, y metió dentro su grabadora y sus cuadernos.

—¿Tienes idea de qué quería decir la mujer? —le preguntó Aimée.

—Los *hittistes* son los jóvenes desempleados que se pasan todo el día en la calle —le explicó él—. Vaguean por los *bidonvilles* al igual que hacen en Orán, Constantina y Argel.

Aimée se preguntó si los *hittistes* formaban la facción disidente que se había unido a la iglesia. Como Zdanine.

—¿*Y nahgar?*

Frunció la boca, pensativo.

Ella recordó sus estrechas caderas, y cómo él le hacía sentir. *Déjalo ya*, se dijo a sí misma, y apartó esos pensamientos de la cabeza.

—Sé muy poco de árabe —le dijo él—, pero tiene algo que ver con humillar a la gente, con abusar del poder.

¿Había intentado decirle la mujer bereber que los *hittistes* estaban minando la causa de los inmigrantes?

—Pensaba que el gobierno argelino fomentaba un islam oficial compatible con los ideales sociales. O al menos lo intentaban.

Yves se encogió de hombros.

—Esto no es una simple protesta, es algo más, ¿verdad? —le preguntó ella.

—En Argelia —le contestó Yves—, los oponentes fundamentalistas acusan al grupo de Hamid de llevar a cabo operaciones de intercambio de armas por drogas en Europa, y de que está siendo apoyado por los regímenes islámicos más represivos del mundo árabe.

—Pero él no es así en absoluto. El afl financia la educación adulta y programas de comida.

Aimée buscó cigarrillos en el bolsillo de su chaqueta. No encontró ninguno. Se paró al lado de Yves en la esquina de la rue du Liban y encontró chicles Nicorette en el bolsillo. Las palabras de él tenían sentido, pero no estaba segura de hasta qué punto. Se metió un chicle en la boca y masticó con furia.

Yves continuó.

—Muchos creen que el objetivo a largo plazo de los fundamentalistas es crear la *umma islamiyya*, un imperio islámico, como respuesta al depravado Occidente, que para ellos está condenado al infierno, aunque lo utilicen como refugio y como vía de acceso a los medios de comunicación.

—¿Quieres que saque mis propias conjeturas, o tienes preferencia por alguna teoría? —le preguntó ella, envolviéndose en la chaqueta para protegerse del aire frío. Era verdad que conocía la materia, pensó ella, pero es que era un periodista destacado.

—Argelia está sumida en una guerra civil —le explicó Yves. Sacó un pequeño cuaderno y apuntó unas notas rápidamente—. Una guerra que pasa desapercibida, sobre la que se informa de manera deficiente, o raras veces se destaca en la cnn. Es una lucha por el poder entre los militares radicales y las estrictas fuerzas islámicas que quieren gobernar el país.

Aimée asintió. Aquello tenía sentido.

—*Les barbes*, entre otros, alimentan esa guerra. Pero *les barbes*, los estudiantes religiosos y los predicadores desde sus mezquitas adoptan la túnica blanca, el solideo y la barba del *mullah* tradicional. La diferencia radica en su fanatismo. La marca del oeste del islamismo fundamentalista.

—¿El gobierno argelino desautoriza a *les barbes*? —le preguntó ella.

—A veces —le contestó él—. Claro que nos acusan a nosotros, los periodistas, de simplificar excesivamente las conexiones políticas y religiosas, como que el Estado está estructurado de forma secular, enfrentado a los oponentes religiosos.

—No estoy segura de si te he entendido bien, Yves —le dijo ella—. Pero escúchame hasta el final.

Unas nubes que se movían veloces oscurecieron el sol de nuevo, dejándolos en la penumbra. Las chimeneas salpican los tejados. Tuvo una idea.

—¿Y si Hamid ha perdido el control interno del afl? —dijo ella—. Digamos que una facción fundamentalista rebelde se escinde del grupo para ganar reconocimiento y publicidad. Pero Hamid admite la superioridad de la facción para que la causa no esté perdida, se encuentra, después de todo, en huelga de hambre y tiene principios,

así que los fundamentalistas consiguen cobertura en los medios, y Hamid que los inmigrantes no sean deportados.

Aimée negó con la cabeza.

—No creo que sea tan simple, los acontecimientos no tienen lógica.

—Demasiado simple —asintió él.

—¿Podría ser que esta crisis esté siendo una imitación de lo que está ocurriendo en Argelia?

—Buena observación —dijo Yves, y se encogió de hombros—. O todo podría ser humo y espejos.

De nuevo el humo y los espejos.

Hubo algo de lo que no hablaron. Se imaginó que su esposa le debía estar ocupando su tiempo. Tenía la terrible sensación de que las cosas con Yves llevaban a una pared de ladrillos. A un callejón sin salida. Deseaba no tener tantas ganas de que Yves pasara la noche de nuevo con ella.

Actúa inteligentemente. Sería mucho mejor cortar por lo sano, y alejarse. No esperes a que te diga que ha vuelto con su mujer.

Aimée se dio la vuelta y le dijo:

—Yves, tengo que irme.

—¿Te estás haciendo de rogar, Aimée? —le dijo él con una sonrisa—. Eso te llevará muy lejos.

Él la atrajo hacia sí, y ella deseó que no lo hubiera hecho.

—No era eso lo que quería decir —dijo ella, que luchaba por encontrar las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos. ¿Por qué no podía decirlo? Yves, que no dejaba de acariciarle el cuello, no ayudaba. En absoluto.

Un taxi frenó con un chirrido delante de ellos. Varios corresponsales y fotógrafos le gritaron a Yves para que se diera prisa y entrara si quería que lo llevaran al aeropuerto. Él la besó con fuerza.

Y desapareció.

Había entrado y salido de su vida otra vez. Y ella le había dejado hacerlo.

Entró en el café más cercano, dejó su bolsa en el suelo, y pidió una copa de *vin rouge*. Quizá le ayudaría a ahogar su indecisión.

—*Mademoiselle* Leduc? —dijo tras ella una voz con un ligero acento.

Cuando se dio la vuelta, vio a Kaseem Nwar sonriendo a su lado en la barra. Había varios hombres y mujeres allí de pie, y por un instante no sabía de qué lo conocía. Y entonces lo supo. Era más atractivo de lo que recordaba, con un abrigo largo de lana encima de una *djellaba*. Como si la hubieran diseñado para él. La forma en la que vestía revelaba un orgullo por sus orígenes. A Aimée le gustó eso.

—Posiblemente no te acuerdas de mí —dijo él. Ahora su sonrisa era de vergüenza—. Siento molestarte.

—*Mais bien sûr*, nos conocimos en casa de Philippe de Froissart —le dijo ella, triste al recordar su conversación con Philippe.

—Parecías afectada —dijo él.

Ella esbozó una sonrisa.

—Anaïs estaba enferma, era una situación difícil.

—Sé a lo que te refieres —dijo él con el ceño fruncido—. Philippe y Anaïs son amigos míos desde la Sorbona.

Aimée le hizo un hueco a Kaseem en la barra, y bebió un trago de la copa.

—¿Te apetece un poco de vino?

Él negó con la cabeza, y llamó al camarero.

—Tomaré un Perrier.

Se había olvidado de que los musulmanes no tomaban alcohol.

—¿Vives por la zona? —quiso saber ella, preguntándose por qué se lo había encontrado allí.

Su expresión se tornó grave con su pregunta.

—Por favor, entiéndeme, no tengo afiliación política alguna con el afl —dijo con rostro serio—, pero algunos de los familiares de mi exmujer pidieron asilo, así que les he traído ropa y comida. Es importante que los ayude, personalmente.

Aimée se preguntó si podría él hacer más que lo que estaba haciendo.

—¿Puedes ayudarlos a que se queden? —dijo ella, y notó cómo la luz tenue del café jugaba con su rasgos.

—No con la ley actual. —Kaseem se encogió de hombros, una respuesta muy francesa—. Mi esposa era francesa, pero yo soy naturalizado. No puedo ser de más ayuda. Ese es el problema.

Llegó su agua mineral, y pagó las consumiciones con una seguridad que se ganaba la atención de la gente. Kaseem parecía cómodo en muchos mundos, aunque no era presuntuoso.

—*Merci* —dijo ella.

Le gustaba estar en un café charlando con un hombre interesante. Tenía que afrontarlo, admitió ella, Kaseem no era feo. Y no se marchaba a toda prisa al aeropuerto.

—Cuéntame lo de tu proyecto con la misión humanitaria —le pidió Aimée.

—Principalmente, exporto e importo —le explicó él, mientras agitaba su mano de largos dedos—. La vida en el campo es dura —siguió—. Hacemos lo que podemos.

Mientras él hablaba, se le iluminó la mirada, y le prestó toda su atención a Aimée. Como si cada uno de sus pensamientos importara.

—Al tener un pie en cada mundo, soy simplemente un conducto —dijo Kaseem—. Pero me siento responsable. Especialmente, desde que conozco a Philippe. Quizá pueda ayudar de una manera en la que otros no pueden.

Recordó a los tipos militares entre la delegación de comercio en la casa de Philippe. Sacar indirectamente el tema parecía la única opción.

—Mi sobrino quiere alistarse —le dijo ella con una sonrisa—. Ya sabes cómo son los chicos. ¿No conoces a nadie en el ejército?

Kaseem le devolvió la sonrisa.

—Lo siento, soy un simple comerciante.

Puso su brazo encima del de ella.

—Ahora mismo quien me preocupa es Anaïs —le interrumpió él—. Philippe actúa de manera estoica, pero tú eres su amiga. Por favor, quiero ayudar, pero ni siquiera sé dónde está.

—Ya somos dos, Kaseem —dijo ella mirando el reloj del café—. Tengo que volver al trabajo.

Se ofreció a llevarla a su oficina. ¿Por qué no? Parecía cómodo consigo mismo, una cualidad que no veía en muchos hombres. Excepto en Yves. Pero Yves ya no estaba, y a ella le gustaba que Kaseem le prestara atención.

De camino a su oficina, Kaseem le dijo que sabía dónde se tomaba el mejor *falafel* de Belleville, así que hicieron una parada y comieron en la calle.

—Llámame paranoico pero a Anaïs o ya no le caigo bien o ha pasado algo —le confesó Kaseem mientras comían de pie su rebotante *falafel* y echaban migas a las palomas—. Nunca está en casa ni me devuelve las llamadas.

Aimée conocía esa sensación.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó él—. Cuéntame; no quiero ser un pesado.

—Al que tienes que preguntárselo es a Philippe, Kaseem —dijo ella.

En el bordillo de la acera de la rue de Louvre, Aimée se giró para darle las gracias. Kaseem le respondió con un largo *bisou* en ambas mejillas. Qué agradable. De hecho, bastante agradable. Subió las escaleras con las mejillas ardiendo.

Cuando abrió la puerta de la oficina, estaba sonando el teléfono.

—*Allô* —respondió ella, y encendió la luz con el codo.

—Anaïs está toda afectada —dijo Martine, en voz baja.

—¿Dónde está?

Aimée tiró la bolsa encima de la mesa, encendió su ordenador y se dejó caer en la silla.

—Philippe la ha metido en una clínica —le contó Martine—. Y, por una vez, ha hecho lo correcto.

Aimée lo dudaba.

—Mira, Martine, Philippe me ha amenazado —dijo Aimée—. E hizo que me siguiera un gorila suyo para asegurarse de que no voy más allá en mi investigación.

—¿Que hizo qué? —dijo Martine, que sonó más indignada que sorprendida.

—Y amenazó mi negocio —añadió Aimée, y se volvió hacia la ventana ovalada.

La lluvia había empezado a salpicar el cristal que daba a la rue du Louvre.

—Philippe está protegiendo a su familia —dijo ella.

—Martine, esconde algo —dijo Aimée—. Tiene miedo.

Al otro lado del teléfono, oyó cómo suspiraba Martine.

—Anaïs quiere que averigües qué esta escondiendo —le explicó ella—. No te detengas. Hablaré con él.

—Después de que me pegaran y me dispararan en el Cirque d’Hiver, y de no encontrar prueba alguna, puede que él tenga razón.

—¿Fue Philippe?

—Mi principal sospechoso es un argelino que tiene relación con el *plastique* —le explicó Aimée.

—¿Yeso?

—Es una larga historia —le dijo, ya que no quería explicárselo detalladamente.

—Dame un resumen —le pidió Martine.

—Ahora estás hablando como una editora —le dijo Aimée.

Pero se lo dio. Le contó que había intentado encontrar la fuente del *plastique* a través de Samia.

—¿Y qué me dices de ese general?

—Le gusta la magia, y no es trigo limpio.

—No creas que no estoy preocupada —dijo Martine—, pero al menos Anaïs está a salvo.

Aimée tuvo la sensación de que aquella afirmación connotaba algo más.

—¿Qué quieres decir, Martine?

—Ahora que estoy pasando más tiempo con Simone —dijo ella—, creo que deseo tener mis propios hijos.

Eso la cogió desprevenida. Aimée notó nostalgia en su voz. Nunca la había oído hablar así. Inquietante.

—*Attends*, Martine, es peor que tener un perro —le dijo ella—. Tienes que hacer que coman, y las facturas del veterinario son mucho más caras.

Martine se rió.

—Martine, Philippe actuó de manera extraña cuando se enteró de lo de Hamid y los huelguistas —dijo ella—. Sylvie tenía uno de sus panfletos.

—¿Entonces crees que existe una conexión? —le preguntó Martine.

—Lo averiguaremos —contestó ella—. ¿Tu amigo todavía trabaja en la *Sécurité Sociale*?

—Se jubiló —respondió ella.

Qué lastima. Podría haber conseguido información sobre el afl.

—Anaïs mencionó que le había entregado un sobre a Philippe.

—Le preguntaré. Mira, Aimée, le estoy ayudando a cuidar de Simone. Es lo único que puedo hacer por Anaïs —le dijo en un tono de voz suplicante—. Averigua quién tiene cogido a Philippe por las pelotas, por favor. Puedes hacerlo.

—Consigue que el gorila deje de seguirme —le pidió Aimée.

—*D’accord* —asintió Martine—. Eres *la única persona* en la que *confío*, Aimée. Pase lo que pase, sé que lo lograrás. Por favor.

Cuando Aimée llegó a la abarrotada boca del metro, ya tenía un plan. Todavía no

había noticias de Samia, pero existía una persona cerca a la que le podía preguntar por Eugénie.

Sábado, a última hora de la tarde

Los muertos lo tienen fácil, pensó Bernard, mientras juntaba las carpetas encima de la mesa de su despacho.

Facilísimo.

Pero no era verdad. Deseaba que lo fuera. En el exterior, a lo largo de los caminos de grava, las sombras de los árboles se agitaban y se alargaban. Bernard tiró el bote de pastillas a la basura. Si no conseguía más no podría dormir.

Delante de él aparecieron imágenes de su *nounou*, la niñera bereber con piel de caramelo que le cambiaba los pañales y le daba de comer. Vio la sonrisa de ella, agradable y cariñosa, que mostraba sus dientes de oro. Vio cómo se le arrugaban los ojos al reírse cuando él le hacía cosquillas por detrás, en su suave y oscura piel. Cómo le guardaba el primer higo de la temporada, lleno de semillas, y un puñado de uvas doradas de Lemta. Oyó las notas roncadas desgarradas de su canción, que él nunca entendió. Ella le contó que la canción hablaba del Atlas, que estaba cerca de su pueblo, dentado, púrpura, enorme. Y cómo el *chergui*, el seco y ardiente viento del este, azotaba la tierra y enardecía el espíritu.

Su *nounou* le enseñó juegos con los que los niños nómadas se entretenían en el desierto. Solían sentarse durante horas en el fresco suelo de baldosas azules del patio, bajo los arcos encalados, al lado de la fuente, y jugaban a lanzar el guijarro y a esconder la bota de agua.

Y entonces apareció la imagen que había intentado olvidar: la cabeza de su *nounou* empalada en el poste de la valla en la fábrica de Michelin, por una pelea provocada por unos que habían sido acusados por los *gendarmes* de sabotaje. Una nube de moscas negras sobre su boca abierta, que mostraba sus dientes de oro, resplandecientes a la luz del sol; los gritos de su madre; y cómo ella los mandó correr hasta el puerto. Pero no había barcos.

¿Cómo iba una mujer analfabeta, que hablaba un dialecto bereber, ser una espía?, había oído decir que su madre le preguntaba a su padrastro años más tarde en la cena. Cada dinar que *nounou* ganaba, continuó su madre, se lo enviaba a su familia en el pueblo.

Roman había contestado que las dos partes pagaban y cometían graves errores. «Francia se llevará los beneficios en el futuro», había dicho él. Para un antiguo soldado eso parecía caritativo. De hecho, fue lo único caritativo que Bernard le oyó decir sobre los argelinos.

Y tenía razón, pensó Bernard. Él era el que se ocupaba de ese beneficio en Notre-Dame de la Croix.

Sábado, a última hora de la tarde

El crepúsculo atenuaba el cielo de Belleville, y hacía desaparecer los matices de magenta y naranja que había dejado la puesta de sol. A Aimée le llegó el olor a algas que traía el viento cortante que soplaba del canal Saint Martin. El aroma a primavera que había sentido el otro día había desaparecido. Los viajeros, erráticos y llevados por el viento, salían del metro como partículas en un chorro de aire.

El guardia de seguridad que había en el cajero del Crédit Lyonnais, cerca del metro, le resultaba familiar. Muy familiar, incluso con el pastor alemán con correa que tenía al lado. La mayoría de los guardias de París eran africanos, pero él era de ascendencia argelina. Tenía que ser Hassan Elymani, el conserje con el que habló en la calle de Sylvie/Eugénie.

Y tenía que hacerle hablar.

Entró en el café más cercano, frotándose los brazos y deseando haberse puesto su chaqueta de cuero. Quería vigilarlo desde un entorno cálido y cargado de cafeína. Sin embargo, las ventanas empañadas le bloqueaban la vista de la esquina. Qué mal. Por encima del murmullo de conversaciones y del tintineo de cucharas de café, pidió dos *cafés-crème* para llevar. De vuelta en la esquina de la avenue Parmentier, se acercó a él.

—Así que este es su segundo trabajo, *monsieur* Elymani —le dijo, y le ofreció un café—. ¿Me puede dedicar unos minutos?

—Estoy de servicio, *mademoiselle* —dijo él en un tono de voz tenso, y sin mirarla.

Se frotó las manos.

Ella también podía jugar a ese juego. Pero era una pena que estuvieran en la calle e hiciera tanto frío.

—Y yo soy una clienta que quiere hacerle unas preguntas —le contestó ella, todavía con el café en la mano—. Cójalo, por favor.

Él ignoró su mano enguantada y con el café.

—¿No tiene nada mejor que hacer que perseguirme?

—Ahora mismo no —le respondió ella—. Quiero que me diga algo sobre Eugénie.

—¡Habla como una aficionada! —le espetó él.

Y así se sentía ella. ¿Y no era él un *flic* por horas?

—Los hombres que hicieron saltar a Sylvie por los aires amenazaron a mi amiga —le contó Aimée—. Van tras ella.

Elymani negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabe el nombre de la víctima.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó ella.

Él permaneció en silencio, pero puso los ojos en blanco como si la creyera demasiado estúpida como para entender nada. El vaho que salía de la boca de Elymani se hizo escarcha en el aire.

Aimée sacó el fax del *fichier* de Nantes.

—Según esto, el cuerpo encontrado en la explosión ha sido identificado como Sylvie Coudray.

—Eh —dijo él, y a continuación se encogió de hombros—, llámela como usted quiera.

Su comentario la inquietó. Lo que decía tenía cierto sentido, ya que parecía que la mujer muerta era dos personas. Aimée le puso la tapa al café y bebió. El líquido caliente y dulce le quemó el paladar.

—¿A qué hora termina su turno?

—No es asunto suyo —espetó Elymani.

Un hombre alto le golpeó suavemente en el hombro. Las facciones marcadas de su rostro oscuro brillaban a la luz de las farolas de sodio.

—Anda, ve a hacer las paces con tu amiga, Hassan, y sé bueno —le dijo él con acento del África occidental, y le guiñó un ojo a Aimée—. No me importa empezar unos minutos antes, ¿eh, *camarade*?

Elymani cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Beni, eso no sería justo.

El pastor alemán gruñó, pero el hombre que, como ponía en su camisa, se llamaba Beni Anour, cogió la correa del perro.

—¿Estás loco, *camarade*? —le dijo a Elymani con una sonrisa, y miró a Aimée de arriba a abajo—. ¡Aquí tienes a una mujer de verdad, tu turno ha terminado, y nadie te espera en tu habitación! ¿Hace cuánto que no te había tratado tan bien la vida?

El pobre Elymani, que tenía que lidiar con que cuestionaran su hombría o con el interrogatorio de Aimée, permanecía en silencio e incómodo. Aimée oyó el sonido de las cuentas antiestrés en su bolsillo.

—Mira, Hassan, vamos a tomarnos el café y a caminar hasta el bulevar, por favor —le dijo Aimée, en voz baja, y cogiéndolo del brazo.

—*Allez-y*. —Beni sonrió—. Sólo Alá sabe qué ve ella en ti. Conquistala antes de que se despierte, ¿eh?

Elymani aceptó el café con la boca tensa. A mitad de camino en la avenue Parmentier entraron en la estrecha rue Tesson.

Se zafó de su brazo, y la miró fijamente. Pero había miedo en su mirada.

—Trabajo duro y me meto en mis asuntos —le dijo él, con la voz quebrada—. Aun así, usted entra en mi vida y la vuelve... —Hizo una pausa, intentaba buscar la palabra adecuada.

—*Compliqué?* —terminó ella—. No tengo intención de meterlo en ningún lío.

—He de cuidar de mi padre. El mes pasado sufrió un accidente en el trabajo —dijo él. Su voz sonaba diferente—. Mi familia en Orán cuenta conmigo.

Elymani tenía los ojos abiertos de par en par del miedo.

—Esta conversación es privada. Nadie lo sabrá —le dijo ella—. Lo prometo.

—Los *maghrébins* —dijo él escudriñando la calle desierta— sí lo saben.

A Aimée le dio un vuelco el estómago de la aprensión, pero negó con la cabeza.

—No puede estar seguro de eso, ¿no es así, Hassan? —Siguió antes de que él pudiera contestar—. Hicieron saltar a alguien por los aires, usted vio algo, y está nervioso. Cualquiera lo estaría.

Él bajó la mirada, y se limpió los bordes de sus botas cubiertas de barro con los adoquines.

—Lo sabrán en su momento —dijo él.

—¿Cómo?

Elymani le dio un sorbo a su café, suspiró, y señaló el edificio de enfrente. Una fachada de revoque con grietas, rejas con espirales en los ventanales, y mugre negra que parecía casi un trampantojo cubría la planta baja de un otrora exquisito apartamento de la época de Haussmann. Ahora las ventanas estaban tapiadas y un cartel de «Permis de démolission» colgaba de las enormes puertas cubiertas de pintadas.

—En el patio trasero de ese edificio —dijo él—, tienen un negocio de remodelación.

Aimée se frotó de nuevo los brazos en el frío cortante. ¿Qué quería decir Elymani?

—¿De remodelación?

—Digamos que si te revocan el *permis de conduire*, vas a verlos con un fajo de francos, et *voilà*, los *maghrébins* te facilitan un nuevo permiso —le dijo él—. Al menos solían hacerlo. Se fueron.

Así que Elymani le pasó información, no actual pero sí verídica.

En el viejo Belleville, con sus laberintos de patios, callejones y sótanos de piedra en edificios abandonados, era donde los *maghrébins* tenían su cuartel. Por lo menos eso fue lo que Aimée se imaginó que Elymani quería decir con su zigzagueante forma de hablar. Y esa pudo ser la fórmula para que Sylvie se convirtiese en Eugénie. Para abrir una cuenta bancada necesitaba alguna identificación.

—Entonces, ¿diría usted que viven en las casas de protección oficial? —dijo ella, y arqueó las cejas hacia los edificios altos de hormigón que estaban a una manzana—. ¿Pero llevan sus negocios adonde no los molesten?

Él asintió.

—Buscan un lugar, por ejemplo un edificio que vayan a derribar o a reformar. El alquiler es barato. Sólo hay yugoslavos, hindúes o jubilados que no hacen preguntas. Los inquilinos ignoran quién entra y quién sale, hasta que surgen los problemas por el

territorio o el dinero. Se arma mucho jaleo, y los *maghrébins* se marchan.

—¿Entonces quiere decir que Eugénie está involucrada?

Una buena hipótesis, incluso plausible, pero ¿cómo encajaba eso en el asesinato de Sylvie, aunque le hubieran dado una nueva identidad?

—Tengo razones para mantenerme al margen —le dijo él—. Esos *hittistes* buscan dinero fácil, una buena vida. Pero al final la vida les pasa factura.

Elymani tenía su propio código de supervivencia.

—Será mejor que tenga cuidado —le advirtió él—. La están vigilando.

—¿Quién?

—Mire, mis trabajos son en la calle. Lo único que hago es escuchar y bajar la cabeza. No quiero saber lo que pasa. —Echó un vistazo rápido a la calle—. De lo que tengo ganas es de dormir una semana entera. *Alors*, hacen ruido en el vestíbulo, mi colchón está lleno de bultos y echo de menos a mi mujer. —Se encogió de hombros—. Cuando tenga los papeles, la traeré aquí conmigo.

—¿Qué oyó sobre Eugénie? —le preguntó Aimée, mientras daba patadas al suelo para entrar en calor. Tenía ganas de un cigarrillo.

—Mi siguiente trabajo empieza en unas horas —le dijo Elymani, y se giró para marcharse—. *Merci* por el café.

—¿Es usted el vigía o sólo le pagan para mantener la boca cerrada?

Él se puso tenso.

—Mi familia ya estaría aquí si hiciera eso —le respondió él, en voz baja, y enfadado—. Pero el dinero sucio no trae ni honor ni paz.

—Mi amiga está en peligro, y ahora van tras de mí —le dijo ella—. ¿No lo entiende? Dígame qué vio, Elymani, y lo dejaré en paz.

—Lo único que sé es que Eugénie utilizaba ese lugar. Vivía en otro sitio. A veces pasaba por allí Dédé.

—¿Quién es Dédé? —le preguntó Aimée, sin percibir lo gélido que se había vuelto el aire.

—Un *mec* a la antigua que está metido en todo —le dijo—. Como una *giclée*, un chorro de tinta que cubre la superficie, ¿sabe a lo que me refiero?

No estaba segura, pero suponía que quería decir que Dédé se arrimaba al sol que más calentaba.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—En Café la Vielleuse. —Elymani se giró hacia la farola—. Ahora, déjeme en paz.

Sábado, a última hora de la tarde

Youssefa compró tinte del pelo en el supermercado Casino, muy cerca del apartamento, a la vuelta de la esquina. Detrás del chador, era como si fuera invisible. Pero tenía que ir con cuidado; muy pocas mujeres frecuentaban ese tipo de tiendas.

En el cesto de gangas a veinte francos en el bulevar Belleville, encontró una chaqueta vaquera negra. De vuelta en el apartamento, arregló unas muletas rotas que había encontrado tiradas en la basura.

Leyó las instrucciones en el lavabo del baño. Pero cuando le empezó a escocer el cuero cabelludo, se dio cuenta de que había dejado el producto demasiado tiempo: su pelo se había vuelto naranja. El decolorante era el decolorante, había creído ella. Lo hizo de nuevo. Al final, cuando se miró en el espejo, vio que, sin querer, había hecho un buen trabajo. Encajaría bien entre la gente moderna de Café Charbon, que lucía el mismo *look* de pelo decolorado y raíces negras.

Youssefa sintió un cierto alivio. Nadie prestaba atención ni a una mujer con chador ni a una mujer moderna con una pierna rota. Entonces le dio que pensar el hecho de que si Eugénie había usado otra identidad, no le sirviera de nada.

En la iglesia, Zdanine había accedido a ayudarla. Pero primero, le había dicho él, quería ver fotos. Pareció impaciente cuando le dijo por qué quería hablar con Hamid. Después de ver las fotos, actuó como si no estuviera interesado, pero le prometió que intentaría que tuviera sus cinco minutos con Hamid.

Youssefa terminó sus oraciones, recogió su alfombra de rezo. Se sentía preparada. Se dirigió a la iglesia, con la esperanza de que Zdanine le hubiera allanado el terreno.

Sábado, por la noche

Aimée se quedó mirando al espejo que había a la derecha de la barra, rajado por cuatro o cinco sitios, en el abarrotado Café la Vielleuse. Pintada en el espejo había una imagen descolorida de una mujer que portaba una *vielleuse*, una tradicional zanfona. Evidencia de la moda de principios de siglo era la blusa azul de mangas farol y el lazo blanco que llevaba la mujer. La madera gastada y pulida, el suelo de mosaico y la barra achaparrada competían con la modernización de los años setenta de la parte de delante. Café la Vielleuse ocupaba el amplio bulevar de Belleville y la abrupta rue de Belleville de dos carriles y congestionada por los autobuses, los coches y los apresurados peatones.

—De seguro que este lugar tiene su historia —dijo Aimée en un tono de voz familiar, y sonrió al atareado camarero que estaba detrás de la barra.

Él asintió, se colocó el lápiz detrás de la oreja, y con un movimiento rápido le dio al calentador de leche, que llenó el lugar de un chirrido sordo. Después se oyó un lento silbido cuando la leche hacía espuma.

—Dédé, el encargado, seguro que lo sabe —dijo él.

—¿Está aquí?

—Está en la parte de atrás. ¡Dédé! —gritó el camarero por encima del ruido.

Al fondo, había un hombre fornido sentado detrás de una máquina de sumar, y con el dedo en la nariz. La máquina no dejaba de zumbiar, y escupió un rollo de cinta.

—*Merde!* —exclamó él, y le dio un empujón a la máquina y la apagó.

—*Mademoiselle* quiere hacerte algunas preguntas sobre la Vielleuse —le dijo el camarero señalando a Aimée con el pulgar.

Dédé era un hombre achaparrado y su cabeza era más pequeña que la de Aimée. Se iba ahuecando su ralo pelo mientras se acercaba a ella. Su chaqueta corta de traje no combinaba con sus pantalones de cuadros. Llevaba botas con tacón y de punta.

—*Tiens*, sí que tiene su historia —le dijo él, y extendió una mano para estrechar la de ella.

A Aimée dejó caer su bolso al suelo.

—*Je m'excuse* —dijo ella, y se agachó rápidamente para recogerlo.

El suelo de linóleo estaba lleno de envoltorios de terrones de azúcar, colillas y resguardos de lotería. ¡Pero mejor eso que darle la mano a Dédé!

Cuando se levantó, Dédé encendió un cigarrillo, dejó el mechero dorado, y se apoyó en la barra de cinc. Su aliento olía a vino.

—En 1914, *les allemands* acamparon en Fontainebleau. Su cañón destruyó la tienda de al lado e hizo añicos *la vielleuse, comme ça* —le contó Dédé—. La dejamos tal cual para que la gente lo recordara.

Fuera, en la rue de Belleville, unos niños chinos, una corpulenta mujer árabe y

unos judíos con kipá atestaban la acera, mirando algo embobados. Aimée se preguntó qué sería lo que les llamaba tanto la atención. Entonces vio una figura subida a unos zancos que hacía malabarismos con lo que parecían ser unos bolos.

—Se rumorea que retiraron el cañón de los alemanes para usarlo en el frente —le contó Dédé, mientras toqueteaba la pelota de fútbol de su llavero—, y eso evitó que bombardearan París.

—Tiene mucha historia.

Aimée seguía sonriendo, y su tono de voz era neutro. Pensó que sería mejor que le invitara a tomar algo.

—¿Quiere tomar algo?

—Estaría bien una *bière lambic*, al estilo belga.

—Que sean dos —dijo ella.

Dédé sonrió y chasqueó los dedos. De vez en cuando, hacía sonar el llavero, como si necesitara saber que seguía ahí. Aimée se preguntó si le contaría lo de Édith Piaf.

No tuvo que esperar mucho. Cuando aparecieron los espumosos vasos de cerveza, Dédé le relató el nacimiento de la Gorriona en los escalones del 72 de la rue de Belleville. Le dijo que había una placa que decía: «Édith Piaf cantó primero en las calles de Belleville. Mucho más tarde sus canciones recorrieron los bulevares del mundo entero».

Bonita forma de explicarlo, pensó Aimée.

—A decir verdad, la madre de Piaf llegó al hospital Tenon, detrás de Gambetta —le dijo Dédé—, pero la historia mejora si se cuenta de la otra manera.

Dédé tenía razón. Aimée le dio un sorbo a su *bière lambic*, dejando que los lúpulos tostados se mezclaran con la dulce frambuesa.

No estaba mal.

Se fijó en que, mientras estaban en la barra y él le contaba la historia, Dédé saludaba con la cabeza a los clientes, guiñaba el ojo a alguien al otro lado del café, o levantaba la mano para saludar. Nunca perdió el hilo de la conversación ni de prestarle atención. Ni tampoco se le pasaba por alto ningún vaso volcado, o lanzarle una mirada cortante a un camarero que no se había dado cuenta de que había un cliente que quería pagar. La descripción que Elymani había hecho de él le vino a la mente: un tipo *giclé*.

—Mi antiguo jefe me contó que Piaf cantaba ahí enfrente, pero mucho lo hacían en aquellos tiempos. —Dédé se encogió de hombros—. A decir verdad, no era nadie especial hasta que mataron a su novio, el dueño del *cabaret*, y la *police judiciaire* la llamó para interrogarla. Eso le dio mucha publicidad.

Sonrió.

—No han cambiado mucho las cosas, ¿eh? —dijo Aimée—. La gente para ser famosa hace cualquier cosa.

—Belleville era diferente por aquel entonces, muy *populaire*, de clase obrera. Se

trabajaba duro, se jugaba duro —le guiñó el ojo y apuró su cerveza—. Mi padre era inspector de vías férreas, y mi madre empujaba una carretilla de verduras en el mercado. Así que diría que me crié entre el mercado y las vías. —Soltó una carcajada y levantó su vaso vacío—. Me alimenté de esto como leche materna.

Varios de sus trabajadores rieron con él desde detrás de la barra. A Aimée las carcajadas le sonaron forzadas.

—*Encore, s'il vous plaît* —le dijo ella al darse cuenta de que tenía que seguir invitándolo para que no dejara de hablar.

Dédé parecía que le gustaba describirse como descendente de la clase *populaire*. Y probablemente bebía todo el día, para alimentar sus recuerdos. Pero permanecía alerta y daba la impresión de que se encargaba de atender a los conocidos, de conocer gente. Aimée se preguntó cómo habría conocido a Eugénie.

—Dicen que Piaf no paraba, que tenía la energía de un colibrí —continuó Dédé mientras levantaba su vaso de bière—. *Salut*.

Aimée vio su oportunidad.

—Mi amiga Eugénie, que vive muy cerca de aquí, es así —dijo Aimée asintiendo con la cabeza—. A veces resulta cansado estar con ella.

Dédé le daba sorbos a su cerveza. Había entrecerrado los ojos. No respondió.

Quizás estaba acostumbrado a hablar sólo él, o puede que no le gustara el giro que había dado ella a la conversación. De su bolsillo salió un pitido, y sacó su móvil. Rojo y compacto, un Nokia de los nuevos. Contestó y murmuró algo que Aimée no pudo oír, colgó y lo metió de nuevo en el bolsillo.

—Eugénie tenía un apartamento en la rue Jean Moinon —le dijo ella con una sonrisa—. *Bien sûr* que la conoce, Eugénie Grandet.

—Este es el café más concurrido del bulevar. Por aquí pasa mucha gente —le dijo él.

Arrugó sus pequeños ojos negros cuando levantó los brazos, y fue en ese momento cuando ella vio que llevaba un reloj de oro y una pulsera gorda de oro rosa en la muñeca.

—*Tiens*, Dédé, ¡sé sincero! Si conoces a todo el mundo que viene aquí —exclamó el camarero joven, mientras lavaba y secaba los vasos.

Si lo que quería era ganar puntos con Dédé, a Aimée le dio la impresión de que el efecto había sido el contrario.

—Por desgracia, no recuerdo las caras de todo el mundo —dijo él, en un tono de voz de desaprobación hacia sí mismo—. Pero me aseguro de que todo vaya bien y de que mis clientes se sientan como en casa, ¡ese es mi trabajo! Gracias por las cervezas, la próxima vez invito yo. —Le guiñó el ojo y le dedicó una sonrisa empalagosa—. Y ahora si me disculpa...

Tenía que detenerlo antes de que se escapara.

—Es demasiado modesto —le dijo ella. Le puso la mano encima de su muñeca, cubierta de áspero pelo negro, para que no se fuera—. Eugénie tiene el pelo corto,

como el mío, sólo que el suyo es pelirrojo.

—La del peto ajustado —dijo el camarero—. Viene aquí...

Dédé le lanzó una mirada que le hizo callar.

—*Mes enfants*. —Lanzó una sonora carcajada y apretó la mano de Aimée, y apartó la suya—. No puedo quedarme más tiempo con vosotros, chicos. Además tengo que revisar la carga. Pascal, necesito tu ayuda.

Le hizo un gesto al camarero joven, y se marchó de allí con la soltura de un lagarto.

Aimée quiso desinfectarse las manos.

Pero cuando bajó la mirada, se fijó en que el fino mechero tenía una perla luminiscente incrustada en él. No era una perla normal.

Era una perla Biwa.

Y Dédé se lo había olvidado, pero entonces se imaginó que no había sido su intención olvidarlo.

Cogió el mechero, pequeño y caro, que seguramente habría pertenecido a Eugénie/Sylvie.

Es posible que lo hubiera puesto nervioso, por eso se lo había olvidado. Pero enseguida recordaría. Dejó cincuenta francos en la barra y se fue.

En la oficina, René le pasó el último fax de la edf.

—Estamos a la espera —dijo él.

Aimée leyó el fax que decía que la edf estaba revisando la propuesta para el sistema de seguridad de Leduc Detective.

—Pero no han dicho que no.

—Voy a jugar a la lotería —dijo él—. Podría ser más rápido.

Le contó a René la conversación en Café le Vielleuse.

—Así que Dédé sabe más de lo que dice —dijo René.

—Mucho más —contestó ella—. Mira esto, se lo olvidó en la barra.

Le puso el mechero en su rechoncha mano. Él le dio la vuelta en su palma, y tocó la perla de superficie irregular.

—Este no me parece que sea un mechero muy masculino.

—Me sorprendería si lo fuera —dijo Aimée.

—Dédé tiene un bonito Nokia —le informó ella—. No son móviles encriptados, ¿verdad?

—Todavía no. ¡Esos funcionan de maravilla para monitorizar las transmisiones!

—René abrió los ojos de par en par—. Y tienen una recepción tan clara. ¡Y un buen ancho de banda!

—Si vas a seguirlo —le dijo metiendo un portátil en su maletín—, cuenta conmigo.

—Encantada de que me acompañes —dijo ella.

Domingo, a media tarde

Aimée estaba en el escaparate de la joyería vietnamita toqueteando unas cadenas de oro de veintidós quilates, y vigilando a Dédé. Se había detenido en el exterior de Café la Vielleuse, mirando el tráfico mientras se abotonaba su abrigo largo de *mohair*, y se subía el cuello.

En un *tabac* cercano, cuyo desgarrado toldo no le dejaba ver, Dédé se quedó hablando con el dueño. Un minuto más tarde, Dédé entró en la tienda y el dueño, con las mangas remangadas, se quedó fuera, vigilando a los transeúntes. Aimée abandonó la joyería y se mezcló entre la multitud que caminaba por la acera.

Minutos después, salió Dédé, le dio unas palmaditas en el hombro al dueño, y subió a paso ligero por la empinada rue de Belleville. Pasó Cour Lesage, y giró a la derecha en la rue Julian Lacroix.

Las gafas de sol de Aimée y su pañuelo de Gucci cubrían los auriculares que llevaba. En el bolsillo de su impermeable gris estaba el cargador del *walkie-talkie* con el que hablaba con René. Seguir a Dédé resultaba ser un reto. Se detenía con frecuencia, para dar la mano o saludar con la cabeza a hombres en la calle. Ella también se paraba y miraba dentro de su bolso o los nombres que había en las mugrientas puertas de los apartamentos.

La mayoría de los hombres eran *beurs*. Y a juzgar por su aspecto, eran jóvenes y desempleados. De las ventanas abiertas salían olores aromáticos: especias y aceites, mezclado con flor de azahar y basura de la calle. Ella seguía en contacto con René mientras monitorizaba el ancho de banda de la zona.

—Dédé está hablando por teléfono, lo puedo ver —dijo ella.

—Tengo su ancho de banda —le dijo René.

Ella oyó clics, un zumbido, y entonces la voz de Dédé que a trompicones decía: «Nervioso, no aficionados... vaciaron el piso... haciendo preguntas... Eugénie... mover todo. El general... traed a Muktar».

—René, ha doblado la esquina en la rue du Senegal —le informó ella.

Las botas de Dédé taconeaban a lo lejos.

—Lo veo —dijo René—. Estoy debajo de la sinagoga en la rue Pali Kao. Ahora está yendo más rápido.

Cuando Aimée llegó a la esquina, apareció René.

—¿Lo has perdido? —le preguntó ella.

Dédé le recordaba a una rata. A una bien gorda.

—Se ha esfumado —le dijo él—. Pero la manzana no es muy larga. Vamos.

Abrigados entre los viejos y deteriorados edificios de la calle, adoquinada y de fuertes pendientes, había unos nuevos y de forma angular. Unas vigas de madera sostenían los muros combados. A pesar de que las paredes se hallaban en un estado

de inminente derrumbe, Aimée vio signos de que estaba habitado: los cordeles para la ropa y las macetas oxidadas de geranios.

—No te ofendas —los ojos de René brillaron—, pero es mejor que piense que eres una aficionada. ¿Lo intentamos aquí?

René hizo un gesto hacia el edificio más viejo, en el que unas vigas podridas apuntalaban sus húmedas paredes. Habían hecho pedazos algunas partes del patio, lleno de piedras, trozos de revoque y listones de madera.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Entró ahí —le dijo él.

Aimée oyó pisadas. Temerosa, le hizo un gesto a René para que retrocediera. Rápidamente, se escondieron en un portal abovedado.

Dédé pasó delante de ellos a toda prisa. Aimée contuvo la respiración, y contó las gotas de rocío que había en una aldaba oxidada. Los tacones de sus botas resonaron en las desconchadas paredes. Esperaron unos minutos antes de salir al patio.

—Supongo que tendré que ver lo que él no quiere que vea —sugirió ella.

René se quedó vigilando mientras Aimée se dirigió sin hacer ruido a la parte de atrás. Pasó frente a una silla de metal que estaba tirada en el suelo con la patas hacia arriba. Giró a la derecha y caminó por un húmedo pasadizo en forma de túnel hacia un haz de luz gris que entraba por algún sitio. Una escalera con la pintura desconchada daba al siguiente piso. El único sonido era el goteo de la lluvia que caía de una herrumbrosa canaleta de metal al agrietado hormigón.

A la derecha había puerta de un color verde desvaído, parcialmente visible bajo las escaleras. Fue entonces cuando vio la señal.

Había una huella de una mano, de un azul oscuro, estampada encima de la puerta. Como en el edificio de Samia.

Agitada, miró a su alrededor y escuchó. Sólo gotas de lluvia y, a lo lejos, un programa radiofónico de entrevistas.

Sacó la Beretta de sus vaqueros negros y la metió en el bolsillo de su chaqueta. Pensó con rapidez, y se le ocurrió un pretexto para entrar.

—Dédé —dijo ella, aunque sabía que no estaba—, siento llegar tarde.

No hubo respuesta. Se puso de puntillas, y pegó el oído a la puerta. Nada. La tocó, y se abrió con un chirrido. ¿No le había dicho Elymani que los *maghrébins* utilizaban sitios como ese?

La recibió un olor a humedad. En el pequeño apartamento de techos bajos parecía que habían acampado vagabundos. De unos sacos de dormir empapados salía un tufo a moho; el suelo estaba cubierto de harapos y papeles. Unas bolsas de color verde oscuro hechas trizas, que cubrían la ventana abierta, se agitaban con fuerza.

Aimée se detuvo, y se preguntó cuál sería el propósito de Dédé al venir aquí. No se había quedado mucho tiempo. En el suelo se podían ver varias pisadas. ¿Había sido un centro de operaciones *maghrébin*? ¿Se había ido Dédé porque habían dejado el lugar?

Tropezó con una guía telefónica y se salvó de caer porque pudo agarrarse a un aparador que crujió peligrosamente. Se le quedó en la mano el fino pomo de madera, cubierto de hollín y astillado. Se le clavó en la mano, llena de cicatrices.

Casi no se percata del grueso directorio gubernamental, el *Bottin Administratif*, que había en el suelo alabeado de linóleo. *Qué extraño que eso esté ahí*, pensó ella. *Haría falta una carretilla para llevar este pesado volumen.*

Encontró su bolígrafo-linterna, y apuntó el suelo con ella. Sólo envases de yogures secos. Pero ni la capa de polvo ni de suciedad que esperaba de un sitio abandonado. Al lado de la vieja chimenea revestida de azulejos, había un antiguo cubo para el carbón. Aimée lo empujó hacia u lado con la bota; debajo encontró una trampilla de madera que daba a la carbonera. Tiró de la carcomida puerta, y alumbró con su linterna.

Era un lugar frío, muerto y vacío.

En la habitación de la parte de atrás, le echó un vistazo al colchón que había allí. Excrementos secos de rata. Trazos de revoque salpicaban el sucio suelo. En la pared, un viejo calendario con ilustraciones de santos estaba dado la vuelta.

Su *walkie-talkie* vibró en su cadera. Con un sobresalto, lo encendió.

—Tienes compañía —le informó René.

Miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Dónde?

—Estaban llegando al patio trasero —le contestó René.

No le daba tiempo a volver por donde había venido.

—¿Es Dédé?

—Unos *maghrébins* —le dijo René en un susurro gutural—. ¡Sal de ahí!

Cogió una silla y la puso debajo de la ventana. Se apoyó en el alféizar y tiró la silla de una patada. Clavó los dedos de los pies en la pared, y se subió. Rezó para que el edificio se sostuviera, y para que pudiera aterrizar en algún sitio.

Fuera, se encontró con un muro.

Un muro completamente mojado que no daba a ninguna parte.

Un olor a alcantarilla salía del frío y húmedo hueco que había entre los edificios, probablemente provenía de arriba, de un baño con alguna fuga, que rezumaba riachuelos de agua y moho. Debajo, tierra dura y fragmentos de cristal.

No había salida.

A ciegas, alargó el brazo y buscó una cornisa.

Nada.

Volvió a la habitación con las manos temblorosas.

¿Adónde podía ir?

Del pasillo venían voces y pasos. Miró la trampilla, corrió hacia ella y la abrió.

Se acurrucó dentro y cerró la puerta. El hollín llenó sus pulmones, y ese minúsculo espacio le produjo calambres en las piernas. Apenas podía respirar en esa gélida carbonera. Las pisadas retumbaban con fuerza sobre el suelo.

Deseó poder entender árabe porque, desde arriba la conversación le llegaba con claridad. Estaban justo encima de la trampilla de madera, que crujía y chirriaba del peso. Por el sonido metálico y chirriante que venía de arriba parecía como si estuvieran quitando azulejos o ladrillos de la chimenea. Entonces se dio cuenta de que podrían mirar dentro de la carbonera. Se echó hacia atrás en la oscuridad tanto como pudo, tan lejos como sus enredadas piernas le permitían. Deseó que sus manos no temblaran tanto; tenía miedo de que se le cayera la linterna. Oyó que entraba más gente en la habitación.

Entendió las palabras «Dédé» y «rue Piat», y se dio cuenta de que también hablaban en *verlan*. La única palabra que reconoció fue *erutiov*, que era *voiture*, coche, al revés. Al menos, eso era lo que ella creía.

Cada vez que respiraba, sus pulmones se llenaban de un polvo calcáreo. Le dolía la garganta de aguantar la tos. Poco a poco, estiró un pie, y apoyó la espalda contra la pared. Con dificultad, pudo extender la otra pierna en el estrecho espacio. Consiguió empujar el cuerpo en la otra dirección, por encima de las frías e irregulares piedras.

El sitio se abría a una carbonera más grande. Vio el borroso contorno de una rampa, y encima de ella una oxidada rejilla de metal. Tenía la esperanza de que diera a una callejuela.

Arriba seguía la conversación, pero no podía entender nada. El tono parecía de enfado, casi agresivo. Una de la voces no dejaba de decir «*Insh'allah-bent al haram, insh'allah!*».

Y fue entonces cuando recordó esa voz. La voz que le susurró «*Bent al haram*» al oído antes de que le aporrearan la cabeza en el *arque*.

—René —susurró ella al auricular—. Sube las escaleras hacia Maison de l'Air en el pare de Belleville. Estos *mecs* han quedado con Dédé en la rue Piat.

—Nos vemos allí —dijo él.

Una grata ráfaga de aire entró por la rejilla.

¡Si pudiera continuar! Le empezaron a asomar gotas de sudor por la frente, y le fallaban las piernas. Oyó pasos de nuevo.

De la calle entraban unos puntitos de luz. Aimée intentó cogerse a la resbaladiza pared. La rampa, de superficie lisa, llevaba arriba. Aimée subió por ella. Buscaba puntos de apoyo con un pie y apoyaba el otro en la pared.

Y fue entonces cuando le resbaló el pie, se cayó encima de algo duro y de madera, y se golpeó la rodilla. Las pisadas cesaron. ¿La habían oído?

Tenía que salir de allí.

Lo intentó de nuevo. Sudorosa, se subió otra vez y llegó hasta la rejilla. Se sentó a horcajadas en la entrada de la rampa, pero estaba cerrada por el óxido. Al menos, entraba más aire.

Frustrada, no sabía qué hacer; más ruidos de pisadas llegaron del apartamento.

Golpeó el cerrojo de metal con el tacón. No cedió. Oyó un crujido, como si estuvieran abriendo una puerta de madera.

Golpeó con más fuerza hasta que el cerrojo se movió.

Después de dar dos o más patadas, probó con la rejilla. Con un fuerte chirrido, cayó hacia delante. Un aire fresco y agradable le llenó los pulmones. Se agarró al borde y atravesó el hueco serpenteando.

Una vez fuera, la luz le hizo parpadear, y se puso de rodillas. Se dio cuenta de que había salido de una ventana ovalada a un ruinoso patio.

Una mujer corpulenta y de piel oscura que llevaba una túnica africana multicolor, con un hombro al descubierto, tendía la ropa en un cordel. Miró fijamente a Aimée.

—*Jem'excuse* —dijo ella con una sonrisa mientras se sacudía el polvo.

La mujer le devolvió la sonrisa y siguió colgando la colada.

—No me ha visto —le dijo Aimée, y le puso cien francos en la mano—. *D'accord?*

La mujer le guiñó el ojo, y le dijo adiós con la mano cuando Aimée se metió sigilosamente por la rue Julián Lacroix. Se dirigió al espacio abierto del pare de Belleville.

Aimée se detuvo en la entrada que había al lado del *Monument aux morts de la Résistance*. Sobre la losa grabada habían colocado flores azules, blancas y rojas. Los recuerdos no morían con las víctimas, pensó ella, animada por el olor fresco del ramo. Escudriñó el parque. A su derecha, unos jardineros se ocupaban de unos arriates de tulipanes.

Ningún *mec* a la vista. Tampoco Dédé.

—¿Dónde estás, René? —le dijo ella al auricular, y subió el volumen.

Del otro lado le llegó el resuello del hombre.

—Cerca de Terrassa Belvédère —le dijo René—. Vi por mis binoculares que se dirigían hacia el viñedo, a mitad de camino entre nosotros.

—¿Cuántos son?

—Dos *mecs* corpulentos —le contestó René.

Inhaló el aire refrescado por la lluvia y que olía a humedad y a hierba.

Aparte de los jardineros y de dos mujeres con carritos que bajaban por la colina, no había nadie más a la vista. Antes de llegar a la parte más alta, Terrassa Belvédère, había unos bancos debajo de unas catalpas cerca de unos extensos arriates de tulipanes rosas y amarillos. Las fuentes y las hileras de vides que luchaban por abrirse camino eran vestigios del viejo Belleville, otrora salpicado de viñedos y cascadas que brotaban de túneles subterráneos.

—¿Te has sumergido en carbón?

—Casi —le respondió ella, limpiándose los hombros y frotándose la cara. Cuando se miró los dedos, los tenía negros—. ¿Todavía sigues con tus clases de artes marciales?

—En lo más alto de mi *dojo* —le contestó él con orgullo—. ¿Algún plan?

—Un trabajo rápido y sucio debería bastar.

—Tú puedes hacer el trabajo sucio —le dijo René—. Yo haré el rápido.

—¿Qué llevan?

—Bolsas de deporte, azul oscuro —le respondió René.

Por supuesto, pensó ella. Simples y discretas. Todo el mundo tenía una. Eso le hizo pensar en todos los peatones que llevaban bolsas de deporte en la rue de Belleville.

—¿Qué llevan puesto?

—Chándal gris, y no combinan muy bien los colores. Quedemos a mitad de camino —sugirió René—. Tengo una idea. ¿Recuerdas a esos *mecs* de Canal de l'Ourcq?

—*Alors*, René, ¡ten cuidado!

Aimée recordó lo creativo que se había vuelto con sus pies.

—Sígueme —le dijo él.

Cuando llegaron al segundo tramo de escaleras, con enrejado de arcos cubiertos de jazmines colgantes, los *mecs* se habían parado justo delante de ella.

René se quedó de pie en lo alto bloqueando el paso, con las piernas separadas. Los jazmines en ciernes, rosas y blancos, despedían una dulce fragancia.

—Arbitro de la moda. Lo que lleváis puesto es un insulto al buen gusto —dijo René—. Entregad esas bolsas.

Los dos *mecs* argelinos se detuvieron y soltaron una carcajada.

—*Mon petit* —dijo el más grande, que miraban a René desde abajo—. ¿Te has perdido? La tierra de los enanos es por allí.

—No combináis muy bien los colores —dijo él en tono serio.

El *mec* subió para aplastar a René. Su anillo de diamantes brilló con la débil luz del sol.

A Aimée le entró un escalofrío. Reconoció el anillo, en forma de estrella y media luna, y la peluda manaza que lo llevaba, del Cirque d'Hiver.

—¡Eh, Multar! —gritó ella.

Él se dio la vuelta cuando René le dio una elaborada patada en la barbilla. Aimée oyó un fuerte crujido. Y después otro, cuando la bota de René aterrizó en su hombro. Muktar giró, se dio contra la barandilla, y cayó escaleras abajo. Su rostro expresaba sorpresa en todo momento.

Aimée le asestó varios golpes en las costillas a su compañero desde detrás. Desprevenido, se desplomó y empezó a agitar los brazos frenéticamente delante de Aimée y de la espaldera de jazmines. Aimée esquivó los golpes. René le propinó una serie de golpes de kárate en los riñones, lo que hizo al *mec* quejarse del dolor. René dio un paso hacia delante, y lo derribó.

Después de eso, fue fácil hacerle rodar por las escaleras hasta la mitad del camino. En ese momento, ninguno de ellos sentía nada, ni lo sentirían durante un buen rato. Aimée y René los llevaron a rastras y los dejaron detrás de un banco verde oscuro, tapados con hojas de parra.

—Lo siento —le dijo René a Aimée con una sonrisa, echando a un lado la grava

con el zapato—. Tuve que improvisar la primera parte.

Ella levantó la vista.

—Tenemos compañía. —Su corazón se aceleró—. Dédé ha traído más gorilas.

Domingo

Mustafa Hamid se limpió la saliva de la barbilla. Debió de haber cerrado los ojos. Le ardían, tenía la nariz y la boca secas. Sus pensamientos eran borrosos, y se sentía tan débil. Tan cansado.

Abrió el sobre. Le llevó tiempo, ya que el papel blanco se rompía. Y ahí estaba, simple e irrevocable. El largo camino de retorno. La citación para volver a sus raíces.

Ni loco iba a rendirse. La antigua batalla ardió dentro de él de nuevo. Había que luchar por los derechos humanos, ¡por que si no seríamos todos animales!

Y todo por lo que había trabajado toda su vida, durante treinta largos años, se iría por el *pissoir*.

Se quedó mirando al mensajero, a quien no conocía.

—No hay trato —dijo él, y negó con la cabeza.

Domingo, a última hora de la tarde

Dédé miró por encima de sus cabezas cuando se echaban al hombro las bolsas de deporte. Aimée se giró. Varios hombres, que podían ser familiares de Muktar, se acercaban en ambas direcciones.

—Dédé —dijo ella—, ¿quién colocó la bomba?

—Hablemos en mi casa —respondió él.

Los *mecs* se acercaron más, con la mirada clavada en Aimée y en René, como si fueran conejos. Conejos atrapados en su punto de mira.

—Las multitudes me ponen nervioso —le dijo René.

—A mí también.

Aimée lo cogió del brazo, y lentamente se dirigieron desde las espalderas hacia el césped. A través de la verja de la rue des Couronnes, pudo ver que había tres policías de las crs, armados con ametralladoras que colgaban sobre el pecho.

A muy poca distancia.

—Sigue andando, René.

Los dos continuaron avanzando poco a poco por el césped. Unos letreros grandes decían «Pelouse interdite», pero a Aimée no le importaba si pisaba la hierba o no.

Los bolsillos abultados de las chaquetas de los *mecs* sí que le preocupaban.

Ella y René estaban en un espacio abierto; a su izquierda, una zona de juegos de madera. Si pudieran llamar la atención de los de las crs.

—Dejad esas bolsas en el suelo —les ordenó Dédé, que respiraba agitadamente. Varios botones de su camisa estaban desabrochados, lo que dejaba al descubierto unas cadenas de oro.

—Dédé, te he hecho un pregunta —le dijo Aimée, preparada para sacar su Beretta.

—Compórtate, ¿de acuerdo? —dijo Dédé con una sonrisa que mostraba unos dientes blancos—. Resolvamos el malentendido. Simplemente entréganoslas. Conduzcámonos como gente civilizada, ¿eh?

—¿Civilizada? —gritó ella—. Muktar me dijo cosas desagradables en árabe.

Los hombres a los que Dédé había convocado desaparecieron escaleras arriba. Una expresión ilegible cruzó el rostro del hombre.

—¡Pequeña *salope*! —le llamó Dédé.

—¿Pequeña? —repitió ella—. Si soy más alta que tú.

—Estás muerta —la amenazó él con mirada inexpresiva—. Y has cavado muchas tumbas alrededor de la tuya —añadió él antes de esfumarse.

Los de las crs atravesaron las puertas abiertas de la verja y se dirigían al césped.

—¿Algún problema? —le preguntó uno de los policías, de robustas piernas.

—Sí, agente —dijo ella—. Gracias a Dios que han venido.

Y lo decía en serio. No muchas veces se alegraba de ver a los de las crs.

Domingo, a última hora de la tarde

Bernard se había arrellanado en la silla de su despacho. Estaba abriendo un nuevo bote de pastillas con el teléfono apoyado en el cuello, y con la línea directa *interministérielle* en espera. Esa tarde la atención de los medios de comunicación se había intensificado y había estallado en una discusión general cuando estrellas de cine, un magnate del *rock* y un observador político de *L'Événement* se unieron a los huelguistas. El canal France 2 pidió tener acceso para cubrir la noticia dentro de la iglesia.

Mientras tanto, Guittard mantenía al ministro en un estado de incertidumbre, en el que daba marcha atrás en la orden de arresto y en la redada, pero sin revocar el plazo de ocho horas.

Su otro teléfono no había dejado de sonar. Al final, lo cogió.

—*Directeur* Berge, ¿puede hacernos algún comentario acerca de las especulaciones sobre si los vínculos del afl de Mustafa Hamid con los fundamentalistas de Argelia influirán en la lucha por el poder con el ejército argelino? —La chirriante voz del periodista siguió, sin esperar a que respondiera—. Siendo Hamid pacifista, ¿rechaza la actitud del ejército de Argelia?

—¿Por qué me está preguntando sobre Argelia? —quiso saber Bernard, con sorpresa—. Al ser un problema de inmigración interno francés, estamos tratando el asunto de los *sans-papiers* según *le Code Civil*. Definir qué es ser ciudadano y que te permitan quedarte en Francia no supone debate alguno sobre el descontento civil en Argelia.

Colgó de golpe el teléfono. ¿Quién había iniciado el rumor?

Bernard apoyó la cabeza sobre la mesa. ¿Hasta dónde llegaría todo eso? Durante años, la reputación de Hamid en todas las comunidades había sido estelar. Se podría decir que predicaba con el ejemplo más que ningún otro. Recordó el comentario que Hamid había hecho sobre la violencia. ¿Sería un simple títere? ¿Podría afectar eso a la política de Argelia?

Aunque a Bernard le importara, ¿qué más podría hacer por Argelia de todas formas? En su fuero interno, se dio cuenta de que ya hacía tiempo que se había rendido.

Había dicho adiós desde la atestada cubierta del barco. Recordó el humo que salía de la medina en llamas, el hedor de los cuerpos en descomposición que colgaban al sol en la Explanada, y cómo el puerto temblaba cada vez que explotaba un tanque de petróleo. Tenía firmemente agarrado el reloj de su padre asesinado e iba cogido de la mano de su madre mientras el sol se ponía sobre el puerto de Argel.

Domingo, a última hora de la tarde

Aimée y René vaciaron las bolsas de deporte en el suelo del estudio de René. De dentro, cayó un bolso de Prada, lustroso y negro. Combinaba perfectamente con los zapatos de Prada que había encontrado entre la basura de Eugénie. No mucha gente podía permitirse tirar unos zapatos de Prada con un tacón roto.

En una carpeta ponía XT196. Aimée la abrió. Dentro había unas fotos en blanco y negro grapadas. Eran instantáneas de hombres argelinos de tez oscura sobre un fondo de hormigón. Llevaban unos números sujetos a la camisa con imperdibles.

Pero ¿por qué?

Había algo que la inquietaba.

—¿No te parece extraño todo esto?

—¿En qué sentido? —le preguntó René, mientras partía un trozo grande y crujiente de *baguette* con *tapenade*, unas lonchas de salmón ahumado, queso de cabra y tomates de pera. Le dio una mitad a Aimée.

—¿Por qué guardarlo en ese vertedero del que escapé? —dijo ella, y le dio un mordisco al bocadillo—. ¿Por qué no lo tenía el jefe? ¿Para qué amenazarme en el circo?

—Comercian con explosivos —le dijo René—. Imagina que tienen que resolver solos la situación, y no están acostumbrados a chantajear ni a ministros ni a sus amantes. Digamos que no es la especialidad de Dédé.

Tenía sentido. Comía mirando por la ventana a la poco iluminada la rue de la Reynie, que se estrechaba y se convertía en un callejón que daba a la place Michelet. La cabeza afeitada, como un pulgar, de un hombre brilló en la luz.

—Pero sé a lo que te refieres —le dijo René mientras se limpiaba la mostaza de su perilla.

Siguió mirando a la figura. Cuando el faro de una motocicleta que pasaba en ese momento iluminó su cara, Aimée reconoció a Claude, el matón de Philippe.

Envolvió el grasiento bocadillo en una hoja de papel que tenía cerca, se lo metió en el bolsillo, y cogió las fotos.

—Odio comer e irme a toda prisa, pero... —dijo ella mientras se abotonaba su chaquetón negro de cuero—. Le voy a dar esto a Philippe. Veré si hace que dejen de tenerlo cogido por los huevos.

—En pocas palabras —dijo René—. ¿Mientras tanto?

—Me gustaría salir con dignidad —dijo ella con una sonrisa—, sin que se ponga chulo ese *mec* calvo de Claude, que está vigilando el apartamento.

—¿El matón de Philippe?

Aimée asintió, mientras alborotaba el peludo cuello de *Miles Davis*.

—Conoce tu coche, René.

René le lanzó las llaves de su vieja motocicleta.

—Coge el pasadizo subterráneo que va del sótano a mi garaje.

—¿Se puede quedar *Miles Davis*?

—*Bien sûr* —contestó él.

—Pórtate bien, bola de pelo —dijo ella, y se metió las llaves en el bolsillo.

Aimée pasó con la Vespa de René, una reliquia color verde manzana de sus años en la Sorbona, por delante de las farolas con adornos en espiral de la place des Vosges, y vio que Claude la seguía en una pequeña furgoneta; sus luces se reflejaban en el tambaleante espejo retrovisor de la moto.

¿Por qué no había hablado Martine con Philippe para que Claude dejara de perseguirla? Subió a toda velocidad por el bulevar Richard Lenoir mientras se preguntaba qué podría hacer para deshacerse del matón. ¿Dónde estaba cuando Dédé los arrinconó en el parc de Belleville?

Iba detrás del autobús verde que subía por el bulevar. Claude se mantenía a una distancia prudente, pero Aimée se fijó en que Claude iba más lento a propósito. Probablemente pensaba que ella no iba a reparar en él. ¡Qué *stupide*! Bueno, Aimée había conseguido sacar provecho de la situación.

Continuó por el bulevar Lenoir, siguió sin prisas hasta que llegó a la rue Oberkampf, y allí se subió al bordillo. Allí, bajó volando la amplia zona peatonal, que habían pavimentado hasta más allá del canal Saint Martin. Claude no podía seguirla hasta allí, pero sí verla hasta que Aimée giró a la izquierda y se metió en la rue Crussol y en el laberinto de estrechas calles que recordaba que había detrás del Cirque d'Hiver. Las calles que daban al *cirque* llevaban a République o a Bastille. Mientras esperaba en el oscuro portal de un edificio, se comió el bocadillo, con las piernas salpicadas de migas. El Café des Artistes estaba a oscuras; Inés había cerrado. Vio los faros traseros de la furgoneta que iba en dirección a République. Al sentirse ya a salvo, volvió por el bulevar en dirección a Belleville.

—*Mais*, yo no llamé al samu —le dijo Jules Denet, diez minutos más tarde—. Fue a los *flics*.

Aimée quería asegurarse de que la teoría suya y de René sobre las dos ambulancias del samu encajaba. Y así fue.

Y también se aseguró de que Denet reconocía a Sylvie en la fotografía que habían transformado por ordenador. No quería aparecer en la casa de Philippe y meter la pata.

Jules Denet le sirvió en la taza de Aimée una *tisane* de hierbas, un humeante brebaje picante. *Blanca* estaba posada en el respaldo de la silla de Denet picoteándose las plumas, que caían al suelo.

—¿Cuándo vio por última vez a Eugénie?

Aimée oyó el sonido que producía al frotarse la cara, que estaba sin afeitarse.

—Debió de ser esa tarde. Estaba llevando la basura al patio. Me dijo que se marchaba.

—¿Que se marchaba?

—Iban a colocar el *permis de démolition*. —Denet le ofreció un trozo de manzana a *Blanca*, que picó la parte blanca y dejó la piel verde—. Iban a demoler el edificio. Pobre Eugénie, parecía agitada.

—¿Y eso, *monsieur* Denet? —quiso saber ella, y le dio un sorbo a su té.

—Lo único que me dijo fue que las cosas habían cambiado.

—¿Se fijó en si tenía alguna visita?

—Ya me lo ha preguntado —dijo él mientras acariciaba la cabeza de *Blanca*—. Estuvo una furgoneta aparcada delante un día antes o así.

Aimée sintió interés.

—¿Qué clase de furgoneta?

—Era azul, puede que gris. No. —Denet negó con la cabeza—. Marrón.

Frustrada, se agarró con fuerza a la parte inferior de la mesa cromada, y respiró profundamente.

—Por alguna razón en especial, *monsieur* Denet, recuerda esa furgoneta: ¿era de reparto, tenía el nombre de alguna empresa, o algún tipo de logo, quizá?

Aimée esbozó una débil sonrisa.

—Unas alas al lado de las letras. —Él también le sonrió—. Eso es.

—¿Recuerda el nombre? —le preguntó ella.

—Algo así como Euro-Photo —le contestó él—. Pero no estoy seguro. Eugénie conocía al chico.

—¿Cómo lo sabe, *monsieur* Denet? —preguntó Aimée.

—Llevaba cosas de un lado a otro —respondió—. Me parecía un poco raro que trabajara en mudanzas.

—¿Por qué?

—Cojeaba bastante —le contestó Denet.

Aimée pensó en el amable Gaston. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Le había estado llevando por el camino equivocado todo el tiempo, enviado adonde estaba el coche bomba, y pasado información que no servía para nada?

—¿Era un hombre mayor y cojo, *monsieur* Denet?

Blanca picoteaba unos granos de maíz que había sobre la mesa de café. Denet parecía absorto en sus pensamientos.

Aimée quería que le respondiera.

—Era joven como usted —contestó él—. De piel oscura. Con el pelo raro, como el suyo.

Aimée sonrió aliviada, en parte porque odiaba pensar que no tenía buen ojo para la gente, pero también porque le gustaba Gaston.

Archivó la información que le había dado, y prosiguió con la charla. Sacó la composición digital que había hecho René, y la dejó al lado de la tetera.

—Por favor, échele un vistazo a esto, *monsieur* Denet.

Él miró la fotografía, y negó con la cabeza.

—¿*Monsieur* Denet? ¿No es esa Eugénie?

—¡Déjeme en paz!

Denet negó con la cabeza con violencia.

Aimée se levantó.

Tules Denet seguía sentado, inmóvil, con la cabeza gacha.

—No hace falta que me acompañe a la puerta, *monsieur* —le dijo ella.

Se colgó el chaquetón de cuero del brazo. Lo único que se oía era el sonido de las garras de *Blanca* contra la superficie de cristal de la mesa.

—Rosas amarillas. Me gustaría enviarle rosas —le dijo Denet, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es Eugénie, ¿verdad? —dijo Aimée, y se sentó.

Él asintió.

—¿Puedo hacer una copia de la foto? Se la devolveré —dijo en voz baja.

—Quédesela, *monsieur* —le contestó ella.

Blanca se había posado en el hombro de Denet, y él la acariciaba distraídamente.

—A Eugénie le encantaban las rosas amarillas. Eran sus favoritas.

—Me aseguraré de que sea una docena —le dijo ella—. Tiene mi palabra, *monsieur* Denet.

Aunque tenga que cogerlas yo misma en el jardín del número 78 de la rue du Guignier, pensó ella cuando salía de la casa en dirección a la rue Jean Moinon. Recordaba esas rosas amarillas. Tenían que ser las rosas de Sylvie en la casa de Sylvie.

—Philippe —dijo ella inclinándose y hablando por el móvil fuera de la casa de Denet—. Tenemos que hablar.

—¿Qué demonios has hecho? —dijo arrastrando las palabras.

Sorprendida, Aimée se paró fuera del apartamento de Denet. Se quedó en la entrada, alerta a cualquier movimiento en la rue de Ménilmontant. Buscó a Claude.

—¿Dónde está Anaïs?

Aimée oyó salpicaduras, y un ruido sordo. Después, silencio.

—¿*Ça va*, Philippe?

—No metas a Anaïs en esto —dijo él.

—¿No estaba Sylvie protegiéndote? —le preguntó Aimée.

—Deja que me en-n-n-carge yo de esto —le interrumpió él—. ¡Eres problemática, y complicas las cosas!

—*Alors*, podrías estar metido en un lío —le dijo Aimée levantando la voz—.

XT196... ¿entiendes?

—Deja de entrometerte.

Philippe colgó violentamente el teléfono.

Tenía que hacerle entender. Y averiguar por qué Sylvie tenía otra identidad. Cogió un *foulard* de lana del bolso, se lo colocó alrededor del cuello, y fue en coche a su casa.

Cuando llegó a Villa Georgina, la casa de los de Froissart estaba a oscuras. Subió a la puerta lateral y llamó.

Silencio.

Había unas viejas ventanas con el marco de metal que daban al jardín. Una tenue luz brillaba encima de la cocina azul aga. Aimée miró por el cristal con burbujas de la ventana, y vio a Philippe con medio cuerpo encima de la mesa de pino. Contorsionado e inmóvil.

El pánico se apoderó de ella. ¿Estaría herido?

Llamó con fuerza a la puerta.

Ni se oía nada, ni nada se movía.

Probó en todas las ventanas. Finalmente, la más alejada se movió. Cogió una ramita del jardín, la introdujo y la movió una y otra vez hasta que sintió cómo cedía el pasador. La ventana se abrió con un chirrido.

Se subió el chaquetón, y trepó. Le vino un olor a güisqui. En el suelo había un charco ambarino. Philippe roncaba fuerte, totalmente borracho. Aliviada, lo sacudió varias veces. Balbuceaba y babeaba. Su canoso pelo estaba enmarañado y aplastado en un lado.

Philippe se había quedado dormido de la borrachera. Frustrada, quiso golpearlo en la cabeza... había desencadenado todo ese follón porque era incapaz de dejar el pajarito dentro.

¿O sí?

Al no poder hablar con Philippe, la única que se lo podía decir era Anaïs... y estaba desaparecida.

Aimée buscó en la cocina, en el teléfono del recibidor, en el estudio con paredes de caoba de Philippe, y en todos los cajones de su mesa de despacho. Nada indicaba dónde podía estar Anaïs. Miró debajo de las carpetas apiladas encima de la mesa, entre directivas ministeriales y prospectos comerciales.

Y fue entonces cuando vio que un sobre marrón llevaba una etiqueta que decía XT196. Dentro había cientos de fotos en blanco y negro de hombres argelinos que llevaban unas tarjetas con números sujetos a la camisa con imperdibles. Como las que había encontrado dentro de la bolsa de deportes.

¿Qué significado podía tener eso?

Miró más de cerca. Algunas tarjetas estaban sujetas directamente a la piel del pecho. Pero lo que le llamó la atención fueron los rostros más inexpresivos, intercalados con los que tenían el miedo en los ojos. Desconcertante.

No había texto. Sólo las caras.

En la solapa de atrás, vio algo escrito con lápiz. Emborronado. «Youssef» y un número. De nuevo el mismo nombre y número de teléfono.

Volvió a la mesa de la cocina, donde Philippe seguía roncando, profundamente dormido. Aimée abrió la nevera de acero inoxidable, y se puso un poco de Badoit fresca. Bebió la burbujeante agua mineral, y después hurgó en los bolsillos de Philippe. En uno de ellos había un recibo del Centre Hôpitalisation d'Urgence en Psychiatrie Esquiro para *madame* Sitbon. Por supuesto, tenía que ser Anaïs. ¡Sitbon era su apellido de soltera!

Aimée reconoció el hospital, famoso por su *centre de crise*, y no muy lejos de Père Lachaise en la rue Roquette. Bebió un poco más de Badoit, garabateó «Llámame» en una de sus tarjetas, se la metió a Philippe en su mano cerrada, y se fue.

En el cuarto piso de la clínica, Aimée rozó la mejilla de Anaïs con el dorso de la mano.

La mujer pestañeó y abrió los ojos.

—Qué bien ver una cara familiar —le dijo Anaïs con una débil sonrisa.

—Siento molestarte.

La habitación privada daba a los árboles de square de la Roquette. Al lado de la cama de hospital se oía el pitido lento y constante de un monitor.

—¿Cómo está mi Simone?

Aimée dio un respingo. Se sentía culpable, no había ido a ver qué tal estaba la niña.

—*Bien*, te echa de menos —mintió ella—. Mira esto.

Tenía en la mano otra foto que René había modificado... de Sylvie con la peluca roja.

—Sylvie se ponía peluca —dijo Anaïs—. A algunos hombres les gusta. Philippe es uno de ellos.

Pobre Anaïs.

—Hay más. Lo siento —dijo Aimée, e intentó controlar su nerviosismo—. He encontrado unas fotos extrañas.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Anaïs.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Aimée. No podía entender su desinterés.

—Philippe ha cambiado. Está muerto por dentro.

—Intenta olvidar. —Aimée negó con la cabeza—. *Tiens*, si estuviera muerto por dentro no bebería hasta quedarse inconsciente.

—Esto no se terminará hasta que el asesino... —Anaïs respiraba agitadamente, y más lágrimas bajaron por sus pálidas mejillas—, hasta que tú los atrapes. Su Sylvie pretendía ser otra persona, tiene que averiguar el por qué... su motivo. Esto no

acabará hasta entonces. Te contraté para que encontraras a quien mató a Sylvie.

Aimée lanzó un suspiro.

—Mira, Anaïs, estoy haciendo lo que puedo, pero tú y Philippe no habéis sido de mucha ayuda. He estado trabajando a tientas. Si sabías lo de las fotos, ¿por qué no me lo dijiste? ¡Es como si me hubieras dado media baraja para jugar a las cartas!

—El general —dijo ella limpiándose las mejillas.

Aimée se agarró con firmeza a la barandilla de la cama y se echó hacia delante.

—¿Qué has dicho?

—Recuerdo... que alguien dijo «general», quizá fue Sylvie... y después la explosión.

¿Qué querría decir con eso? ¿Qué Sylvie dijo eso en el apartamento?

Anaïs asintió.

—Sylvie dijo que habían ocurrido cosas terribles en Argelia. Philippe también lo sabía.

Aimée se preguntó si tendría algo que ver con esas fotos.

—¿Qué te dio Sylvie?

—Un sobre. Anaïs se frotó los ojos.

—¿Un sobre que tenía XT196 escrito en él?

—Lo tiene Philippe.

—¿Viste al general?

Anaïs negó con la cabeza.

—¿Oíste algo, alguna voz, algún ruido?

—Ese olor. —Anaïs entrecerró los ojos, como si intentar recordarlo pudiera traerlo de vuelta.

—¿Qué olor?

—Me siento tan estúpida —dijo ella—. Tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Qué olor, Anaïs?

—No lo recuerdo —contestó ella—. Philippe dice que me tengo que recuperar y que no me preocupe por Simone. —Los hombros de la mujer se contrajeron debajo del camisón del hospital—. Martine está llevando a la Simone a la *école maternelle*, pero quiero llevarla yo al colegio y estar con ella. Philippe dice que aquí estoy a salvo, pero quiero irme a casa. Tiene miedo, Aimée. Pero no sé por qué.

—Si alguien lo está chantajeando tengo parte de las pruebas —dijo Aimée, que intentaba hacérselo entender—. Está a salvo. Vendrá a por ti mañana.

—Regaliz —dijo ella.

Aimée se quedó inmóvil. Recordó al militar que masticaba regaliz en el circo.

—¿Te olía a regaliz en el apartamento de Sylvie?

Pero Anaïs ya había cerrado los ojos. Y de sus labios salían unos débiles silbidos.

Mientras caminaba por la fría noche de París, Aimée deseó poder creer que era verdad que Anaïs iba a estar a salvo.

Domingo, por la noche

Hamid se quedó mirando la rasgada bandera verde y blanca de Argelia.

—¿De dónde viene?

—Las discrepancias dentro del afl son cada vez mayores. Si no obedeces... — Walid dejó la frase sin acabar, y señaló la media luna roja suelta que abrazaba la estrella. Walid, otro *mullah* en su causa, parecía derrotado. Negó con la cabeza.

Los años de trabajo, los vínculos que había establecido, el movimiento que había creado... todo sería sabotado si Hamid no obedecía a su enemigo. Un enemigo tan cercano. Los franceses no tenían ni idea.

Hamid encajó con cuidado la luna roja en forma de hoz en la tela verde y blanca, y después dobló los trozos juntos. Si pudiera unir a su gente tan fácilmente...

Hizo un gesto con la cabeza a Walid; no podía ignorar la advertencia.

—Tengo que enjuagarme la boca; por favor, pásame el agua.

Después de beber un poco de agua del cuenco de bronce batido y de lavarse la cara, rezó, por primera vez, para que los *sans-papiers* lo perdonaran.

Domingo, a altas horas de la noche

Aimée no podía dormir. Por la ventana de su habitación entraba el débil zumbido de una barcaza, cuyas luces azules parpadeaban sobre el Sena. Reflejados en las puertas de espejos de su habitación, vio los oscuros tejados del Marais al otro lado del río.

Sentada en la cama, tenía el portátil encima de las rodillas, y en la pantalla se podía ver un revoltijo de números. El saldo de la cuenta de Sylvie/Eugénie en el Crédit Lyonnais.

Había estado intentando sacar algo en claro del dinero que había retirado y depositado, pero se le empezó a nublar la mirada.

En el patio, al que daba su otra ventana, había un peral con sus hojas en ciernes y nidos de pájaros. *Miles Davis* dormía acurrucado a su lado en la cama, y gruñía en sueños. Su peludo pecho blanco subía y bajaba en mitad de un intenso sueño.

Con el otro portátil, que tenía encima de unos libros grandes de medicina que usaba como mesita de noche, había estado conectada durante horas buscando vínculos con la cuenta del Crédit Lyonnais. Había metido el número de cuenta, y la había revisado para encontrar conexiones con cuentas de otros bancos, un trabajo tedioso. Hasta ese momento había probado en quince bancos, y sin éxito.

El dinero tenía que venir de algún sitio, y sabía que Sylvie hacía operaciones bancarias por Internet. El Minitel le había allanado el camino. Había limitado la búsqueda a aquellos bancos cuyos clientes pudiera acceder a sus servicios *online*. Pero como todos los bancos franceses estaban regulados por el Banque de France, no veía cómo Sylvie pudo haber lavado u obtenido dinero sin su conocimiento.

Desalentada, sólo le quedaban dos números más que comprobar cuando un depósito rutinario de mil francos respondió a su consulta. De inmediato, aparecieron en su pantalla una serie de números.

Por supuesto, ¡tenían que ser los intereses que producía la cuenta!

Se incorporó nerviosa, y empujó el edredón nórdico de plumón a un lado. Al seguir la fuente del número hasta una cuenta de tránsito, encontró un hilo al Bank of Commerce Ltd., cuya oficina central estaba en las Islas del Canal. Un destino idóneo para una cuenta en un paraíso fiscal, pensó Aimée. Buen sitio y anónimo. ¿Por qué no había pensado en eso?

Ahondó en su búsqueda, y accedió a la cuenta de las Islas del Canal. Tres grandes inyecciones de dinero habían inflado el saldo del Bank of Commerce desde el septiembre pasado. Pero igual que el flujo y el reflujo de la marea, cuando una cantidad significativa se retiraba, esta era reemplazada por otra. Sin embargo, lo que llamaba la atención era el saldo actual de casi cinco millones de dólares americanos (o unos tres millones de libras esterlinas). Aimée soltó un grito ahogado. No era de extrañar que Sylvie pudiera permitirse unas perlas Biwa o tirar unos zapatos de

Prada.

Su sorpresa se unió a la sensación de que ese asunto le quedaba grande. Algo olía a podrido. Volvió hacia atrás, y revisó las cantidades depositadas en los últimos doce meses. Varios depósitos habían hecho que su saldo ascendiera, en cierto momento, a veinte millones de dólares.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono. *Miles Davis* se despertó con un bufido.

—Aimée —dijo René, en un tono de voz excitado—. Agárrate al portátil.

—¿Has averiguado lo mismo que yo? —preguntó ella.

—Sylvie nació en Orán —le dijo él—. Por eso llevó tiempo identificarla en el *fichier* de Nantes.

Sorprendida, Aimée le dio a «guardar» en los dos portátiles, y acarició al perro.

—Bravo, René —dijo ella—. Sigue.

—Fíjate —le explicó René—. Su nombre verdadero es Eugénie Sylvie Cardet. Su familia dejó Argelia en el éxodo. Terminó en la Sorbona, en una de las clases de Philippe.

—Estoy impresionada, René —reconoció ella—. ¿Descifraste el código del *fichier*?

—Hace unas horas —le contestó él—. Son una mina de información. Parece ser que se unió al Partido Socialista y, después, a la Liga Árabe de Estudiantes, que, según mis amigos árabes de Internet, se convertiría más tarde en el afl.

Aimée cogió su cuaderno. Sobre la hoja cuadriculada dibujó un diagrama con los vínculos que Sylvie tenía con Hamid y Philippe.

—Así que aquí está su conexión con Hamid —dijo ella—. Lo conoce desde finales de los años sesenta. Su dirección es 78 place du Guignier, ¿no es así?

—Qué rápida, Aimée —dijo él—. Pero el punto más interesante es su padre —siguió René—. León Cardet, un *caporal* de la oas.

Aimée rodeaba con su brazo a *Miles Davis*, que se había acurrucado con las orejas de punta al oír la voz de René. Aimée se incorporó.

—*Attends*, René, ¿no hubo un Cardet en el golpe de estado para echar a de Gaulle?

—Uno de los muchos golpes que hubo. —René se rió entre dientes—. Pero sí, tienes razón, cogieron a Cardet. Un *mec* desagradable.

—Entonces si Sylvie tenía un padre así y se unió a Hamid y después se convirtió en la amante de Philippe, pudo haberse estado rebelando contra su propio padre y todo lo que él representaba. —Aimée estaba cada vez más excitada—. ¡Sylvie pudo haber estado ayudando al desamparado!

—Exactamente —dijo René—. Parece que en los sesenta a Cardet y a sus compinches de la oas les gustaba deshacerse de los cuerpos tirándolos al canal Saint Martin.

A Aimée le entró un escalofrío. Se imaginó el estrecho canal bordeado de árboles, las esclusas de metal, y la capa de suciedad arremolinada en la superficie.

—Existen ciertos problemas con esa teoría, René —le dijo ella—. Gaston me contó que facciones enfrentadas de Argelia tiraban allí los cuerpos. Aquellos que ayudaban a los franceses o no apoyaban al fln cavaban su propia tumba acuática.

Al otro lado del teléfono hubo una pausa.

—Cardet pudo haber estado jugando en los dos bandos —dijo René lentamente—. O usaba la tapadera para deshacerse de objetivos de la oas, y se los atribuía al fln.

—Interesante —dijo ella—. Puede que tengas razón. —Recordó las fotos granuladas de Cardet en su juicio, con una arrogancia llena de desprecio incluso cuando estaba siendo sentenciado—. Pero si Sylvie estaba ayudando a Hamid. ¿Por qué tenía millones en una cuenta en un paraíso fiscal?

René silbó cuando le contó lo que había encontrado en la cuenta de las Islas del Canal. *Miles Davis* aulló cuando oyó el silbido.

—Espera un minuto —dijo él—. ¿Y si Sylvie recibió fondos en una cuenta en un paraíso fiscal como las Islas del Canal, y se lo entregó al afl?

—Aguarda.

Aimée hizo una pausa.

—La conexión con el afl no está clara —dijo ella mientras se devanaba los sesos intentando saber qué era lo que se le escapaba—. El afl parece más una operación de base y de bajo coste. Abordan los problemas de todos los inmigrantes, no sólo de los argelinos.

Se puso sus pantalones negros de cuero.

—René, déjame que intente algo. Te volveré a llamar.

—*Bien* —dijo él—. Buscaré más vínculos en el *fichier*.

Después de ponerse un enorme jersey de lana, se llevó los portátiles, por separado, a su estudio. Su ordenador de mesa tenía más memoria y en menos de treinta minutos, los tres ordenadores estaban trabajando. Los dos portátiles ejecutaban sin cesar programas de codificación de *software* para acceder al banco que ingresaba dinero en la cuenta que Sylvie tenía en el paraíso fiscal.

Aimée se sentó delante del enorme ordenador, e indagó en la fuente de financiación del afl. La única cuenta que pudo localizar fue una cuenta comercial que el afl tenía en el *Crédit Agricole* con menos de un cuarto de millón.

Lunes, a primera hora de la mañana

—¡La cuenta del afl es calderilla comparada con la de Sylvie! —exclamó René treinta minutos más tarde al teléfono. Alzó la voz—. ¿Por qué no hablas con Philippe?

—Créeme, lo estoy intentando —le contestó ella.

—¿Me puedes enviar el hipervínculo? —le pidió él—. Me gustaría probar una cosa.

—Claro —dijo ella.

Miles Davis gruñó y tocó la ventana con la pata.

El sol se había elevado en toda su gloria dorada sobre el Sena. El amanecer pintaba los tejados. Debajo de su ventana, en el quai, vio a varios hombres con monos azules y pastores alemanes. Su corazón latía deprisa. Vigilaban su ventana.

—René, no me gusta lo que está ocurriendo debajo de mi ventana —dijo ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nos vemos en la oficina? —le preguntó ella—. Salgo ahora.

Envió por correo electrónico la información sobre la cuenta de Sylvie y del afl a su oficina, llamó a un taxi, y metió el portátil en la bolsa. Dejó las luces encendidas y el comedero de *Miles Davis* con comida. Se puso una peluca negra y un impermeable largo encima de su chaquetón de cuero. Cuando el taxi se detuvo al lado del bordillo del quai d'Anjou, Aimée se escondió en el asiento de atrás.

Tenía muchísimas ganas de un cigarrillo, pero en su lugar, se metió en la parada de metro del Pont Marie, introdujo su billete en el torniquete, y se dirigió al andén más cercano. Antes de llegar a las escaleras, se quitó la peluca y el impermeable, y los tiró a la papelera.

Se unió a los trabajadores de primera hora de la mañana del lunes que desfilaban delante de ella. Las voces de los mendigos que pedían una limosna resonaban en las paredes de azulejo.

Se sentó en el asiento de plástico a mirar y a pensar. ¿Los que la vigilaban eran el séquito de Elymani u hombres enviados por Philippe?

Se apoyó contra el mapa del metro que había colgado en la pared, con los nombres de las estaciones borrados por la infinidad de dedos que los habían tocado. Una brillante y roja máquina expendedora Selecta, que había en el andén, no le dejaba ver el otro extremo. Pero cinco minutos más tarde, se imaginó que había dado esquinazo a los hombres que la perseguían.

Marcó el número de su oficina.

René contestó a la primera.

—Creo que deberías venir aquí, Aimée —dijo él.

—Hago lo que puedo —dijo ella—. ¿Qué ocurre?

—Las cosas se han vuelto peligrosas —le explicó él en voz baja—. Gracias a Philippe.

—¿A qué te refieres?

—Hay un *mec* enorme aquí sentado que dice que no cumplimos con las normas.

—¿Que no cumplimos con la normas?

—Una infracción de la ordenanza —dijo René—. Algo relacionado con el espacio que alquilamos y los impuestos que pagamos.

—Dime, René —dijo Aimée—. ¿El *mec* tiene la cabeza afeitada y ojos saltones?

—Así es —respondió él.

—Dile que nuestro último ajuste debería ser suficiente —le pidió ella—. Mejor dicho, deja que yo misma se lo diga.

Oyó un ruido sordo.

—*Allô?*

—Claude, ¿qué ocurre?

—Represento al tribunal que verifica la renta según el espacio y la comodidad —dijo él—. Vuestra última evaluación de la *surface corrigée* no es válida.

—No según su informe —le corrigió Aimée—. Llévalo al tribunal de apelación.

—Ya lo he hecho —dijo él.

La respuesta de Aimée se le quedó atrapada en la garganta.

Dédé caminaba por el otro andén. Sus pasos resonaban en las paredes de azulejos con sus gigantes pósteres arqueados. Los clones de Muktar se movían con cuidado entre la multitud. Venían en su dirección.

—Claude, esto es entre Philippe y yo —le dijo, mientras examinaba a la gente—. Dile a René que puede que me retrase, pero estoy de camino.

Colgó. Estaba sentada en medio del andén. Los asientos estaban ocupados por una mujer mayor y unos estudiantes de instituto. Unos trabajadores con traje se agrupaban a su alrededor, pero iban a coger el siguiente tren. Estaba claro que buscarían primero a una mujer con el pelo negro, pero Dédé y los otros *mecs* conocían su cara. La verían si se levantaba.

¿Debería meterse en el tren en cuanto llegara a la estación? El siniestro bulto de los bolsillos de las chaquetas de los dos *mecs* que se acercaban a ella le hizo pensar que llevaban silenciador. ¿Y ella qué tenía? Una Beretta en su abrigo de piel falsa de leopardo... en la oficina.

Lunes, a primera hora de la mañana

Bernard se detuvo delante de las enormes puertas de Notre-Dame de la Croix. Tenía barba de varios días, y hacía dos que no se cambiaba de traje.

Esa vez no le habían permitido la entrada. Las cámaras rechinaban y disparaban los *flashes*, los periodistas le pegaban el micrófono a la cara, y las cámaras de informativos captaban el acontecimiento, cada tic de su cara. Policía uniformada de las crs flanqueaban las escaleras en formación detrás de él. Por una vez, el sol de abril brillaba despiadadamente, e iluminaba la plaza, a los manifestantes, a la policía y a los periodistas. Los manifestantes coreaban en alto: «¡No rompáis familias... dejad que se queden!». Así lograban que no se oyera a los reporteros.

Guittard había ordenado a Bernard que vaciara la iglesia, que enviara a los *sans-papiers* al aeropuerto y escoltara a los demás al centro de detención de Vincennes si se resistían.

Bernard no podía detener a Hamid; el hombre tenía papeles y hasta entonces no había quebrantado ninguna ley. No quería que ninguno de ellos fuera a prisión, ya que se convertirían en mártires por la causa y frustraría su objetivo. Por supuesto, Guittard no accedió.

Con el alboroto y la confusión que lo rodeaba, Bernard se sentía curiosamente desligado, como si estuviera flotando encima como una nube, viendo cómo se desarrollaba la escena.

Le pusieron el megáfono en la mano. Nedelec, sereno e impecable con su impermeable de Burberry, le hizo un gesto con la cabeza. Bernard, inmóvil, tenía la vista fija. Se fijó en el fino bigote de Nedelec y en la mandíbula tensa del capitán de las crs.

Bernard abrió la boca, de la que no salió sonido alguno.

Nedelec le dio un codazo discretamente.

«*Monsieur* Mustafa Hamid», comenzó él, con la boca seca y su voz en un susurro. «*Monsieur* Hamid, las autoridades han reexaminado todos los casos de inmigración». Bernard se aclaró la garganta, y habló más alto. «Por ahora han decidido que se le concederá permiso para quedarse a un treinta o cuarenta por ciento de los *sans-papiers*, debido a circunstancias atenuantes. En especial, a aquellos casados con ciudadanos franceses o cuyos hijos nacieron en Francia antes de 1993».

No hubo respuesta.

«Lamento informarle de que, por orden del Ministerio del Interior y de acuerdo con las leyes de Francia, debo pedirle que abandone el edificio».

Hubo un profundo silencio, roto sólo por el sonido de una bandera en la que habían escrito toscamente «Derechos humanos, no inhumanos», que ondeaba al viento.

Poco después, Bernard se encogió cuando un policía clavó un hacha en la puerta de la iglesia, y las astillas saltaron por los aires. Los manifestantes bramaron. Y fue entonces cuando se desató la violencia en la plaza.

Los policías de las crs, atacados por la turba, entraron precipitadamente, porra en mano, en la iglesia. Los pacíficos *sans-papiers* gritaron, ya que pensaban que estaban siendo atacados, y se prepararon para defenderse. Bernard estaba aplastado contra la pared de la iglesia, entre un cámara y su videocámara.

—¡Mire lo que ha hecho! —le gritó el hombre, que se refería a su equipo destrozado.

Pero la conexión era en directo, y la acusación en contra de Bernard estaba siendo retransmitida a toda Francia, a millones de hogares.

Esposaron a las mujeres y a los niños juntos, y los escoltaron afuera. Cuando pasaron a su lado, vio al pequeño Akim dormido en los brazos de su madre. Aunque su rostro oculto por el chador no revelaba nada, a través de velo pudo oír un murmullo de palabras airadas.

Si no lo odiaban antes, no había duda de que ya sí.

Lunes, por la mañana

Tensa y cautelosa, Aimée estaba de pie en el andén del metro cuando el tren anunció su llegada con un sonido atronador. Oyó el chirrido de las ruedas, y olió a goma quemada. Se ocultó el rostro con lo que quedaba de su periódico. Ni Dédé ni los mecs la habían visto todavía. Pero tuvo miedo cuando se vació el andén.

Y en ese momento supo lo que tenía que hacer.

Mientras rompía el cristal de la caja roja de emergencia con su minidestornillador, gritaba:

—¡Mi bebé se ha caído a la vía!

Y tiró del interruptor.

Todo el mundo se giró hacia la línea eléctrica, los frenos del tren chirriaron, e hicieron que se detuviera con una violenta sacudida. Los pasajeros chocaron contra las ventanas.

Los pasajeros de los andenes miraron a su alrededor y preguntaron:

—¿Dónde está el bebé?

De un altavoz le llegó un mensaje grabado: «Como procedimiento habitual no se permite que ningún tren prosiga sin que antes el personal del metro despeje la vía».

El rumor de preocupación se convirtió en un murmullo de descontento. Aimée se quería perder entre la multitud. Dédé y los mecs inspeccionaban el andén, y cuando chocaban con alguien echaban un buen vistazo antes de pedir disculpas. Aimée se dirigió a los hombres que estaban de pie a su lado, con traje, maletín y periódico bajo el brazo. Eligió al que tenía los ojos más bonitos, y llevaba un impermeable largo.

—¿Con que fingiendo que no me conoces? —dijo ella, y metió los brazos debajo de su impermeable y rodeó con ellos al hombre.

No era feo visto desde más cerca. Y olía bien, como si se hubiera acabado de duchar con jabón de lavanda y aceite de oliva. Le puso un dedo en los labios.

—Chis, será nuestro secreto.

—¿Te conozco? —le preguntó el hombre, con una expresión mezcla de feliz sorpresa y desconfianza en el rostro.

—No seas tímido —respondió ella—. Yo no me he olvidado.

Le bajó la cabeza, para taparse con ella, y empezó a besarlo. No cerró los ojos, para así vigilar el andén. Uno de los mecs de Dédé se había parado a su lado.

—Estás incluso mejor de lo que recordaba —le suspiró al oído, colocó sus brazos alrededor de ella, y lo llevó hacia la pared revestida de azulejos del metro. Vio que llevaba anillo de casado—. Deja que te disfrute un poco más: tu mujer no lo sabrá.

—Creo que te equivocas de persona... —murmuró él. Pero no se apartó.

Lo atrajo más hacía ella, y avanzaban lentamente hacia la salida del metro.

—Ya he oído eso antes. Sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

Él arrugó los ojos, divertido.

—¿Quién dijo que pararas?

—Me voy a marchar —dijo ella, subiendo las escaleras de espaldas—. *Merci* por tu ayuda.

—Cuando quieras —dijo él con una sonrisa, y buscó en su bolsillo una tarjeta de visita.

Pero ella ya se había ido.

Veinte minutos más tarde, Aimée cerró de un portazo la puerta de su oficina.

Del sobresalto, a René se le cayó el libro que estaba leyendo.

—Claude se acaba de ir —dijo él negando con la cabeza—. Ese hombre tiene unos ojos inquietantes.

Aimée recogió el libro de René del suelo.

—¿Leyendo de nuevo? —preguntó ella, y leyó el título, *Mi vida con Picasso*, de Françoise Gilot.

—Picasso aparecía y desaparecía de su vida —le explicó él—. Una relación tormentosa.

Aimée esbozó una sonrisa irónica.

—Como Yves —asintió ella—. La pena es que no se quede lo suficiente para que nuestra relación sea tormentosa.

Se quitó rápidamente la ropa mojada, y le dio una patada al radiador para ponerlo en funcionamiento. En el armario encontró unas medias de lana, una falda negra, unos botines, y una parka para la nieve de rayas plateadas que se puso encima de un jersey negro.

Devuelta en la oficina, abrió su bolsa, le dio unos disquetes a René, y sacó su portátil. Mientras se encendía el ordenador, miró el reloj.

—Pongámonos a ello —dijo Aimée—. Puede que no tengamos mucho tiempo.

—¿Vamos a coger un avión?

—Dédé se está acercando demasiado —le dijo ella.

Le habló de los hombres que vigilaban su apartamento y el metro.

René se subió a su silla ortopédica, y encendió su terminal. El teléfono de Aimée empezó a pitar.

—Deja que te dé una batería adecuada, Aimée —le dijo él, y le entregó una nueva—. Inténtalo con esta.

—Me han estropeado el teléfono —le explicó ella—. Y también el reloj. Desde mi visita a la edf.

René dejó la batería sobre la mesa de Aimée.

—Ahora mismo —dijo ella— quiero saber por qué Sylvie hacía negocios con Dédé.

—Imagínate lo siguiente. Si Dédé conoce a todo el mundo en Belleville —le dijo

René—, puede que sea él al que la gente utiliza para entrar en contacto con la red *maghrébin*.

—Interesante —dijo ella—. Pero antes tenemos que ahondar un poco.

Tras comprobar los vínculos del banco de Sylvie en las Islas del Canal, ya había encontrado las transferencias de dinero.

—Mira, René, los depósitos vienen del Banco de Argel —dijo emocionada—. Varios millones cada vez.

René abrió la cuenta del Banco de Argel en su pantalla, y entró en ella.

—Las he encontrado —anunció él—. Mira, las transferencias son de AlNwar Enterprises.

Aimée miró detenidamente la pantalla, y vio una larga lista de ellas. Se volvió a sentar; algo le resultaba familiar.

—¿Por qué AlNwar Enterprises iba a ingresar dinero por medio del Banco de Argel a una cuenta en las Islas del Canal al nombre de Eugénie Grandet? —dijo ella, y giró la silla hacia el terminal de la oficina y lo encendió.

—Me huele mal —dijo René.

—Supongo que es hora de informarnos sobre AlNwar.

Después de hurgar en un servidor de una red árabe, descubrió la escritura de constitución de la compañía y los estatutos para establecerse como sociedad anónima, requeridos por el gobierno francés para cualquier contrato.

No había nada ilegal en eso.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta. La noche de la explosión, Philippe le presentó a Kaseem Nwar, que estaba con Olivier Guittard, y los dos le insistían a Philippe para que aprobara cierto proyecto y misión humanitaria. Recordó la tensa reacción de Philippe y cómo la sacó de allí rápidamente. Después lo vería en un café en Belleville. ¿Formaba Kaseem Nwar parte de AlNwar?

Accedió a los archivos de la compañía. Descargarlos le llevó tiempo.

Aimée pensó en las fotografías de los hombres con los números clavados al pecho. Todos argelinos.

Sintió curiosidad, y en el ordenador buscó información sobre AlNwar mientras René se concentraba en la cuenta de Philippe de Froissart. Aimée siguió buscando datos sobre la estructura de la compañía, la lista de accionistas y empleados. Cuando la encontró, se levantó y lanzó un silbido.

—Kaseem Nwar es el director —dijo—. Parece ser que le gusta el nepotismo.

—¿Por qué?

—La mayoría de sus empleados y accionistas son Nwar también.

—¿Qué tipo de empresa es? —le preguntó René—. ¿Maquinaria pesada o algo en conexión con el petróleo?

Aimée negó con la cabeza.

—Importación de joyas —le contestó ella. Qué extraño—. ¿Qué tendrá eso que ver con un proyecto relacionado con la ayuda humanitaria?

—¿Perlas para las masas?

—Eso es, René —dijo ella mientras lo cogía del brazo emocionada—. ¡Perlas! La perla del lago Biwa. No dejo de decirte que eres un genio. Y es que lo eres.

Él sonrió.

—No voy a ser yo el que rechace un piropo, ¿pero dónde encaja todo eso?

—Todavía no lo sé, pero me estoy acercando —respondió Aimée, incapaz de sentarse. Andaba de un lado a otro.

Todo estaba allí. De alguna forma. Tenía que juntar las piezas. Averiguar dónde iban las partes que no encajaban. Una pieza grande era Mustafa Hamid y el afl; creía que formaban parte de ello. De alguna manera, ese era su sitio.

—AlNwar enviaba enormes sumas de dinero a Sylvie —dijo ella—. ¿Por qué? ¿Eran sobornos para que Philippe otorgara contratos a AlNwar?

—Pero ¿un negocio de joyería? —preguntó René—. A menos que AlNwar esté al frente de otro tipo de empresa.

Aimée se volvió a sentar y buscó en los archivos de AlNwar. Había dos compañías que eran sus filiales: NadraCo y AtraAl Inc.

Pero no encontró nada más.

René no pudo entrar en el Banque de France. Los bloqueaban a cada momento.

Se puso de pie y se estiró.

—Aimée, si entraron los sobornos, están ocultos —dijo René, aspirando el aire con la boca entreabierta—. Lleva tiempo descubrirlos. Todas mis herramientas están en mi base de datos en casa.

Antes de irse le prometió que la llamaría cuando averiguara algo.

Aimée se sentía frustrada: sabía que existía más información. El problema era cómo encontrarla.

Tenía que simplificarlo más, y comenzar con lo que sí sabía.

Entró en el Ministerio de Defensa. Usó una contraseña segura del Gobierno, una de las muchas que René mantenía vigente, cortesía de sus conexiones siempre variables; encontró una lista de proyectos financiados por el ministerio. Entonces, refino la búsqueda a proyectos cuya financiación estaba todavía bajo consideración.

Cientos.

Inspiró y la limitó a aquellos relacionados con Argelia. La lista disminuyó considerablemente. Mientras se imprimía, se sentó delante de la mesa de su socio.

En su terminal, accedió al *Fichier National* a través de la conexión de René, porque si el Gobierno no te cogía cuando nacías, siempre lo hacía cuando estirabas la pata.

Sabía que cuando nacieron Mustafa Hamid y su hermano Sidi, Francia consideraba a Argelia más que una colonia. Incluso más que una extensión de Francia más allá del Mediterráneo, un departamento. Sin embargo, a la hora de votar esto no se tenía en cuenta. Los argelinos no podían hacerlo; Argelia pertenecía a la *République* como si fuera la invitada a una boda y nunca la novia.

Aimée se imaginaba que si Hamid o Sidi emigraron a Francia, probablemente habrían pagado algún tipo de cuota de solicitud, recargo o impuesto.

En el caso de Hamid, encontró su *carte bancaire* a través de su fecha de nacimiento y número de la *Sécurité Sociale*. No apareció el nombre de ningún familiar directo, sólo un Sidi, H., como padre, y Sidi, S., como madre, ambos fallecidos. Introdujo el nombre Djeloul Sidi. Salió el nombre de soltera de su esposa, El Hechiri.

Aimée abrió los ojos de par en par cuando apareció una referencia cruzada a Kaseem Nwar. Le resultaba extraño.

Más adelante, los archivos indicaron que El Hechiri había estado casada con Kaseem Nwar de 1968 a 1979. Aimée miró con más detenimiento y volvió atrás. Los archivos de Sidi mostraban que había estado casado con El Hechiri de 1968 a 1979, los mismos años.

Aimée se echó hacia atrás en la silla y silbó. Había cambiado de nombre, y el ordenador no lo había pillado... simplemente creaba una referencia cruzada.

Recordó cuando lo vio aparecer en el café, cuando le contó cómo traía comida a los *sans-papiers*. ¿Por qué no dijo simplemente «Vi a mi hermano»?

Pensándolo bien, ¿por qué no admitió que le había enviado millones de francos y perlas del lago Biwa a Sylvie? Pero por otra parte, ella tampoco le había preguntado.

Revisó los nombres de la lista de proyectos argelinos uno a uno, y los marcaba hasta que encontraba uno que le sonaba.

Llevó la lista al mapa de Argelia que tenía colgado en la pared, siguió el recorrido del Atlas, y señaló la zona al sur de Orán. Otrora un baluarte de los *fellaghas* rebeldes contra los franceses, la zona se había convertido entonces en un páramo donde tiraban municiones. El ejército la declaró zona restringida.

Se había quedado pasmada, y volvió a sentarse. Le resultaba difícil creer lo que acaba de descubrir.

Sabía lo que tenía que hacer.

Su teléfono, ya cargado, indicaba que había varios mensajes de voz. Intentó no hacerse ilusiones con que Yves le hubiese dejado un mensaje. Pero cuando los escuchó, los tres eran de la misma persona.

—Aimée. —Era Samia, su voz era aguda y su respiración entrecortada—. ¡Coge el teléfono!

En el último mensaje Samia había mascullado rápidamente un número de teléfono. Estaba muy asustada.

Aimée escuchó el número varias veces para asegurarse de que lo había escrito bien. ¿Había conseguido Samia el contacto de los explosivos? ¿Debería creerla? La última vez que lo hizo, le dispararon.

Aimée le dio a rellamada. Cogió el teléfono una mujer, que le informó de que era un teléfono público de la rue des Amandiers, pero que si quería comprar éxtasis le haría un buen precio.

Aimée colgó y probó a marcar el número que le había dejado Samia.

—*Oui* —contestó una voz después de seis tonos.

—Samia me ha dado este número —dijo ella, sin dar más información.

Hubo una pausa.

—¿Quién es?

—Aimée. ¿Está Samia?

Otra pausa larga.

—Ya debería estar aquí.

—Me gustaría pasarme.

—Vuelva a llamar.

Y colgó.

Nadie respondió las tres veces que lo intentó después.

¿Le habría dado Samia el número de los explosivos? Le sonaba ese número. Lo comprobó en la carpeta que tenía en la bolsa. Encima del mismo número estaba escrito «Youssef». Su corazón empezó a latir deprisa. Recordó las palabras de Denet. En su Minitel buscó Euro-Photo. Encontró el mismo número con la dirección de un laboratorio en la rue de Ménilmontant. Ya sabía que estaban relacionados.

Volvió a marcar el número. Contestó la misma voz.

—Por favor, no cuelgue, escúcheme —le pidió Aimée—. Creo que tiene algo que quiero ver.

—¿Quién es usted? —le preguntó la voz.

—Encontré su nombre en la carpeta XT196 —le explicó ella—. ¿Sacó usted las fotos?

La voz colgó el teléfono violentamente.

Se metió la Beretta en la cinturilla de la falda, y se puso los guantes y la bufanda larga de lana.

En el pasillo, bajó por la escalera de incendios que había en la parte de atrás, y se encaminó hacia el metro.

La mugrienta entrada del laboratorio Euro-Photo se encontraba en la parte de atrás de un patio atestado de camiones y furgonetas.

Una vez dentro, Aimée se apoyó en el mostrador de formica. Le llegó el olor a químicos para el revelado y el sonido de las máquinas de impresión. De las paredes colgaban enormes fotos de mezquitas de mármol blanco e instantáneas de playas de fina arena y de un Mediterráneo azul zafiro.

Por una sucia ventana que estaba abierta, Aimée pudo ver que entraba en el patio una furgoneta de la empresa.

—¿Quiere hacer un encargo? —preguntó una sonriente joven de ojos oscuros, que

tenía la cabeza cubierta por un pañuelo.

Desde detrás del mostrador, le pasó a Aimée una hoja de pedido.

Aimée le devolvió la sonrisa.

—En realidad, necesito hablar con Youssef acerca de un revelado —dijo ella—. ¿Está libre?

Ella retrocedió mientras negaba con la cabeza.

—No hay ningún Youssef aquí.

—Pero hablé con alguien...

—Tenemos encargos en todo momento —dijo la chica alejándose de ella—. Debió de entenderlo mal.

La joven tenía miedo, pensó Aimée, estaba ocultando algo.

—Sí, por supuesto, tienes razón —dijo ella sin pararse a pensar—, soy terrible con los nombres. Me ayudó un hombre, que parecía tener mi edad. Cojeaba.

De la parte de atrás del laboratorio salía un fuerte zumbido, y unas luces verdes parpadeaban.

—Me parece que ha venido al laboratorio equivocado —dijo la chica, y señaló hacia atrás—. Inténtelo en el que hay en la rue de Belleville.

La chica se dirigió rápidamente a la parte de atrás.

—Pero, por favor, ¿no puedes...?

—Lo siento —respondió ella, con los labios apretados—. Tengo que cumplir con un programa de producción.

Cuando Aimée se encaminaba hacia la parte de atrás cercana a la furgoneta, ya había ideado un plan. Movi6 un poco la puerta de la furgoneta para abrirla, cogió unas cajas grandes de papel fotográfico, y entró en la parte de atrás.

Oyó que alguien discutía en alto en árabe. La mujer del pañuelo estaba con otra mujer corpulenta, y señalaba el mostrador. Delante de Aimée, una enorme impresora escupía pósteres en formato grande, y los arrojaba en una rueda giratoria. Aimée sabía que tenía darse prisa. La mujer la echaría de allí antes de que pudiera encontrar a Youssef.

Unos hombres llenaban cajas de cartón cuando los pósteres salían de la rueda. Ninguno de ellos tenía el pelo de punta como había dicho Denet, así que siguió buscando. Subió una escalera de caracol que había atrás, y daba a otra parte del laboratorio. Allí descubrió un laberinto de atestadas oficinas.

—Se supone que Youssef tenía que revisar este pedido —murmuró ella a un anciano que manejaba una vieja máquina de sumar.

—Déjeme ver —dijo él, y se colocó las gafas en la frente.

Aimée apoyó las cajas en el borde de la mesa, y fingió que pesaban mucho.

Sonó el teléfono del hombre; lo cogió e inmediatamente empezó a presionar las teclas de la máquina.

—Lo siento, pero tengo más entregas —dijo ella mientras tamborileaba sobre las cajas con las uñas.

Él levantó la mirada, y señaló el largo pasillo.

—Por ahí. No reconozco el pedido —dijo él—. Pásese por aquí antes de salir.

Aimée salió disparada antes de que el hombre cambiara de opinión. Se imaginaba que ese edificio del siglo XIX conectaba los apartamentos en la parte de atrás. Debajo de sus pies, las máquinas hacían que el suelo vibrara.

Después de mirar en cuatro oficinas polvorientas que había en el ala siguiente, vio una figura que estaba encorvada sobre una composición fotográfica, marcando las instantáneas con un rotulador rojo.

—¿Youssef? —preguntó Aimée, y dejó las cajas en el suelo.

Una joven de pelo corto de veintitantos años alzó la vista. Tenía mirada insegura.

—Soy Youssefa —dijo—. ¿Qué necesita?

Ahora tenía sentido. No era de extrañar que la mujer de abajo le dijera que no había ningún Youssef.

Denet la había tomado por un hombre cuando la vio en el patio de Eugénie. Youssefa parecía joven, pensó Aimée. Su pelo blanco como la tiza hacía resaltar su piel morena. Unas cicatrices en forma de media luna le iban de la sien al ojo izquierdo.

—¿Dónde está Samia?

—Se fue —contestó ella, cautelosa—. ¿Quién es usted?

—Una amiga.

La chica la miró de arriba a abajo.

—No eres su tipo —dijo ella.

—Samia me dejó un mensaje. Parecía asustada —le explicó Aimée.

Youssefa se encogió de hombros.

—¿Qué me puedes decir de las fotos XT196?

La expresión en el rostro oscuro de la chica pasó de la curiosidad al terror en unos segundos.

Soltó el rotulador, se echó hacia atrás y chocó con una silla.

—Sé que fuiste al apartamento de Eugénie, ¿revelaste tú esas fotos para ella?

Youssefa se movió deprisa, y rodeó la mesa. Cuando empezó a correr hacia el pasillo, se le notó la cojera.

—Por favor, Youssefa, ¡espera!

Dejó las cajas en el suelo, y fue tras ella.

Aimée chocó contra una pila de viejas latas de película, que se desperdigaron por todo el suelo de madera. Resbaló y cayó encima de las latas con una mueca de dolor cuando lo hizo sobre la cadera dolorida.

Youssefa ya no estaba.

Aimée se levantó lentamente. Se figuró que la chica sólo pudo haber entrado en el laberinto que había delante, ya que detrás de ella el pasillo no tenía salida. Las ventanas que daban al aparcamiento del patio estaban abiertas. Desde abajo, le llegó una voz inconfundible. Se detuvo a escuchar. Describió su pelo, su chaqueta, y decía

que le debía dinero a su jefe.

Dédé.

¿Cómo la había encontrado? A menos que la viera salir por la parte de atrás de la oficina. O... su corazón empezó a latir más deprisa. No quiso ni siquiera pensar en esa posibilidad. A menos que amenazara a René. Pero él no sabía adónde había ido, no se lo había dicho.

Oyó un ruido que provenía del oscuro pasillo. Esa era la única dirección que pudo haber tomado Youssefa. La siguió, guiándose por el ruido.

La chica estaba golpeando la puerta de emergencia, que se encontraba atascada. Cuando vio a Aimée, retrocedió como un animal arrinconado a punto de atacar.

—Deja que te ayude, Youssefa. También me persigue alguien.

—Destruí los negativos —le dijo, con la voz quebrada—. Déjame en paz.

¿Por qué destruir las pruebas?

—Estoy de tu parte, en cuanto salgamos de aquí te lo demostraré —dijo Aimée—. Me persigue un mec llamado Dédé.

Youssefa parpadeó con su ojo bueno.

—Mira por la ventana y compruébalo tú misma —continuó ella—. Dédé está decidido a encontrarme, pero tampoco es mi tipo.

Se imaginó que si salían de allí, arrinconaría a Youssefa y se sentaría encima de ella hasta que le dijera qué significaban las fotos y por qué había destruido los negativos.

Le dio varias veces a la puerta con el tacón hasta que se combó y abrió.

—Tú primero —dijo Aimée.

—Dédé es un cerdo —dijo Youssefa, que dudó pero al final salió cojeando.

—No te voy a contradecir en eso —le contestó Aimée, que la siguió.

Se preguntó por qué la señal decía «Salida» si esa maraña de estrechos pasillos, con techo de claraboyas, claramente daba a otro edificio en vez de al exterior.

Youssefa abrió la última puerta que había al final. Entraron en un pasillo, amarilleado y rayado, y pasaron por delante de un oscuro hueco de escalera. La chica sacó una llave y abrió una puerta.

La invadió una sensación de inquietud, pero se imaginó que eso sería mejor que lo que le esperaba detrás. Entraron en las habitaciones de atrás de un pequeño apartamento.

El papel de pared de tejido adamascado rojo, los viejos candelabros de pared de gas y las pequeñas sillas tapizadas le daban vida a la estancia. Pero las enormes instantáneas en blanco y negro de Édith Piaf en el escenario y las fotografías espontáneas atiborraban las paredes, y le daban a las habitaciones un aire de los años cuarenta. Una grabación rayada de Piaf sonaba en otra habitación. En la esquina, había un vestido negro pasado de moda en un maniquí que le llegaba al hombro. Qué estrambótico.

Todo estaba a pequeña escala, como si lo hubieran hecho para una persona

pequeña. René se sentiría como en casa, pensó ella.

—¿Dónde estamos?

—En casa de mi amiga —le contestó Youssefa.

—¿Qué lugar es este... un santuario dedicado a Piaf?

—Casi —dijo la chica—. Es el museo de Édith Piaf.

Hizo un gesto para que la siguiera a la parte de atrás, y se puso un dedo en los labios.

Siguió a Youssefa a una pequeña cocina moderna, toda blanca y de acero inoxidable.

—Continúa tú. —La chica señaló hacia la ventana de atrás—. Eso da a la rue Crespin du Gast.

Empezó a caminar hacia la ventana, pero de repente se dio la vuelta, cogió a Youssefa de los brazos, se los puso detrás de la espalda, y la tumbó encima de un tambaleante taburete de cocina.

—Dime qué significa XT196 —le ordenó, inclinada sobre ella—. O no me voy a ninguna parte.

Por un instante, se sintió algo arrepentida cuando Youssefa empezó a respirar agitadamente y a sollozar de miedo. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Youssefa, Eugénie le pasó algo a mi amiga antes de que su coche explotara. —Dejó de apretarle los brazos con tanta fuerza—. Dios mío, Youssefa, ¡ocurrió delante de mí! Tengo que saber por qué —le dijo—. No sólo Dédé, alguien más va detrás de mí.

—Me ma-a-a-a-tarán —dijo la chica entre sollozos.

—¿Por qué?

—Yo saqué esas fotos... ¡Me obligaron!

Aimée sintió la boca seca.

—¿Quién te obligó?

—No es general, pero lo llaman así —le respondió ella—. Le gusta que la gente lo llame así. Le gusta andar con su ejército.

¿Se había sentado en el *arque*, de uniforme?

—¿Cómo se llama?

—Lo conocen como el General, eso es todo.

—Youssefa, ¿por qué te obligaron a sacar esas fotos? —le preguntó. Una parte de ella no quería saber la razón, era demasiado horrible.

—D-d-d-documentación.

Youssefa cerró los ojos.

Aimée recordó las expresiones de las caras de las fotografías. Cómo tenían los números sujetos a las camisas o prendidos en la piel del pecho desnudo. Prendidos en la piel. Como si fuera una marcación temporal.

Se dejó caer en un taburete al lado de la chica.

De niña, había visto ganado en los pastos al lado de la granja de su abuela, en

Auvernia. Las vacas tenían unos números grapados en las orejas para distinguirlas de las que iban camino del *abbatoir*. Soltó un grito ahogado.

—XT... significa «exterminio», ¿verdad? —le preguntó Aimée, que no esperó a que respondiera—. Y196 sería la división militar de la zona, según los mapas del ejército argelino.

Youssefa se tapó la cara con las manos. Le temblaba el cuerpo.

Esa respuesta era suficiente para ella.

—Querían dejar constancia de aquello, ¿verdad?... o era lo que él quería, el hombre a quien llaman General —le preguntó Aimée—. Los campesinos, los disidentes, y cualquiera que pudieran tachar de fundamentalista, ¿no es así?

Al final, Youssefa asintió.

—Mi familia tenía una tienda de fotografía. Vendíamos cámaras, revelábamos carretes de fotos. Un día, el ejército reunió a todo el mundo en la plaza, y nos llamó fanáticos islámicos —murmuró ella—. Nos metieron en camiones que transportaban cereal y nos llevaron a las afueras del *bled*. Nos dejaron cerca de unos enormes cobertizos donde guardaban trigo. Alguien les había dicho que sabía de fotografía. —Se frotó el ojo bueno—. Me pusieron una Minolta en la mano, una caja de carretes a los pies, y me dijeron: «Dispara».

Horrorizada, Aimée pensó en todas esas caras.

—Me llevó días —siguió Youssefa en un tono de voz que curiosamente se volvía cada vez más distante—. Al final, no podía ni mover los dedos ni ponerme de pie. Me hicieron esto. —Le enseñó las cicatrices y el ojo—. Pero sobreviví. Se lo debo a las víctimas. Por eso escondí los negativos. A los militares no les importó, lo único que querían eran copias impresas en blanco y negro.

Como en Camboya, pensó Aimée, asqueada. Asesinatos en masa de inocentes llevados a cabo por los militares. Masacrados por su ejército, que dejaba al descubierto su propia locura.

—¿Cómo saliste de allí?

—Me ayudó ella —fue su única respuesta.

—¿Eugénie?

—Es la prima de mi contacto en el afl.

¡Claro! Aimée recordaba el panfleto de la huelga de hambre del afl con el nombre de Youssefa en él, y que Sylvie era socia desde la Sorbona. Ahora todo tenía sentido.

—Sylvie Cardet era conocida como Eugénie Grandet —dijo Aimée.

Youssefa se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Pero ¿qué hacía ella con esas fotos?

Youssefa miró hacia abajo.

—Se las enseñé, le hablé de las masacres —respondió la chica—. Entonces Eugénie descubrió que todo era una farsa.

—¿Una farsa? —preguntó preocupada Aimée.

—La misión humanitaria —le explicó Youssefa—. Los fondos van a parar al ejército, que se recupera y compra excedente militar.

Aimée negó con la cabeza. Le costó creerse la segunda parte.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. ¿Cómo puede funcionar?

—Excedente militar francés; he visto camiones llenos de gafas de visión nocturna —le contestó Youssefa—. Algún idiota se jactó de que había treinta mil pares, ¡a sólo dos francos cada uno! Eran tan baratas, dijo él, que el General compró todo el lote.

La misión humanitaria... Philippe estaba involucrado. No era de extrañar que quisiera que cerrase la boca.

—¿Qué tiene que ver con los huelguistas del afl de la iglesia?

—Eugénie confiaba en Mustafa Hamid —dijo Youssefa—. Varias veces me dijo que si me metía en líos acudiera a Hamid. Eso es todo.

—¿Qué pasó con ellas?

—Le di el resto de las fotos a Zdanine —le explicó Youssefa—. Me dijo que se las daría a Hamid, y que conseguiría que hablara con él.

¡Zdanine! Seguro que por un precio escondió las fotos y se las dejó a Dédé en aquella casa abandonada. Los *mecs* de Dédé las recuperaron, pero ella y René los sorprendieron en el parque.

—No destruiste los negativos, ¿verdad?

Youssefa apartó la mirada.

—En buenas manos.

—Dame una hoja de contactos.

Youssefa se apartó.

—Necesito tener pruebas si quieres que los detenga.

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo que me dijo Eugénie.

Suavemente, la cogió de su desfigurada cara y la giró hacia ella.

—Confía en mí —le dijo con tanta bravuconería como pudo—. Lo creas o no, me gano la vida con esto. Y también van detrás de mí.

En los tristes ojos de Youssefa, vio que tenía su consentimiento.

La chica la llevó a la habitación por la que entraron, con las fotos de Piaf y el vestido negro. Youssefa abrió un armario de madera, que olía a una mezcla de humedad y lavanda. En los estantes, Aimée descubrió una fila de zapatos negros pequeños, algunos con una tira en forma de te, otros sin puntera, todos de los años treinta y cuarenta. Se los quedó mirando. No eran más grandes que su mano.

—¿De Piaf?

Youssefa asintió.

Para haber sido una mujer tan pequeña, pensó Aimée, Piaf había conmovido al mundo.

Youssefa buscó en el estante de arriba, donde había hileras de guantes de niño amarilleados.

«En buenas manos», había dicho ella.

La chica sacó un sobre, le echó un vistazo, y se lo entregó a Aimée.

—Estas muestran las pilas de cadáveres. —Bajó la mirada—. Quedan más pruebas en el desierto, a cincuenta kilómetros de Orán. Huesos blanqueados por el sol.

Pensó en las palabras de Gaston. Su experiencia en la misma parte de Argelia. La historia se repetía de una forma triste y retorcida.

Aimée salió cuidadosamente por la ventana trasera de la cocina, bajó por la oxidada escalera de incendios a un patio asfaltado. Caminó por él, y salió a la rue Crespin du Gast. Anduvo dos manzanas hasta el apartamento de Samia.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta.

—Samia, soy Aimée.

Lo único que oía era el estruendo de música raï con un ritmo *tecno*.

Lo intentó con el pomo. Cerrado con llave.

Si Samia tenía miedo, ¿por qué tenía la música tan alta?

Regresó con pasos pesados al patio. Estaba lloviendo con fuerza. Se levantó el cuello de su abrigo, y pasó por delante de la carnicería tapiada. La fachada estaba cubierta de carteles despegados. Se dirigió al lugar al que daba la ventana de la cocina de Samia.

Y fue entonces cuando vio el reloj naranja fosforescente en el empedrado. Se agachó, y lo cogió del suelo. El corazón le latía con fuerza.

—¿Estás aquí?

El sonido del agua de lluvia en una alcantarilla fue la única respuesta que recibió.

Se acercó poco a poco al pasadizo, que apestaba a orina y bordeaba el *hammam*. Y fue entonces cuando vio a Samia tumbada contra la pared de piedra.

—Samia, *ça va*?

Pero cuando Aimée se acercó, se quedó inmóvil.

Tenía una herida rojo oscuro en el pecho que manchaba su conjunto de color melocotón, y en sus ojos abiertos caían las gotas de lluvia. Aimée lanzó un grito ahogado y se arrodilló a su lado.

—Eres demasiado joven —susurró ella y le cogió las manos. Frías.

Heladas.

Sintió una punzada de culpabilidad. Se suponía que tenía que proteger a la espabilada y aniñada Samia.

Le cerró los ojos, rezó una oración, y le prometió justicia.

Marcó el 17 del samu en el móvil, dijo dónde estaban, y esperó a oír la sirena antes de entrar disimuladamente en la calle.

¿Adónde iba Samia? ¿Por qué aquí? Aunque eso era trabajo de los *flics*, pensó ella, circunspecta. Dédé había estado a dos manzanas de allí buscándola; había

hablado en serio cuando le dijo que morirían más personas.

Tenía pavor a llamar a Morbier. No sabía cuándo telefonar. Pero al final, a una manzana de distancia, en una esquina mojada de la rue Moret, lo llamó. No quería que lo supiera por las noticias ni por la radio de los *flics*.

—La he fastidiado, Morbier —dijo ella.

—¿Buenas noticias, Leduc?

Le oyó encender una cerilla, e inhalar después.

—Malas. Samia ha muerto.

El silencio de Morbier pareció durar una eternidad. Sabía que esta noticia lo heriría en el alma.

—*Nom de Dieu* —suspiró él—. Soy tan estúpido.

—*Desolé*, Morbier. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Es mi culpa.

¿Por qué no había obligado a Samia a quedarse en el coche? ¿Por qué no había cuidado de ella hasta haber conseguido el contacto del *plastique*?

—A ti también te dispararon, ¿verdad, Leduc? —dijo finalmente Morbier, con voz triste y cansada—. ¿Dónde estás?

Se lo dijo.

—Sal de ahí, Leduc. Empieza a caminar. ¡Ahora!

Chocó contra el letrero de la calle, corrió hasta llegar a la rue de Belleville, y allí paró un taxi. Ahora irían por ella con más firmeza. Decidió tomar una determinación; ella también sabía jugar duro. Le dio al taxista cien francos y le dijo que si llegaba al Ministerio de Defensa en menos de treinta minutos le daría otros cien.

Veinte minutos más tarde, en la zona de recepción del ministerio, Aimée le dijo a la secretaria de Philippe, en un tono de voz muy bajo y cortés que tenía que ver a *le ministre immédiatement!*

La secretaria le informó a regañadientes de que el ministro estaba ocupado. Tenía reuniones de alto nivel que atender, pero que se pondría en contacto con ella a lo largo del día.

Aimée le respondió, en un tono de voz ligeramente más alto que un susurro, que si él no la recibía, la sangre de inocentes mancharía su blusa de seda, y ninguna limpieza en seco podría deshacerse de ella. La secretaria parpadeó, pero siguió negándose. Sin embargo, cuando Aimée amenazó con irrumpir en la reunión, se levantó alarmada y la acompañó a una oficina adyacente.

—*Oui?* —dijo Philippe instantes después.

Sus ojos demacrados y su andar encorvado proyectaban un aire de derrota. Algo nuevo para Philippe. *Patético*, pensó ella, y sintió lástima por él. Pero por poco tiempo.

—Philippe, tengo pruebas de que la misión humanitaria es una farsa —dijo ella—. Y alguien te está chantajeando.

La mirada del hombre era de alarma. Dio un paso hacia atrás. Se oyó un murmullo de voces de fondo, unos papeles crujían bajo una resplandeciente araña. Él se giró y cerró la puerta.

—Ahora estoy en una reunión con oficiales de mi departamento —le dijo en un tono de voz tenso—. No puedo hablar.

No lo había negado. Y tenía un aspecto enfermizo.

—No hables, Philippe —dijo ella—. Puedo ayudar. Sólo escúchame.

Había cambiado después de sus amenazas en el canal Saint Martin. Parecía casi dócil y tan derrotado. Puede que fuera su oportunidad. Cogió una silla Luis XV dorada y tapizada y la puso cerca de él.

—Siéntate. Dame tres minutos —le dijo mientras lo acercaba a la silla.

Por un momento, pensó que se negaría, pero se sentó. Era un comienzo.

—No sabías que los fondos iban al ejército argelino, ¿verdad? —No espero a que respondiera—. Claro que no, confiaste en Hamid, en Kaseem y en Sylvie. ¿Por qué no? Eran tus amigos desde la Sorbona. Cuando a finales de los sesenta, salió a la luz la represión francesa, el legado que se dejó en una Argelia destrozada por la guerra, te uniste a lo que se convirtió en el afl.

Miró a Philippe. Él parpadeaba y se frotaba los pulgares.

—¿Qué pruebas tienes?

—Escúchame hasta el final, Philippe —le dijo ella—. Hamid profesaba el islam a su manera. Estoy segura de que admirabas sus métodos pacíficos y cómo aceptaba a todo tipo de gente. Contribuiste discretamente al afl cuando entraste en el ministerio.

Aimée hizo una pausa: ahora venía la parte fea.

—Kaseem había vuelto a Argelia. Ganaba dinero abasteciendo al ejército de alguna manera. Pero no lo sabías. Hace seis años, Sylvie volvió a entrar en tu vida.

Philippe negó con la cabeza.

—No era mi amante.

—Lo sé. Te convenció para que financiaras esta misión humanitaria mientras te inflaba tu cuenta bancaria. El proyecto revitalizó el sector 196, una tierra devastada y estéril desde la guerra de Argelia en los sesenta. Se pudo proporcionar sistemas de riego, trazar un nuevo mapa de la región, construir carreteras, una central eléctrica y viviendas. Después de todo, pensabas que ayudaba a los más afectados. Creías en la misión, querías que tuviera éxito. Era para las tribus desprotegidas del *bled*, no para los políticos ni los militares. Creíste a Kaseem. También Sylvie y Hamid. Era tu amigo. Tu viejo amigo.

Philippe le estaba prestando atención, estaba llegando a él.

—Pero entonces te topaste con la realidad cuando aparecieron las fotos XT196. No había ni nuevos asentamientos, ni carreteras, ni campos regados.

Sólo ejecuciones del escuadrón de la muerte y armas para los militares. Sylvie rápidamente sintió remordimientos. Tú también, Philippe. Pero Dédé, uno de los *mecs* contratados por el General, la hizo saltar por los aires cuando amenazó con

sacar la verdad a la luz.

Él negó con la cabeza.

—Dejaste de financiar el proyecto. Por eso estás escondiendo a Anaïs —continuó ella—. Planeaban secuestrarla, usarla como cebo para obligarte a financiar el proyecto. Pero me metí en medio.

La mirada de Philippe ardía de ira.

—¡Tú siempre estás en medio!

Se abrió la puerta y la luz del pasillo iluminó la estancia.

—Philippe, te estamos esperando —dijo Guittard, el hombre rubio que recordaba de la cocina de Philippe. Ignoró a Aimée, y miró de frente a Philippe golpeando el suelo con sus mocasines de marca—. Han presentado la resolución. ¡Levántate, hombre! A menos que propongas otra iniciativa, la misión se va por el *pissoir*.

—¿Y por qué no, *monsieur*? —dijo ella.

Pero ya se habían ido.

Habían asesinado a dos mujeres, pero eso no parecía influir en el buen funcionamiento del gobierno. El dinero sí. Por lo menos la misión no sería financiada. Pero alguien tenía que pagar, se dijo Aimée.

Lunes, por la mañana

Bernard estaba de pie dentro en la entrada al centro de detención de Vincennes, donde un autobús lleno de hombres esperaba su repatriación forzada. Otros autobuses se habían llevado a Creil (una base militar) a aquellos que no tenían papeles a aviones fletados que aguardaban en Creil, una base militar. Bernard golpeaba con los pies la compacta tierra helada. Frío, siempre tenía frío. Su cuerpo nunca entraba en calor hasta julio. Entonces había uno o dos meses de lo que llamaban calor hasta que el frío volvía otra vez.

Los medios, que no podían entrar, esperaban fuera como carroñeros hambrientos por llenar sus fuentes de noticias. Dentro, Bernard no podía reaccionar. Esos hombres habían llegado a Francia años atrás en busca de asilo, escapando de la represión, y se quedaron de forma ilegal después de que su solicitud fuera denegada. ¿Qué podía hacer él?

—*Directeur Berge*, por favor, el recibo de transporte —dijo el guardia con cara de halcón.

Bernard dudó. Deseó poder desaparecer.

—Es una mera formalidad, *directeur Berge*. —El hombre le colocó el bolígrafo en la mano—. Pero tenemos unas normas.

Bernard hubiera jurado que el guardia guiaba su mano, como si le obligara a firmar.

Y entonces, todo terminó. Los guardias atravesaron con él el patio delantero, más allá de los autobuses de los que salían los alrededor de ochenta *sans-papiers*. En fila esperaban a ser procesados. Bernard se sintió como un criminal de guerra, como un nazi al que dejaban en libertad porque había accedido a hablar. ¿No había actuado, como su madre le había dicho, como la Gestapo?

Fue entonces cuando oyó encima de él el sonido de las aspas de un helicóptero, que levantó polvo y grava del patio, que salpicó a todo el mundo cuando aterrizó. Un agente de la raid salió de él y corrió hacia ellos.

—*Directeur Berge* —gritó para hacerse oír por encima del ruido del rotor—. El *ministre Guittard* lo necesita.

Bernard se tropezó.

El agente lo agarró.

—Pero ¿por qué? ¿Pueden empeorar las cosas?

—Toma de rehenes, *directeur Berge*. Tengo órdenes de proceder de inmediato.

Bernard empezó a negar con la cabeza, pero el agente lo cogió del brazo, y lo llevó a toda prisa hacia helicóptero que los esperaba.

Lunes, al mediodía

Aimée fue andando desde la oficina de Philippe hasta la suya. Permanecía alerta por las calles estrechas. Nadie la seguía. El cortante viento venía del Sena. Se ajustó el abrigo.

El aroma a lirio de los valles en flor le llegó de un jardín tapiado cercano. Por un momento, el rostro borroso de su madre apareció delante de ella. Toda la ropa de su madre olía a lirios, y también la habitación mucho después de que se hubiera ido. Y entonces, la imagen desapareció. El viento racheado le arrebató el aroma y los recuerdos.

Le sonó el móvil en el bolsillo.

—*Allô* —dijo ella, con sus dedos helados manejando torpemente el teclado.

—Todo es por mi culpa, Aimée —dijo Anaïs entre sollozos.

—¿Qué quieres decir? —Aimée estaba sorprendida—. Pensaba que estabas en el hospital.

—Toma de rehenes... Simone. —La voz de Anaïs se debilitaba, pero volvió poco después—. *École maternelle*... en el vigésimo *arrondissement*. Te necesito.

A Aimée se le heló la sangre.

—Rue l'Ermitage, subiendo desde la place du Guignier. —A Anaïs se le quebró la voz. Aimée oyó el inconfundible *ratatá ratatá* de una semiautomática, a gente chillando, y el ruido de cristales hechos añicos.

—¡Anaïs! —gritó ella.

Ya no había nadie al teléfono.

Aimée se dirigió a toda prisa a la arbolada calle del siglo XIX, que era un hervidero de gente: *la police* y la *raid*, el grupo paramilitar de élite.

A su izquierda, la *école maternelle*, un edificio un edificio con balcones con barandillas de hierro en la cara norte. En la *école élémentaire* adyacente estaba la entrada a las dos escuelas, en la rue Olivier Metra.

Nerviosa y asustada, se preguntó dónde estarían Anaïs y Simone. ¿Qué podía hacer ella?

Un anciano, con su abrigo de invierno echado sobre su albornoz, agarraba con fuerza una jaula de loro y se quejaba en alto de ser evacuado de su apartamento al otro lado de la calle. París en abril todavía no se había deshecho de su capa de frío invernal, pensó ella. La escarcha cubría el adoquinado y se metía entre la grietas del pavimento.

—Necesito hablar con el *commissaire* al cargo —dijo ella.

El *flic*, con cara seria y de paisano, escuchó la historia de Aimée, y comprobó sus credenciales de detective privado. Habló a un micrófono que tenía sujeto a la solapa de la chaqueta, y finalmente la dejó pasar por la barricada de la policía. Un tanto aliviada, Aimée empezó a correr. Sabía que tenía que persuadir al policía que estuviera al cargo de que podía ser de ayuda.

Dentro de un edificio *belle époque*, que alojaba temporalmente el puesto de mando del *commissariat*, Aimée esperó a que llegara el inspector. Encantada con su jersey de lana y su parka, se frotó las manos en el vestíbulo de espejos del edificio, en cuyo pasillo se oía el eco de pisadas e interferencias radiofónicas.

Sintió una presencia y levantó la vista. Desde la escalera de caracol y de mármol que se extendía como una concha de nautilo, Yves la miraba fijamente.

Por un momento, el mundo se detuvo; el correteo de la policía y las interferencias de los *walkie-talkies* cesaron.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó ella.

Yves bajó lentamente las escaleras hacia ella.

—¿Quién quiere saberlo? —fue la pregunta de un policía achaparrado de uniforme azul que estaba a su lado.

Aimée se dio la vuelta y le enseñó al *flic* su licencia de detective, mientras le echaba un vistazo a la placa que mostraba su rango.

—Sargento, mi amiga Anaïs de Froissart me llamó desde dentro de la *école maternelle*. ¿Está en peligro?

—Se puede decir que sí —le respondió él—. *Attends*, llamaré al inspector.

Se acercó a un grupo de hombres uniformados, que estaban concentrados en su conversación.

Los profundos ojos castaños de Yves se cruzaron con los de ella.

—Hay cosas que nunca cambian —dijo él, que bajó las escaleras y se puso al lado de ella.

—Pensaba que te encontrabas en Marsella —replicó Aimée, que le devolvió la mirada, y se fijó en la chaqueta protectora que llevaba encima de su chaleco antibalas—. Todavía vas de incógnito, ¿verdad?

—Y tú siempre estás justo en el medio de todo —fue la respuesta de Yves.

Aimée sintió que se le calentaba la cara.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Hay ciertas cosas que es mejor no contar.

—¿Como lo de tu mujer? —dijo ella. Enseguida, deseó haberse mordido la lengua.

—¿Mi exmujer? —la corrigió él con los ojos entrecerrados—. ¿Pensabas que...?

—Deben de haber cambiado las normas —lo interrumpió ella—, si te han dejado ponerte en primera línea en situaciones de toma de rehenes.

—Llegué antes de que acordonaran la zona —le dijo él—. Había quedado con Martine después de que dejara a Simone en el colegio. Teníamos planeado entrevistar

a Hamid.

No le creyó ni por un momento. Un rizo castaño asomaba por el cuello de su chaqueta. Casi se había olvidado de su curva nuca.

—¿Por qué tomaron a Anaïs de rehén? —le preguntó Aimée.

—Todo es confuso —le dijo, mientras se frotaba los ojos—. Echaron a los *sans-papiers* de la iglesia, y se han llevado a Hamid al hospital. He quedado aquí con Martine.

Cerca de la escalera de mármol olía a grasa quemada: alguien se había dejado la cocina encendida. A Aimée le costaba apartar la mirada de la cara de Yves. Un hombre le hizo un gesto a Yves desde las barricadas.

—Ahí está mi compañero. Me tengo que ir —le dijo—. Pero sé dónde encontrarte.

—No cuentes con ello, Yves —dijo ella, mientras se apartaba de él, esa vez con determinación—. Si no me puedes decir la verdad, olvídame.

—Cuanto menos sepas, mejor —le contestó este—. Lo otro no funciona.

—¿Qué es lo que no funciona?

—Intentar olvidarte.

¿Por qué todo el mundo tiene secretos y le ocultan la verdad?

—Te había olvidado hasta el momento en el que apareciste en mi piso —le confesó ella, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Mentirosa.

Pero ella ya se había girado y se acercaba a grandes zancadas a un grupo de hombres que estaban en el vestíbulo. Cuando miró hacia atrás, él ya se había ido.

Por su lado pasaban a toda prisa técnicos y equipos de la raid que hablaban a sus auriculares. Al diablo con Yves. Tenía que continuar con lo que estaba haciendo, hablar con el mandarrias y averiguar cómo podía ayudar a Anaïs.

—¿Quién es el *commissaire* al mando aquí? —preguntó ella.

—*Mademoiselle* Leduc, tengo entendido que un rehén se ha puesto en contacto con usted. —De detrás le vino el seco tono de voz de Hubert Sardou, antiguo *commissaire* del vigésimo *arrondissement*. Su largo y cetrino rostro rondaba cerca del de ella—. Por favor, explique con más detalle quién y cuándo —le pidió él.

Recordaba a Sardou, otrora compañero de su padre, por su zapato con plataforma de casi ocho centímetros, que conseguían engañar a poca gente por lo que a sus pies zambos se refería. Pero ahora llevaba la característica placa que lo identificaba como parte de la *dst*, el servicio francés de seguridad interna. «Hubert cree que tiene que demostrar que es igual a los demás», le había dicho su padre. «Todos los días».

—*Oui, monsieur* Sardou —dijo ella—. Anaïs me llamó a mi móvil hace veinte minutos. Quería que la ayudara. ¿Por qué la han tomado como rehén?

—Parece ser que el afl quiere más público —le respondió él.

Aimée dio un paso atrás, incrédula.

—Pero la política del afl es pacífica.

Aimée se preguntó si el poder de Hamid habría sido usurpado por las facciones. O si tendrían algo que ver las fotos XT196.

—Creemos que un miembro del afl ha tomado a todo el mundo de rehén en el colegio, pero hasta ahora —Sardou se encogió de hombros—, no hemos entablado contacto alguno.

El hombre arrugó la cara, y Aimée no supo decir si por asco o por indigestión.

—Partiremos desde aquí. Su teléfono, por favor —dijo él con un chasquido de los dedos.

—No será de mucha ayuda —dijo ella, que se esforzaba por mantener una expresión neutra. Le entregó el teléfono—. Se le ha acabado la batería.

Sardou examinó el móvil, lo levantó, y gritó:

—*Alors*, ¿alguien tiene una batería para este teléfono?

Aimée habría jurado que todos los que estaban en el vestíbulo miraron en sus bolsillos. La obsesión que tenían los franceses por la comunicación telefónica tuvo como resultado una batería que valía. Sardou la insertó, y le hizo un gesto a un hombre con un chaleco antibalas en el que se podía leer, en letras negras y grandes, «Negociador». Un agente copió el número mientras otro enganchaba un cable desde el teléfono hasta una grabadora. Se conectaron varios auriculares, y el *commissaire* se puso unos inmediatamente.

—Llame a Anaïs, dígame, y esto es muy importante, que identifique en qué habitación está siendo retenida. Un negociador experimentado quiere hablar con él.

Le dio a rellamada, y realizó con la cabeza un gesto de aprobación a Aimée cuando le entregó el teléfono.

El teléfono sonó varias veces antes de que contestaran.

—¿Anaïs?

No hubo respuesta, sólo una respiración fuerte.

—Soy Aimée, amiga de Anaïs. ¿Quién es?

Sardou asintió, y se puso un dedo en los labios.

Oyó que alguien sollozaba y se sorbía la nariz, y entonces una voz de niña dijo con ceceo:

—Me he hecho pipí... en mi vestido nuevo. ¡*Maman* se va a enfadar conmigo!

La expresión del *commissaire* y de los agentes de policía era de sorpresa. El negociador extendió el brazo, pero Aimée negó con la cabeza.

—¿Simone? —preguntó Aimée—. Soy Aimée, ¿me recuerdas? Soy la amiga de tu *maman*.

La niña le respondió con un fuerte llanto. Era obvio que Simone sabía que su madre estaba en el edificio. ¿Había ido Anaïs a ver a su hija después de salir de la clínica?

Aimée mantuvo la calma.

—Simone, a mí también me ha pasado. Te limpiaré el vestido. ¿Dónde estás?

—¿De verdad?

El llanto cesó.

—Claro que sí. Lo dejaré como nuevo —le dijo Aimée—. Nadie notará la diferencia. ¿Dónde está tu *maman*?

—Se la llevó el payaso.

—¿Un payaso?

—Se la llevó.

—¿Se la llevó adónde?

Aimée miró a Sardou que por señas le dijo que continuara. Fuera, aparte de los árboles moteados por el sol, no había rastro alguno de vida detrás de las ventanas del colegio. Cerca de Aimée, en el vestíbulo, una hilera de tiradores comprobaban sus rifles y miras telescópicas.

—*Maman* me dio su teléfono. El payaso se enfadó con ella y la empujó. Ella me susurró que era parte de un juego, estábamos jugando al escondite con él, así que todos teníamos que escaparnos.

Aimée se preguntó qué le habría pasado a Anaïs.

El rostro del *commissaire* se tensó. La expresión del negociador era de preocupación.

—¿Dónde estáis tú y los otros niños ahora? —le preguntó Aimée.

—Estoy en el armario que hay debajo de las escaleras. Los demás se han ido con los profesores —le contestó ella—. El payaso era raro. No parecía un payaso de verdad.

—¿Qué quieres decir, Simone?

—No tenía globos —respondió ella—. Sólo unos palos gordos que se pueden encender como velas. ¡Él dijo que iban a hacer pum!

Dinamita.

Aimée se quedó inmóvil. ¿Cómo iban a calmar a un terrorista que llevaba dinamita en un jardín de infancia lleno de niños que se habían escondido?

Sardou gritó una orden a los tiradores que esperaban, que se pusieron firmes. Unas luces azules brillaron en la estrecha calle cuando un camión se detuvo con un chirrido. En el París de ese momento, eso significaba sólo una cosa: la brigada antibombas. Aimée se esforzó para que la voz no le temblara.

—Simone, ¡te estás portando como una niña grande! ¿Recuerdas si tu *maman* dijo algo? ¿Quizás algo que quisiera el payaso?

—Quería a Bernard, el hombre malo. Si Bernard viene, nos da una *glace* grande.

Oyó cómo se sorbía la nariz.

—Qué valiente eres, Simone. Yo también te voy a comprar un helado. ¿Viste adónde fueron?

Escuchó un crujido. Se imaginó que Simone estaba negando o asintiendo con la cabeza.

—¿Me puedes decir sí o no, Simone?

—Subieron las escaleras. Pensaba que iba a hacerle daño, pero *maman* me dijo

que era parte del juego. Tengo que recordar una cosa.

—¿Una cosa?

—Es un secreto.

Los nudillos de Aimée estaba blancos de tanto apretar el teléfono. Le temblaban las manos.

—¡Por supuesto! Pero yo puedo guardar un secreto, soy la mejor amiga de tu *tan te* Martine... puedes contar secretos a las mejores amigas.

—¿Cómo sé que puedes guardar un secreto, Aimée? —ceceó Simone.

Aimée sintió que el aire se movía cuando la fila de tiradores pasó a su lado con sus rígidas botas militares en dirección al tejado. Otro grupo de la raid formó cerca de ella. Por un momento quiso gritar: «¡Haz lo que tu *maman* te dijo: sal de ahí, y corre como alma que lleva el diablo!». Pero necesitaba que la pequeña Simone los guiara.

—Martine y yo solíamos hacer promesas con el dedo pequeño. ¿Lo hacemos por teléfono?

El teléfono tintineó, y chirrió.

—*D'accord*, Aimée. Promesa de meñique.

Aimée hizo una pausa. Sardou le hizo una señal con la cabeza para que siguiera hablando.

—Bien, Simone. ¿Cuál era el secreto?

—Eso es entre ella y tú.

—¿Qué quieres decir, Simone?

Exasperada, Aimée consiguió hablar sin alterar la voz.

—*Maman* dijo: «Aimée sabe cómo hacerlo, ella nos sacará de aquí».

—¿Hacer qué, Simone?

No hubo respuesta.

—*Allô?* ¿Simone?

Simone debía de haber puesto el teléfono en el suelo, porque Aimée oyó unos pasos cortos y rápidos, como si estuviera corriendo, más y más lejanos. Con dificultad, aflojó los dedos y le entregó el teléfono a Sardou.

Aimée contempló al hombre, que tenía la cabeza gacha y estaba enfrascado en una conversación con un hombre rubio.

—*Pardon, monsieur*, ¿puedo hablar con usted? —le preguntó ella.

Sardou alzó la vista brevemente. Sus ojos eran pequeños y entrecerrados porque estaba molesto o enfadado.

—Simone es la hija del *ministre* Froissart —le explicó ella—, y Anaïs es su esposa. ¿Lo sabe él?

—Me acaban de informar al respecto —le espetó él—. El ministro está de camino.

—Por favor, ¡tengo que entrar en la *école maternelle*!

Pareció pensárselo por un instante, pero negó con la cabeza.

—Un equipo cualificado será más efectivo.

—Anaïs quiere que lo haga. El mensaje de Simone...

—Imposible —la interrumpió él—. Únicamente la brigada antibombas y la unidad especial de remoción de minas antipersona pueden entrar en la zona.

—No me gusta pasar por encima de usted, *monsieur*, pero ¿quién es su superior?

—Ese soy yo, *mademoiselle* —dijo el hombre rubio, que se puso derecho.

Sobresaltada, Aimée se quedó mirando fijamente la cara de Guittard, el hombre que se había llevado a Philippe de vuelta a la reunión. Llevaba un traje azul marino de raya diplomática, y sujetaba un mono acolchado en el que estaba estarcida la frase «Brigada antibombas» en letras grandes.

—Ministro Guittard del Ministerio del Interior —se presentó él. Al sonreír arrugó sus fríos ojos verdes—. No me he quedado con su nombre, *mademoiselle*.

—Leduc, Aimée Leduc. Pero nos hemos visto dos veces, *monsieur le ministre* —dijo ella—. Hace una semana en la cocina de Philippe de Froissart.

Ya le caía peor que antes, y no es que le cayera muy bien. No tenía nada que ver con su pelo impecable ni con su forma de evaluar con la mirada.

—Ah, sí, por supuesto —dijo él, perplejo por un instante—. ¿No es usted actriz?

—¿Esta toma de rehenes tiene algo que ver con el proyecto sobre el que hablaban en la reunión en la oficina de Froissart?

—Aaah —asintió él al reconocerla—. Era usted. No sé a qué se refiere.

—Esa era la hija de Philippe. ¿Tiene algo que ver con...?

—Es el afl, *mademoiselle*.

Guittard se giró, y se puso el mono.

—Ministro, hay una cosa que sólo yo puedo hacer.

—¿Y cuál es?

Se inclinó para abrocharse el mono, y ladeó la cabeza hacia ella. *Como si*, pensó esta, *quisiera que le susurrara alguna confidencia*. Aimée se imaginó que debía pasar la mayor parte de los fines de semana en una casa de campo.

—Oyó lo que dijo Simone...

—¿Que usted «sabe cómo hacerlo»? —la interrumpió él—. Explíqueme, por favor, qué es lo que sabe hacer.

—Créame, si pudiera, lo haría —dijo ella—. Le juro que no lo sé. —Los ojos de Aimée se iluminaron—. Si el colegio tiene un ordenador, puedo entrar en el sistema.

Sardou negó con la cabeza.

—La filosofía del colegio establece el uso de material de madera. Nada de material de plástico, ni manufacturado. Un jardín de infancia de élite, donde a los niños mimados se les permite ensuciarse y volverse primitivos. Cuando regresan a casa, retornan a sus Barbies y a sus ordenadores.

El ministro Guittard se metió sus puños franceses dentro de la chaqueta protectora.

—Aparte de los ordenadores, ¿qué más puede hacer?

De nuevo esa expresión divertida. Un asistente se acercó y le entregó un móvil.

Aimée recordó el trayecto en taxi con Anaïs, y la mano de Fátima de Sylvie. La mano había entrado en un callejón sin salida. Pero Aimée había descubierto las fotos XT196 y que Youssefa había afirmado que la misión humanitaria era una farsa. Y recordó las palabras de Anaïs en la clínica: «Tienes que averiguar por qué... no se terminará hasta entonces», y que mencionó al General.

—Ha pensado en algo, ¿no es así? —Guittard la atravesó con la mirada.

Aimée se sentía culpable.

—¿Está seguro de que no hay un ordenador en el colegio?

Guittard se volvió hacia Sardou.

—Averígualo.

Pero era posible que Anaïs quisiera decir algo totalmente diferente.

—Quédese aquí. Si se le ocurre otra idea, dígaselo al *commissaire*.

Se colocó unos auriculares en la cabeza.

—¿Adónde va, ministro Guittard? —le preguntó Aimée.

—A tentar al zorro —le respondió él.

—¿Cómo lo va a hacer?

Fuera, se oyó el runrún de las aspas del helicóptero. Se levantó una fina capa de polvo; y de la calle le llegó un olor a combustible de aviación.

—Con la gallina de los huevos de oro —fue su respuesta.

Las luces de los *flashes* de los fotógrafos cogieron a Guittard cerca del helicóptero, y Aimée supuso que se había vestido así específicamente para la foto. El hombre al que sacaban a empujones del helicóptero no se parecía mucho a la gallina de los huevos de oro. Era enjuto y nervudo, alto y tenía unas bolsas oscuras debajo de los ojos; parecía más un anuncio del perfecto candidato para unas buenas *vacances* en el Club Med. Su arrugado traje le quedaba grande, y el viento que producía las aspas del helicóptero le agitaba su canoso pelo delante de la cara. Parecía que no había dormido en días.

—¿Quién es ese? —preguntó alguien.

—Bernard, el hombre malo, diría yo —dijo ella.

Detrás de ella, un serio Sardou hablaba a los auriculares. Le hizo un gesto a Aimée para que fuera por el pasillo mientras el séquito de Guittard subía las escaleras. Se imaginó que iban a apartarla de la acción. Tenía que poner remedio a eso.

Un agente de la raid, que llevaba un traje de Kevlar, la escoltó hasta una zona desierta del rellano, después de doblar la esquina, alejada de los demás. Aimée se tropezó a propósito y, al agarrarse al chaleco del hombre para no caerse, le cogió su placa identificativa y se la guardó en el bolsillo.

—Ça va? —le preguntó él, sin ser desagradable.

—*Merci*. Qué torpe soy —contestó ella.

Y la dejó allí. Por primera vez, se dio cuenta de que no tenía protección antibombas, y que era la única mujer.

Ahora que se la habían quitado de encima, Aimée empezó a planear su propia vía de entrada al edificio del colegio. Nadie la iba a ayudar; tendría que arreglárselas ella sola.

Lunes, al mediodía

Bernard Berge se quedó de pie entre la multitud de enfaenados policías. A su alrededor, se oía el zumbido de las interferencias de los *walkie-talkies*, pisadas fuertes de botas, y débiles y valiosos murmullos de voces. Si pudiera hacer que se le movieran los dedos para ponerse los auriculares, su cuerda de salvamento, como ellos los habían llamado, a través de los cuales estaría en comunicación constante con el equipo de negociación.

—¿Qué digo... ante las demandas de los secuestradores?

Sus manos temblaron al intentar ponerse los auriculares.

—Discuta las ramificaciones —le contestó el ministro Guittard, quien se abrochó la chaqueta protectora y se dirigió a su séquito.

—Pero, ministro, ¿lo entenderá?

—Berge tiene razón —dijo Sardou, mientras consultaba una hoja impresa—. Este hombre, Rachid, de veintiséis años, ha llegado recientemente de Orán, Argelia. Es lavaplatos en la sala de té de la mezquita.

—Averigüe qué es lo que quiere, qué demanda el afl —dijo Guittard volviéndose hacia Bernard—. Acceda a todo lo que pida.

Bernard tragó con fuerza.

—Quiere decir que tengo poder para...

Guittard lo interrumpió.

—Prométale que tendrá una cuenta en un banco suizo, un avión privado de vuelta a Orán, lo que sea para que se ponga delante de esa ventana. —Señaló la ventana que estaba directamente en el punto de mira del equipo de tiradores que se encontraba en el tejado opuesto—. ¿Entiende, *directeur* Berge?

Berge asintió con inquietud. Sintió la mirada de halcón de Sardou.

—Entonces, lo he dejado claro, *n'est-ce pas?* —Sonrió y le dio una palmadita a Berge en la espalda—. ¡El ministerio se considera afortunado de tener hombres como usted!

Un fuerte griterío llegó a sus oídos. El capitán de las crs se unió a ellos, jadeante. Llevaba guantes de plástico y en la mano un sobre.

—Lo han tirado por la ventana del tercer piso —le informó él.

Sardou gritó unas órdenes a un técnico de bata blanca, que extendía plástico sobre una mesa de madera. Un equipo de laboratorio colocaba polvos, cepillos y sustancias químicas en un surtido de frascos de colores.

—*Merci*, capitán. Ponga el sobre encima de la mesa.

Mientras un técnico sometía el sobre a una rápida serie de pruebas con polvos, los otros extraían el contenido con unas pinzas.

Guittard, incapaz de disimular su impaciencia, pareció estar a punto de agarrar el

contenido.

—Tenemos que ver si es de Rachid, ministro —dijo él—. Podría ser de uno de los rehenes, que nos quiere dar alguna pista sobre dónde están.

Bernard Berge se estremeció.

Era un dibujo hecho con lápices de colores de lo que era claramente una iglesia y su aguja, con gente de piel morena dentro, y un hombre con bolsas oscuras debajo de los ojos con un librito azul marino en la mano. El dibujo de un hombre hecho simplemente con trazos de líneas, con tubos alrededor del pecho estaba firmado con letra burda «La Bombe Humaine». El negociador lo estudió.

—Se está llamando a sí mismo la Bomba Humana —concluyó él.

Unos minutos más tarde, se dirigió a Bernard.

—Es usted. Conoce su cara bien. Supongo que el libro azul marino son los permisos de residencia. Se entregará si los inmigrantes son puestos en libertad. —El negociador se volvió hacia el grupo—. También es analfabeto. Esa es mi interpretación.

El ministro Guittard observó con su penetrante mirada a Bernard.

—Bien —dijo mientras se frotaba las manos—. Ya sabe lo que hay que hacer.

Bernard Berge asintió.

—Ministro, hay un tema que me gustaría aclarar.

—*Vite* —dijo Guittard mientras le daba a Bernard golpecitos con los dedos en el hombro—. Tiene que entrar ya.

—Si lleva dinamita —Bernard hizo una pausa—, ¿no explotará el edificio si le disparan?

Sardou miró a Guittard. Bernard también.

—No si lo desconectas. Convéncelo de que no lo haga —dijo Guittard con una sonrisa forzada.

—Disculpe, ministro, no es tan simple —dijo el comandante de la brigada antibombas que salió de detrás de Sardou—. Berge tiene que buscar un dispositivo del hombre muerto. Es algo que el hombre lleva consigo todo el tiempo. Si lo suelta, el circuito se cierra.

Bernard tenía los ojos como platos del miedo. Gotas de sudor le salpicaban el labio superior.

—Una detonación remota es diferente —continuó el comandante—. Normalmente se hace con un par de cables y una palanca, quizás un botón rojo. Es como el manillar de una bicicleta, con cables y un interruptor colgando. Algo que tendría que detonar manualmente.

Bernard sabía que iba a morir.

Esperaba que su ropa interior estuviera limpia y que hubiera actualizado su testamento. Y sobre todo, esperaba que su madre lo enterrara en un cementerio cristiano.

—Tómeselo como si fuera una típica reunión en el ministerio —le dijo Guittard,

y le dio una palmada cordial en el hombro—. Como cuando tiene que tratar con un advenedizo. Es el mismo principio, *directeur* Berge. *Bonne chance!*

El ministro Guittard pasó a toda prisa por delante del grupo en dirección a la multitud de periodistas ávidos de noticias.

Lunes, a primera hora de la tarde

Aimée miró abajo desde la amplia ventana del primer piso; intentaba buscar la forma de entrar en el colegio. Unas figuras entraron apresuradamente en un camión móvil aparcado en la calle. Salieron de él llevando puestas unas chaquetas y portando armas.

Retrocedió lentamente; ninguno de los hombres de Sardou le prestaba la más mínima atención. Pero si alguien la veía, diría que estaba intentando encontrar el baño. Detrás de ella había varias puertas de madera, que pertenecían a armarios de almacenaje y rampas para la basura. Agarró el pomo de latón de la puerta que tenía más cerca, lo abrió, y sintió un aire fresco. Rezó para que tuviera suerte. Una vez dentro, vio una escalera estrecha y en curva, y suspiró aliviada. Había tenido suerte.

Mientras bajaba los peldaños, se imaginó que Anaïs debía de estar intentando decirle algo... pero ¿qué?

No sabía cómo sacar a Simone y a los demás niños de allí: la zona estaba atestada de brigadas, camiones y equipos antiterroristas.

Preocupada, lo único que sabía era que Anaïs contaba con ella.

De nuevo.

Los paramilitares de la raid eran famosos por entrar en el lugar sin dejar de disparar, y después amañar el número de muertos en situaciones de toma de rehenes, centrados únicamente en neutralizar su objetivo. A juzgar por el aspecto de Bernard, la gallina que vino en helicóptero, tenía sentido. Quizás Anaïs pensaba que Aimée era la única que tenía alguna posibilidad. O, como conocía a Aimée, que estaba lo suficientemente loca como para intentarlo.

—No se detenga —le ordenó una figura con casco, que le hacía señas para que se dirigiera hacia las barricadas que bloqueaban la estrecha rue Friedel.

El primer paso sería llegar al edificio adyacente a la *école maternelle*, entrar, y encontrar la forma de acceder al colegio desde allí. Enseñó la placa de las CRS, y atravesó la columnata en dirección a un grupo de unos diez agentes de las CRS y de *flics*, reunidos a toda prisa. Con algo de suerte con el plan que había empezado a urdir en su cabeza, atraparía al terrorista.

—¿Qué noticias hay? ¿Han exigido algo? —le preguntó a un guardia.

El guardia dudó, y señaló con la cabeza a un grupo inclinado sobre el capó de un coche de policía.

—Hable con LeMoine, que es la jefa de operaciones.

Al lado de ellos estaba la furgoneta abierta y llena de monos y chaquetas protectoras. Dentro de ella, una mujer corpulenta que mascaba chicle mientras ponía marcas en su tablilla sujetapapeles. Asintió cuando Aimée le mostró su placa, e hizo

un gesto hacia el perchero.

—Es talla única, capitán. Le sugiero que se arremangue.

Aimée levantó el ligero traje swat, que se arrugó en sus manos.

—El tejido parece endeble, teniente...

—Teniente Vadrine. —La agente le guiñó un ojo—. Tienen un forro resistente. — Le entregó un saco tipo Gore-Tex de color aguamarina—. A lo mejor quiere quitarse esa falda y ponerse esto.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —le preguntó Aimée mientras se ponía el uniforme, se abrochaba el chaleco de Kevlar y se subía la cremallera del mono negro.

—¿No le ha informado nadie?

Mientras le ayudaba, a la teniente Vadrine le estallaban una y otra vez los globos que hacía con el chicle.

Aimée pensó deprisa.

—Me llamaron al busca cuando estaba cenando con mi marido para celebrar nuestro aniversario.

—*C'est dommage!* ¿Cuántos años?

—Cinco, y es la primera vez que contratamos a una canguro en años... Deme un informe rápido.

Aimée inspeccionó el contenido de varias solapas y piezas del mono.

La teniente Vadrine le ayudó a ponerse la chaqueta antibalas.

—Un empleado descontento del salón de té de la mezquita de París enfureció cuando su hermana *sans-papiers* la metieron en un autobús para llevarla a la cárcel. Se unió al afl. —Se encogió de hombros. Había inteligencia y humor en su mirada—. Es una operación bastante rutinaria. Con suerte, no durará mucho.

Aimée disimuló su sorpresa. ¿Y los niños? Aunque quizá, todo el mundo se imaginaba que las unidades estaban esperando el momento propicio hasta que los tiradores pudieran disparar. Aimée señaló el perchero con rifles de visión nocturna.

—¿Número de licencia de armas? —le preguntó la teniente mientras abría su registro de armas.

Aimée se devanó los sesos intentando recordar el número de Morbier... ¿cuál era?

Siendo él un animal de costumbres, normalmente elegía su fecha de cumpleaños para algo así, al menos lo había utilizado para el código de entrada a su apartamento y para el armario de la oficina. No se acordaba de si era un año o dos mayor que su padre.

—Es 21433. Escuche, conozco a uno de los rehenes. —Aimée respiró profundamente—. Fuimos juntas al *lycée*. Su hermana es mi mejor amiga.

La teniente Vadrine dejó de mover la boca.

—¿Quién es?

—Anaïs de Froissart, la esposa del ministro.

—Lo comprobaré. —Vadrine se inclinó y habló a la radio que tenía sujeta al

cuello del mono—. Confirmar identidad de rehén.

Las interferencias de la radio competían con las sirenas de otro camión de la brigada antibombas. Unas luces azules intermitentes iluminaban las calles.

La teniente presionó el auricular contra el oído para escuchar mejor. Entonces miró a Aimée y asintió. De nuevo, comenzó a mascar el chicle pausadamente. Parecía impresionada.

—Según el comando, unos veinte niños y dos profesoras podrían estar en cualquier de las tres clases que dan al sur —dijo ella—. Los tiradores se hallan posicionados en los tejados que bordean la calle.

A Aimée le vino un sudor frío. ¡Tenía que encontrar a esos niños!

La teniente Vedrine activó la radio móvil y conectó la unidad de Aimée a las otras. Le dio unos auriculares y le colocó un diminuto micrófono en el cuello de su mono.

Su instinto le decía que esa era su oportunidad y que sería mejor que la aprovechara.

Si no los encontraba, el número de muertos sería más alto y los cuerpos más pequeños. Se unió a los demás que se habían reunido a toda prisa en la rue de l'Ermitage.

—Hacemos una batida en el edificio contiguo —anunció el sargento—. Nos aseguraremos de efectuar una evacuación total antes de que los tiradores tengan estas ventanas en su punto de mira, ¿de acuerdo?

La mayoría asintió o murmuró su asentimiento. Cuando el grupo avanzó, Aimée se acercó sigilosamente a una columna y se mezcló con la fila. Entraron en el viejo edificio, un centro para el cuidado de ancianos. A juzgar por su apariencia, parecía que era privada y pija, mucho más exclusiva que una *maison de retraite*.

Dentro, el grupo se desplegó en abanico, y Aimée atravesó un comedor vacío; en las mesas había copas de vino medio vacías y los platos de comida todavía estaban calientes. Entró en la cocina, que tenía encimeras de acero inoxidable, y una ventana de lamas.

La zona de los fogones estaba llena de humo y olor a cebolla quemada, lo cual hizo toser a Aimée. En unas ollas de cobre hervía un caldo a fuego lento, pero la culpable era una sartén grande en la que chisporroteaban trozos de cebollas que se deterioraban rápidamente. Con cuidado de no quemarse con el mango, apagó el fuego, y levantó la sartén con la ayuda de una toalla y la metió en el fregadero con agua. La sartén empezó a crepitar y a despedir humo, pero ella ya había pasado por delante de un tajo lleno de verduras picadas y ajo machacado.

Salió a un oscuro pasillo de la parte de atrás. Con el edificio a su espalda, en la parte opuesta había lo que parecía ser un teatro antiguo. Oyó que se cerraban las puertas detrás de ella, y se dio cuenta de que pronto entrarían los de las crs.

Este teatro compartía la mitad de la parte de atrás del edificio del centro de ancianos. Aimée dudó; el sargento no les había ordenado que subieran al siguiente

nivel. Sin embargo, supuso que la única forma de llegar al colegio sería entrar en el ático del teatro y buscar el tejado.

Sus tacones sonaban sobre el mármol cuando se encaminó hacia el entresuelo. Aparte de ese sonido, lo único que se oía eran los viejos candelabros de pared, que zumbaban como insectos y bordeaban el *grande* entresuelo. Subió por la amplia escalera de mármol. Unos pasillos oscuros y desiertos salían de la entreplanta, apenas iluminados por la araña que había en el centro.

Oyó un ruido sordo, y después un tintineo de cristal. Anduvo de puntillas por el mármol, pero se detuvo cuando cesó el sonido.

Aimée vio el destello en el alto espejo ahumado. Se giró y sintió el frío metal de una ametralladora en la sien, y se quedó inmóvil.

—*Mademoiselle*, parece que se ha perdido —dijo una figura vestida con el mono negro de la raid y con gafas de visión nocturna, que le hacían parecer una mosca gigante—. Las fuerzas de las crs controlan el cuadrante inferior. No lo de aquí arriba.

El hombre dio un paso atrás y con el arma señaló hacia la escalera.

—*Bien sûr* —dijo ella cuando recobró la calma, y dio un paso adelante—. Pero como di clases en este teatro hace años, y estoy familiarizada con la distribución...

—Nosotros nos ocuparemos de eso ahora, ¿de acuerdo? —la interrumpió él—. Vete.

Y de nuevo apuntó hacia las escaleras.

El corazón de Bernard Berge latía con tanta fuerza que pensó que el equipo de la raid que lo flanqueaba se daría cuenta, a pesar de los cascos gruesos y de todo lo que llevaban en la cabeza. Una vocecita gritaba en su cabeza «¿por qué yo?», mientras Sardou, a través de los auriculares de Bernard, repetía las instrucciones. La rue Olivier Metra, desierta salvo por las fuerzas de las crs que estaban estacionadas detrás de las columnas, brillaba bajo la débil luz del sol de abril.

—¿Entiende, Berge? —volvió a decir Sardou—. Llévelo a una ventana.

Bernard asintió, y se preguntó de nuevo si su madre se ablandaría y lo enterraría aunque su cuerpo quedara irreconocible después de la explosión.

El grupo desapareció cuando Bernard se aproximaba a la desierta garita del conserje que estaba al lado de la entrada del colegio. Delante de él surgía el patio de la *école maternelle*, bordeado de macetas de geranios rojos y lleno de triciclos. En lo alto de los tres lados se vislumbraban ventanas con los postigos echados y tragaluces en los tejados inclinados en mansarda. ¡El fanático podría estar detrás de cualquiera de ellos! Un silencio inquietante se cernía sobre el patio. Respiró profundamente y dio un paso vacilante antes de agarrarse a la pared de piedra caliza. Le temblaban las manos.

Bernard Berge rezó para que se obrara un milagro, como había hecho de pequeño en el barco que salía de Argel. Había rezado para que la ciudad en llamas volviera a

estar intacta y que todo hubiera sido un sueño. Ahora rogaba despertar y ver que eso también era un sueño. Pero sabía que no iba a ocurrir.

—Muévase —siseó alguien detrás de él. Oyó un chasquido metálico: estaban amartillando sus armas—. Nosotros lo cubrimos.

Hizo que sus piernas se movieran y se dirigieran al centro del patio. Cerró los ojos y puso los brazos en alto.

—Soy Bernard Berge —dijo—. Del ministerio.

Silencio.

Abrió un ojo. Una cosa roja ondeaba detrás de una ventana de la planta baja. Y entonces algo asomó brevemente su pequeña cabeza.

—*Monsieur Rachid*, estoy autorizado para revocar las órdenes de expulsión.

De la garita salió el graznido de un loro. Bernard se sobresaltó. Alzó la vista. Las ventanas parecían observarlo con la mirada perdida.

—En el bolsillo. Quiero enseñárselo... ¿puedo entrar?

La única respuesta fue el agudo graznido del animal.

Vio que una pequeña mano se agitaba desde la ventana, y después desapareció.

—*Monsieur Rachid*, voy a entrar, y voy a hacerlo con los brazos en alto para que los vea.

Se centró en mover los pies hacia la ventana. Antes de que pudiera llegar a la puerta, esta se abrió, y un niño con jersey rojo y pantalones cortos chocó contra sus piernas.

—¡Corre! —le exhortó Bernard, que seguía con los brazos levantados,

—*Loulou* —sollozaba el pequeño—. No me puedo ir sin *Loulou*.

—No te preocupes, iré a buscarla —le dijo Bernard.

—¡*Loulou* es chico! —exclamó el niño.

—Date prisa —le dijo Bernard, impaciente, y lo apartó de sus piernas—. ¡Hazlo que te digo!

El pequeño corrió y tropezó con los adoquines. Cayó al suelo, llorando, al lado de la pared.

—¡No puedo dejar a *Loulou*!

—¡Sigue! —gruñó él, y miró hacia arriba para escudriñar las ventanas.

El pequeño se levantó y se tambaleó, pero pudo llegar a la garita del conserje. Por el rabillo del ojo, Bernard alcanzó a distinguir que el agente de la raid cogía al muchacho.

Entró en la larga clase lentamente, y pasó por delante de unas paredes blancas cubiertas de acuarelas de los niños, una mesa con arena llena de palas de madera y una jaula vacía de conejo que tenía «*Loulou*» garabateado en un cartel con lápiz de color. *Merde!*, pensó Bernard. ¡El pequeño iba a poner a todo el mundo en peligro por un conejo!

Atravesó un cuarto de baño de azulejos amarillos, en el que había taburetes delante de los lavabos y diminutos inodoros, y entró en una habitación oscura llena de

cunas para la siesta. ¿Hacia dónde debería ir?

Se arrodilló, y a tientas pasó entre las cunas en dirección a una puerta de doble hoja. Algo húmedo y viscoso se le pegó a los dedos, y el miedo lo inundó. No quería mirar.

Gracias a la luz que pasaba por debajo de la puerta pudo ver que tenía sangre en las manos. Bernard lanzó un grito ahogado. La imagen de su hermano pequeño, André, apareció ante él, con su carita flotando en el pozo del pueblo. Bernard no intentó limpiarse las manos. Sabía que nunca podría quitarse la sangre.

—¡Buen intento, Leduc! —dijo Sardou—. Estás fuera.

El hombre de la raid la había escoltado hasta el centro de mando. La sensación desalentadora que tenía se acentuó cuando vio a unos padres que esperaban llorando en los alrededores.

—La unidad antibombas han establecido el procedimiento a seguir —dijo Sardou—. No pondremos a nadie en peligro.

—Pero mire a Berge —protestó Aimée—. El procedimiento habitual no lo pondría...

—¿Dentro? —la interrumpió él—. ¡Claro que no! Pero el secuestrador pone las reglas, ya que Berge fue responsable de las deportaciones.

A Aimée le costó hacérselo entender.

—El afl no haría esto —le explicó ella—. Una facción radical ha tomado el mando. La razón real es la pérdida de financiación para la misión humanitaria.

—Estás fuera —volvió a decirle él. Le hizo un gesto con la cabeza a un agente de las crs, que escoltó a Aimée hasta la barricada.

Se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo podían dejarla fuera? No confiaba ni en la raid, ni en Guittard, ni en los tiradores. «De gatillo fácil» cobró un nuevo significado con tiradores altamente cualificados que se morían por eliminar rápidamente a los sospechosos. Las bombas y la toma de rehenes se habían convertido en algo habitual en París.

Derrotada, bajó por la rue de l'Ermitage. Se desplomó en el suelo, ajena a las miradas de los transeúntes. Si algo ocurría y no hacía nada, nunca se lo perdonaría. Anaïs había dicho que sabía cómo hacerlo ... ¿pero hacer qué?

Tenía que sacarlos de allí.

Aimée se fijó en el aceite de color rosa perla que bajaba por las grietas de los adoquines, y formaba charcos en el suelo. Miró su reloj por la fuerza de la costumbre. Su reloj parado de Tintín.

Se levantó, llamó a René desde el teléfono más cercano, y le pidió que cogiera el equipo y la esperara en el café de Gaston, a cuatro manzanas de allí. Y entonces comenzó a correr.

—¿Podemos usar tu local como cuartel general, por así decirlo, Gaston? —le preguntó Aimée—. Tengo un plan para desactivar la bomba.

—Si me dejas ver cómo usáis uno de esos —dijo Gaston, y señaló los portátiles que René empezaba a desembalar sobre la mesa con marcas de vasos.

—Te enseñaré incluso —le dijo René con una amplia sonrisa. Miró a su alrededor—. Primero necesitamos una toma para que veas cómo funcionan los protectores de sobretensión. Te lo mostraré inmediatamente.

Aimée se metió el móvil nuevo, que René le había dado, en la cinturilla.

Había algo que no tenía sentido.

—Tengo una terrible sensación —le dijo ella después de contarle su conversación con Philippe—. No negó nada, parecía simplemente abatido.

—¿Entonces crees que es otra forma de chantajearlo? —le preguntó René.

—Su hija está allí, René —contestó ella—. Y su esposa.

—Pero ¿cómo? —preguntó Gaston—. ¿No lo ha reivindicado el afl?

—Mafoud y el afl son gente corriente, que imprimen panfletos, reparten comida y cuidan de los hijos de los huelguistas —dijo ella—. La toma de rehenes no es su estilo. Aunque el tal Rachid diga lo contrario.

René le dio a «guardar» en su portátil y levantó la vista.

—Rachid podría ser una bomba de relojería. ¿Y si se ve más acorralado y decide llevar la causa más lejos?

—¿Acorralado...? —Gaston se estremeció.

Aimée podía ver que al hombre no le gustaba lo que eso implicaría. A ella tampoco.

—Es posible, René —contestó ella—, pero yo diría que es listo y que posee algún tipo de entrenamiento con explosivos. —Hizo una pausa—. Tiene a unos doscientos policías, entre ellos tiradores y agentes de brigada de la raid, a la espera, y no parece demasiado nervioso.

—Tienes razón, Aimée —dijo Gaston. Se apoyó en la barra de cinc, y la limpió con un trapo húmedo—. Quizá se adiestró en el ejército.

A través de las ventanas del café, se veía a la lluvia brillar en un cartel lleno de mugre, con «Biére de froment» escrito con letras de imprenta, que crujía con el viento. El trío árabe se movieron a otro portal para hacer negocios mientras un ciclista pasaba por delante.

Aimée asintió.

—¿Recordáis que el año pasado unos jóvenes marroquíes con pasaporte francés, y adiestrados en Afganistán, fueron enviados primero a luchar en Bosnia, y después sus jefes les ordenaron ir a Marruecos, a matar a unos cuantos turistas, porque eso desestabilizaría el país?

René y Gaston asintieron.

Aimée se quedó mirando la foto desgastada que estaba metida en el marco del espejo, y pensó en todas las cosas que no tenían sentido. ¿O sí lo tenían? ¿No habían

enviado a Berge al lugar con la autoridad de garantizar permisos de residencia a los inmigrantes?

—Sigue —le dijo René que, junto con Gaston, miraban fijamente a Aimée.

—Parece algo similar, son casi los mismos fundamentos disparatados —dijo ella—. Creo que les han pagado por hacerlo. —Se encogió de hombros—. Es una simple corazonada.

René frunció el ceño.

—Confío en tu intuición, Aimée.

—La batalla de Tlemcen da fe de ello —dijo Gaston, que cogió un pañuelo de papel. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Qué te ocurre, Gaston? —le preguntó Aimée.

—Un problema médico —le contestó él—. Los conductos lagrimales se dilatan y lloro a la mínima. —Le guiñó un ojo—. Consigo medio kilo más de melón en el mercado.

—Hay otra cosa —dijo ella—. ¿Y si no está solo?

—Por supuesto que no lo está —contestó René—. Profesoras, niños...

—Tiene que comer y defecar, ¿no es así? —dijo Aimée.

—Hará que alguien pruebe su comida —dijo Gaston—. Se llevará a uno de ellos al baño.

—Es verdad, Gaston —asintió ella—. Lo más importante es que se cansará. Por supuesto, dependerá del tiempo que los retenga, pero tendrá que dormir.

—¿Adónde quieres llegar, Aimée? —le preguntó René.

—Tiene un cómplice —respondió ella—. Y a menos que sea una misión suicida, cuenta con una ruta de escape.

René asintió.

—Pongámonos manos a la obra.

Bernard Berge se quedó mirando sus manos manchadas de sangre: la sangre de los pequeños. Unas moscas azules volaban sobre unos trozos de color rojo oscuro que había en las escaleras de mármol. Viscosos y manchados, emitían el hedor dulzón de la carne podrida. Bernard soltó un grito ahogado y apartó la vista.

Vio la aterciopelada oreja gris metida en la gruesa barandilla. Pobre *Loulou*. Pero al menos era la sangre de un conejo, no de un niño. Se limpió las manos en el mármol y subió.

—*Monsieur* Rachid, llevo en el bolsillo el documento de inmigración con la puesta en libertad de todos —dijo con la voz quebrada—. En cuanto libere a los niños, las crs escoltará a todo el mundo al lugar donde tramitarán su permiso de residencia, ¡se lo prometo!

Los pasos de Bernard resonaron en el mármol. No oyó nada, sólo el zumbido lejano de las moscas.

—Por favor, estamos cumpliendo sus peticiones, Rachid. —Siguió hablando mientras subía las otrora magníficas escaleras, ahora cubiertas de lápiz de color y carteles que decían «Grupo de “Gusanos de seda a mariposas” todos los viernes», «“Gacelas en movimiento” de *mademoiselle* Mireille los martes por la mañana».

Bernard se detuvo en el descansillo. ¿Dónde estaban los niños? Le dolían los brazos de tenerlos en alto; la sangre le había bajado por las mangas blancas de su camisa, pero tenía miedo de bajarlos. El vestíbulo daba a un pasillo de techo altos, que se estrechaba en otro ala. Se detuvo. Unos sonidos apagados provenían de detrás de un puerta en la que ponía «Sala de arte». ¿Debería entrar?

Dudó antes de girar el rajado pomo de porcelana. De repente, alguien lo agarró por detrás.

—Rachid —farfulló él—. Habla conmigo.

Unos brazos fuertes le habían cogido de los hombros, tenía los ojos tapados, y le llegó a sus oídos el sonido de un fuerte desgarrón. Alguien le puso una cinta adhesiva sobre la boca. Oyó palabras guturales en árabe, glotales y duras.

Su último pensamiento consciente fue el de un olor a éter cuando un trapo húmedo le cubrió la cara, lo que le recordó a cuando le extrajeron las anginas.

Tiempo después, no sabía cuánto, la cabeza de Bernard comenzó a desarrugarse, como si cada capa empapelada de tejido de la conciencia se soltara con un esfuerzo. Abrió los ojos, y se dio cuenta de que, casi pegadas a su nariz, unas burbujas plateadas subían a la superficie. Estaba frente a un acuario que borbotaba, y tenía la espalda apoyada en una pared. Respiraba, pero no podía llenar los pulmones con aire suficiente.

Ante él, en el suelo, una figura encapuchada y vestida de negro, con cartuchos de dinamita alrededor de la cintura, jugaba con una niña de leotardos rosas a construir con Lego. El rostro encapuchado miró hacia arriba.

—Bienvenido al colegio, *monsieur* Berge —dijo el hombre sin que se le moviera el pasamontañas negro—. *Merci* por el documento; sin embargo, han surgido nuevos problemas, y nos gustaría que nos ayudara a solucionarlos.

Bernard se dio cuenta de que sus resuellos y jadeos querían decir que estaba hiperventilando.

—¡No puedo respirar!

—*Calmez-vous*; nos gustaría pedirle algunos privilegios cuando esté más *tranquille* —le dijo Rachid, que gritó algo en árabe a otro encapuchado que llevaba un mono negro y que salía de un vano con una ametralladora colgada sobre el pecho.

—Liberaremos a los tres niños más pequeños para mostrar nuestra buena fe, *monsieur* Berge. Pero usted debe quedarse aquí y ayudarnos a conseguir nuestras peticiones.

Bernard asintió.

—Estoy autorizado...

—Ahora mismo está autorizado para escuchar —lo interrumpió.

En el exterior de Café Tlemcen, la llovizna se había convertido en un chaparrón. El viento agitaba las hojas y las pequeñas ramas con fuerza, y se quedaban enganchadas en el pelo de Aimée. Dejó la antena de radio sobre la mesa, y estiró su abrigo mojado encima de unas sillas. René y Gaston apiñaron los planos de la *école maternelle* en la mesa redonda del café.

—Aimée, tenemos una noticia buena. La *école maternelle* tiene ordenador —dijo René—. ¿Preparada para oír la mala?

Aimée refunfuñó.

—El ordenador no funciona —dijo René.

Que un ordenador no funcionara no era el fin del mundo; los dos lo sabían.

—Pero eso no nos ha detenido en el pasado, René —dijo ella—. Es sólo un poco de trabajo y algo de tiempo.

—Tiempo es algo que no tenemos —dijo él en tono más bajo.

Ella oyó el cambio en su voz y se preocupó.

—*Tiens*, ¿ha ocurrido algo más?

—Se puede decir que sí —respondió él—. ¡Han conectado el sistema de seguridad del edificio a la bomba humana! Mira este mapa, Aimée.

Mientras la cortina de lluvia empañaba las ventanas del café, ella examinaba el mapa de la estructura del edificio. Las únicas entradas o salidas de los planos del edificio estaban conectadas al sistema central. ¿Cómo iba a entrar?

Aimée se detuvo y señaló con el dedo varias equis que había al lado del antiguo alcantarillado.

—¿Puedes descifrar eso, René? —le preguntó ella.

Él asintió.

—Son unos viejos socavones —contestó él, y miró más de cerca los planos—. Tapiados.

—¿Que van adónde? —preguntó ella.

—A un afluyente del canal cercano —contestó él—. El bulevar Richard Lenoir es la continuación pavimentada del canal Saint Martin.

Aimée reprimió su emoción, que iba *in crescendo*.

—¿Alguna idea de cuándo se tapiaron?

René examinó los planos.

—Diría que lo hicieron cuando se pavimentó el canal. Deja que lo compruebe.

Le dio a varias teclas del portátil cercano. Aimée lo miraba mientras en la pantalla aparecía una cuadrícula del siglo XIX superpuesta a un mapa de Belleville contemporáneo. Aimée lo observaba paralizada.

—¿Qué clase de mago eres, René? —dijo ella.

—Es sólo un nuevo programa que he encontrado. —Se rió entre dientes—. Lo mejor está por venir.

La nítida resolución resaltaba los estrechos callejones y calles que el varón Haussmann había sustituido en el siglo XIX por los anchos bulevares y avenidas del Belleville de hoy.

—¡Increíble!

Los ojos de René se iluminaban mientras tecleaba.

—Hay más.

Un sistema subterráneo de arroyos y afluentes del Sena, como ramas de un árbol, se desplegaba en diversos colores.

—Esa gruesa línea azul indica el viejo afluente del canal Saint Martin, y las verdes son los antiguos manantiales de Belleville.

A Aimée el corazón le latía deprisa.

—Si de algún modo pudiéramos entrar, ¿un socavón es navegable?

René se encogió de hombros.

—Como es tierra porosa compuesta de limo de río, ¿quién sabe? El suelo se asentó, para luego hundirse. Hay viejos socavones por todo París, especialmente en el décimo, undécimo, decimonoveno y vigésimo *arrondissements*. Todo el mundo se olvida de eso.

Aimée se quedó callada.

—Belleville es donde se encuentran todos, ¿verdad?

—Parece que hay un socavón tapiado en el sótano —dijo él—. Que va de la *école maternelle* a la calle. El embalse de Belleville y las torres de agua están a unas pocas manzanas de allí.

René abrió los ojos de par en par.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Entramos por el socavón —dijo ella, y tocó el lugar en el mapa de la pantalla—. Encendemos el ordenador, pasamos el cableado de la bomba del sistema de seguridad al ordenador, transferimos la conexión e introducimos el código de bloqueo. —Hizo una pausa y respiró—. Lo único que quedaría sería sacar a los niños del socavón.

—¡Caramba, Aimée! —exclamó él—. Muy buen razonamiento si funcionara el ordenador. Otra historia es si esta teoría se puede poner en práctica. —Le dio a «imprimir»—. Nadie sabe qué pasa realmente ahí abajo.

Aimée se sacó el móvil de la cinturilla. Intentó que René no viera que le temblaban las manos.

—No es mi estilo ser una rata de alcantarilla. Ni me gustó la última vez en el Marais —le dijo René—. Aunque en aquella ocasión no había niños ni agujeros subterráneos inestables.

Ella estudió el mapa y dejó sus temblorosas manos metidas en los bolsillos.

—Piénsalo, René —dijo Aimée—. Simulamos la conexión del ordenador, engañamos al sistema e introducimos el código de bloqueo.

René frunció el ceño.

—Aimée, me preocupa... no hay garantías de ese modo.

—No hay garantía alguna, René. Pero si inutilizamos el artefacto explosivo, Anaïs y esos niños tendrán una oportunidad. Con los tiradores de la raid, me temo que van a ser carne de ametralladora.

René negó con la cabeza.

—No podemos hacerlo solos.

Su corazón le latía muy deprisa mientras veía cómo el plano subterráneo salía de la impresora de René.

—La cuestión es si pedimos ayuda o lo hacemos solos —quiso saber Aimée.

René puso los ojos en blanco.

—Soy demasiado bajo para esos uniformes de comando. Además, mi fontanero se ha trasladado a Valence. Necesitaríamos dinamita.

—Gaston fue militar, ¿no es así? —dijo ella, y se volvió hacia él—. ¿Eres bueno con el desatascador?

—Fui aprendiz en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército —le contestó él—. Antes de pasarme a la inteligencia.

—Perfecto —dijo ella.

—Las bombas te ponen nerviosa, Aimée —le dijo René, con preocupación en su voz—. Dejemos que los mandamases nos den acceso. Entonces tendremos más posibilidades.

Antes de que ella pudiera responder, oyeron un disparo a lo lejos.

—Puede que tengas razón, René.

Aimée agarró su abrigo mojado y abrió la puerta del café.

Dos manzanas más tarde, se encontró con una multitud solemne de mujeres en la plaza cerrada con barricadas. Una de las preocupadas madres, cuyo rostro reflejaba el miedo del grupo silencioso que la rodeaba, tenía a un policía antidisturbios del cuello del uniforme.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. Díganos qué está pasando.

—*Tiens* —respondió él—. Los sacaremos pronto de ahí.

Se llevó a la mujer y al resto lejos de allí.

—¡Acaban de salir tres más!

En el patio del colegio alguien gritó: «¡Tomad el flanco derecho!».

—Mi hijo es asmático —suplicó la mujer—. Necesita su inhalador.

—Deme su nombre, *madame* —dijo amablemente el agente de las crs. Lo anotó, y repitió el nombre al micrófono que tenía sujeto al cuello de su uniforme.

Aimée oyó que un funcionario les rogaba que le dejaran ofrecerse como rehén para canjearse por uno de los niños. De mediana edad y bien vestido, siguió insistiendo.

Un pequeño grupo de gente, que se imaginaba Aimée serían psicólogos infantiles, permanecían alerta al lado de él. Ella miró hacia arriba, y examinó los tejados en mansarda que bordeaban el teatro, cuando unas balas rebotaron en la barandilla de

metal de la plaza. Todo el mundo se tiró al suelo adoquinado. Excepto Aimée. Había visto una cara en la ventana del ático del cuarto piso; y pelo rubio, que después desapareció. ¿Sería Anaïs?

—*Encore!*

Bernard estaba boquiabierto, sorprendido. Contemplaba cómo la joven profesora, que llevaba una bata manchada de pintura y tenía el rostro colorado, daba vueltas a la manivela de una caja de música, de la que salía una canción infantil. Los niños reían mientras rodeaban una hilera de sillas pequeñas. Cuando la música paraba de repente, todos organizaban un barullo enorme. El niño que se quedaba sin silla se apartaba, riendo, y se unía a los que aplaudían alrededor de las sillas que quedaban, mientras la profesora le daba de nuevo a la manivela.

Alguien le tiró a Bernard una espada de madera al regazo.

—*En garde, monsieur!* —dijo un niño con cara seria y brillo en sus pequeños y oscuros ojos. Llevaba una capa blanca y escarlata atada debajo del mentón.

—Michel, puede que *monsieur* esté cansado. Matar dragones y lobos todo el día puede ser agotador —dijo una voz tranquila detrás de él.

Bernard se giró y descubrió a una mujer, de pelo castaño y una bata de tejido vaquero, que entraba en la clase con una bandeja de galletas y unas jarras con zumo, escoltada por un hombre con un pasamontañas negro.

—*A table, mes enfants* —dijo ella—. Después a dormir la siesta, como siempre.

El primer hombre encapuchado, conectado a una pila de cartuchos de dinamita que había en una cesta de bloques de madera, le hizo un gesto a Bernard para que volviera a su lado. Bernard vio que el hombre movía las manos, y se fijó en que el artefacto explosivo debía de ser uno por control remoto.

—¿Está ayudando al cazador? —le preguntó el niño de la capa.

—*Alors, Michel, atrapar al lobo es un trabajo duro* —la profesora miró a Bernard y asintió—. ¡Nuestro cazador necesita ayuda!

Bernard asintió también como si matara lobos y dragones a diario. Así que las profesoras habían convertido todo en un juego, pensó él. Qué listas. Además también era una buena forma de evitar el pánico y asegurar la cooperación.

Una niña pelirroja, que tenía pecas por toda la cara, llevaba una boa de plumas enroscada alrededor de los hombros. Salió del rincón de los disfraces con unos zapatos de tacón de color rubí que le quedaban muy grandes y que hacían que anduviera a trompicones y con los pies metidos hacia dentro.

—*Gigi tiene hambre* —dijo ella con una tortuga enorme en sus brazos. El animal abría y cerraba la boca.

Bernard vio que salían unos cables de la dinamita. Temeroso de que la niña los pisara, gritó: «¡Detente!».

La profesora levantó la vista.

—¡Lise, no te olvides de que consigues tres puntos para tu equipo cada vez que saltes por encima de esos cables!

Lisa asintió, dejó a *Gigi* en el suelo, y tranquilamente saltó por encima de ellos. El corazón de Bernard le latía muy deprisa, y sabía que de nuevo estaba hiperventilando.

Le había hecho llegar las peticiones de Rachid a Guittard, que reiteró que tenía que recordar su «cometido»: que se colocaran delante de la ventana. Sin embargo, ninguno de ellos se alejaba mucho de la dinamita. Guittard había accedido a las demandas de Rachid para que pusieran en libertad a los inmigrantes y había insinuado que Bernard tenía que ganar tiempo.

—*Monsieur* Rachid, el ministro Guittard accede a sus peticiones —le informó Bernard, repitiendo las órdenes de Guittard—. Vamos a retirar los aviones, que esperan en la pista.

—Tres horas —dijo él—. Cada hora que pase después dispararé a una profesora. Bernard se estremeció, pero mantuvo un semblante firme.

—*Monsieur* Rachid, estamos accediendo a sus demandas...

—Y usted pierde una extremidad —lo interrumpió él.

—*Monsieur* Rachid...

Bernard titubeó; intentó seguir.

—¿Le gusta el sol? —lo interrumpió Rachid—. Porque cuando salgamos de aquí es probable que venga con nosotros.

Las esperanzas de Bernard se esfumaron. Había estado condenado desde el principio.

—René, ¿podríamos desconectar el sistema de seguridad por medio de una fuente remota? —le preguntó Aimée, de pie al lado de la ventana de Café Tlemcen.

Él se encogió de hombros.

—Aunque tienes razón, René —reconoció ella—. Es hora de trabajar con los mandamases.

No tenía otra opción.

—*Commissaire* Sardou, puedo ayudar —le dijo Aimée a su móvil.

—¿Usted otra vez? —le espetó Sardou.

—Déjeme hablar con el ministro Guittard —le pidió ella—. Podemos inutilizar el sistema de seguridad de la *école maternelle*.

—No estropee las cosas. Vamos a satisfacer las peticiones de los secuestradores —bramó Sardou—. No la necesitamos.

—Sugiero que simulemos la conexión al ordenador —le dijo Aimée—, engañemos al sistema e introduzcamos el código de bloqueo.

Guittard se puso al teléfono.

—Hable conmigo, *mademoiselle* Leduc —le pidió él.

—No habrá ningún altercado si mi socio y yo trabajamos con sus ingenieros. Los niños saldrán de allí vivos.

—La escucho —dijo él.

Aimée le resumió su plan, le bosquejó los detalles después de que él hiciera una pausa y le dijera que siguiera.

—Pero el ordenador tiene que estar encendido para hacerlo.

Guittard sonaba preocupado, pensó ella.

—*Un moment* —le dijo Guittard, y la puso en espera.

—Rachid les ha dado tres horas —dijo René. Miró su reloj, y negó con la cabeza—. Nos quedan dos horas.

—Olvídese. El equipo de tácticas dirige esta operación —dijo Guittard cuando volvió a ponerse la teléfono—. Sus hombres coordinan esto. Los terroristas han colocado una trampa en el ordenador para impedir una simulación como esa. No hay forma de desarmar la bomba a través del sistema de seguridad.

Frustrada, Aimée le dio una patada al suelo de baldosas. Si esa información era cierta, no había manera de hacerlo.

Nunca había tenido una buena relación con los servicios informáticos especializados de la *gendarmérie*. Esta unidad, un secreto bien guardado del Ministerio de Defensa, contaba con un gran presupuesto. Paradójicamente, el papeleo del Gobierno nunca permitió que la división avanzara al mismo ritmo que el sector privado; René siempre estaba varios años por delante de ellos. Cada trato que Aimée tenía con ellos estaba lleno de resentimiento y obstáculos.

—Así que esperaremos —dijo Guittard—. Por cada diez *sans-papiers*, ellos liberan a un niño.

Desilusionada, quería gritarle que los terroristas no siguen las reglas. En cambio, dijo adiós y comenzó a pasearse de un lado a otro del café de Gaston.

—Bernard se graduó con honores en la ena —le dijo Gaston, y le dio un sorbo a su agua mineral—. Ten más confianza en él.

Aimée sabía que eran la *crème de la crème*. Ningún otro país tenía un equivalente. La única comparación que se acercaba la había hecho un amigo de su padre que la había equiparado a Princeton, Harvard y Yale juntas, aunque más exclusiva.

Los graduados, a los que se llamaban *enarques*, accedían directamente a puestos ministeriales. Aimée recordó un comentario en un periódico que definía al Gobierno no como socialista sino como *énarquiste*.

—Bernard siguió el camino del *énarque* como era de esperar —siguió Gaston, que dio otro sorbo, y posó el vaso en la barra, con cuidado de dejarlo encima del posavasos—. Primero lo designaron para un puesto en el Ministerio de Economía, trabajó en los presupuestos generales, y después se pasó a Justicia. Fue juez durante mucho tiempo.

—¿Así que los *enarques* no salen del gobierno? —preguntó ella, sorprendida.

—*Bien sûr* —contestó Gaston—. Son todos amigos, y les gusta que los puestos se queden dentro de la familia, por así decirlo. Que sean exclusivos.

Viven cerca unos de otros en elegantes pisos del séptimo *arrondissement* para así caminar juntos al ministerio.

Aunque a Aimée le parecía que no encajaba en ese grupo. Al recordar su aspecto angustiado, se quedó absorta en su pensamiento. Si Bernard hubiera tenido algo de agallas, lo habría conseguido todo.

La tenue luz de la tarde brilló en el vaso de Gaston, que miró de nuevo hacia arriba; esta vez su mirada arrugada era seria.

—Su padre sirvió en *Algérie* bajo el mandato de Soustelle. Para haber sido un *ped-noir*, Bernard ha llegado a lo alto.

Quizá lo que ella había creído que era cobardía era su conciencia. ¿Cómo se sentiría al formar parte de ese grupo selecto? ¿Cuánto le había costado llevar a cabo esta misión?

—Se dice que se despidió a principios de año para evitar una crisis nerviosa —dijo Gaston—. Se metió en su piso y no salía. Hasta que lo sacaron de allí para este trabajo.

Bernard contemplaba las agujas del enorme reloj de pared acercarse lentamente al cuatro. A su alrededor, los pequeños ronquidos de la hora de la siesta iban al ritmo de la cinta de Mozart que había arrullado a muchos hasta dormirlos. La profesora, que él había oído que se llamaba Dominique, estaba sentada en el medio, y acariciaba la espalda de uno de los niños mientras escribía lo que Rachid le dictaba en susurros.

—Para poder escapar —decía Rachid—, pedimos que la policía anuncie nuestra muerte. Una vez que estemos seguros de que estamos a salvo, liberaremos a los últimos niños.

Dominique levantó el papel, escrito con lápiz rojo, para que lo viera. Tenía unas ojeras marcadas.

—Fírmalo como «La Bomba Humana» —le dijo Rachid—. Y después, quédate con los niños.

Ella obedeció y se tumbó en una de las camas.

Rachid metió la nota en una lata de galletas y se acercó a rastras a Bernard.

—Vaya con él —le dijo mientras con la cabeza señalaba al otro terrorista—. Tire esto por la ventana del ático que da a la plaza.

—¿Por qué no llamamos a Guittard? —le preguntó él—. Puede explicarle sus peticiones al ministro.

Rachid golpeó la mesa con el puño. El acuario tembló.

—Cuando quiera sus sugerencias, burócrata, se las pediré.

Bernard dio un respingo. Cogió la nota y pasó a gatas al lado de los niños que dormían. El cómplice de Rachid le daba con la ametralladora para que subiera por las

escaleras, y le golpeaba en las costillas cada vez que se detenía.

Bernard sudaba cuando llegaron al cuarto piso. Durante todo el trayecto, no dejó de pensar en cómo conseguir que el terrorista se colocara cerca de la ventana. Un crujido en las escaleras de madera lo alertó... ¿una rata, otra mascota del colegio que se había escapado, o un niño escondido? El terrorista se detuvo, también lo había oído.

—¡Espere aquí! —gritó el hombre.

Bernard se quedó de pie en los gastados escalones. Respiraba con dificultad. Este mundo infantil de tantos cuidados le resultaba ajeno.

Recordaba que los años de posguerra y hambre los pasaron en habitaciones alquiladas con un aseo para dos pisos. Y eso su madre lo había considerado un lujo. Su verdadero padre había muerto en una escaramuza en el desierto con rebeldes *fellagha* cuando él era niño.

Su padrastro, Roman, también un *pied-noir*, hablaba poco. Pero cuando lo hacía, todo el mundo escuchaba. Bernard siempre había comparado sus palabras con los utensilios de su profesión de carnicero: afiladas y mordaces.

Una vez, le había preguntado a su madre, cuando todavía no se enteraba de mucho, el motivo por el que las palabras de su papi cortaban como un cuchillo. Esta suspiró, y lo atrajo hacia sí, algo para lo que raras veces tenía tiempo. Le dijo que su padre lo guardaba todo dentro, y que algunas personas demostraban su amor de otra manera. Su papi, continuó ella, demostraba su amor trabajando duro. Ahora tenían una casa, le decía ella, y señalaba la habitación en la que estaban. El revoque de las paredes aparecía desconchado en las dos estrechas habitaciones de techos altos, y su única fuente de agua era una bomba que había en el patio.

Pero cuando Roman hablaba, usaba el lenguaje como un arma. En cambio Bernard había aprendido a utilizarlo como un escudo, mientras vivía en el éter de las ideas.

Su madre le dijo que estaba segura de que algún día haría que su papi se sintiera orgulloso de él, y que le demostraría lo listo que era. Le acariciaba la mejilla con una mano, le alisaba el pelo y el remolino recalcitrante que nunca se dejaba hacer. Su tono era de melancolía cuando le preguntó si cuidaría de su papi cuando se hiciera viejo.

Pero nunca lo hizo. Roman murió de tuberculosis y arruinado siete años después; antes de que Bernard entrara en la *École Nationale d'Administration*, y su hermano aprobara el examen de ingreso en la facultad de Medicina. Sin embargo, los intensos silencios y mordaces palabras de Roman se le quedaron grabados en el alma.

Estos niños nunca conocerían las privaciones que él había pasado. Y, por una vez, sin hacer caso de la envidia que habitaba en su corazón, sintió gratitud. Gratitud por el hecho de que ningún niño sufriera lo mismo... pero entonces se acordó de los Balcanes, de los huérfanos de ojos vacíos. La guerra no se acababa, sólo tomaba formas diferentes. Y estos niños, ¿no eran ellos víctimas forjadas en batallas de la hace tiempo perdida guerra de Argelia?

Oyó un estallido de cristales delante de él.

—¡Estoy aquí, burócrata! —gritó el hombre—. ¡Ahora!

Bernard reprimió el impulso de escapar, bajó la cabeza y entró. El terrorista había roto la ventana. El suelo estaba cubierto de fragmentos de cristal, que emitía un matiz azulado. El estrecho ático olía a humedad y estaba lleno de letras de escaparate de madera que llegaban a la altura de la cintura. La débil luz del sol se reflejaba en el cristal y creaban una alfombra de diamantes. ¿Y si los tiradores pensaban que estaba haciendo señas? Bernard sintió pánico. Respiraba con dificultad.

No, esperarían, no iban a disparar a cualquier cosa que brillara, estaba seguro. Su nivel de tensión bajó ligeramente. Hasta que, en la esquina, vio a una mujer, despeinada y atada a una silla, que se esforzaba por golpear al terrorista en las espinillas. Le lanzó una mirada que Bernard no pudo interpretar.

—Lléveme al baño —gritó ella—, o lo haré en el suelo.

El terrorista le dio una bofetada con el dorso de su mano enguantada.

—¡Haga lo que quiera, *infidèle*, pero cállese!

Bernard vio que sus manos agarraban el largo respaldo de la silla y que tenía las muñecas desatadas. Ella le hacía señales. Ellos eran dos, y un solo y enorme terrorista con una semiautomática.

—Mire —dijo Bernard, que se iba acercando poco a poco al terrorista—. Le sugiero...

—Se acabó la cháchara.

Bernard hizo un gesto hacia ella.

—¿No le puede dejar al menos que vaya al baño?

Bernard se preguntó quién sería.

El terrorista apuntó a una ventana, con trozos de cristal que salían de las esquinas.

—Deprisa —dijo él—. ¡Tírela desde aquí! Burócrata, se me está acabando la paciencia —gruñó el terrorista. Espató y escupió al suelo; se acercó a Bernard y lo golpeó con la ametralladora en las costillas—. ¿Me ha oído? Tire la lata por la ventana.

Bernard dio un respingo cuando el frío metal del cañón le traspasó la fina chaqueta del traje. Dio un paso. El cristal roto crujía bajo sus pies. Se quedó inmóvil.

Miró a la mujer en busca de ayuda, pero los ojos de pesados párpados de esta lo miraban ausentes. Le sangraba la nariz, y el rojo brillante de la sangre le bajaba por la barbilla y le salpicaba su otrora blanca blusa de seda.

Bernard sabía que era un cobarde. Las peleas en el patio del colegio y las burlas lo habían demostrado. La idea de ser el blanco de los tiradores de la raid no le atraía demasiado. Lo que quería en ese momento era ponerse de rodillas debajo del tragaluz, en el frío, entre las letras torcidas, y suplicarle misericordia al hombre.

—La policía me disparará —dijo él; le temblaban las venosas manos—. No puedo...

—No importa. —El terrorista bostezó—. La usaré a ella.

A Bernard le fallaron las piernas; ya no lo podían sostener. Mareado, intentó agarrarse a la silla de la mujer. Falló. A su alrededor, la luz giraba y cambiaba. Cayó al suelo con todo el peso de su cuerpo. Se dio cuenta, unos segundos después, de que tenía multitud de esquirlas en los brazos.

La mujer saltó de la silla gritando, y empezó a darle patadas en las piernas al terrorista. Este tropezó con Bernard, que seguía aturdido, y dejó escapar un bramido. Se dio con la cabeza en la pared, y se desplomó encima de su ametralladora. Unos disparos ensordecedores le atravesaron con violencia el pecho. Su torso negro se retorció mientras las balas lo perforaban. Su cuerpo cayó de lado.

Bernard se fijó en que la mujer se había ido. Estaba solo. Solo con un terrorista muerto, cuyas tripas bajaban lentamente por el revoque granulado. ¿Qué debía hacer? ¿Habría oído Rachid los disparos?

Le dio la vuelta al voluminoso cuerpo, y cogió la ametralladora, que estaba pegajosa por la sangre.

Bernard le quitó el pasamontañas negro al hombre. Su cara con barba de varios días tenía la mandíbula laxa y la expresión ausente de la muerte. Por primera vez en su vida, no sintió miedo alguno a la muerte. Un alivio extraño lo inundó.

Y entonces tomó una decisión. Sin duda se uniría al pequeño André, quien lo había llamado por la noche durante tanto tiempo. Pero primero salvaría a los niños, ya que no había podido salvar a su hermano.

Desagraviaría el pasado.

Bernard le abrió la cremallera y le quitó el mono al terrorista; fue un proceso laborioso: bajarle las mangas, y quitarle la prenda de los hombros y de sus anchas e inertes caderas. Y después las pesadas botas, que limpió antes de ponérselas. Se colocó el pasamontañas. En el bolsillo lateral, que estaba cerrado con cremallera, encontró un cargador nuevo.

Cuando bajó dos tramos de escalera con el pasamontañas negro, sus dedos ya agarraban con fuerza el gatillo. Le gustaba cómo la sólida curva se adaptaba a su dedo. Se detuvo al oír un crujido en el estrecho descansillo.

La luz de un candelabro de pared iluminaba el rastro de unas huellas pringosas de dedos. Metida debajo de la escalera, con pasamanos de metal, había una pequeña puerta que pasaba casi desapercibida. Caminó de puntillas por el suelo, pegó el oído a la puerta y escuchó. De vez en cuando, oía susurros y un pitido estridente.

—Tranquilo, soy un amigo —dijo él, y abrió poco a poco la puerta. Había una figura agachada detrás de limpiadores y mopas—. Deja que te ayude, pequeño.

—Me llamo Simone —dijo una carita que lo miraba enfadada, que surgió lentamente con un móvil en la mano y un gastado osito de peluche marrón en los brazos—. Este juego es aburrido. —Tosió y reprimió sus moqueos—. ¡Quiero irme a casa!

Bernard se arrodilló, rígido e incómodo por el mono, con los brazos ocupados con el arma.

—Yo también —dijo él.

—¡Tú no puedes! —exclamó ella, y se limpió los mocos de la nariz con la manga.

—Me llamo Bernard.

—Eres el hombre malo.

—Deja que te explique... —comenzó a decir él.

—¿Dónde está mi *maman*? —dijo ella ceceando.

¿Sería la mujer de arriba?

—Dime cómo es.

—La empujaste —dijo Simone, su tono de voz cada vez más alto—. Te vi. No es justo. Todo el mundo sabe que no se puede empujar a la gente.

—Pero no fui yo.

—¡Mentiroso!

Cuando Bernard intentaba calmarse, Simone le cerró la puerta y le pilló los dedos con ella. Se tambaleó del dolor, sacó la mano y retrocedió dando un traspié. Se golpeó con fuerza la cabeza en el pasamanos, y se desplomó. La ametralladora se le escapó de las manos, y el cargador se le cayó estrepitosamente del bolsillo al parqué.

En cuclillas, Simone miró por la rendija de la puerta. El hombre malo parecía dormido. Le había hecho daño. ¡Bien, eso le enseñaría a no empujar a la gente! Las reglas eran las reglas, pero a veces uno tenía que aprender a golpes, como dijo papá, darle a la gente su medicina... ¿era eso lo que había dicho? Bueno, algo parecido.

Le sonaron las tripas, y hacía demasiado calor en ese armario. Era hora de ir a buscar a su *maman* y una *tartine* con mantequilla. Le había dado una paliza al hombre malo. Ya se podían ir a casa.

En caso de que nadie la creyera, levantó el arma del suelo. Era tan pesada y fea. Qué pena; no cabía en su mochila de Tintín. Se colgó la correa al hombro, pero el arma rozaba el suelo. Bastó con enrollar la tira al cuello tres veces. Recogió el suave y negro cargador lleno de balas y lo introdujo en la muesca del arma, como hacían en la *telé*. Suspiró. ¡Qué pesada, y cuántas cosas tenía que llevar!

Y al osito de peluche no le gustaba tanta sacudida. Lo metió entre las correas del arma y esperó que no le importara estar tan apretado. Cuando bajaba las escaleras, escalón por escalón, sujetándose al pasamanos con la mano que tenía libre, recordó el teléfono y, como pudo, dio la vuelta. El osito se iba a enfadar con tantas idas y venidas. Cuando cogió el móvil, que estaba en el armario encima del cubo de metal, se encendió una luz verde. A lo mejor ya funcionaba. Le dio al botón que *maman* le había enseñado, el de la letra grande que no podía recordar.

El nuevo móvil de Aimée, conectado a su anterior número, sonó. Aunque le había dicho a Yves que la dejara en paz, tenía la esperanza de que fuera él. *Tranquilízate. No es momento para que te asalten imágenes de Yves y sus patillas.*

—Al habla Aimée Leduc —dijo ella en tono formal.

—¡Un *flic* la va a ir a recoger! —le gritó Sardou—. ¡Venga para aquí ya!

Empezó a hablar, pero afuera una sirena anunciaba la llegada de la moto de un policía.

Cuando llegó al improvisado cuartel general, Sardou parecía que iba a escupir fuego.

—Simone sólo quiere hablar con usted —le dijo él, y le pasó bruscamente el móvil.

Aimée respiró profundamente.

—¿Simone? —dijo ella. Agarraba con tal fuerza el teléfono que tenía los nudillos blancos.

—Dile a todos que he ganado, Aimée —dijo la niña con voz cansada.

Al otro lado de la línea se oyó un ruido metálico estrepitoso. Una serie breve de clics hizo que Aimée se diera cuenta de que Sardou estaba localizando la llamada. Vaya sistema tan primitivo tenían los *flics*. A René le daría la risa, pero no era divertido.

—Puedes hablar conmigo, Simone, soy policía y quiero ayudarte —dijo Sardou.

—Eso es lo que me dijo el hombre malo —le respondió ella. Su voz sonaba incluso más cansada—. Pero ya me encargué de él. Así que deja de hablar.

—Simone, cuéntame lo que ha ocurrido, ¿de acuerdo? —le intentó persuadir Aimée, en un tono de voz suave—. Sólo un poco. El resto me lo dirás ante un chocolate caliente, ¿vale?

Simone bostezó. Sardou permanecía en silencio.

—Ajá, seguro que preferirías un Orangina, ¿eh? —Aimée se rió, con la esperanza de que su risa sonara auténtica.

—¿Tendré un *gran* Orangina aunque *maman* diga que las bebidas frías me dan dolor de estómago?

—¿Qué me dices de uno doble? —le preguntó Aimée.

—Hice dormir al hombre malo y le cogí el arma —le dijo Simone.

—¿Dónde estás? —la interrumpió Sardou.

—Pero Aimée —dijo la niña a punto de llorar—. ¿Dónde está *maman*?

—Mira Simone, me llamo Sardou. Puedo ayudarte...

—Sé que estás con el hombre malo —le dijo Simone, que colgó con un sonoro clic.

¡Había una niña de cuatro años que deambulaba con un arma, y Sardou había hecho que se enfadara! Y no sabían nada de Anaïs. Aimée se estremeció, e intentó no pensar en lo que podía haberle pasado.

Oyó que Sardou farfullaba algo al otro lado del teléfono, que emitía un zumbido. Aimée agarraba el teléfono con fuerza. Tenía que mantenerse calmada y serena. Respiró profundamente.

—Sardou, cuando le dé al botón de rellamada, déjeme hablar a mí. ¿No está de acuerdo en que es lo que hay que hacer en esta situación?

Sonaba diplomático, pensó ella. Durante lo que pareció ser un minuto, lo único que oía era el zumbido y el clic de la otra línea. Sardou debía de estar consultando con los demás.

—Asegúrese de que consigue que Rachid se coloque en la ventana —dijo finalmente.

Nerviosa, Aimée midió sus palabras.

—¿Cómo puede pensar que una niña pequeña pueda hacer eso? Rachid no es estúpido.

—Por lo visto parece que se ha deshecho de un terrorista.

Sardou podría tener razón.

—¿Sería suficiente una ventana del patio?

—Que mire hacia el sur —interrumpió al otro lado el ministro Guittard.

Aimée le dio a la tecla de rellamada de su móvil. Saltó una grabación: «La persona a la que llama no puede atender en estos momentos su llamada o está fuera de cobertura. France Telecom le agradece su paciencia y le sugiere que lo intente de nuevo pasados unos minutos».

Genial.

—Confiaba en mí, Sardou; la ha fastidiado —le dijo ella.

La conversación de Sardou y Guittard había sido una pérdida de tiempo y había resultado inútil. Hasta que Simone contestó, estaba a la espera.

—Llame de nuevo. Siga intentándolo, *mademoiselle* Leduc —le pidió Guittard, y colgó.

Más o menos lo había resuelto.

Fue entonces cuando miró su nuevo móvil con la batería... su reloj de Tintín parado... la cabeza le iba a toda velocidad. Cuando dejó la propuesta en la edf, el director le había pedido que apagara el móvil porque la radiación electromagnética del inhibidor afectaba a los sistemas. Los aplastaba, había dicho él. Los campos electromagnéticos eran bastante altos debido a todo el equipo sin revestimiento y al refuerzo de hierro pesado de las paredes de la planta. No había razón para que no lo hiciera ahora.

—Sardou —dijo ella en un tono de voz seguro y tranquilo—. Sé cómo desactivar la bomba sin tocar el ordenador.

Bernard se dirigió a las escaleras, que se movían vertiginosamente mientras él se arrastraba hacia ellas. Sentía un dolor punzante en la mano. ¿Adónde se había ido la pequeña? ¿Dónde estaba el arma?

El mono del terrorista se le pegaba al cuerpo. Temblaba. Si pudiera llegar abajo, fingiría ser el otro terrorista, herido e incapaz de hablar. Conseguiría que Rachid se colocara delante de la ventana. Con ese pensamiento, casi se cae por las escaleras de cabeza.

Y entonces el sol brilló por un instante cuando las nubes se separaron. Bernard sonrió. Por fin el sol. Oyó un silbido y un crujido y el fino polvo del cristal de la ventana le cubrió la cara. Y Bernard sintió calor en la cara.

El maravilloso calor de su infancia. Todo bailaba ante él: su *nounou*, la delgada madre sonriente que conoció de pequeño, su papá conduciendo un todoterreno. El pequeño André, al que le estaba saliendo los dientes lo estaba llamando, y Bernard se unió a él.

René entró en el centro de mando con una pequeña bolsa de la compra. Dejó la bolsa, y empezó a sacar cosas.

—Todo está aquí —dijo él. Sujetó el inhibidor del tamaño de un *walkman* a su riñonera. Con la potencia que salía de él, podría dejar fuera de combate los sistemas de comunicación de los edificios circundantes.

Aimée le ayudó a meterse la antena por la manga para que pudiera sacarla con facilidad.

—Por lo que ha dicho Simone, sabemos que uno de los terroristas está fuera de combate —dijo Aimée—. René parece un niño desde esta distancia. Si las puertas por las que ha entrado Berge están cerradas, él puede ir hacia la ventana. Cuando apunte con el inhibidor al dispositivo que controla la bomba, René disparará radiofrecuencias de alta energía. Interferirá con el mecanismo de detonación, lo que desactivará...

Aimée no pudo terminar.

Sardou y todos los hombres que llevaban auriculares corrieron hacia la ventana.

—Luz verde —murmuró alguien.

Vio que un equipo de tácticas con uniforme negro se detenía delante de la puerta, y oyó el clic de los rifles de forma simultánea.

—¡No lo hagáis! —gritó ella—. El edificio saltará por los aires.

—Tienen tres o cinco segundos antes de que reaccionen —farfulló Sardou—. Será mejor que los aprovechen.

Perpleja, vio cómo el equipo accedía al edificio. No hubo explosión. Más chasquidos de los rifles. Pudo ver cómo las balas hacían añicos los cristales.

Aimée soltó un grito ahogado.

—¡Por favor, Dios mío, que Anaïs y los niños no se acerquen a las ventanas! ¿Qué ha pasado? —le preguntó ella a Sardou.

—Hace tres minutos Rachid accedió a nuestras demandas —le contestó Sardou—. Lo hemos grabado desconectando los cables. Su plan era de respaldo.

—Entonces, ¿para qué dispararle?

Aimée se agarraba con tanta fuerza al alféizar de la ventana que tenía los nudillos blancos; todavía se preparaba para una explosión.

—Habíamos eliminado al otro —le explicó Sardou—. A la raid no le gusta coger

prisioneros.

Llevaron al patio a dieciséis niños con su profesora y a una temblorosa Anaïs con Simone. A Aimée la inundó una sensación de alivio, hasta que lo recordó.

—¿Y Bernard Berge?

La respuesta a su pregunta llegó cuando sacaron tres cuerpos al patio adoquinado: un hombre corpulento en ropa interior y dos hombres con mono negro.

¿Tres terroristas?

El equipo de tácticas les quitó los pasamontañas a los otros dos.

Uno de ellos era un hombre con barba, y un pequeño agujero negro en la bóveda craneal. Murió en el acto, se imaginó ella. Un tiro limpio al cráneo, que no le habría afectado al sistema nervioso y le impidió que activara la bomba. Bernard era el otro, con el mono manchado. Un punto rojo oscuro, como un tercer ojo, le goteaba por la frente. Tenía el rostro relajado, y parecía en paz. Aimée sintió una sensación muy extraña, como si el alma de Bernard batiera sus alas sobre el patio adoquinado, y volara hacia la débil luz del sol.

—*Nom de Dieu!* —bramó Sardou mirando a Berge—. ¡Berge ha ido de pecador a mártir en un solo día!

—Berge era prescindible, ¿no es así? —dijo enfadada Aimée—. Guittard siempre tuvo planeado echarlo a los perros, de una forma u otra.

Sardou tenía los ojos vidriosos. Se dio la vuelta y se dirigió al patio. Cuando la camilla levantó el cuerpo sin vida de Berge, Aimée susurró una oración. El pobre Bernard había sido carne de terrorista.

Fuera, Guittard estaba dando una rueda de prensa. Había tantos medios que ella y René tuvieron que esperar cerca de las ambulancias del samu donde unos padres llorosos y aliviados abrazaban a sus hijos. Había llegado Martine, que cogió a Simone, y ayudó a Anaïs a acceder al puesto de primeros auxilios que habían improvisado en la parte de atrás de un camión de bomberos.

Desaliñada, Anaïs se sentó en el parachoques del camión, para que atendieran sus heridas.

—Íbamos a desmantelar el sistema, Anaïs —le explicó Aimée—. Lo habíamos averiguado.

—Sabía que podías, ¿por qué no lo hiciste? —dijo ella con el pelo pegado a su arañado e hinchado rostro—. Se me ha estropeado el traje.

Aimée vio a Kaseem Nwar. Estaba de pie, sonriente, balanceándose sobre sus talones, mientras Philippe abrazaba a Simone.

Y entonces Aimée lo supo.

Todo encajaba. Philippe había hecho un trato con el demonio sonriente. A Aimée le hervía la sangre, y se quedó mirando a Kaseem Nwar, que se agachó y le dio una palmadita en la cabeza a Simone.

—Philippe ha cedido ante Kaseem —le dijo Aimée a Martine y a Anaïs, que tenían los ojos como platos—. Él financió la misión, ¿no es así?

Anaïs se encogió de hombros, y puso una mueca de dolor cuando el paramédico le limpió la cara.

Aimée estaba furiosa. Por segunda vez había estado a punto de salvar a la familia de Philippe, pero él había pactado con el diablo. El diablo sonriente que vendía a su propio hermano, Hamid.

—Las dns sabía que el terrorista había desactivado la bomba —dijo ella—. Y aun así los mataron, incluso a Bernard.

Anaïs se mordía el labio mientras el paramédico la curaba.

—¿Qué quieres decir?

—Kaseem os tomó a ti y a tu hija como rehenes hasta que Philippe cedió —le respondió ella.

Los ojos de Anaïs se llenaron de ira. Entonces se ablandó cuando vio a Simone y a su marido.

—No sabía que era Kaseem, Aimée. Lo siento. Sólo quería que averiguaras quién estaba chantajeando a Philippe.

—Podrías haberme ayudado más, Anaïs.

Aimée se acercó a grandes zancadas a Kaseem y a Philippe. Este la ignoró, y abrazó con fuerza a Simone.

—Te debo una Orangina, Simone —le dijo Aimée en un tono de voz tranquilo.

La niña asintió seria.

—Una grande.

—Vamos a llevar a *maman* a casa, Simone —le dijo Philippe.

No miraba a Aimée a los ojos.

Simone cogió a su padre de la mano y tiró de él.

—Esto no se ha terminado, Philippe —dijo Aimée con los dientes apretados—. Me encargaré de ello.

Pero Philippe y Simone ya se habían abierto camino entre el equipo de urgencias para ver a Anaïs. Philippe la rodeó con sus brazos, y por un momento los de Froissart formaron una pina. Entonces él se las llevó a la zona de descanso.

—Déjelo estar, *mademoiselle* Leduc —le dijo Kaseem.

—Ha puesto en peligro a unos niños —dijo ella—. Antes de eso, intentó matarme en el *cirque*. ¡Saboteó la causa del afl y la de su propio hermano!

Kaseem negó con la cabeza.

—Nadie creía en él de todas formas.

Aimée sintió pena por el pobre Hamid, que se moría de hambre por ayudar a los inmigrantes. Qué irónico que fuera Kaseem, su hermano, quien proporcionara armas y ayudara en las masacres que los inmigrantes habían intentado evitar.

—Las fotos XT196...

—No dicen nada —la interrumpió Kaseem—. Son sólo fotos.

A Aimée le recorrió un escalofrío. Su cruel arrogancia la ponía nerviosa.

—Pilas de cuerpos en el desierto —continuó él—. Y qué. Lleva ocurriendo desde

hace años. Desde los ochenta. A nadie le importan las luchas internas en Argelia.

—Es diferente cuando los responsables de eso son los excedentes de armas francesas y los contribuyentes franceses son los que cargan con la cuenta —dijo ella—. Al menos, eso es lo que pensarán ellos.

Kaseem se abotonó el abrigo de lana, y chasqueó los dedos a un hombre que estaba apoyado en un coche.

—Los ministros hacen la vista gorda. Usted debería hacer lo mismo. Disfruto de su compañía. Podríamos...

—Todo ha sido un engaño —lo interrumpió Aimée—. Sylvie descubrió lo que significaba XT196, por eso la mataron, mientras Philippe recortaba la financiación. Philippe escondió a Anaïs, así que usted utilizó a su hermano Hamid. Urdió la trama de la toma de rehenes y culpó al afl. Todo esto para presionar a Philippe para que cediera, para que financiara la misión porque su hija estaba dentro. Entonces Anaïs se dio de alta en la clínica, una ventaja para usted. Y nadie sabría la verdad. Nadie encajaría las piezas. Excepto yo.

—Lo tomaré como un «no» para cenar conmigo. —Kaseem sonrió y no pestañeó ni una vez—. Especule cuanto quiera. No lo puede probar.

Se sintió impotente; quería dejarlo al descubierto allí mismo. Su sonrisa condescendiente le estaba poniendo de los nervios.

—Es un aspirante a general, ¿no es así?, jugando con los mandamases del ejército —dijo ella—. Siempre y cuando proporcione las armas, podrá seguir jugando. ¡Sin los juguetes comprados con la financiación de Philippe usted sólo es un simple *mahgour* sin nada que ofrecer!

Sus ojos brillaron.

Sabía que había dado en el blanco.

—Diga lo que le apetezca —dijo él—. Tengo lo que quiero.

Y se fue.

Los adoquines resplandecían a sus pies, resbaladizos y pegajosos, cuando llegó el *panier á salade*, la furgoneta que se iba a llevar los cuerpos. Kaseem tenía razón, y le ponía enferma. Los malos habían ganado. Y ella había creído que los podía detener.

Cuando subieron el cadáver de Bernard a la camilla, Aimée susurró una oración.

Tenía que haber una forma de atrapar a Kaseem. De desacreditarlo.

Cuando Martine se acercó a ella, Aimée ya había pensado en cómo hacerlo.

—Veo que Kaseem no es de tu agrado —le dijo Martine—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Voy a hacer que se sienta muy incómodo —contestó ella—. Con tu ayuda le podré causar algo de daño.

—¿Cómo?

—Para empezar, volvamos a tu oficina —dijo Aimée—. Te lo contaré por el camino.

—No si eso involucra a Anaïs —dijo ella.

—No te preocupes —la tranquilizó Aimée—. Cogeré al pez gordo. No sólo eso, venderás más periódicos con el informe que redactaré con información privilegiada. Tengo los negativos para probarlo.

—Llévame a la sala de prensa —dijo Martine, y abrió la tapa de su móvil—. Tengo información de primera mano para redactar un artículo sobre la toma de rehenes.

Lunes, a última hora de la tarde

Tres agencias de noticias, además de la Agence France-Presse y la cnn, ya habían recogido la historia de Martine cuando Aimée abrió la puerta de Leduc Detective. Oyó que en la radio decían que todo apuntaba a que había sido un importador de joyas argelino, y se rumoreaba que estaba al servicio de unos terroristas con base afgana y que apoyaba a los fundamentalistas combativos. Se decía que proporcionaba al ejército argelino armas de calidad inferior y excedente militar. Su cuenta de banco en Suiza, continuaba el artículo, enterrada bajo un alias, escondía multitud de pecados.

Aimée entró en su terminal y en el de René. Desde el de ella accedió a la cuenta de Sylvie/Eugénie usando la contraseña *keur*. El saldo de cinco millones de dólares seguía allí y le dio a guardar.

En el de René, siguió el laberinto que él había establecido para el Banco de Argel. Desde este banco se conectó a la cuenta de AlNwar y de las otras dos compañías subsidiarias. Aimée retiró todo y dejó el saldo mínimo de diez dinares en cada cuenta.

De la misma forma que Kaseem y Sylvie habían previamente establecido, transfirió las sumas a la cuenta que Sylvie tenía en las Islas del Canal. Sin embargo, en vez de seguir su mismo procedimiento, ella transfirió ese saldo, los cincuenta millones de francos, a la cuenta del afl.

Ahora Kaseem y sus negocios estaban en la ruina. Pero el ejército argelino pensaría que lo había escondido todo en Suiza.

Par frustrar cualquier intento de interceptarlo, sacó el informe policial de la muerte de Sylvie Cardet, resaltó el nombre de «Eugénie Grandet» y los extractos de la cuenta, y los envió por fax al departamento de archivos en el *fichier* de Nantes, que declararían muerta a Eugénie y congelarían la cuenta.

Accedió al Ministerio de Defensa, a la financiación de la misión humanitaria. Al denominar el cargamento como material médico perecedero, los contenedores se marcarían para que fueran inspeccionados antes de su salida del puerto de Tolón, que era el centro naval más grande y lindaba con un complejo militar. Si el cargamento contenía las armas del excedente militar, como Aimée se imaginaba que así sería, los inspectores las incautarían.

Kaseem no tendría su cargamento.

Se limpió los pantalones de cuero negro, y cogió su chaqueta.

Ahora debería hacerle una visita a Hamid para contarle las buenas noticias.

Desde la cama de Hamid en la sala de L'hôpital Tenon se podían ver unos frondosos limeros que había en la calle. Sus mejillas ya tenían algo de color, y sus ojos habían

perdido su languidez.

—*Salaam aleikum* —le saludó él con un apretón de manos, tocándose después el corazón.

—*Aleikum es-salaam* —le contestó Aimée. Sacó una naranja del bolso y la colocó en su bandeja de esmalte del hospital—. ¿Quieres que te la monde?

—*Merci* —le agradeció él—. He dedicado mi vida al afl, pero no he podido salvar a los *sans-papiers* —dijo él con el rostro todavía demacrado—. Pero los nuevos inmigrantes, los jóvenes, piensan diferente. Nunca les he prestado atención. Ahora tengo que rehacer mi vida.

—Sé la verdad —le dijo ella mientras clavaba los dedos en la dura naranja.

—¿Qué quiere decir? —Las cejas de Hamid se arquearon como acentos sobre sus hundidos ojos.

—Kaseem te presionó. —Peló la naranja, y los gajos se abrieron en su mano—. Como hace con todo el mundo. Pero tú eres su hermano, como *mahgours* sólo os tenéis el uno al otro.

Le ofreció los gajos a Hamid. Se metió las cuentas antiestrés en la otra mano y aceptó la naranja. Pudo ver la curiosidad en sus ojos.

—Tu hermano mató a Sylvie —le dijo ella—. La hizo saltar por los aires.

La mano de Hamid tembló, pero la naranja no se le cayó al gastado linóleo verde.

—No te creo.

—Lo siento. Él no sabía que Sylvie le dio esto a Anaïs. —Sacó las fotos, y puso algunas sobre la manta del hospital—. ¿No es en el sur de Orán, donde naciste?

Hamid asintió lentamente, y se las quedó mirando fijamente.

—Ahora se trata de una tierra baldía a la que llaman 196 —dijo ella—. Sólo un número. Ni siquiera un nombre. Un cementerio de huesos blanqueados mezclados con munición enterrada. Cuando erais jóvenes los dos luchasteis allí. Perdisteis con los franceses.

Hamid asintió.

—Sí, hace mucho tiempo.

—Kaseem se hace llamar el General —le dijo Aimée—. Todavía le gusta jugar a la guerra. Tiene que encontrar juguetes con los que jugar con los mandamases.

En los ojos grandes de Hamid se veía miedo.

—No hay pruebas —dijo en tono vacilante.

—Pero Kaseem ya no lo volverá a hacer. Me he encargado de esos juguetes —contestó ella—. El dinero de Sylvie y el suyo han vuelto al afl.

La expresión del rostro de Hamid era de incredulidad.

El linóleo de la larga sala lo cruzaban sombras rectangulares. Sólo unas pocas camas estaban ocupadas. Una sonriente enfermera jefa con uniforme blanco almidonado los saludó con la cabeza cuando pasó por delante de ellos. Se alejó haciendo ruido con sus zuecos.

Aimée le pasó a Hamid más gajos de naranja, y se levantó.

—Ahora puedes empezar de nuevo, Hamid —le dijo ella—. Contrata a unos abogados que impidan tu deportación, crea un centro de día, un periódico, un servicio de comidas a domicilio, hazlo como tú quieras. Incluso podrías atraer a los más jóvenes con un centro moderno, un gimnasio, clases de árabe, videojuegos. Lo que sea.

—No te conozco —le dijo Hamid. La miraba inseguro.

—Sylvie lo habría querido así —dijo ella—. Para compensaros por el trabajo que había llevado a cabo su padre en la oas. El asesinato de inocentes, lo que ella odiaba.

—Qué curioso. —La mirada de Hamid se había vuelto melancólica—. Eso fue lo último que me dijo Sylvie.

—¿El qué? —le preguntó ella.

—Que quería reparar el daño que había hecho su padre.

—Sylvie debió de ser una persona especial.

—Una estrella poco común —dijo Hamid.

Emocionada, Aimée recordó que Roberge había dicho lo mismo. De hecho, casi todo el mundo, excepto Anaïs, la había querido.

—¿Dónde está Kaseem? —preguntó.

Recordaba cómo Hamid contraía el rostro cuando mentía.

—En el avión —dijo él con la boca ligeramente torcida—. ¿Por qué?

—Sólo quiero contarle lo que he hecho —le contestó ella—. Prepararlo para lo que le espera cuando vuelva a Argelia.

Quería servirle la justicia en bandeja, personalmente. Ver qué cara ponía, aunque fuera de lejos.

Pensó que tendría que batallar con Hamid durante horas, pero pareció haber tomado una decisión.

Él la miraba, inexpresivo.

—No le hagas daño —dijo él.

Ella asintió. Dejaría que los militares con los que le gustaba jugar lo hicieran por ella.

—Está en una boda —le dijo Hamid.

Las farolas brillaban sobre el quiosco de periódicos mientras Aimée compraba la edición especial de *Le Figaro*, con el artículo de Martine que aparecía en primera plana. La mitad inferior de la portada la ocupaban unas fotos desgarradoras de unos prisioneros con un número, y esos mismos números se veían sobre unos cuerpos apilados. En la columna lateral se relataba la historia del presunto proveedor de armas de excedentes militares, que apoyaba a los fundamentalistas. *Parfait*, pensó ella. *Sólo quiero ver la cara que pone Kaseem*.

Los clientes pululaban en el concurrido restaurante Kabyle Star en la rue de Belleville. Aimée se abrió camino entre los comensales hacia la sala para banquetes

que había en la parte de atrás. De dentro salía una música tradicional acompañada de un *tambour* que provenía del banquete de bodas.

—Estoy con la familia política del novio —le dijo ella al curioso gorila.

Kaseem estaba de pie al lado del bufé, rodeando con su brazo a un hombre de uniforme, riéndose y brindando con un vaso de zumo. La algarabía inundó la sala en la que había unos cien invitados. Unos niños correteaban entre las mesas, y, de vez en cuando, unos ancianos que llevaban caftán se los llevaban de allí.

—Ahí, ¿lo ves? —Señaló y saludó con la mano a Kaseem, sabiendo que él no la vería desde esa distancia—. Kaseem Nwar, el cuñado de mi hermana... —Pero el aburrido gorila ya la estaba haciendo señas para que entrara.

Desde el bufé, a Aimée le llegó el tentador aroma a cordero y clavo procedente de las humeantes *tagines* de barro. Vio bandejas de *bistilla*, con masa tipo hojaldre especiada y espolvoreada con azúcar y canela. El ambiente estaba cargado con olores a perfume, sudor y agua de azahar.

Aimée se arrimó a la pared, ocultándose entre las cortinas mientras inspeccionaba la sala. Vio a la novia y al novio iluminados en la pista de baile.

La novia llevaba puesto un vistoso caftán azul y dorado. En su cuello brillaban unos collares de oro. Mientras la pareja de novios bailaba, los invitados metían billetes en el pelo de la risueña novia y alrededor de los hombros.

—Qué hermosa *takchita* —dijo una mujer con los ojos perfilados con una gruesa raya de *khol* que apareció a su lado—. El dorado le resalta el pelo y el azul, los ojos. —Miró a Aimée con complicidad—. El tercer día de la *fête* es siempre el mejor. ¡El mejor banquete!

Aimée asintió, e intentó alejarse de la mujer.

La mujer le dio un codazo en las costillas.

—Tal y como le dije a Latifa el otro día, que no se preocupara. ¡Todo saldrá perfecto, vendrá todo el mundo, el bufé será maravilloso, y tu niña pasará la prueba de la virginidad!

Aimée deseó que la mujer se callara. Su voz seguía subiendo de volumen.

—La familia del novio es tan tradicional. —La mujer se echó hacia delante, y su tono se volvió confidencial—. ¿Qué pueden esperar de las chicas que nacen aquí, eh? Aunque la esperanza es lo último que se pierde, digo yo.

—¿Le puedo pedir un enorme favor? —le dijo Aimée, que se sentía fuera de lugar. No esperó a que la mujer respondiera—. ¡Entréguele esto a Kaseem, por favor! —le dijo, y le metió el periódico entre las manos de dedos gordos y enjorjados—. A ese hombre de ahí.

Señaló a Kaseem, que, con talante serio, metía francos en el pelo de la sonriente novia.

—Es el tío de mi amiga, y quería el periódico por algún motivo. Tengo que salir a aparcar el coche. Está encima del bordillo y a este paso se lo va a llevar la grúa. ¡Por favor!

La mujer se encogió de hombros.

—¿Por qué no? De todas formas, quiero averiguar si tiene un hijo de la edad de mi hija.

La mujer soltó una estruendosa carcajada, le dio otro codazo a Aimée en las costillas, y se abrió paso hacia el otro lado de la sala.

Aimée pensó que quizá Kaseem querría ese dinero de vuelta cuando se diera cuenta del estado de su cuenta. También había incluido una copia de su nuevo extracto bancario. Caminó lentamente en paralelo a las cortinas de terciopelo que separaban la sala para banquetes de la zona del restaurante.

Aimée no llegó a ver la cara que ponía Kaseem.

Sintió que algo se le clavaba en la columna. Puntigudo y afilado.

El corazón se le salía del pecho. Intentó echar mano a su Beretta, pero alguien la sujetó con tanta fuerza que se lo impidió.

Se giró lentamente. El filo del cuchillo le rozó la piel. Dédé la miraba fijamente. Frío e inexpresivo. El sudor le escocía en la columna.

—Haz un movimiento brusco —le susurró él—, y te destripo como a un pescado.

—Se acabó, Dédé —dijo ella con voz ronca—. Kaseem es historia. Lee el periódico.

Por el rabillo del ojo, vio a Kaseem con el periódico mientras la mujer señalaba el lugar en el que había estado con Aimée. Varios hombres de uniforme se habían reunido alrededor de él, y miraban por encima de su hombro; aunque la agonizante Aimée no podía distinguir su cara.

—*Qu'importe?* —le dijo Dédé—. Yo siempre termino mis trabajos.

Y con ella atravesó rápidamente las puertas batientes de la cocina que estaba a la izquierda. Siguieron a un camarero con delantal blanco y pasaron por delante de cacerolas que bullían en la humeante cocina.

Aimée se retorció, pero, cada vez que lo hacía, el cuchillo se le clavaba más en la carne. Para ser tan bajito, Dédé la tenía agarrada con mucha fuerza.

—*Tiens*, ¡no pueden estar aquí! —exclamó un camarero que cargaba con una enorme bandeja de cuscús.

—Conozco al chef —dijo Dédé, y pasó con Aimée a toda prisa.

Avanzaron a trompicones por delante de camareros que les gritaban y sudorosos cocineros que los amenazaban con espumaderas. Aimée agarró algunos cuchillos de la tabla de cortar, pero Dédé le cogió la mano y se la sacudió, lo que hizo que los soltara uno a uno. Uno de los chef se acercó rápidamente a ellos cuando los cuchillos cayeron estrepitosamente al suelo.

—Atrás —gritó Dédé, que blandía la Beretta, y soltaba brevemente el brazo de Aimée.

La idea de Aimée era coger otro cuchillo, pero en su lugar agarró unos pinchos grasientos de acero para los *kabob*. Se los consiguió meter en la manga antes de que Dédé la cogiera de nuevo de la mano.

Si pudiera escaparse, escabullirse por la puerta trasera. Pero la furgoneta de Dédé esperaba en el callejón de atrás. Era una vieja furgoneta de reparto *Deux Chevaux*, abollada y oxidada. Abrió las puertas traseras y, dentro, le pegó.

Dédé la golpeó de nuevo. Esta vez con tanta fuerza que chocó contra las cajas de plástico duro que había apiladas contra la pared de la furgoneta. Se sintió invadida por un dolor muy agudo. Entonces le dio un rodillazo en la espalda, y la dejó sin aliento. Jadeó e intentó coger aire. Lo último que recordó fue que su cabeza golpeaba el suelo y ver la borrosa acera a través de un agujero que el óxido había hecho en el suelo.

Empezó a ser consciente de que arrastraba los tacones por unas piedras, por grava, que salía disparada, y por tierra. Todo estaba oscuro, salvo unas losas blancas de formas curiosas que brillaban a la luz de la luna. Le dolía la cabeza. Cada vez que respiraba parecía como si le estuvieran clavando una aguja en la costilla. La voz de Dédé provenía de alguna parte.

—He pensado que para ahorrarle a todo el mundo un viaje —dijo él, y, exhausto, la dejó en el suelo—, te mataré aquí.

Aimée se dio cuenta de que estaba en un cementerio. Y Dédé tenía su Beretta.

—Cimitière de Belleville —dijo él—. No hay mucha gente famosa enterrada aquí, y está un poco a desmano, pero tiene buenas vistas.

No le iba a dar la satisfacción de verla quejarse, pero la cabeza le iba a explotar del dolor.

—Dédé, tu contrato ha concluido —le dijo en poco más que un susurro—. Olvida esto.

—Quizá sea mi educación *proletariat*... o ética laboral, pero cuando empiezo un trabajo, lo termino —dijo, mientras se sentaba en una pequeña cripta de mármol. Se alisó su corta chaqueta y se quitó el polvo de los pantalones—. Para eso me pagan.

A la luz de la luna vio que Dédé sacaba el llavero con la pelota de fútbol del bolsillo. Lo toqueteaba con los dedos y jugueteaba con él sin parar.

—Por favor, escucha, Dédé. Kaseem está acabado —le dijo ella.

—*Alors*, mi trabajo es mi vida. Lo hago con orgullo y satisfacción. Me gusta hacerlo mejor de lo que me piden. Lo tomo como algo personal. Los jóvenes hoy en día... no tienen ni idea.

Le temblaban las manos, pero apenas podía moverlas. Se las había atado. ¿Cómo iba a escapar? Sintió que los pinchos se le clavaban en alguna parte por encima del codo. Pero no podía llegar a ellos.

—Después de que fastidiaras lo del coche bomba —Dédé chasqueó la lengua y negaba con la cabeza—, tuvo que trabajar mucho. Pero cuando robaste el encendedor de la perla y me dejaste en ridículo delante de mis *mecs*... eso fue la gota que colmó el vaso.

Aimée ya lo veía todo más claro. El dolor había disminuido, así que podía pensar mejor. Sintió una cruz de metal detrás de ella. Empezó a cortar la cuerda que le ataba sus muñecas.

—¿Y las otras perlas del lago Biwa? —dijo ella al recordar que *les maudites* eran cuatro. Quería mantenerlo ocupado hablando mientras ella se soltaba.

—Mi colección ha aumentado —le respondió él—. Las tengo todas.

Dédé se metió de nuevo el llavero en el bolsillo, y la apuntó con la Beretta.

Detrás del muro del oscuro cementerio, había dos grandes torres de agua, recortadas en el resplandor amarillo de Belleville. A la luz de la luna vio unos montones de tierra y hoyos para tuberías en el terreno debajo de las torres. De una tumba cercana llegaban unas voces apagadas.

Aimée empezó a gritar, pero sólo pudo emitir un chillido débil y ronco.

Dédé le metió la manga en la boca para que se callara. Ella mordió con tanta fuerza como pudo. Él gritó. Y ella mordió un poco más fuerte.

Dédé intentó quitársela de encima, y le golpeó la cabeza contra el mármol. Ella no le soltaba. A Aimée le entró sangre en uno de los ojos, pero siguió sin soltarse, como si fuera un pit bull, hasta que sus manos se liberaron. Entonces lo empujó contra las cruces de metal, y a duras penas consiguió ponerse de pie.

—*Salope!* —la insultó él, todavía con la Beretta en la mano.

Del muro le llegó lo que parecía un silbido.

Aimée comenzó a correr, esquivando las lápidas.

Sentía un dolor punzante en la cabeza, y apenas podía correr. Entró derrapando por una puerta abandonada que había en el muro. Le costaba respirar, y cada vez que lo hacía, sentía una punzada. Pero se obligó a tragar aire, y cuanto más lo hacía, mejor podía pensar. Consiguió atravesar la mitad del terreno de grava que separaba las torres de agua cuando Dédé la cogió de los tobillos. Se golpeó el cuerpo contra el suelo. Se encontró de bruces con un hoyo, y el cuello le escocía.

—¡Mira lo que has hecho! —siseó Dédé, y le enseñó su chaqueta rasgada.

¡Casi había conseguido escapar!

—Kaseem te utilizó —dijo ella—. Como hace con todos.

Dédé se la llevó a la torre más cercana, de seis o siete plantas de altura. La torre parecía un robot, con unas larguiruchas piernas que eran una maraña de escaleras y tuberías.

—¡Sube!

Sintió la fría Beretta en la sien.

Aimée miró hacia arriba. Le temblaban las manos.

—Pero tengo vértigo.

—Qué pena —dijo él. Sus cadenas de oro resplandecían a la luz de la luna, y la cara le brillaba del sudor—. Necesito practicar mi tiro.

Iba a matarla como a una mosca.

—Mira, Dédé...

—Esto me está llevando demasiado tiempo, y tengo más trabajos. —Amartilló la pistola y la empujó hacia la escalera—. Muévete.

Subió unos cuantos peldaños, y tropezó. Le resbaló la mano, y se agarró a la barandilla. Sus botas con suela de cuero se deslizaron por los escalones.

Los pesados pinchos se salieron de la manga y cayeron por los peldaños de metal con un tintineo.

Adiós.

El corazón le dio un vuelco cuando vio su última esperanza sobre el suelo de grava.

—¿Qué es eso? —gruñó Dédé, que se inclinó hacia delante y los cogió. Soltó una breve carcajada, que pareció un ladrido—. ¿Kabobs? Son para ti.

—¡No, son para ti!

Se dio la vuelta rápidamente. Ya no le importaba lo que él le pudiera hacer.

Pero habló al aire. Había chocado contra él. Dédé apretó el gatillo. Las balas atravesaron los soportes de hormigón de la torre de agua. Aimée se agachó cuando Dédé giraba y se tambaleaba. En la otra mano tenía los pinchos. Tropezó con uno de los hoyos. Vio cómo aterrizaba con un sonoro ¡pum!, y después oyó un desgarrador chillido.

Un pincho le había atravesado la sien.

Se agarraba la cara, sorprendido; el mango del pincho le sobresalía por encima de la oreja. Empezó a convulsionar como si estuviera cavando en el suelo. Unos hilillos de sangre cayeron a la tierra y formaron un charco. Y entonces Dédé se quedó inerte.

Aimée se desplomó y cogió su pistola del suelo. Intentó no mirarlo a la cara.

—Te dije que tenía vértigo.

Martes

—Todavía parece como si te hubiera atropellado un camión —dijo René.

—Como te he dicho, me he chocado contra la parte de atrás de uno —le dijo ella mientras entraba cojeando en su oficina.

Miles Davis correteaba a su lado, y saltó a la silla de René.

—¿Por qué no te recuperas en casa? —le preguntó él.

—El trabajo me cura —dijo ella, y colgó su chaqueta de cuero en el perchero—. ¿Cómo va lo de la edf?

—Ayer por la noche salieron con que hiciéramos un escáner de vulnerabilidad de su sistema de *software* —dijo él con una débil sonrisa—. Hoy mencionaron el *hardware*. *Tiens*, todavía ninguna firma sobre la línea de puntos.

René se abotonó su impermeable de Burberry.

—Adivina adónde fue el dinero de Philippe.

Aimée levantó la vista.

—A su viñedo. —René negó con la cabeza—. Château de Froissart resultó ser un auténtico tragadero de dinero. Las vides tenían las raíces podridas.

No era de extrañar que necesitara mucho dinero.

—Es hora de mi clase en el *dojo* —dijo René. Cuando abría la puerta, se detuvo, con expresión preocupada—. *Ça va?*

—Estoy bien, socio —dijo ella.

—Alguien ha venido a verte —le informó él.

Morbier entró en su oficina; traía de la mano al niño de la fotografía que había visto en el apartamento de Samia.

—Leduc, te presento a mi nieto, Marc —le anunció Morbier.

—*Enchanté*, Marc —dijo ella, y se levantó para saludarlo. No le sorprendió demasiado.

Los ojos redondos y negros de Marc se iluminaron en su rostro color miel cuando apareció *Miles Davis*.

—¿Te apetece beber algo, Marc?

Su tímida sonrisa quedó oculta entre los pliegues del abrigo de Morbier. Se agachó para acariciar al perro, que se había puesto a dos patas para olisquearlo.

—En otra ocasión, Leduc —dijo él—. No podemos llegar tarde a un acontecimiento especial que va a haber en el zoo de Vincennes. Sólo quería dejarte esto.

Morbier le dejó una mugrienta carpeta en su mesa.

—Ahora sabes tanto como yo —le dijo él con una mirada significativa—. Eso si tú quieres. Entrégalo más tarde.

Cuando se cerró la puerta, Aimée se sentó. Se quedó mirando la carpeta, muy

sobada y con una mancha de café.

Su móvil sonó varias veces. *Miles Davis* ladró y saltó sobre su regazo. Aimée ignoró el teléfono. Intentó coger la carpeta, pero le temblaban las manos y no podía agarrarla. Las sombras se alargaban. No supo cuánto tiempo había estado sentada mirándola cuando se percató de que la luz de las farolas entraba por la ventana desde la rue du Louvre. *Miles Davis* gruñó. Alguien aporreó la puerta de la oficina. Con fuerza e insistencia.

Fue a abrirla.

Yves estaba de pie en el descansillo, con una maleta detrás de él. Tenía una barba de varios días. Llevaba unos vaqueros negros, una chaqueta negra de cuero, y estaba para comérselo. Y se marchaba.

—Me has robado el éxito, Aimée: has conseguido la primera plana y te has cargado mi oportunidad de dejar al descubierto al Ministerio de Defensa —dijo él, al entrar. Sonreía—. Pero si alguien tenía que hacerlo, me alegro de que fueras tú. Reuters parece interesada. Están enviando las señales pertinentes.

—¿Por eso desapareciste? —le preguntó ella.

—No te podía contar lo que estaba haciendo, estaba trabajando para la mujer del ministro. A Martine tampoco le hizo mucha gracia. No va a publicar el artículo. Pero lo entiendo, es de la familia. Sabe que iré con la historia a otra parte.

Antes de que Aimée pudiera decir nada, le entregó un sobre grueso.

—Podrías venirte conmigo —le pidió él, y la miró fijamente con sus ojos oscuros.

—No es tan sencillo.

—Es verdad. Es muy sencillo —dijo Yves, que, con la mano, le peinó el pelo, que lo tenía de punta. Después le pasó un dedo por el mentón—. Dentro tienes un billete abierto, con ida y vuelta válida por un año.

Aimée se tensó.

—Tengo un negocio... *Miles Davis*...

—También hay delitos informáticos en El Cairo. En realidad, existen toda clase de crímenes —le dijo. Le tendió otro billete—. *Miles Davis* también tiene un asiento, pero tendrá que pasar parte del vuelo en un transportín.

La estrechó entre sus brazos y le dio un beso profundo y apasionado. Aimée no quería que se detuviera, pero lo hizo.

—Mi taxi me espera.

Desde la ventana, vio las luces rojas de los frenos del taxi, que se alejaba por la rue du Louvre. A la derecha, se veía el palacio del Louvre, oscuro como una tumba. Pero en el iluminado quai los árboles habían florecido, aromáticos y frondosos.

Colocó los billetes encima de la mesa, al lado de la carpeta, y abrió la ventana. Cuando se sentó a meditar sobre su vida, a sus oídos llegó el zumbido del tráfico nocturno. *Miles Davis* se acurrucó en sus brazos, y Aimée aspiró la primera bocanada de aire primaveral.

Notas

[1] N. de la t.: Literalmente «bucear en los basureros». <<

[2] N. de la t.: En inglés significa también «bombón» cuando hablamos de una mujer. De ahí la confusión entre Aimée y René. <<